



La versión digitalizada de esta obra se publica con permiso de los herederos legales de su autor bajo licencia Comunes Creativos BY-NC-ND. Se permite descargar la obra y compartirla con otras personas, siempre que se reconozca su autoría (BY). No se puede utilizar comercialmente (NC) ni se puede cambiar de ninguna manera (ND).

AMBROSIO HUICI MIRANDA

HISTORIA MUSULMANA DE VALENCIA Y SU REGION

NOVEDADES Y RECTIFICACIONES

I

Ayuntamiento de Valencia

1969

AMPROSO HUICI MIRANDA

HISTORIA MISURIANA

DE

VALENCIA Y SU REGION

NOVEDADES Y RECTIFICACIONES

Depósito Legal: V-4318-1969

Impreso por ANUBAR

Darío de Valcárcel, 7

VALENCIA - 11.

HOMENAJE AL DOCTOR DON ADOLFO RINCON
DE ARELLANO POR EL ADMIRABLE IMPULSO
QUE HA DADO A LA CULTURA VALENCIANA
AL FRENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE VALENCIA, QUE HA PATROCINADO
LA EDICION DE ESTA OBRA

INTRODUCCION

La investigación y el estudio de este tema requiere, como condición previa e inexcusable, el conocimiento directo de las fuentes, tanto árabes como latino-cristianas, su debido comentario y la aplicación más depurada de las normas modernas de crítica histórica: trabajo que sólo parcialmente y en condición inadecuada se ha hecho hasta ahora en España.

Como observa claramente E. García Gómez, es achaque lastimoso, aunque en cierto modo explicable por las dificultades de la iniciación en la filología y en la erudición oriental de nuestra historiografía medieval contemporánea, que la mayoría, por no decir la totalidad, de sus cultivadores en España, ignoren la lengua árabe. No pueden, por lo tanto, manejar directamente las fuentes en ella escritas, que son abundantísimas, prolijas, bien informadas, únicas para conocer lo que pasaba dentro de la España musulmana; y en cuanto a lo que pasaba en la frontera o en los contactos de ambas fracciones peninsulares, si no únicas (que muchas veces lo son) infinitamente más circunstanciadas que las cristianas, a lo menos en los periodos antiguos. Dicho se está de paso que sin un conocimiento, que ha de ser, si no cabal, más que

mediano del árabe, la historia de nuestra España musulmana no podrá hacerse, sino parcialmente y en muchos casos mal¹.

La intervención del Cid en Valencia, que llena de episodios trágicos la vida medieval de todo el Levante español, ha sido estudiada con tanta riqueza de fuentes cristianas como maestría por Menéndez Pidal, que ha aquilatado todo el valor de esas fuentes en un magistral e interesante libro², pero no ha podido sobrepasar las traducciones y comentarios que le han ofrecido dos grandes arabistas, Dozy³, primero; y Lévi-Provençal⁴ después; y, como veremos en el curso de esta obra, su incapacidad para estudiar directamente los datos suministrados por las fuentes árabes y su parcialidad cidófila contra los musulmanes, que se oponían al Campeador, nos han obligado, en varios casos, a una necesaria y justa rectificación.

No hemos tenido aún ni el historiador ni las fuentes indispensables para extender a otros periodos, con la debida amplitud y dominio de la materia, el conocimiento completo de la vida árabe de Valencia. Un solo escritor, el benemérito Piles Ibars, compuso a fines del siglo pasado y publicó a principios del actual

1 Cfr. LEVI-PROVENÇAL, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba*, en "Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal", IV (Madrid, 1950), Introducción, p. X.

2 Cfr. Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid* (Madrid, 1947), 4.ª edición.

3 Cfr. R. DOZY, *Histoire des musulmans d'Espagne* (Leiden, 1932). Nouvelle édition revue et mise à jour par E. Lévi-Provençal, tercera ed., 3 vols.; y *Recherches sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne pendant le Moyen-Age* (Leiden, 1881), 3.ª edición, 2 vols.

4 Cfr. E. LEVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne musulmane jusque a la fin du Califat de Cordoue* (París, 1950-1953), 3 vols.

(1901) un libro entonces divulgado, que anunciaba una continuación¹. Piles puso todo su celo y sus conocimientos para darnos una historia ordenada con la ampliación de la vida valenciana en esa época; pero por su desconocimiento de la lengua y la civilización musulmanas, así como de las muchas y esenciales fuentes árabes, publicadas y comentadas exhaustivamente, después de aparecido su libro, ha tenido que acudir con demasiada frecuencia a la obra de Conde impresa en 1844²; se excusa con el buen cuidado que tuvo de no dejarlo solo, por los muchos errores de que ya se le acusaba, y procura acompañarlo con algún otro autor de más confianza, a su entender; pero esa confianza no la han corroborado en muchos casos las investigaciones posteriores. Ultimamente, el año 1965, se ha publicado el primer tomo de una *Història del país valencià*³, que debe abarcar toda la vida de la región valenciana, en cuatro tomos, redactada a base de los conocimientos ofrecidos por una bibliografía moderna. Aunque se asegura en el Prólogo, que en la estructura y redacción de esta Historia ha intervenido un equipo de autores especializados, esta afirmación sólo se ha cumplido en el capítulo inicial de ese primer tomo, que dedicado a la Prehistoria y a la antigüedad ha redactado con su probada competencia el Profesor Tarradell, cuyos trabajos de investigación y excavaciones son bien conocidos. No podemos decir lo mismo del capítulo dedicado a la Valencia musulmana, cuyas 163 páginas han sido redactadas por mi querido amigo y discípulo, el profesor Sanchis Guarner, quien, dejando

1 Cfr. PILES IBARS, *Valencia árabe* (Valencia, 1901), tomo 1, único publicado.

2 Cfr. José Antonio CONDE, *Historia de la dominación de los árabes en España* (Barcelona, 1844), 3 vols.

3 Cfr. *Història del País Valencià*. Miguel TARRADELL, *Prehistoria i antigüitat*; Manuel SANCHIS GUARNER, *Epoca musulmana*, I (Barcelona, 1965).

de lado sus estudios y trabajos literarios y filológicos, ha sabido aprovechar y resumir hábilmente los trabajos de Lévi-Provençal, de Menéndez Pidal y mis publicaciones para redactar un útil trabajo de síntesis con un resumen bibliográfico puesto al día.

Este es el triste sino de los estudios de investigación histórica: el verse condenados a una prematura vejez, sobre todo en el sector musulmán de las fuentes hispano-árabes, en el que tantos descubrimientos se han hecho estos últimos tiempos, y aún será más efímero el porvenir de estos mis trabajos con su mínima cosecha de datos nuevos, espigados en manuscritos incompletos y en mala conservación, cuando se llegue a encontrar y utilizar esas mismas fuentes en forma más completa y legible por las nuevas formaciones de investigadores nacidos en países árabes, que, con las normas críticas aprendidas en las universidades europeas, disponen de más elementos de investigación y encuentran en sus propios archivos y bibliotecas los manuscritos inéditos, que publican ya a ritmo acelerado, tomando nuestro relevo en el campo de la investigación histórica¹.

Valencia ha tenido dos eximios arabistas, cuyos talentos y profundos conocimientos islámicos se han demostrado en las obras que publicaron. El gran investigador don Julián Ribera² ha hecho geniales aportaciones a los estudios árabes con sus magníficos trabajos sobre los orígenes de la lírica provenzal y de la épica europea, la prehistoria del castella-

1 Basta citar, como ejemplo, *Fragmentos Geográfico-históricos de Ahmad ibn Umar al Uqri*, editados por el profesor de la Universidad de El Cairo Abd al-Aziz al-Ahwani; el tomo XIII del *Naẓm al ġumān* de Ibn al-Qatān, publicado por el Doctor Maḥmud Alī al-Makī en Rabat; el tomo II de *al-Mann bi-l-Imāma* prologado y anotado por Abd al-Hādī en Beirut, y la tercera parte del *Aṣmāl al-Aḥlām* de Ibn al-Jatīb, impresa en Casablanca por el doctor Mujtār al-Abādī y el prof. Muḥammad Ibrahīm al-Kinānī.

no, la música árabe con su influencia europea, y tantos otros trabajos de investigación, que han abierto nuevos panoramas a la contemplación de la vida interna del pueblo musulmán¹. En los primeros años de su vocación arabista, al estudiar las biografías de valencianos musulmanes, que publicó en colaboración con el patriarca Codera, dedicó su atención al pasado árabe de Valencia y dio a luz interesantes reflexiones críticas sobre su historia y los errores en que los historiadores regnicolas habían incurrido, al enfocar con tan escasos medios informativos la vida valenciana, antes de la reconquista. Descubrió el origen de muchos topónimos regionales, identificó el autor y el texto de la elegía árabe sobre la pérdida de Valencia; aunque luego estudios de más amplios vuelos requirieron su atención desde la cátedra de Madrid, no olvidó nunca sus primeros escarceos regionales y tanto en "El Archivo"², colaborando con don Roque Chabás, como en el "Almanaque de Las Provincias"³, dejó espléndidas muestras de su penetrante ingenio y hubiera podido hacer mejor que nadie la historia árabe de Valencia. Un discípulo suyo, caragentino como él, Pons Boigues, siguió la misma senda que su maestro y compuso un ensayo bio-bibliográfico⁴, obra que, premiada por la Biblioteca Nacional, manejan todos los orientalistas europeos que se interesan por la cultura de al-Andalus; y otra sobre los médicos y naturalistas, que desgraciadamente quedó inédita; la muerte prematura de su autor le impidió dar más pruebas de su sólida preparación y malogró

1 Véase su vida y obras en sus *Disertaciones y Opúsculos* (Madrid, 1928), 2 vols.

2 Cfr. "El Archivo". Revista de investigaciones históricas, I (Denia, 1886-1887), II (1887-1888) y IV (1890).

3 Cfr. *Almanaque* de "Las Provincias", periódico de Valencia, años 1907 a 1909, 1913, 1926 y 1927.

4 Cfr. FRANCISCO PONS BOIGUES, *Ensayo bio-bibliográfico de los historiadores y geógrafos árabe-españoles* (Madrid, 1898).

las esperanzas de que pudiera continuar aportando los materiales necesarios para componer la historia árabe, que tanto se echaba de menos.

El infatigable erudito don Roque Chabás, aunque no llegó a ser arabista, sintió verdadera pasión por el estudio de la Valencia medieval y en los siete volúmenes de su benemérita revista "El Archivo", gracias a la colaboración de Ribera y Codera, aclaró y puntualizó muchos pasajes dudosos o mal interpretados. Los clásicos historiadores de Valencia, desde Beuter hasta Escolano¹, se perdieron en la selva virgen de la historia musulmana, que apenas pudieron explorar, al extraviarse en su enmarañada evolución, sin más guía que los falsos cricones y las burdas fantasías de moriscos, como el descarado Miguel de Luna² con su descabellada historia, atribuida a Abū-l-Qāsim Tarīf. Lejos de pedirles cuentas por no llevar a feliz término una empresa para la que no contaban con medios ni preparación, hemos de admirar la erudición con que iluminaron todos los aspectos de la vida valenciana, a partir de la Reconquista, al disponer de fuentes mucho más numerosas y más asequibles para su empleo.

Además de hacer esta salvedad, hemos de reconocer que Valencia no mostró en general una fuerte y movida actividad política o guerrera en tiempos musulmanes; desde la invasión hasta la caída del califato, estuvo sometida a la autoridad central y se dejó poseer, sin imitar el gesto de episódica resistencia, que tuvo el conde visigodo Teodomiro en Orihuela, ni participar en las guerras civiles y en las continuas

1 Cfr. Pero Anton BEUTER, *Corónica general de toda España, y especialmente del reino de Valencia* (Valencia, 1604); ESCOLANO, *Historia de la ciudad y reino de Valencia* (Valencia, 1610-1611), 2 vols.

2 Cfr. Miguel de LUNA, *La verdadera historia del rey don Rodrigo* (Granada, 1502).

sublevaciones que perturbaron la vida política de sus vecinas Zaragoza y Murcia, y que ensangrentaron el suelo andaluz con las algaradas de los beréberes.

En el periodo de los reyes de taifas, la intervención del Cid en Levante, y el impacto que su conquista produjo en la Península, dio pie al libro de Ibn 'Alqama¹ y se reflejó en las fuentes árabes y en la *Primera Crónica General* con una extensa y viva exposición de sus peripecias, pero luego, durante las épocas almorávide y almohade, el poder central de los nuevos señores africanos o el gobierno de Murcia en manos de Ibn Mardaniš, dejan a Valencia alejada de extrañas aventuras, y sus hijos disfrutaban del Paraíso que en ella ven con su gran poeta alcireño, Ibn Jafā'ya², y se dedican a pulir su ingenio, a extremar su habilidad artística y a enriquecer el tesoro acumulado por sus sabios, historiadores y literatos. No es de extrañar, por lo tanto, que carezcamos, durante largos periodos, de fuentes de historia externa compara-

1 Contemporáneo del asedio y toma de Valencia por el Cid; autor del libro *La elocuencia evidenciadora sobre la gran calamidad*, única obra dedicada a este tema, que, aunque perdida hoy, fue aprovechada por las fuentes árabes posteriores, como *al-Bayān al-mugrib*, que se sirvieron de ella y a la que recurrieron las cristianas en la *Primera Crónica General*, la *Particular del Cid* y la de *Veinte reyes*, al traducirla parcialmente y con variantes.

2 Nació en Alcira el 450 (1058) y murió en 533 (1138). Fue, según el *Libro de las Banderas de los Campeones*, el mejor poeta de al-Andalus en la descripción de flores, ríos y cosas análogas. En su diwān, editado parcialmente en El Cairo en 1280 (1863), no sólo celebra las bellezas y el encanto de Valencia y de su ciudad natal, Alcira, sino que extiende sus elogios a toda la Península, al decir: "Oh habitantes de al-Andalus, qué dicha la vuestra en tener aguas, montañas, ríos y árboles. El Paraíso eterno no está más que en vuestro territorio; si me fuera posible elegir, éste sería el que yo preferiría. No creáis que mañana entraréis en el infierno; no es posible que después del Paraíso, se pueda entrar en el infierno." [Cita de H. PERES, en *La Poesie andalouse en arabe classique au XI siècle*, p. 116.]

bles a las citadas de la época del Cid, y que no podamos tener esperanzas razonables de encontrar los manuscritos inéditos de fuentes contemporáneas, que llenen, como deseáramos, los vacíos de su vida política. Sobre su historia interna nuestra ignorancia es aún mayor y sólo queda por acabar de explotar el filón descubierto en los diez volúmenes de la *Bibliotheca arábigo-hispana*, estudiados ya en parte por Ribera y por su discípulo Pons Boigues y la extensa gama de su producción poética, cuyos divanes y antologías sólo en parte han visto la luz.

Por mi parte he tenido que consagrar mis esfuerzos a aclarar los puntos oscuros de esta historia externa para aprovechar todas las fuentes nuevas no estudiadas a fondo hasta ahora, y guardar la debida imparcialidad histórica en el juicio de la contienda entre cristianos y musulmanes, que se disputan la posesión de Valencia; pero no he tenido las fuerzas y la preparación necesarias para estudiar a fondo sus actividades culturales, su vida económica, su agricultura, su arte y sus construcciones, que esperan la mano mágica que sepa evocarlas y darlas a conocer.

Al lado de estos investigadores españoles y europeos que se han ocupado de la historia musulmana de la Península ibérica y más especialmente de Murcia y Valencia en el Levante español, hay que reservar un destacado lugar al historiador egipcio Muḥammad^c Abd Allāh Cīnān, que durante más de treinta años ha dedicado su infatigable actividad al estudio de al-Andalus, que ha visitado repetidas veces para conocer sus monumentos, sus castillos y sus campos de batalla, así como para consultar sus archivos y los de otros países europeos, a fin de comprobar la verdad de sus afirmaciones, muchas veces contrapuestas.

مدينة بلنسية :

وهي قاعدة من قواعد المال القديمة ، وإليها تنسب الكورة ، وهي مدينة التراب . قال أحمد بن عمر : وهي مدينة مسورة ، قد أتنن سورها المنصور عبد العزيز بن عبد الرحمن بن أبي عامر ، ولا يعلم ببلاد الأندلس أتنن بناء من سورها ولا أجل منه . ولها خمسة أبواب : الباب الشرقي يسمى بباب القنطرة ، ويخرج منه على قنطرة قد صنعها المنصور عبد العزيز بن أبي عامر ، ليس في الأندلس أتنن منها ، وعلى هذه القنطرة تخرج الرفاق إلى طليطلة وسرقسطة وطرطوشة وما هنالك ؛ وبعده إلى ناحية الشرق باب يعرف بباب الوراق ، ويخرج منه ويسلك إلى الربض على قنطرة خشب يُعبر عليها الوادي إلى ربض هنالك ؛ وفي القبلة باب ابن صخر ؛ وفي الجوف باب الحنش ؛ وفي الغرب باب يعرف بباب بيطالة ؛ يليه في الغرب باب يعرف بباب القيسارية ، ومن هذين البابين تخرج الرفاق إلى غرب الأندلس وإلى دانية وشاطبة والجزيرة .

وقد اطبعت مدينة بلنسية بقلة الهم ، لا تكاد ترى فيها أحداً من جميع الطبقات إلا وهو قليل الهم ، مليئاً كان أو فقيراً ، قد استعمل أكثر تجارها لأنفسهم أسباب الراحة والفرج ، ولا تكاد تجد فيها من يستطيع على شيء من دنياه إلا وقد اتخذ عند نفسه مَغْنِيَةً وأكثر من ذلك ، وإنما يتفاخر أهلها بكثرة الأغاني . يقولون « عند فلان عودان وثلاثة وأربعة وأكثر من ذلك » . وقد أخبرت أن مَغْنِيَةً بلغت في بلنسية أكثر من ألف مثقال طيِّبة ، وأما دون الألف فكثيرات ؛ وهي أطيب البلاد وأحسنها هواء وأجملها بساتين . ولها * خِطَّةٌ فسيحة وهي بلدة منيعة ، جمعت البر والبحر والزرع والضرع والفواكه ، ولها سهل وجبل ومدن كثيرة وحصون . وفي سنة اثنتين وستين ومائة خرب الإمام عبد الرحمن بن معاوية بلنسية وشتت بَرْيَةً .

A él debemos un primer volumen sobre *El imperio islámico en España*, seguido de *Los monumentos moros en España y Portugal*, *Decisivos momentos en la historia del Islam*, *El fin de Al-Andalus en Granada* y la *Historia de los moriscos*, publicada en 1958, para continuar en 1960 con la gran novedad de un volumen de 467 páginas sobre *Los reinos de taifas*, que se estudian por primera vez todos los gobiernos surgidos en la Península, al hundirse el imperio omeya y en el que dedica capítulos especiales a Murcia, Valencia, Denia, las Baleares, Albarracín y Alpuente; estudia y coteja las fuentes árabes y cristianas, abriendo el camino para más amplias investigaciones, como la que ahora yo emprendo, y completa su trabajo con dos amplios volúmenes sobre los almórabides¹ y sobre los almohades² en los que estudia no sólo la historia política de esos dos imperios, que ya había yo estudiado y dado a conocer³; sino que también expone el desarrollo intelectual y los progresos hechos en las artes y las ciencias por los sabios e investigadores, sobre todo en al-Andalus, que tanto contribuyeron al esplendor de esos imperios africanos. Todos estos trabajos tan extensos y tan documentados, que hacen de su autor un español honorario, son por ahora inaccesibles a los investigadores que no conocen la lengua árabe, en que han sido publicados.

I

VALENCIA VISTA POR LOS MUSULMANES

1 Año 1964, 566 páginas.

2 Año 1965, 806 páginas.

3 Cfr. *Historia política del imperio almohade* (Tetuán, 1956-1957), 2 vols.

1. LA CIUDAD

Valencia fue poseída por el Islam más de quinientos años (714 a 1238), y en ella nacieron y vivieron muchas generaciones de musulmanes, que la tuvieron con razón por su patria, la amaron apasionadamente y contribuyeron con su elevada cultura y su afanoso trabajo a engrandecerla. Lo que sus cronistas, sus literatos y sus poetas pensaron de ella, y los testimonios escritos, que nos legaron, no pueden sernos indiferentes, aunque disten mucho de los juicios que merecían a los cristianos de la Reconquista, que con el Cid y don Jaime, el Conquistador, los atacaban y sólo veían en ellos usurpadores de mala fe, que con sus arterías y perjurios, más que con su valor guerrero, procuraban retener las ricas tierras fecundadas por su reconocida laboriosidad, que dio origen al proverbio de nuestros señores feudales: "el que tiene moro, tiene oro".

Desde la entrada de Tāriq y de Mūsā b. Nuṣayr en España hasta el fin del califato omeya, Valencia, apenas figura en las Crónicas árabes; y su vida se desliza pacífica sin intervenir en las frecuentes rebeliones interiores, ni tomar parte directa en las campañas contra los cristianos del Norte, hasta que los reyes de taifas y luego la actuación del Cid la hacen protagonista de grandes acontecimientos.

Las descripciones más antiguas

Aḥmad al-Rāzī, al tratar de la Península ibérica en la Edad Media¹, se ha limitado a decirnos que Va-

¹ Véase LEVI-PROVENÇAL, *La description de l'Espagne d'Aḥmad al-Rāzī*, en "Al-Andalus", vol. XVIII, fasc. 1, p. 51.

lencia es llamada la Ciudad de la tierra o del polvo [Madīnat al-turāb] por estar edificada sobre tierra de aluvión, sin base rocosa y no estar sus calles empedradas; se abren cuatro puertas en sus murallas construidas de piedra con cimientos de adobes. Es una de las más grandes ciudades y de las más famosas metrópolis de al-Andalus. Tampoco al-Idrīsī¹ nos ofrece ningún dato nuevo para hacernos una idea clara de su estructura y construcción, y hasta ahora sólo teníamos para completarlas las fuentes cristianas posteriores a la reconquista de Jaime I, que recogieron toda la nomenclatura, que les ofrecían los vencidos, que quedaron en la ciudad; pero, si bien el tiempo que medió entre la ocupación del Cid y la conquista definitiva no fue bastante para alterar mucho la fisonomía de Valencia, los informes que les transmitieron los vencidos y los nombres árabes que les daban, no fueron traducidos e interpretados debidamente.

La primera descripción concreta y pormenorizada de sus murallas, puertas y puentes, así como de sus barrios, calles y arrabales, nos la da el geógrafo levantino, al-^cUḍrī², que, por haber vivido

¹ Cfr. IDRISÍ. *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. DOZY y DE GOEJE (Leyden, 1864-1866), p. 191 del texto árabe, y 232-3 de la traducción.

² Nacido en Dalfías, provincia de Almería; es después de los dos al-Rūzī y de Ibn Gālib, el más antiguo geógrafo árabe de la Península. Sólo se ha conservado una décima parte de su importante obra, publicada recientemente por el Profesor 'Abd al-'Aziz al-Ahwānī, de la Universidad de El Cairo. La importancia que su publicación supone para ampliar nuestros conocimientos sobre la España musulmana ha sido puesta de manifiesto por el Prof. DE LA GRANJA en su interesante trabajo *La Marca superior en la obra de al-^cUḍrī*, publicado en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", VIII (Zaragoza, 1969); importancia e interés que se confirman con los datos inéditos que he encontrado en su texto para estudiar la topografía urbana de la Valencia musulmana y para aclarar muchos problemas inéditos de su historia en el siglo XI.

hasta el 478 de la Hégira (1085) y ser contemporáneo de los primeros reyes de taifas, nos ofrece datos inéditos, utilizados luego por al-Bakrī¹, muerto el 487 (1094), y por al-Himyarī, autor del *Rawḍ al-miṣṣār*², hacia el 886 (1481). Dice al-^cUḍrī que Valencia figuraba entre las más importantes capitales de al-Andalus, que sus murallas eran de piedra, asentadas sobre cimientos de adobe; y que su recinto, la obra defensiva más perfecta de toda la España musulmana³, fue levantada por el emir 'Abd al-^cAzīz, nieto de Almanzor y creador del palacio y parque *almunia*⁴ de su nombre en los actuales Jardines del Real.

Valencia en al-^cUḍrī

Por ello y antes de seguir adelante hay que recurrir a la geografía de al-^cUḍrī, a quien acabo de citar, ya que nos ofrece la descripción árabe más antigua y más completa de la Valencia del siglo XI, que él visitó. Vamos, ante todo, a traducir su texto y a comentarlo luego:

"Tiene murallas: se esmeró en construirlas 'Abd al-^cAzīz, el nieto de Almanzor, y no se conoce en al-Andalus ciudad de muros más perfectos y más hermosos. Tiene cinco puertas; la puerta de Levante se llama la Puerta del Puente [Bāb al-Qanṭara] y se sale de ella por el puente, que hizo el mismo 'Abd al-^cAzīz, y no hay en al-Andalus más perfecto que él⁵; por ese

¹ Que fue su discípulo y cuya *Description de l'Afrique septentrionale* fue publicada por el Barón De Slane (París, 1911).

² Texto árabe y traducción francesa de E. LÉVI-PROVENÇAL (Leiden, 1938); versión castellana en "Textos Medievales", 10 (Valencia 1963).

³ Cfr. AL-^cUḍRĪ, p. 17-18 del texto árabe.

⁴ Nombre que se ha conservado en varias poblaciones españolas.

⁵ Debía ser de piedra, aunque no lo dice expresamente. Una de las habituales avenidas del río Turia lo destruyó con la torre defensiva que lo protegía, en el mes de octubre del año 481 (1088), según IBN AL-QAR-DABŪS, en *Loci de Abbādidis*, edic. DOZY, t. II, p. 24. Fue la más antigua riada hasta hoy conocida.

primer puente salen los convoyes hacia Toledo, Zaragoza, Tortosa y lo que hay en esa dirección. Después hacia el lado de Levante, está la puerta conocida por Bāb al-Warrāq¹; se sale de ella, y por un puente de madera se cruza el río hacia el arrabal que hay allí. En la dirección de la Qibla -o sea hacia la Meca- está la Puerta de Ibn Šajar²; y hacia el Norte, la Puerta de la Culebra [Bab al-Ḥanaš]; y en el lado de Poniente, la puerta llamada de Baytāla; y junto a ella, por el lado oeste, la puerta conocida por Bāb al-Qay-sāriya [de la Alcaicería]. Por estas dos puertas salen los convoyes hacia el Oeste de al-Andalus y hacia Denia, Játiva y Alcira³.

Ante todo hay que explicar la orientación que da nuestro autor a estas puertas, basada erróneamente en la forma triangular, que, siguiendo a Ptolomeo, dan los geógrafos árabes a la Península ibérica, al fijar sus tres ángulos en Tarifa, al Sur; en el cabo de Finisterre, al Oeste; y en Port Vendres (Portus Veneris) [Ḥaykal al-Zuhāra], en el Este⁴. El *Repartiment* confirma y repite los nombres dados a estas puertas, aunque los deforma de modo muy variado, al transcribirlos del árabe al español, excepto en la primera, Bāb al-Qanṭara, ya que ese nombre y su diminutivo Alcantarilla son tan comunes en nuestra toponimia. La segunda puerta (Bāb al-Warrāq) ha tenido

1 El papeler o el memorialista.

2 Šajar significa roca.

3 Cfr. AL-ʿUDRĪ, texto árabe, p. 18. Damos reproducción.

4 Según expuso C. F. SEYBOLD en su artículo sobre *al-Andalus* (1.ª edición de la *Encyclopédie de l'Islam*, I, pág. 354). Ribera Tarragó, por su parte, ya anotó con extrañeza el hecho de esta equivocada orientación en la región valenciana, al observar que geógrafos e historiadores como al-Idrīsī e Ibn al-Abbār colocan a Paterna al este de Valencia, cuando está al N.O.; y a Silla y Cullera, al O. *bi garbi Valensia*, en vez del Mediodía; y por ello es tradicional en sus playas llamar viento garbí o sea del S.O., al que es del S.E. (Cfr. *Disertaciones y Opúsculos*, II, págs. 272-3).

varias transcripciones que han pasado desde la casi exacta de Beb al-barrac, Beb Uarach y Beb Huarrach para acabar en Bab al-Virach, que es aceptada por Menéndez Pidal en su plano, sin reconocer su origen y sus deformaciones. La Bāb Ibn Šajar (Puerta del Hijo de Šajar) pierde el Ibn y se transcribe como Bab Açaçar, Bab Açaçar y Bab Açaçar. Menéndez Pidal acepta esta última lectura¹ y Lévi Provençal, al reproducir el mapa del anterior, la transforma en Bāb al-Faraḡ².

Las puertas de la muralla

Al-ʿUdrī no cita la Bāb al-Šarī^C, pero poco después de su muerte, ya en 1088, aparece, adosada a los muros de Valencia, llegando de Játiva, "un lugar que era oratorio o los moros fazien oración en sus fiestas, et dizienlo en su arábigo exerea"³. Este nombre figura en el *Repartiment* como Exerea o Xerea; y su puerta la sitúa Ribera⁴, equivocadamente, en la actual Plaza de la Congregación, como veremos luego; y por ella se salía a la antigua Šarī^C a o Mušalla⁵, cuyo distrito foráneo era el terreno comprendido entre esa Plaza de la Congregación, el Puente del Mar y el Temple. Su nombre se ha conservado en la calle de la Xerea, algo deformado en Exedrea hasta hoy (desde la calle de la Congregación hasta la puerta del Temple).

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, I, p. 428, mapa.

2 Cfr. LEVI-PROVENÇAL, *Historia*, III, pág. 340.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL (Madrid, 1905), cap. 880, p. 551 b.

4 Cfr. RIBERA, *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 329.

5 Cfr. LEVI-PROVENÇAL, *L'Islam d'Occident. Les noms des portes. La bab al-šarī'a et la šarī'a dans les villes de l'Occident musulman au Moyen Age*, p. 44-78. L. TORRES BALBAS, *Mušalla y Šarī'a*, en "Al-Andalus", vol. XIII, fasc. I, p. 167-80.

derribadas de la Exerea llegan hasta el río Guadalauiar y a la dicha puerta de Barbarachar¹.

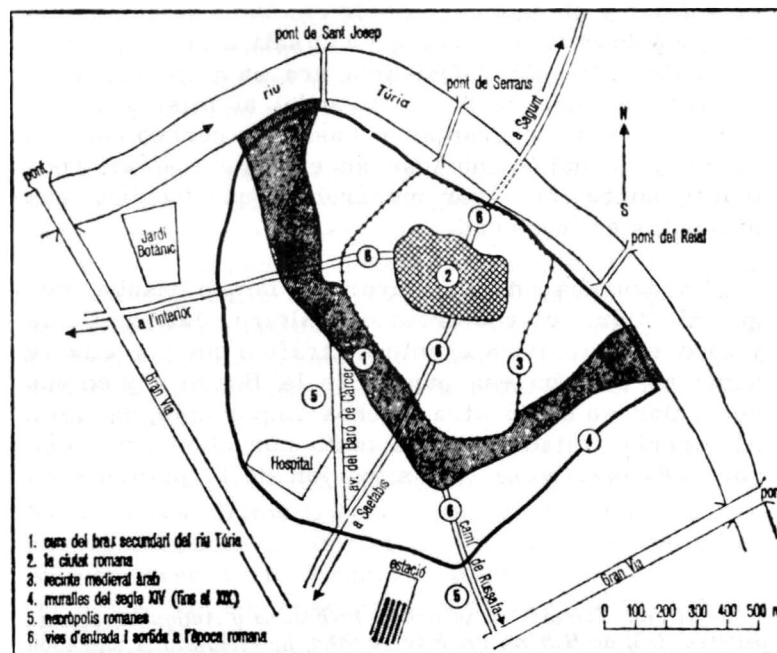
Gracias a esta interesante aclaración, se explica que al-^CUđrī no mencionela puerta de la Šarī^Ca o Xareea por ser una puerta secundaria, destinada a poner en contacto a la ciudad con ese campo de la "Šarī^Ca" o "Mušalla", consagrado a las oraciones rituales, y con el arrabal, y que finalmente la puerta de Ibn Šajar no se puede colocar más que al lado de la torre del Temple o de ^CAlī Bufāt.

La puerta de Ibn Šajar, pequeña y estrecha, no tuvo la importancia, como medio de comunicación, que adquirió la de la Boatella, ni se dirigieron contra ella los ataques del Cid ni de don Jaime, pues la protegían la torre y las murallas más fuertes de la ciudad. Tuvo entre los conquistadores del *Repartiment*: el nombre de ^CAlī Bufāt, deformación que no podemos rectificar; y sobre ella se alzó el pendón de don Jaime, al rendirla, e hizo el Cid que su mujer, doña Jimena con sus dos hijas, desde su altura, contemplasen admiradas las bellezas de su huerta, más que la de la ciudad, en la que sólo se destacaba la densidad de su población, que encerrada entre estrechas murallas, vivía en casas bajas de modesta apariencia, agolpadas en calles tortuosas y sombrías, cruzadas por callejas sin salida², con cobertizos y bóvedas sobrepuestas, sin que se guardase ninguna ordenación viaria, ni hubiese apenas regulación higiénica, pues los escombros, la basuray las inmundicias se amontonaban sin el menor reparo en todos los rincones. En el centro de la ciudad había plazuelas de mercado que subsistieron siglos después, como la de las gallinas, la de las coles

¹ Cfr. MIRET Y SANZ, *Les cases de Templers y Hospitalers en Catalunya* (Barcelona, 1910), p. 255; y *Repartiment*, p. 290.

² Son los azucach tan citados por el *Repartiment*, derivación de *al-zuqaq*, que en árabe significa bocacalle o barrio; y que en el romance de la Reconquista tiene la acepción de callejón estrecho y lóbrego, generalmente sin salida y casi siempre sin nombre.

y la de la leña; y por si esto fuera poco, los enterramientos eran libres, lo mismo en los cementerios que al pie de las mezquitas, costumbre que subsistió, muchos años después, en las iglesias. Durante el asedio del Cid, "se finchio la plaça del alcázar de fuessas en derredor de la mezquita et las plaças de la villa et derredor del muro"¹. Y como por otra parte las calles formadas en un terreno de aluvión, sin empedrar, estaban polvorientas en verano y encharcadas en la época de lluvias, hicieron que los propios musulmanes la llamasen la ciudad del polvo (*madīnat al-turāb*).



¹ Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, p. 585 b.

Por la parte norte, en lo que fue distrito de Roterros y está hoy el puente de San José, había, desde los tiempos hispano-romanos, una depresión por la que discurría un brazo del Turia¹ que seguía el cauce formado por la calle Baja, la Bolsería, plaza del Mercado, la desaparecida Bajada de San Francisco, calle de las Barcas y el Parterre, para volver a unirse al río en la Plaza de Tetúan. Desviado por el altozano del Tosal, en la antigua vía romana que entraba en la ciudad, servía de foso a la muralla y de desagüe para las fuentes más elevadas de la ciudad. No sabemos cuando, ni por quién se cerró la boca de ese cauce, que ya debía estar tapada cuando ^CAbd al-^CAzīz construyó en el siglo XI las murallas tan celebradas por su solidez y elegancia, y desde entonces se debió cultivar y poblar el terreno, que a la salida de las puertas de la Boatella y de al-Qaisaría era un amplio pastizal encharcado, que se fue cultivando, al mismo tiempo que se cubría de granjas y casas de recreo con sus calles y acequias anotadas en el *Repartiment*, y pobladas sobre todo por mozárabes, que vendían sus productos en la ciudad.

La cruzaba una vía mayor por la que pasaba, según al-^CUdrī² el comercio con Alcira, Játiva, Denia y todo el Sur. Para el intenso tráfico que por ella se hacía no bastaba esa puerta de la Boatella y en sus cercanías se abrió otra, menos importante, la de la Alcaicería, citadas ambas tanto por al-^CUdrī como por el *Repartiment*. La situación de la primera ha

¹ El Prof. Tarradell en su trabajo *Prehistoria y Antiquitat*, primera parte del t. I, de *Història del País Valencià*, ha estudiado la formación de la ciudad romana y, gracias a los sondeos arqueológicos realizados hasta ahora, ha podido señalar el brazo secundario del río, que con el curso principal del Turia parecen haber encerrado en una isla llena de manantiales y canales el solar de la primitiva fundación romana, según el esquema que nos ofrece (p. 125), y que nos permitimos reproducir.

² Cfr. AL-^CUdrī, p. 18 del texto árabe.

sido bien fijada por Rodrigo Pertegás¹ cerca de la actual parroquia de San Martín, entre la calle de Cerrajeros y lo que fue el Horno de la Pelota, hoy plaza de Mariano Benlliure. Tenía como defensa una torre albarrana [exterior], que fue asaltada y quemada, durante el asedio de don Jaime I. En su campo se formó un arrabal lleno de quintas, jardines y parcelas cultivadas, que regaba la acequia de Roterros y que cruzaban, además de la vía grande dirigida al Sur, otras transversales que iban al Turia y que llegaban por Roterros a Cuart de Poblet. Se levantaron en esa zona un cementerio y mezquitas, una de las cuales se transformó luego en la parroquia de San Juan de la Boatella; otra fue derribada para construir casas a raíz de la conquista; y en uno de sus barrios, el de Acigura, se montaron fundíbulos durante el asedio, para lanzar proyectiles contra sus murallas, que estaban protegidas por fosos de agua.

La puerta de la Culebra (Bāb al-Ḥanaš) la sitúa nuestro autor al Norte de la ciudad, cuando en rigor, dada la deficiente orientación de los geógrafos árabes, a que antes he aludido, debería colocarse al Noroeste, en la actual calle de Valldigna; en sus afueras había un cementerio, citado varias veces en la *Bibliotheca arábigo-hispana*; y ante ella, como veremos después, sufrió el Cid un pequeño fracaso durante el sitio que puso a Valencia.

La puerta de la Culebra (Bāb al-Ḥanaš), que el *Repartiment* llama Bab al-Haix, se abría en la zona que después fue Portal de Valldigna y calle de Salinas; en su exterior había un alfondac y un cementerio: de ella se conservaban a principios de este siglo los cimientos de su muralla; y a la altura de la calle de Salinas, un arco o portal que por un estrecho pasadizo debió conducir a la gruesa y robusta torre

perfectamente conservada¹. En sus inmediaciones inició el Cid un asalto a la ciudad, que fue frustrado, como veremos más adelante, y, una vez rendida la ciudad, salió por ella para derrotar a los almorávides en la batalla de Cuarte. Al evacuar los musulmanes en gran número el casco urbano, se puso a la disposición de los que no se sintieron con ánimos para abandonar sus hogares y sus bienes, los terrenos extra-muros del antiguo distrito de Roterros, que llegó a estar amurallado, y en su interior se levantó una mezquita, mercados y servicios en régimen islámico, reconocidos en el pacto de rendición. Sus límites se pueden señalar por una línea que, desde el alfondac de la calle Alta, iba a pasar detrás del horno de la Cadena; y, formando un ángulo hasta la mitad de la calle de la Corona, llegaba al Camí de Cuart; y, después de pasar por el Tosal y la plaza de San Jaime, torciendo a la izquierda, iba a cerrar el circuito junto al alfondac citado de la calle Alta².

Finalmente la puerta de la Boatella (Bāb Bayṭala), que nuestro autor coloca en poniente, puede localizarse al Sur, en la calle de San Vicente, en las inmediaciones de la iglesia de San Martín, entre la calle de Cerrajeros y la Plaza de la Pelota, hoy calle de Mariano Benlliure. Su etimología y significado han sido mal interpretados por los historiadores regnícolas; en un inepto alarde de arabismo, han leído Bayt Allāh (la Casa de Dios), que no tiene sentido en una puerta. Hay por lo tanto que darle un origen latino, ya que, como observa acertadamente Lévi-Provençal³, ciertas puertas de ciudades españolas tenían nombres romanos, correspondientes probablemente a barrios si-

1 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *La urbe valenciana en el siglo XIV*, p. 335.

2 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *La judería de Valencia*, en Apéndice a la obra de SANCHIS SIVERA, *La iglesia de Santo Tomás*.

3 Cfr. *L'Islam d'Occident. Notes de toponomastique hispano-maghrebine*, p. 51.

tuados "intra" o "extra muros". Así en Málaga había la Puerta de Fontanella (Bāb Fontanalla); la actual de la Macarena en Sevilla era conocida como Bāb Makarana. De acuerdo con esta idea se ha querido dar también a esta puerta de la Boatella un origen románico, como diminutivo de Boyata, terreno dedicado al pasto del ganado vacuno¹.

Evolución urbana

El plano de la ciudad de Valencia en los tiempos inmediatos a la reconquista de Jaime I, se ha podido precisar bastante, según observa Ribera Tarragó², gracias a los trabajos de los eruditos locales, que como él mismo y Rodrigo Pertegás³, Sanchis Sivera⁴ y Chabás⁵, se consagraron con el mayor interés y meticulosidad a estudiar las lentas transformaciones que sufrieron su casco urbano y sus suburbios o arrabales, durante los siglos XIII y XIV. Pero en la toponimia de la Valencia musulmana queda aún mucho por aclarar, debido, tanto a la falta de textos inéditos, como de investigadores, que con la excepción de Ribera Tarragó, conociesen el árabe, el latín y el romance, para desembrollar la maraña en que se han envuelto los nombres árabes.

1 Sin que pueda apoyarse esta etimología en ningún documento probatorio. Ya Ribera observó (t. II, p. 317) que muchos poblados de la zona valenciana, entre ellos Nacarella y Andarella, conservaron en tiempos musulmanes su nombre romance.

2 En sus *Disertaciones y Opúsculos* (Madrid, 1928).

3 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *Roterros y La Boatella* (en "Almanaque" de "Las Provincias", años 1915 y 1916), *La judería de Valencia* (en Apéndice a *La Iglesia de Santo Tomás*, por SANCHIS SIVERA, p. 243 y sigts.); y la Sección segunda de *La urbe valenciana*, en "III Congrès d'Historia de la Corona de Aragó" (Valencia, 1923), p. 300 y siguientes.

4 Cfr. SANCHIS SIVERA, *La Iglesia de Santo Tomás. La Catedral de Valencia. La diócesis valentina. Estudios históricos* (Valencia, 1923).

5 En los siete volúmenes de su revista "El Archivo".

El célebre *Repartiment* de Valencia no pasa de ser un mero registro en el que constan lacónicamente extractadas las numerosísimas donaciones que, en documentos más extensos, iba el rey otorgando a entidades y particulares, sin que se hayan conservado más que unos pocos originales de esas donaciones¹. Las minutas redactadas por diversos escribanos, todos ignorantes del árabe, ofrecen una variedad increíble en las transcripciones, tomadas al oído, del mismo nombre; y por si esto fuera poco, las hojas del original, tal como ahora se encuentra y se ha publicado², se hallan en lastimoso desorden y mal estado de conservación.

La Valencia conquistada por don Jaime debió variar muy poco, desde que el Cid entró en ella en 1094. Debió tener una figura ovoidal, con un diámetro de una milla aproximadamente desde la Puerta de al-Qántara hasta la de la Boatella. Encerrada entre sólidas murallas, estaba densamente poblada y la aglomeración y pequeñez de sus edificios era tal que, al ser ocupada y repartirse sus casas entre los conquistadores, daba don Jaime dos casas musulmanas para formar una cristiana³. El Cid no tuvo problemas de alojamiento, ya que tanto sus soldados, como los cristianos que le siguieron, eran poco numerosos, comparados con los de don Jaime; y gran parte de sus habitantes musulmanes se trasladaron al arrabal de la Villa Nueva o emigraron; y la primera medida que tomó el Cid fue que el obispo don Jerónimo con su clerecía "restolassen las mezquitas, que eran en la ciudad de Valencia en iglesias en que cantassen las

1 Algunos de los cuales, encontrados en el archivo de la Catedral de Valencia, he publicado en mi *Colección diplomática de Jaime I, el Conquistador* (Valencia, 1916-18).

2 Cfr. Próspero de BOFARULL, *Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, X (Barcelona, 1856).

3 Cfr. *Repartiment*, p. 253.

missas de Cristo et fueron fechas nueve parrochias"¹. No sabemos cual fue la transformada en Catedral² ni el lugar que ocupaban; parece ser, si creemos a Casiri, que el año 495, en el mes de rayab (19 de marzo a 20 de abril del 1102) o sea, al ser evacuada la ciudad por doña Jimena, la viuda del Cid, un musulmán ^CAbd Allāh b. Sa^Cid hizo en ella varias obras para readaptarla al culto del Islam³. No conocemos la ubicación de esas nuevas mezquitas convertidas en iglesias, pero, como don Jaime I imitó al Cid y ordenó transformar en iglesias parroquiales diez de las principales restauradas por los almorávides, al apoderarse de la ciudad, es muy verosímil que las mezquitas elegidas fuesen las mismas, dos veces restauradas; y como las nuevas parroquias quedaron ya definitivamente instaladas en ellas, podemos con cierta seguridad señalar su emplazamiento en el nuevo plano que hemos trazado, sin que tengamos medios para incluir en esalista las demás mezquitas, que habría en sus numerosos barrios, aunque el *Repartiment* alude a algunas de ellas.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 593; al innominado obispo mozárabe, que en 1092 huyó desde el arrabal de la Alcudia (la Zaydía) con el destacamento dejado por el Cid, al sublevarse los valencianos y llamar a los almorávides, lo confunde con el obispo francés don Jerónimo, que no pudo estar en Valencia en 1094, al ganarse la primera batalla contra los almorávides, sino en 1097, para ser consagrado en 1098. Este error obedece a la necesidad de poner tan anticipadamente a don Jerónimo en su sede para hacerlo intervenir en la leyenda de los infantes de Carrión, como veremos más adelante.

2 Véase SANCHIS SIVERA, *La Catedral de Valencia* (Valencia, 1909), pág. 4.

3 Cfr. CASIRI, *Bibliotheca arábigo-escurialense*, II (Madrid, 1770), pág. 136.

Los puentes

Se llamó al-Qanṭara (el Puente) por antonomasia, por ser el único que por entonces y mucho después, era de piedra: los demás, como el de al-Warrāq, en que se mató el rey [acequero] Mubārrak, eran de madera para el cruce de las acequias, y fueron muchas veces destruidos por las avenidas otoñales del río. Este de al-Qanṭara, que por excepción conservó intacto su nombre, al ser aceptado por el romance, tenía dos torres con barbacana en uno de sus extremos y debía ser muy amplio, pues el *Repartiment*, ocho años después de la reconquista de don Jaime, señala obradores entre su primera puerta y la media, cerradas con llaves y cadenas¹. Junto a la puerta había una al-hondiga [al-fundaq], almacén y alojamiento². Es de suponer que, cuando el *Repartiment* nos da estos datos, el año 1244, habían sido reparados mucho antes los desperfectos causados, hacia ciento cincuenta y seis años, de que nos dio cuenta el *Kitāb al-iktifā*: Muy cerca de este puente había una mezquita, quizá la reconstruida por ^CUbayda Allāh³, que fue transformada en la parroquia de San Bartolomé. Había una calle del Puente, que debía corresponder a la actual de Serranos; y en sus inmediaciones se cita la de Alpoznal, en la que don Jaime dio casas a diecinueve conquistadores⁴; y entre éste, y el próximo puente de al-Warrāq, que también estaba guardado por dos torres con barbacanas, concedió un huerto⁵.

Al Oeste del puente de piedra y en dirección a la Puerta de la Culebra (bāb al-Ḥanaš), se instaló a

1 Cfr. BOFARULL, *Codoin*, X, p. 290.

2 Cfr. BOFARULL, *Codoin*, X, p. 310.

3 Citada antes por Casiri, en la nota 3 de la página anterior.

4 *Repartiment*, en *Codoin*, X, p. 194 y 227).

5 Cfr. *Repartiment*, en *Codoin*, X, p. 312.

ochocientos hombres de Teruel y se dió su nombre a ese barrio¹.

La judería

La Judería formaba también barrio aparte y estaba intra muros de la puerta de la Exedrea (Bāb al-Šarī'a), y por lo tanto incluida en la que luego fue parroquia de Santo Tomás, pero al extenderse por la rambla o explanada exterior hasta cerca del río y ser luego ocupada por los cristianos, conservó las características de su urbanización medieval en el pequeño rincón cuadrado de la calle del Mar, en la tortuosa y casi excusada calle de la cárcel de San Vicente y en la calle del Milagro, que era un callejón infecto y sin salida². Entre los demás lugares, que dentro de la ciudad han podido ser localizados, figuran el barrio de Avingahaf (Ibn Ŷahḥāf) o sea el cadí que rindió la ciudad al Cid y a quien debe aplicarse también la plaza del Cadí (Raḥbat) plaza y sector en el centro de la ciudad, que iba desde la Plaza de la Figuera, por la calle de Santa Catalina y su plaza a la que ahora es la de Zaragoza con los edificios y bocacalles de sus inmediaciones. Detrás de la mezquita, que luego fue iglesia de Santa Catalina, se extendían hacia el Oeste la Carnicería y el Matadero por el terreno que luego ocuparon las calles del Trench y de Ercilla³. No se sabe por que se dió a este sitio de la carnicería musulmana el nombre latino de Valle del Paraíso, que luego se llamó Plaza del Cid.

1 Cfr. *Repartiment*, en *Codoin*, X, p. 172.

2 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *La judería de Valencia*, en apéndice F a SANCHIS SIVERA, *La iglesia de Santo Tomás*.

3 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *La urbe valenciana en el siglo XIV*, p. 332, y RIBERA TARRAGÓ, *La plaza del Alcaide*, t. II de *Disertaciones y Opúsculos*, pág. 319.

2. EL PAISAJE VALENCIANO

Según los poetas

Los poetas árabes de los siglos XI y XII, al tratar de Valencia, prescinden, en general, de describirla como ciudad y se limitan a cantar la fertilidad de su tierra, la suavidad de su aire y la hermosura de sus parques y jardines, que se sucedían sin interrupción, al lado de huertos regados con el agua de su río. Según ellos, Allāh la ha revestido con el brocado de la belleza, ribeteado por las franjas del mar y del río.

Todos sentían la seducción de sus fértiles campos, de sus rincones umbríos, refrescados por sus acequias y su río, mientras que la montaña no tenía ningún atractivo para ellos. El esplendor del parque de Ruzafa y la *almunia* de ʿAbd al-ʿAzīz, lugares bien conocidos e identificados, figuran en las descripciones de sus literatos, al lado de al-ʿYirs [La Calzada], al-Gurf [el Ribazo] y al-Ramla [la Rambla o Arenal], lugares hasta ahora no identificados. Como sitios más atractivos de sus alrededores nos hablan de al-Ḥara [Alfara], al-Kanīsa [la Iglesia] que puede ser el arrabal de San Vicente de la Roqueta; de Manzil Ata [Mis-lata], residencia del liberta Ata; y del Manzil Naṣr [Masanasa] residencia de Nasar¹. Pero cuando con más nostalgia ponderan las bellezas y atractivos de Valencia y de su huerta, es al verla caer en manos del Cid. Han desaparecido para ellos las arboledas llenas de frescor y los campos verdes, donde se desbordan las acequias; hasta su Albufera y el mar los ven privados de los rayos solares en sus mañanas brillantes y se preguntan ansiosos qué crimen tan inaudito ha cometido esta ciudad para que haya cesado en

¹ Carta de Ibn ʿAmīra a Ibn al-Abbār, citada por *al-Rawḍ al-miʿtār*, p. 48 del texto y 61-62 de la trad. de Lévi-Provençal.

ella la llamada a la oración en sus alminares y se ensordezcan los oídos con el repique de las campanas. Son muchas las dolientes epístolas¹ y las angustiosas elegías en que se lloran sus desgracias y se comentan las increíbles penalidades a que los sometió el Cid, durante el doble asedio de veinte meses lunares, el más largo y penoso sufrido por una ciudad musulmana durante toda la Reconquista².

El poeta valenciano que cantó con más profusión y ternura a su patria chica, fue al-Ruṣafī, oriundo de la Ruṣafa valenciana, que vivió en el siglo XII. Pasó parte de su vida ausente de su tierra y siempre parece que estuvo afectado por una profunda nostalgia, que se manifiesta en una solemne *qasīda*³, que comienza con arreglo a los moldes más antiguos de la poesía del desierto arábigo y dice así:

Es que alguien ha pronunciado el nombre de Valencia?
Amigos míos: Deteneos conmigo y hablemos de ella,
pues su recuerdo es como el frescor del agua
en las entrañas ardientes.

Deteneos de buen grado y calmad vuestra sed,
pues en ella es seguro que la lluvia ha de venir.

Pedid la lluvia en la Calzada y en la Ruṣafa:
seguro que la lluvia regará la Ruṣafa y la Calzada.

Es mi patria: allí se encañonaron de pluma mis alas,
cuando yo era un pequeño pajarillo,
y su solar me abrigó como nido.

¹ El *Rawḍ al-miʿtār*, al citar otra de Ibn ʿAmīra, célebre historiador, jurista y poeta nacido en Alcira en 582 (1186) (p. 49-52 del texto árabe, y 65-66 de la trad.), y la de Ibn al-Abbār, no menos célebre literato valenciano, cuya biografía puede verse en PONS BOIGUES, *Ensayo biobibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabe-españoles*, n.º 253, p. 291.

² Aunque en rigor fueron dos sitios con un intervalo de varios meses en la primavera y verano de 1093.

³ Traducción del Prof. E. TERÉS, *Textos poéticos árabes sobre Valencia*, en "Al-Andalus", vol. XXX, p. 291 y sigs.

Fue mi cuna. Fue una dulce vida gozada en la tierna infancia.
¡Dios no permita que jamás la olvide!

No hay otra como esta tierra, repleta de almizcle,
donde la brisa llena sus odres de perfume,
cubierta de plantas cargadas de flores,
sobre las cuales parece que brillan el oro y la plata.

Cursos de agua que cabrillean como la Vía Láctea,
con las orillas cuajadas de flores enredadas con más flores.

Bella como lo mejor de una vida que fue dulce.

Alegre, como lo más hermoso de una juventud que ya pasó.

Valencia es esa esmeralda sobre la que corre un río de perlas.

Es como una novia en la que Dios puso toda la hermosura
y le dio una eterna juventud.

En ella brilla perpetua una luz refulgente
porque el sol juguetea con el río y la Albufera.

Y en otro pasaje amplía esta idea así:

ومَهْدُ الشَّيْءِ تَحْسِبُ أَدَّ * مَتَسَيِّكُ مِنْ دَرَّةٍ لَصْفَائِحِ
فَأَيُّ عَلِيٍّ مَعَ الْهَجْرَةِ سِرْحَةً * صَدَلَتْ لِهَيْئَتِهَا صَفِيحَةً مَالِكِ
وَنَرَاهُ أَزْرَقَ فِي غِلَالَةِ سُنْدُسٍ * كَالدَّارِغِ أَسْتَقْلَى لُغْلُكُ لَوَائِدِ

que el Prof. García Gómez ha traducido:

El río, de murmuradoras orillas, te haría creer
por su limpidez que es una corriente de perlas.

A mediodía le cubren de sombra los grandes árboles,
dando un color de herrumbre a la superficie del agua.

Y así lo ves, azul, envuelto en su túnica de brocado,
como un guerrero con lorica tendido a la sombra de
su bandera¹.

Para decir en otro lugar:

Una tarde serena, la pasamos bebiendo vino
helado.

El sol, al declinar, apoyaba en la tierra la mejilla,
para el descanso.

El céfiro levantaba la cola de la túnica de los alcores;
la faz del cielo parecía la lisa superficie del río.

¡Bien por nuestra morada, donde se bebe por la noche,
en un sitio que no nos deleita más que el zureo de las
palomas!

Gorjean las aves, languidecen los ramos, y la tiniebla
se bebe el rojo licor del crepúsculo.

¹ Cfr. texto y traducción de Emilio GARCÍA GÓMEZ, en *El libro de las banderas de los campeones* (Madrid, 1942), página 85 del texto árabe y página 252 de la traducción.

Al lado de este ejemplo representativo de lo que los poetas árabe-españoles han pensado y expresado abundantemente en sus elogios sobre Valencia, o mejor dicho sobre su vega, señala el Prof. Terés una idealización, también muy general, en la que se proclama que esta tierra es un verdadero Edén, un Paraíso. Ha ido muy lejos en este aspecto el poeta Ibn al-Zaqqāq, al decir:

Valencia es un Paraíso excelso
con sus árboles umbrosos y sus frutos;
fuentes de vino generoso, con la fuente Salsabil¹
y la fuente de la vida, corren por ella.

Este poeta emplea las palabras con que el Corán describe el Paraíso Eterno. Otro valenciano, Ibn al-Abbār, emplea las mismas alusiones alcoránicas, pero en forma más atenuada:

Nadie siente más añoranza que yo
por una vida que pasó entre la Ruṣafa y la Calzada.
Paraíso en la Tierra, de sin igual belleza,
por el cual corren los ríos en todas direcciones.

"Al-Ŷisr"

El profesor Terés, que ha recogido y comentado este y otros varios textos árabes sobre Valencia, algunos de los cuales aquí transcribo, ha observado la frecuencia con que se presentan repetidamente apareados dos topónimos de la Valencia musulmana, "al-Ruṣafa" y "al-Ŷisr", que traduce Ruṣafa y el Puente²; el primero no ofrece dificultad en su identificación; el segundo sí, ya que tiene dos significados,

¹ Del Paraíso musulmán.

² Ni el texto del *Rawḍ al-miṭṭar*, ni en sus citas de Ibn 'Amīra y de Ibn al-Abbār figuran para nada sus puentes, y sí solamente los sitios de placer que se distinguen por su belleza, como al-Ŷisr y ar-Ruṣafa, cuyos ornatos asocian a los atractivos de sus arboledas y al zureo de sus palomas (p. 47 del texto, y 59 y sigts. de la traducción).

Puente y Calzada. En este caso parece claro que los poetas se refieren a dos lugares de recreo muy señalados por su belleza y atractivos, y no se puede aplicar conjuntamente a un puente y a un parque frondoso¹.

Al-^cUḍrī, más antiguo que aquellos poetas, sólo emplea la palabra Qántara para designar tanto al puente de piedra construido por el primer rey ^camirī, ^cAbd al-^cAzīz, como al de madera, que, más abajo, en el cauce del río, daba paso a la *almunia* o jardines del arrabal de la Villanueva, propiedad real y no parque público. En este caso el *ḡisr*² no puede ser más que otro sitio de esparcimiento público, comparable al de Ruṣafa por su frondosidad y atractivos. Es preciso, por lo tanto, darle el significado de Calzada o explanada, con el que también figura en los diccionarios árabes y que en este caso sería una amplia avenida, quizá en la zona en que el brazo que, desde el barrio de Roterros, bajaba por el llano de la Boatella para desembocar en el río; y que al dejarse seco, no sabemos en que fecha, ofrecería un amplio margen para dedicarlo al recreo, y su perspectiva tendría más alicientes de belleza que un puente de piedra construido a mediados del siglo XI, y que muy pronto sufrió los embates de una riada, que lo destruyó en 1088, antes de que lo pudieran tomar como blanco de su admiración y de sus elogios los poetas de los siglos XII y XIII³.

El prof. Terés para fundamentar esa vinculación de un parque espléndido con un puente de piedra, que sería muy útil, pero muy impropio para lugar de es-

1 Ruzafa estaba situada en el siglo XI a unos dos o tres kilómetros de la ciudad; y lo que este poeta celebra es su aldea natal y los campos que la rodean, entre el río, la ciudad y su pueblo; y no el puente alejado de éste, al nordeste de Valencia, en lo que hoy es el puente de Serranos.

2 Significa en primer lugar puente y en segundo, calzada. Véase DOZY, *Suplement aux dictionnaires arabes*, sub verbo.

3 El hecho de pedir al-Ruṣafi la lluvia benéfica para Ruzafa y al-*ḡisr*, indica claramente que se trata de dos atractivos lugares de esparcimiento; y no tiene sentido el pedir la lluvia para un puente, que, además de no necesitarla, tenía agua y la tiene todo el año.

parcimiento, tiene que recurrir a la comparación que ofrecía con la Ruṣafa de Bagdad y su *ḡisr*, que en este caso se toma por un puente sobre el Tigris, que cita un poeta del siglo IX¹.

La "Walaḡa"

Otro lugar de la Valencia musulmana, hasta ahora sin identificar es la "Walaḡa"², topónimo que también se encuentra en la zona de Murcia y en otros lugares de la Península y del mundo arabófono. Su significación genérica es: porción de terreno que queda en el interior del recodo de un río. Sin más datos, se podría tomarlo como un apelativo general de los bellos y fértiles valles, que se llaman las huertas de Murcia y Valencia. Pero esta localización es muy vaga, al tratarse de Valencia, y hay que recurrir a varios pasajes del mismo Ibn al-Abbār que nos permiten localizarlo mejor.

Cuando el año 538 [1143] el walí o gobernador de Valencia ^cAbd Allāh ibn Muḡammad, sobrino de Ibn Gāniya, salió de la ciudad, envió a su familia, sirvientes y bagajes a Játiva; y la puerta por la que habían de salir en esa ruta era la de la Boatella; y él mismo se quedó en sus afueras o sea en la Walaḡa³. Por otra parte, al hablar de la ejecución del cadí Ibn Ḥaḡḡāf, afirma que se abrió en la Walaḡa el hoyo en que fue quemado⁴, y que esa ejecución tuvo lugar en las afue-

1 ^cAlī Ibn al-Yakm, que vivió en Bagdad en el siglo IX.

2 Estudiado también por el Prof. TERÉS en su trabajo *Textos poéticos árabes sobre Valencia*, ibídem, p. 302 y sigts.

3 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, ed. Mones, vol. II, p. 219.

4 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 127: "Cavaron para el Cadí un hoyo (esto ocurrió en la Walaḡa de Valencia), lo metieron en él hasta la cintura, igualando la tierra a su alrededor y le arrimaron el fuego".

ras de la ciudad. Como, por otra parte, según el mismo Ibn al-Abbār, a orillas de una acequia, que cruzaba la Walaŷa tenía Abū Ŷa^cfar al-Waqašī¹ un molino, que había sido atacado por los soldados de Ibn Mardaniš, que procedían del Sur, es casi forzoso situar esa walaŷa en la explanada que se extendía entre la puerta de la Boatella y el poblado de Ruzafa, en el recodo que formaría el Guadalaviar con el antiguo brazo cegado y desecado, que bajaba por Roterros. Finalmente consta que para hacer la entrega solemne de la ciudad, salieron su rey Abū Ŷamīl Zayyan por la puerta de la Boatella y don Jaime desde su campamento de Ruzafa para encontrarse en la Walaŷa².

La Valencia musulmana tuvo fama por sus *al-munia* y jardines, en Ruzafa y a la orilla izquierda del Turia³, tema del que nos ocuparemos más adelante. Alcira (la Isla) y el verdor desbordante de su campiña regada por el Júcar fueron cantados por su famoso poeta Ibn Jafāya⁴.

Játiva tenía algunos paseos célebres, como al-Baṭha [la Hondonada], al-Gādir [el Estanque] y al-^cAin al-Kabīra [la Fuente grande]⁵. Pero al lado de todos estos elogios, bien merecidos por la belleza de sus

1 Lugarteniente de Ibn Hamušk, que defendió con gran energía la plaza de Jaén sitiada por los almohades, y cuya biografía da IBN AL-ABBĀR en su *Hulla* (edic. Dozy, p. 230).

2 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, edic. MONES, II, p. 127.

3 En esto no hacían los reyes valencianos más que imitar las costumbres del régimen omeya, del que se citan hasta treinta y nueve almunias, algunas muy ornamentadas, pero en su mayoría muy sencillas y frágiles, que pronto desaparecieron. (Véase GARCÍA GÓMEZ, en "Al-Andalus", vol. 30, fasc. 2.º, sobre la almunia andaluza, p. 334-336.)

4 Cfr. IBN JAFĀYA, *Diván*, 16-17. Pero canta también el terror que inspiraban las inundaciones del Júcar y las destrucciones que causaban (Id., pág. 49).

5 Cfr. AL-QALQASANDĪ, *Subḥ*, V. 231, citado por H. PERES, en su *Poesie andalouse*, p. 156.

paisajes, para nada figuran en ellos los grandes monumentos religiosos o civiles que fueron la gloria de las otras metrópolis andaluzas. Los palacios de la Córdoba califal y sus famosas residencias de az-Zahrā y az-Zāhira, saqueadas y arruinadas durante la "fitna" [revolución] eran el tema de las lamentaciones de los poetas que las recorrían. Al-Mu^ctamid celebra y llora la gloria de los palacios sevillanos, al-Mubārak y Az-Zahīr¹. La Šumāḍihīya y la Alcazaba de Almería se hicieron famosas bajo el gobierno de al-Mu^ctasim², en el siglo XI, cuando su puerto, su industria y su comercio la hicieron uno de los principales centros mercantiles del Mediterráneo. El Palacio de la Alhambra no iba a tardar en ser la gloria de Granada, mientras el Palacio de al-Ma^cmūn en Toledo era descrito con admirada escrupulosidad por los poetas, que eran admitidos a sus fiestas; y Zaragoza se enorgullecía con el Palacio del gozo [Qašr al-surrūr], y con la Aljafería³, que, aunque maltrecha, se ha conservado hasta hoy y muestra los rasgos de su extraordinaria belleza.

Todos estos elogios tributados a Valencia no se refieren a la ciudad, sino a su fértil campiña y a los atractivos de su huerta, de su río y de su Albufera; por eso cuando sus literatos se concretan a tratar de su casco urbano, emplean un estilo bien diferente y sus mordaces críticas nos descubren que no todo era un paraíso en su denso recinto, encerrado entre sólidas murallas y carente de toda asepsia viaria.

1 Véase *Analectas* de AL-MAQQARĪ, t. II, p. 344; y M. ANTUÑA, *Sevilla y sus monumentos*, p. 63.

2 Sobre su genealogía y sus construcciones nos da nuevos datos al-^cUḍrī, p. 84-5. Véase también TORRES BALBAS, *La mezquita mayor de Almería*, en "Al-Andalus", fasc. 18, p. 412; y *Rawḍ al-miṭṭār*, p. 183 del texto y 221 de la trad. francesa.

3 LÉVI-PROVENÇAL le ha consagrado un artículo en la *Encyclopédie de l'Islam*, t. IV, primera edición, p. 161. Su nombre es un apelativo de Ŷa^cfar, cuyo recuerdo sólo se ha conservado en la tradición popular.

Un poeta, como al-Sumaysir, sorprendido por el lamentable estado de sus calles, resume así sus impresiones:

"Valencia es tenida por una ciudad paradisiaca, pero tiene defectos que saltan a la vista; en su exterior todo son flores, pero en su interior no hay más que charcos y basura"¹.

El geógrafo Yaqūt, al comentar este pasaje, añade que en Valencia los desagües de las aguas residuales [kanāf] corren a la vista, sobre el suelo, y no se construyen para ello conductos subterráneos, pues los valencianos las estiman mucho por causa de sus huertos. E. Terés, que lo cita², añade la visión que nos da Cavanilles en su obra *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del reino de Valencia* publicada a finales del siglo XVIII, sobre la extraordinaria cantidad de estiercol que la ciudad proporciona para el campo a los labradores. Las cloacas les suministran también materias para mejorar los cultivos. Se aprovecharon los antiguos de la situación casi horizontal de la ciudad y de la inmediación al río para hacer canales, que ramificaron por las calles. Cada casa tiene el suyo, que va a dar al que corre oculto por la calle, por donde salen las inmundicias y las aguas de los pozos que sirvieron a la limpieza y usos domésticos.

Otros, como al-Ḥuṣrī, se quejan de que en ella no se puede cerrar los ojos y dormir: "las pulgas danzan en ella acompañadas por el canto de los mosquitos"³.

1 Traducido por PERES, en *Poesie andalouse*, p. 155.

2 Cfr. E. TERES, en "Al-Andalus", vol. 30, fasc. II, p. 299.

3 Citado por *Analektes*, I, 110: y vuelve sobre esta misma idea al decir: "las mosquitos bebieron mi sangre como un buen vino, y me cantaron toda clase de canciones; se diría que mis venas les servían de cuerdas; mi cuerpo, de viola; y que ellos eran danzarinas-cantoras (Id., II, 222).

3. LAS INSTITUCIONES OMEYAS EN LA VALENCIA MUSULMANA DURANTE EL EMIRATO Y EL CALIFATO

Antes de internarnos en la maraña tan complicada y difícil de la historia musulmana en la Valencia de los reinos de taifas, debemos estudiar la parte que sus habitantes y sus instituciones tomaron en el desarrollo de la vida política para contribuir al espléndido desarrollo de la cultura y del poderío del emirato y del califato omeya, durante los siglos VIII al X. Pero desgraciadamente, al lado de una información relativamente completa sobre la historia interna de la corte cordobesa, que abarca el desenvolvimiento de sus instituciones, su poderío económico, guerrero y cultural, no tenemos ninguna referencia concreta sobre el modo con que esas normas de vida se desarrollaron en las diversas provincias del imperio omeya¹. Todos los historiadores y las fuentes informativas, que han sido ampliamente estudiadas hasta ahora, se refieren exclusivamente a las actividades y al desenvolvimiento de la corte cordobesa y de los organismos en ella creados. El silencio en que se deja a las provincias del imperio es completo. Tuvo el gobierno omeya de ^CAbd al-Raḥmān I un carácter marcada-

1 Aunque Lévi-Provençal lamenta, al tratar de las instituciones y cultura de la España musulmana, la falta de fuentes que se dediquen a exponer y comentar con la debida atención la vida civil del emirato y del califato omeya, es quien con mayor amplitud y competencia ha podido estudiar y ofrecernos en su magna obra el cuadro más amplio y verídico de la vida musulmana en la Península, gracias a la luz de los últimos descubrimientos bibliográficos, y a él tenemos que recurrir para iluminar con sus reflejos, en la medida de lo posible, la oscuridad en que se desenvuelve la vida de sus provincias, que se ajustaban a las normas del gobierno central, y eran el eco más o menos difuso de las actividades gubernamentales de la metrópoli cordobesa (cfr. su *Historia musulmana de España*, t. III de la edic. francesa, y V de la trad. española de García Gómez).

mente conservador de la tradición de su dinastía y decidido adversario del califato ¹abbasī, que en dos ocasiones intentó derrocarlo en Andalucía y en la costa levantina¹. La fachada del califato y su máquina administrativa, a pesar de las grandes innovaciones heredadas de Persia y de Bizancio, se mantuvieron incólumes, incluso, cuando Almanzor usurpó todas las prerrogativas reales. Conocemos la fastuosa y complicada etiqueta que rodeaba al soberano en su alcázar de Córdoba o en el palacio de al-Zahrā y la actuación de sus ḥāḫībes o visires y de toda la secretaría de Estado sin que para nada figurase su actuación en contacto con Levante.

Las fuentes históricas y jurídicas se han ocupado casi exclusivamente de la metrópoli cordobesa y de sus gobernantes²: nos han expuesto con mayor o menor amplitud y exactitud la organización política desarrollada hasta la caída del califato y nos han descrito la fachada oriental, que presenta a partir de ³Abd al-Raḥmān II, dándonos a conocer el mecanismo de la administración central con el rodaje financiero del tesoro público y la división organizada de las *qūras* o provincias regidas por un gobernador nombrado desde Córdoba y asistido por un cuerpo de funcionarios, que copiaban, en menor escala, la actividad y las funciones de la administración cordobesa por un

1 A pesar de ello, a partir del reinado de al-Ḥakam I y de ⁴Abd al-Raḥmān II, la fachada del estado cordobés es una réplica de la organización política del califato ⁵Abbasī, como lo confirma plenamente el descubrimiento reciente de la parte del *Muqtabis*, que abarca esos dos reinados (cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, p. 6 del texto y 5 de la traducción).

2 Sobre la personalidad y poderes del soberano en la época califal, así como sobre el cargo de "ḥāḫīb" o visir, la administración central, la secretaría "kitāba" del Estado y el servicio de correos, no tenemos más datos que los recogidos por Lévi-Provençal en las fuentes referentes a la capital cordobesa.

plazo más o menos largo, para prevenir la formación de grandes feudos que por su extensión y su riqueza, pudiesen poner en peligro la estabilidad de la monarquía.

No tenemos fuentes ni elementos de juicio para puntualizar cómo se desarrolló la vida interna de esta región valenciana y hemos de recurrir a la analogía que, por su participación en la vida común musulmana, nos ofrece, con reflejos casi invariables, el cuadro mucho más rico en pormenores y mucho mejor estudiado del siglo X en la Andalucía califal.

El esplendor y el magnífico aparato de la corte en Córdoba, descritos por las fuentes árabes, apenas se reflejan en la vida provincial de Valencia. Episodios aislados como el levantamiento de Játiva y su sumisión en tiempos de al-Nāṣir, de que luego nos ocuparemos, la lista general de gobernadores entre los que figuran los de Valencia y Tuḍmīr¹, y las sublevaciones de señores feudales, que fácilmente se entregaban para ser confirmados en los mandos que ejercían o trasladados a la corte califal, no bastan para descubrir el tupido velo que cubre los actos y las órdenes con que el gobierno central pudo intervenir y ejercer sus funciones en las provincias levantinas.

La Judicatura

Es la institución que ha sido tratada, dados sus fundamentos religiosos, con más interés y extensión. El cadí era el delegado directo del soberano, como juez de la comunidad de creyentes; y ese mismo carácter tenían los cadíes provinciales, cuyo nombramiento procedía también de Córdoba. Conocemos tres circunscripciones judiciales en Levante: la de Murcia, la de Valencia y la de Tortosa, que luego se

1 Cfr. *Una Crónica anónima de ⁶Abd al-Raḥmān III, al-Nāṣir*, publicada por LÉVI-PROVENÇAL y GARCÍA GÓMEZ (Madrid, 1950), p. 157.

transformaron en reinos de taifas. El más importante y conocido de ellos fue el cadí de Valencia, que juicios tan contradictorios ha merecido y a propósito del cual, creemos conveniente exponer ahora las cualidades morales que, además de las técnicas, lo caracterizaban¹.

"Era un jurista avezado y experto en la práctica del derecho canónico, según la interpretación de la escuela malikī. Raramente se convertía en cortesano y generalmente seguía siendo un hombre sencillo, tanto en su nivel de vida, como en su porte y en la manera de acoger a los litigantes. Sus características eran la rectitud, la dignidad y la integridad, que a veces lindaban con el ascetismo; rara vez era venal, y comunmente no aceptaba el puesto, sino después de haberlo rehusado varias veces; y una vez nombrado, pedía con insistencia ser sustituido para no seguir arriesgando su salvación en el otro mundo. En su propia opinión, el cadí recorría cotidianamente un camino lleno de peligros, y sabía que, si cometía, aunque fuera de buena fe, la menor iniquidad, tendría que responder de ella ante el Creador. Los engranajes de esta organización judicial han sido enfocado por las fuentes musulmanas y descritos con relativa profusión de pormenores, pero se han pasado deliberadamente por alto las modificaciones que experimentaban, bajo los distintos gobiernos de la dinastía, en cada una de las provincias, mientras no surgían conflictos de importancia y se les dejaba seguir su vida propia, hasta que, al surgir los reinos de taifas, se transformaron en copias miniaturizadas del gran cadí de la comunidad".

"El cadí es, durante todo el dominio musulmán en al-Andalus, el personaje más importante de la ciudad

1 Para una más pormenorizada exposición y los comentarios que merece esta institución, véase la *Historia de los Jueces de Córdoba*, de AL-JUSANĪ (edic. y trad. de RIBERA TARRAGÓ); LÉVI-PROVENÇAL, en su *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 113 y sigts.

y de la región, después del rey o del gobernador; y su actuación era absoluta en casos en que, como los de Sevilla, Córdoba y Valencia, en el siglo XI, coincidían en la misma persona las dos preeminencias, la política y la jurídico-religiosa"¹.

Sentado en su tribunal, tenía como adjuntos a dos juristas, para consultarlos en materias de derecho, y de él dependía el juez de asuntos civiles, que tenía su sede en la mezquita, con varios subordinados suyos. El mantener el orden estaba a cargo del "šāhib al-madīna", que tenía a su mando un cuerpo de policías encargado de la información, de tomar declaraciones a los delincuentes y de azotarlos, si llegaba el caso, así como de hacer las rondas nocturnas por los distintos barrios y detener a los sospechosos. Estas cualidades y méritos debieron resplandecer en el famoso Aḥmad ibn ʿĪḥḥāf, adversario del Cid. El patriarca que ennoblecía a esta familia y le transmitió su apellido fue ʿĪḥḥāf ibn ʿĪḥm, nombrado cadí de Valencia por ʿAbd al-Raḥmān III. Al prepararse la campaña de al-Jandaq o Barranco de Simancas, en la que el Califa sufrió tan aparatosa derrota, este cadí renunció a su cargo oficial y se alistó como voluntario de la guerra santa, en la que sufrió el martirio. Su hijo ʿAbd al-Raḥmān le sucedió, y al reinar al-Ḥakam II fue enviado con el cadí de Guadalajara para recibir y acompañar al rey Ordoño IV de León, que acudía a Córdoba para pedir auxilio contra su competidor, Sancho I. Toma parte, luego, este cadí en la delegación que exige a Sancho I una declaración de vasallaje al califa².

1 Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 122-126; t. V, p. 71-87, de la traducción española.

2 Cfr. RIBERA, *Disertaciones y Opúsculos*, t. I, p. 216.

La organización financiera

Los impuestos, con sus distinciones entre musulmanes y tributarios, así como las exacciones especiales para el mantenimiento de las tropas en campaña y las sobretasas decretadas ocasionalmente por el soberano, tuvieron aplicación uniforme en todo el territorio de al-Andalus, sin que para nada se aplicasen variaciones o medidas especiales en ninguna de las veintitrés *qūras* o provincias en que estaba dividido. Sólo sabemos que la costa levantina del Mediterráneo se dividía de Sur a Norte en tres circunscripciones; la gran *qūra* de Tudmīr, cuya capitalidad pasó a Murcia; la de Játiva, y la de Valencia, cuyos términos llegaban cerca de la desembocadura del Ebro.

Poco sabemos de la organización financiera de al-Andalus en los siglos IX y X, ya que ningún resumen descriptivo de esta organización, que sea válido para Valencia, ha llegado hasta nosotros¹; sólo nos consta que tanto los impuestos legales que pagaban los musulmanes, como la capitación exigida a los tributarios, tienen por falta de datos y por desconocerse el valor efectivo del dinar y del dirhem, una estimación muy insegura, al apreciar la cantidad de dinares de oro, que se acumulaba, tanto en las arcas del Estado, como en el patrimonio personal del califa y aún del dictador Almanzor o de los grandes propietarios fabulosamente enriquecidos, sobre todo en Levante, como el visir Abū Marwān ^CAbd al-Malik, quien, nombrado por Almanzor gobernador de Murcia y Valencia, durante nueve años, regresó a Córdoba con 400.000 dinares en metálico, joyas y vajilla de oro por valor de 100.000 dinares, títulos de propiedad de fincas de cultivo, que representaban quinientos días de labor y 200 esclavos "saqáliba". El cronista Ibn Bassām, que da estas cifras, añade que sólo para su casa y caba-

¹ Véase P. BELTRAN VILLAGRASA, *El sistema monetario del Califato de Córdoba*, en "Ligarzas", 1 (Valencia, 1968), p. 7-77.

llerizas necesitaba al mes 70 modios de trigo y ochenta cargas de cebada. Al renunciar a su cargo y retirarse a Córdoba, ofreció toda esta riqueza a Almanzor, quien no la aceptó, alegando que, si quería recobrarla, no se la hubiera dado.

Y por si esto no fuera bastante, le autorizó para retirar de los almacenes del Estado dos mil medidas de trigo y cebada¹.

Con él compitieron en riquezas los Banū Jaṭṭāb, oriundos de Siria, y los Banū Ṭāhir, cuyas posesiones y rentas los hacían casi dueños absolutos de las mejores tierras en todo Levante, e incluso en las Baleares, con lo cual no hicieron más que seguir el ejemplo del califa al-Nāṣir y mantener la tradición visigoda de la familia de Vitiza. Al lado de estos grandes potentados, la clase media en una ciudad tan próspera como Valencia con un comercio marítimo y terrestre muy intenso, debía disfrutar de una situación económica desahogada, como lo demuestran los datos sobre su lujo y refinamientos, que al-^CUḍrī nos ha suministrado.

Si tan difícil nos es el valorizar la riqueza del estado omeya y calcular la cantidad que sus impuestos le producían, aún es más completa nuestra ignorancia sobre la manera cómo esa administración y esos impuestos incidían en la zona de Levante; y más impenetrables son aún el efecto y los desastrosos resultados de la disgregación del Califato y de su reparto en reinos de taifas.

No hay ningún indicio de que el hambre y el desorden causasen graves perjuicios en la economía y la producción de las vegas levantinas; y fueron muchos los personajes cordobeses, que para no ser despojados y asesinados por las hordas beréberes, buscaban refugio en Valencia².

¹ Su abuelo Aḥmad y su bisabuelo ^CAbd al-Malik fueron también inmensamente ricos y ejercieron los más altos cargos del doble visirato con ^CAbd al-Raḥmān III, al que regalaron enormes fortunas (cfr. *Biografía del poeta ibn Ṣuhayd*, en "al-Andalus", vol. XXIX, fasc. 2, p. 243).

² Cfr. *Al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 160.

La organización militar

La España musulmana en el siglo X estaba dividida en marcas o zonas que la protegían por el lado de los reinos cristianos; eran una especie de "limes" o frontera de guerra, en las que se vivía en perpetua alerta. Eran tres: la superior, con capitalidad en Zaragoza; la media, cuyo cuartel general estaba en Medinaceli; y la inferior o de Extremadura, que desapareció durante el califato, al pacificarse los territorios, que se extienden al oeste de la Península por parte de Extremadura y de Portugal central. Medinaceli era el punto de partida de las aceifas o expediciones de verano dirigidas contra las posiciones cristianas de la cuenca alta y media del Duero.

Estas expediciones llamadas aceifas (de sayf, verano), se hacían muchas veces en primavera, invierno y otoño, y solían ser en general muy cortas¹. Las veinticinco primeras campañas de Almanzor, cuya cronología exacta conocemos hoy, según el texto de al-^cUḍrī, no duraban más de un mes, desde su salida de Córdoba hasta su regreso; eran verdaderas razzias o algaradas de saqueo.

Estos datos concretos de fechas y del número de días, que duraba la campaña, están en contradicción con el oscuro texto del historiador Aḥmad al-Rāzī, recogido por Ibn al-Jaṭīb², según el cual, cada año por primavera era llamada a filas la mitad de los efectivos con sus peculiares cuadros de mando; y a los tres

¹ Se afirma que fueron más de cincuenta las campañas que emprendió Almanzor desde el año 366 (977), antes de ser nombrado "ḥāyib", hasta el año 392 (1002) en que murió, con un promedio de dos expediciones anuales, ya que consta por la cronología de al-^cUḍrī (p. 74 a 80), que las veinticinco primeras se desarrollaron en un plazo de diez años. Se les llamó aceifas o sea expediciones de verano, pero consta, según el mismo al-^cUḍrī, que la mayoría de ellas se hicieron en primavera, otoño e invierno.

² Cfr. *A'māl al-A'lam*, p. 67 a 96.

meses, en plena campaña, era sustituida por la otra mitad. Esta disposición castrense, irrealizable, dentro de una misma campaña, que había de dividirse en dos con los peligros y el desorden inevitable ante el enemigo, está en contradicción con los datos cronológicos de veinticinco campañas de Almanzor contra los reinos cristianos fechadas hoy, gracias a al-^cUḍrī¹. Veintidós de ellas duraron un mes escaso; sólo la emprendida para dar muerte a su gran enemigo, el general Gālib, duró setenta y tres días; y las dos contra Barcelona y su llano, setenta y setenta y ocho días, de modo que en ningún caso se llegó a los tres meses, ni hubo ocasión de hacer movilizaciones parciales.

Las expediciones de Almanzor

La primera de sus expediciones fue emprendida el 2 de raḡab del año 366 [mediados de febrero del 977] para sitiar el castillo de al-Ḥamma, o sea los Baños de Monte Mayor, al sur de Béjar, en la vertiente oeste de la Sierra de Gredos, cuya cumbre más alta lleva el característico nombre de Plaza del moro Almanzor. No llegó a asaltarse el castillo, y sólo su arrabal fue saqueado, así como toda la comarca; y a los cincuenta y tres días, o sea a mediados de abril, estaba ya de vuelta en Córdoba, sin mas éxito que el del botín y los cautivos hechos en sus arrabales y en toda la comarca, que sirvieron a Almanzor para hacerse muy popular, al repartirlos generosamente entre sus soldados y el pueblo cordobés.

Apenas había pasado poco más de un mes, cuando, dejando descansar a los soldados de su primera expedición, salió con los contingentes preparados para sustituirlos y emprendió la segunda, el 23 de mayo del mismo año, que le permitió asaltar casi por sor-

¹ Cfr. *AL-^cUḍrī*, p. 74 a 80.

presa el castillo de Mola, que al-^cUḍrī transcribe Kuwāla; en una aceifa de verano, emprendida el primero de šawwāl de ese mismo año 366 [28 de mayo del 977], y que sólo duró treinta y cinco días, pues su incansable caudillo estaba ya de vuelta en Córdoba el 27 de junio y para acrecentar su popularidad repartía el botín y los cautivos hechos. Todavía el 10 de septiembre de ese mismo año 977 y ya en šafar del 377, emprende su tercera campaña relámpago, en la que le bastan treinta y tres días para llegar hasta la lejana Salamanca, devastar sus arrabales, y después de asaltar dos castillos desconocidos, volver a Córdoba con un importante botín, muchos cautivos y cabezas de enemigos vencidos.

En la primavera del año 978 [šawwāl del 367] emprende su cuarta campaña, después de haber sido elevado a la más alta categoría de Ḥāyib [primer ministro], en la que recorre la zona entre Pamplona y el llano de Barcelona y hace tres conquistas, totalmente desconocidas; y que sólo dura treinta y ocho días, desde el 19 de šawwāl del 367 [31 de mayo del 978], hasta que regresa a Córdoba el 28 de dū-l-ḥiyya [7 de julio del mismo año]. En el otoño siguiente, desde el 29 de šafar del 368 [4 de octubre del 978] lanza un ataque contra Ledesma, en el que invierte treinta y tres días; y al llegar la primavera siguiente, repite la incursión, desde el día de la ruptura del ayuno, primero de mayo, hasta el 28 del mismo mes: o sea que no llegó a invertir un mes entre la marcha desde Córdoba, el ataque y la vuelta a la capital¹.

A estas seis campañas, que marcan claramente su duración y las alternativas de primavera-verano y

1 Hemos tenido que intervenir en el estudio de la organización militar en al-Andalus durante el siglo x con los nuevos datos suministrados por al-^cUḍrī, porque, como lamenta Lévi-Provençal (*Histoire*, t. II, p. 233; traducción, t. V, p. 41), apenas tenemos informes, ni siquiera breves, sobre la mayor parte de las campañas de Almanzor, y habría que esperar el descubrimiento de alguna crónica de los ^cAmiríes para completar el conocimiento de un período importante de la historia de España, que las fuentes latinas describen más lacónicamente aún que de ordinario.

de otoño-invierno, que las rigen, siguen otras diecinueve, que se alternan entre los años 366 [977] y 376 [986], y nos permiten fijar su cronología y su toponimia. Es muy de lamentar que, por el pésimo estado del manuscrito, no podamos disponer de la lista completa de las incursiones de Almanzor en territorio cristiano, durante los dieciséis años siguientes, hasta su muerte el 27 de ramadán del 392 [11 de agosto del 1002]. Aun con esos fallos, la parte que ya conocemos y la manera como se hacían las movilizaciones nos prueban claramente que en cada una de esas incursiones sólo entraba en acción la mitad aproximadamente de las fuerzas alistadas, que eran muy superiores a las de los pequeños reinos cristianos; y cuando la primera mitad había actuado y se retiraba a descansar, se iniciaba la entrada en campaña de la otra mitad, ya bien equipada, con lo cual se reducían los problemas de aprovisionamiento y transporte, que serían punto menos que insolubles, al entrar en campaña a la vez todas las fuerzas disponibles y movilizadas¹.

Así se explica que las veinticinco campañas puntualizadas por al-^cUḍrī se llevasen a cabo en diez años, con un promedio de uno a dos meses, desde la salida de Córdoba hasta el regreso de ella; y que, aun en la etapa más larga y más difícil del asalto a Barcelona, su duración no llegó a los tres meses; y se explica también, que no se tratase sólo de aceifas o expediciones de verano, ya que nueve se emprendieron en invierno; y cinco, en otoño, mientras que las de ve-

1 Ibn Ḥayyān (en el t. I de su *Muqtabis*, fol. 254 v.) da las cifras exactas de la movilización ordenada en la segunda mitad del siglo ix contra Galicia que eleva a un total de 22.000 jinetes, según una proporción relacionada con el censo de población de cada qūra y con su estado de pacificación interior. En esta lista, sólo figura Tuḍmīr, como única qūra de Levante, con la mínima aportación de 236 caballos; y Valencia no es más que una etapa de paso en una de la campañas que emprendió Almanzor el año 374 (985) contra Barcelona y su región.

rano fueron nueve; y tres, las de primavera; y también así se comprende que en los veintiséis años dedicados por Almanzor a la guerra santa (ḡihād) hiciese cincuenta y dos campañas o sea dos por año con las mismas alternativas estacionales de ataque y descanso, que hemos podido comprobar ya en sus veinticinco primeras expediciones.

A pesar de la indiscutible superioridad que el número de sus soldados y sus medios financieros daban tanto a los califas, como a Almanzor, y del forzoso reconocimiento a que los pequeños reyes o condes cristianos se veían obligados a someterse, los resultados de estas campañas eran bien escasos en avances territoriales y se reducían casi siempre a devastar el terreno invadido, a hacer botín y a llevarse todos los cautivos posibles para venderlos en el mercado cordobés.

La táctica militar.

Apenas tenemos informes sobre la táctica empleada en las batallas y en el asedio de castillos y ciudades cristianas. Se ha acudido, para suplir esta falta de informes, a una descripción, que nos ofrece Abū Bakr al-Turtūšī [el de Tortosa]¹, y que no se puede atribuir al siglo X, ni siquiera al siglo XI, ya que expone la táctica con que los almohades derrotaron a los almorávides a mediados del siglo XII en Mindās, a orillas del río Mina en el Magrib central.

Según el texto de Ibn al-Yasā^c reproducido por al-Ḥulal al-mawšīyya², los almohades obligados a

1 En su obra *Sirāḡ al-Mulūk* (ed. El Cairo, p. 155; y traducción española de M. ALARCÓN, en *Lámpara de los príncipes*, t. II, p. 332), quien atribuye esta táctica a los musulmanes españoles en sus luchas con los cristianos.

2 Cfr. *al-Ḥulal al-mawšīyya*, p. 106 del texto, y 157 de mi traducción (Tetuán, 1952).

luchar a la defensiva, al ser inferiores en número y verse cercados en el llano, forman el cuadro y colocan en cada uno de sus lados una línea de infantería armada con largas lanzas y escudos; detrás de ellos, la segunda línea llevaba adargas y jabalinas; detrás de ésta, figuraban los honderos; en cuarto lugar estaban los arqueros; y en el centro del cuadro, la caballería. Al atacar la caballería almorávid no encontraba más que largas lanzas afiladas, jabalinas, piedras y flechas. Cuando cedían en el ataque y retrocedían, se lanzaba la caballería almohade, saliendo por los huecos dejados en los costados del cuadro, abatía a los que alcanzaba; y si los jinetes enemigos se rehacían y reanudaban el ataque, se acogía al cuadro, protegida por el bosque de lanzas¹. Es de lamentar que esta descripción tan interesante y completa no se pueda aplicar al siglo X en al-Andalus; como ha querido Lévi-Provençal².

La organización militar, que tanta importancia tuvo para reprimir las sublevaciones y para organizar las campañas contra los reinos cristianos, no fue tampoco objeto de atención especial en esta zona³, en la que no hubo alzamientos y luchas tribales⁴, ni campañas o azeifas que se desarrollasen en su territorio. Aun las invasiones normandas que asaltaron las costas atlántica y mediterránea, a pesar de saquear a Orihuela y las Baleares e invernar en la desembocadura del Ebro, se abstuvieron, no sabemos porqué, de saltar a Valencia⁵.

1 Véase mi obra *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 130.

2 En su *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 100; traducción española t. V, p. 57.

3 Al no tener Valencia fronteras con los reinos cristianos, durante la época omeya, no intervino directamente en ninguna aceifa.

4 En manifiesto contraste con lo ocurrido en el resto de al-Andalus y sobre todo en la vecina Tudmīr, que obligó a destruir la ciudad de Iyih y trasladar la capitalidad a la actual Murcia en tiempos de ‘Abd al-Rahmān II.

5 Además de los datos recogidos por Lévi-Provençal (en su *Histoire*, t. I, p. 311), véanse las nuevas informaciones de al-‘Uḡrī, p. 118-9.

La agricultura y los latifundios

Ibn ^CAbdūn, en su tratado de "hisba", al hablar de Sevilla, pone en primer lugar¹ la agricultura; y sus observaciones se pueden aplicar perfectamente a Valencia, a falta de fuentes directas sobre Levante. Pone en primer lugar, como la base de la vida de una provincia, la agricultura; y recomienda a su gobernador y a sus visires tratar con la mayor benevolencia a los labradores y protegerlos siempre. Conviene que los altos funcionarios y los personajes importantes tengan explotaciones agrícolas y contribuyan a la prosperidad del país. Esta exhortación era totalmente innecesaria, ya que desde los comienzos del siglo VIII habían pasado a manos de los invasores las cuatro quintas partes útiles del territorio; y del otro quinto que pertenecía al Estado, ya al llegar los sirios de Balṯ a al-Andalus, les repartió ^CAbd al-Ḥabbār la tercera parte de ese quinto en las extensas y fértiles comarcas de Andalucía y de Levante, y les hizo esa concesión a perpetuidad para compensarles de las propiedades análogas, que habían dejado en Oriente.

La misma carencia absoluta de informes concretos sobre la historia económica de Valencia tenemos que lamentar en las fuentes musulmanas, que tanto ponderan el alto grado de prosperidad, a que había llegado al-Andalus en el siglo X. Repiten de una manera un poco artificial las "Laudes Hispaniae" de los autores romanos y de San Isidoro de Sevilla. Ponen de relieve los variados aspectos del suelo peninsular y los cuidados que continuamente hay que prodigarles, cuidados que sólo los campesinos muladíes, mozárabes y beréberes podían ofrecerle, gracias a su experiencia agrícola multiseccular.

¹ Texto publicado por E. LÉVI-PROVENÇAL, en el "Journal asiatique", y su trad. francesa en ediciones Maisonneuve (París, 1947).

Son muchos los tratados de botánica y agricultura escritos en los siglos XI a XIII¹, que han llegado a nuestras manos, pero, una vez más, observamos que nos describen de preferencia los cultivos de secano, como los cereales, la viña, el olivo y los árboles frutales, como la higuera. Nos ofrecen las investigaciones y los resultados obtenidos en los jardines botánicos de Toledo y Sevilla, pero dejan de lado lo que en ese sentido se podía haber hecho con muchos más medios en un campo tan apto y preparado como las huertas de Murcia y de Valencia.

Era muy denso el clima de estudios y experimentación botánica que acuciaba a los especialistas hispano-musulmanes; se importaban semillas y plantas del Medio y del Extremo Oriente, se hacían pruebas y se experimentaba su aclimatación en la Península, se comparaban las distintas variedades de una especie con sus aplicaciones agronómicas o médicas; todo lo cual hizo que se prodigaran los tratados de botánica médica y agricultura. Parecía obligado que una zona tan indicada para estos experimentos innovadores, como las vegas levantinas, debía haber invitado a sus botánicos a exponer sus ideas, sus comentarios y sus sistemas practicados, en obras que compitiesen con las redactadas en Toledo y Sevilla por especialistas como Ibn Baṣṣāl², el toledano, que viajó por los países del Mediterráneo, como Sicilia y Egipto, y que hizo sus experimentos en la Huerta del Rey. Al caer Toledo en manos de Alfonso VI, emigró a Sevilla, y fueron muchos los especialistas que se fueron con él para continuar sus estudios e investigaciones a orillas del

¹ Sobre la primera traducción castellana a fines del siglo XIII, véase MILLAS VALLICROSA, en "Al-Andalus", vol. XIII, p. 347 y sigts.

² Cfr. *Libro de Agricultura*, editado y traducido por Millás Vallicrosa (Tetuán, 1955). Véase también su trabajo en "Al-Andalus", vol. VIII, p. 281 y sigts. Ibn al-Baṣṣāl significa el Hijo del cebollero.

Guadalquivir en el Jardín botánico de al-Mu^ctamid, confiado a los cuidados del célebre médico Ibn Wafīd¹.

Desgraciadamente no tenemos pruebas escritas de que este espíritu científico e innovador reinase también en Levante, como en Toledo y en Andalucía, pero esa carencia de pruebas escritas no significa que en todo el litoral levantino se descuidase el cultivo intensivo, incluso de productos tropicales. El naranjo era conocido, pero se cultivaba casi exclusivamente como árbol decorativo. Al-^cUḍrī², que visitó a Valencia a mediados del siglo XI, durante el reinado de ^cAbd al-^cAzīz, observó que en la mayor parte de su territorio se cultivaba el azafrán, y que era de buena calidad. Cita también el cultivo del arroz, que se expedía desde ella a todo el resto de al-Andalus, ya que el comercio de su puerto era muy considerable y los barcos subían por el río, que regaba sus orillas, cubiertas de jardines, huertas y explotaciones agrícolas sin interrupción.

Yaḳūt, al hablar de la zona de Denia, anota la abundancia de higueras, vides y almendros, sin aludir para nada a los cereales. Al-Idrīsī confirma esta observación, al referirse a las vides y los almendros³.

La complicada estructura del suelo español y la aspereza de su relieve dan al bloque ibérico ese carácter de diversidad que le es esencial. Al lado de la España húmeda directamente sometida a un benéfico régimen atlántico con el predominio de la vegetación verde todo el año y que no cubre más que un tercio de su superficie, se extiende la España seca y fría con el roquedo como elemento preponderante, de carácter variable, que pasa desde la sequedad austera de la meseta

1 Según IBN AL-ABBĀR, *Kitāb Takmilat al-Sila*, edic. CODERA, vol. II, "Biblioteca Hispano-Arábica" (Madrid, 1887-89), p. 551.

2 Cfr. AL-^cUḍrī, p. 17 del texto árabe.

3 Cfr. *Geographisches Wörterbuch*, edic.; WÜSTENFELD, sub verbo.

hasta la exuberancia de los regadíos y de los espesos vergeles de los valles y zonas del litoral¹.

La economía agrícola de la España cristiana presenta un fuerte contraste con la de al-Andalus musulmán, pues mientras en al-Andalus se perfeccionaron los métodos de cultivo, se importaron y aclimataron plantas exóticas, se utilizaron las fuentes termale y se desarrolló y mejoró el sistema de riegos, la fuente principal de riqueza de la España cristiana siguió siendo, como en las épocas romana y visigoda, la ganadería y el cultivo de la viña y de los cereales (trigo, mijo, cebada), según el antiguo sistema de la rotación trienal de las labores de otoño, las de primavera y el barbecho.

La situación del proletariado rural no debía ser tan pobre como la del resto de al-Andalus, ya que la fertilidad del suelo y la excepcional paz de que disfrutaba, al no estar envuelto en sublevaciones internas y verse alejado de razzias e invasiones cristianas, lo libraba del hambre y de la ruina, pero no lo libraba de la posesión de la tierra que cultivaba; aunque por nacimiento era en la mayoría de los casos de condición servil, como en la época romana y visigoda, se hallaba ligado al dueño del predio, que contribuía a hacer fructífero su trabajo, mediante un contrato tácito y permanente de aparcería, tradición que se ha conservado hasta nuestros días².

1 Cfr. G. DE VALDEAVELLANO, *Historia de España*, t. I (Madrid, 1955), pág. 532.

2 Sobre el trabajo en los campos y la actividad agrícola de la España Califal, véase LÉVI-PROVENÇAL (en su *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 238-40 y 291; traducción española, t. V, p. 47) al tratar del calendario de Córdoba, redactado en 961 por el mozárabe Recemundo y publicado por Dozy.

4. EL AMBIENTE

La vida musulmana en la Valencia del siglo XI

Una vez estudiada la configuración y características de la urbanización valenciana en la época de los reyes de taifas, gracias a los datos originales e inéditos que nos ofrece su contemporáneo, al-^cUdrī y al reflejo que de su silueta y de sus rasgos materiales encontramos en el *Repartiment*, se puede completar este cuadro con una serie de pinceladas que nos permitan entrever la vida privada y el carácter de los musulmanes valencianos, antes de que la amenaza cristiana y los ataques del Cid ensombreciesen el horizonte de su pacífica y regalada existencia. Nos informa al-^cUdrī que en esa época los valencianos se distinguían por su vida fácil, desprovista de preocupaciones, lo mismo entre los ricos que entre los pobres, y por su tendencia innata al lujo y al refinamiento, rasgos que caracterizaban, sobre todo a sus comerciantes dedicados en grande escala a la importación y exportación por todo el mundo musulmán¹. Por su parte, el *Rawḍ al-miṭṭār* observa que los valencianos musulmanes se distinguían por su elegante aspecto y su natural nobleza: son inclinados, añade, a la despreocupación, y tienden a la ociosidad. Los precios de los víveres son en su mayoría muy bajos; las frutas y los productos del campo son abundantes². Las casas ricas disponían de toda clase de objetos de lujo y de placer, y no había novedad en el mundo que no la buscasen y adquiriesen. Su predilección por la música era general, pues había aficionados que tenían dos, tres y hasta cuatro y más laúdes, y paga-

1 Cfr. AL-^cUDRĪ, p. 18; y poco después (p. 19) añade que los comerciantes de Játiva trafican con todo el Occidente musulmán y llegan en sus transacciones hasta Gana y el Sudán.

2 Cfr. AL-ḤIMYARĪ, p. 48 del texto árabe y 59 de la traducción francesa.

ban por una cantatriz sobre mil dinares de oro; las de precio inferior a esa cantidad eran muy numerosas¹.

La prueba evidente de este refinamiento artístico, la tenemos reflejada en el testimonio de lo que ocurría en la pequeña y vecina corte de Albarracín, en la que Ḥudayl ibn Razīn, señor de la Sahla, contemporáneo de ^cAbd al-^cAzīz, el primer rey ^camirī de Valencia, llegó a superar ese refinado gusto cultural, pues llegó a pagar tres mil dinares por una cantatriz, que no sólo era la más agraciada en sus movimientos, de silueta más fina y de voz más dulce, sino que tenía la caligrafía, la cultura más refinada, y la dicción más pura; superaba a los sabios de su época en sus conocimientos médicos y de historia natural. Por si esto fuera poco, manejaba con extraordinaria habilidad las armas, y para acompañarla en sus exhibiciones reunió Ḥudayl una completa orquesta de hermosas y bien dotadas jóvenes, que no eran superadas en las demás cortes de los reyes de taifas, incluida la de Valencia².

El círculo familiar

La vida privada del musulmán español era muy recatada³ y estaba regida estrictamente por la ley religiosa. Como en Oriente y en todo el Islam de Occidente, la casa, que albergaba la familia, formaba en la Edad Media un micro-cosmos cerrado al exterior, pero sometido sin límites a la autoridad del dueño de la casa. Su mujer, que se consideraba su humilde sirviente, no le hablaba más que con respeto, sobre

1 Cfr. AL-^cUDRĪ, p. 18 del texto árabe.

2 Texto árabe en *Loci de 'Abbadidis*, t. II, p. 180 de la edición Dozy.

3 De este recato fue testigo respetuoso el Cid, cuando se apoderó de Valencia, pues al entrar en ella con sus soldados y aposentarse en el alcázar, "mandó cerrar las finiestras de las torres que eran contra la villa de dentro, porque los cristianos non pudiesen descubrir las casas de los moros" (cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, p. 588).

todo delante de los niños. Estos, por su parte, testimoniaban a su padre la mayor veneración, no permanecían a su lado más que con su permiso, y estaban callados en su presencia. Los ciudadanos de las clases media y pobre rara vez eran polígamos, pues hacía falta ser rico para permitirse el lujo de tener dos o más esposas, con los gastos suplementarios que suponía el mantenerlas y vestir las.

Mujeres, muchachos y niños vivían en la mayor promiscuidad; desde la más tierna edad, los hijos sabían exactamente a qué atenerse sobre las relaciones conyugales, y cuando llegaban a la pubertad no necesitaban la menor iniciación sexual. Toda la casa respiraba, cuando el dueño de ella se iba por la mañana a sus obligaciones cotidianas. Tratárase de un cobijo modesto, de una casa burguesa o de una residencia aristocrática, el conjunto familiar, que allí se albergaba, permanecía recluso, salvo las rarísimas ocasiones de salir a la calle o de visitar los cementerios. Dentro de tales aposentos la vida se deslizaba con monótono ritmo y hacían falta determinadas circunstancias, aguardadas con impaciencia, como la llegada de las fiestas canónicas o las del calendario solar, para justificar una salida familiar al aire libre¹. No hay bastantes razones para creer que la mujer musulmana, tanto en Córdoba o Sevilla como en Valencia, gozase de una relativa libertad de movimientos, que apenas empezó a esbozarse en los reinos de taifas para desarrollarse bajo el régimen matriarcal de los almorávides.

La vida en la calle

En contraste violento con el recato y la disciplina

¹ Según nos la describe LÉVI-PROVENÇAL con acertadas pinceladas, que reflejan sus lecturas de los textos y su contacto con la vida musulmana.

del hogar, estaba el bullicio y el desorden de las aglomeraciones dentro del recinto murado de las ciudades, como Valencia, que carecían de espacios libres. Los dos tratados de *Hisba* o sea de inspección de los mercados, escritos a fines del siglo XI, nos ofrecen sobre Sevilla y Málaga el único cuadro hasta ahora conocido sobre la vida y la animación, que, durante el día, reinaba en zocos, plazas y lugares céntricos de las ciudades musulmanas de la España del siglo XI. Tampoco poseemos informes directos sobre el desarrollo de esa vida interna dentro del recinto tan denso y ahogado por sus murallas en la Valencia de los reyes de taifas, pero podemos aplicarle con toda seguridad las características conocidas de las ciudades andaluzas¹.

Las calles y las plazas eran en general muy estrechas e irregulares, y no había en ellas espacio libre para las industrias, como la de los materiales de construcción y las tenerías, que tuvieron que extenderse extramuros².

La mayoría de las tiendas situadas en calles muy angostas eran generalmente poco mayores que nichos o alacenas, y el comerciante sentado en su centro no necesitaba levantarse para coger cualquier objeto y presentarlo al comprador. La puerta de casi todas era única, se abría hacia la calle y se cerraba con tableros móviles. La parte superior, sostenida por unos ligeros tornapuntas, quedaba inclinada hacia abajo y protegía del sol y de la lluvia al vendedor y a su mercancía. Ibn 'Abdūn recomendaba, en la Sevilla del siglo XI, que los extremos salientes de esas tablas se

¹ TORRES BALBAS, en su sección tan interesante e innovadora de la *Crónica arqueológica* de "Al-Andalus" (vol. XII, fasc. 2, p. 437 y sigs.), ha recogido y comentado con tanta erudición como acierto los pormenores y características de la vida en los zocos, plazas y tiendas de nuestras ciudades musulmanas, su ambiente y ajetreo callejero; datos que recogemos y extractamos a nuestra vez.

² Cfr. IBN 'ABDŪN, *Hisba* (trad. LÉVI-PROVENÇAL, p. 75).

aserrasen para que no redujesen el ancho, ya muy escaso, de la calle, pues la carne, expuesta en los mostradores de las carnicerías, manchaba los vestidos de los transeúntes. Tampoco se podían hacer las puertas de los dos lados de la calle, fronteras entre sí, tanto en las viviendas como en las tiendas, pues al abrirse ambas a la vez cerraban el paso.

La estrechez y el zigzaguo de las laberínticas calles valencianas, que se mantuvieron durante casi toda la edad media¹, provocaban el interés de comerciantes y tenderos para ocupar con puestos permanentes o provisionales los lugares más concurridos, como los alrededores de la mezquita aljama y las calles y plazas de más tránsito, para dar lugar a aglomeraciones que el "almotacén" tenía que regular y hasta prohibir, desde el mediodía del viernes, al convocarse a la oración ritual, para impedir que vendedores y compradores cortasen o dificultasen el acceso a los fieles. Al mismo tiempo se cuidaba de señalar a cada corporación de menestrales el barrio y la calle en que debía fijar su tienda y su taller, norma que facilitaba y regía las transacciones y que se mantuvo después de la Reconquista y que ha durado hasta nuestros días.

Los boticarios y drogueros de Málaga, y como es de suponer, también los de Valencia² extendían un tapiz en el suelo, sobre el que presentaban sus productos y a veces los falsificaban, mientras distraían al público con su arte de charlatanes. En las callejas, muchas veces sin salida, y en las pequeñas plazas re-

1 Cfr. RODRIGO PERTEGÁS, *La urbe valenciana en el siglo XIV*, en "Congreso de Historia de la Corona de Aragón", t. III, p. 340 y 348.

2 La calle de los especieros ("Aṭṭarīn) se cita en el año 1227; en ella tenía una tienda Ibn Sulaymān, que fue enterrado en el cementerio de Bāb al-Hanaš (Puerta de la Culebra), según RIBERA (*Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 259); y once años más tarde (en 1238) se llamaba a esa calle de Alitares, según TEIXIDOR (*Antigüedades de Valencia*, t. I, p. 194; y TORRES BALBAS, loco citato).

pletas de tenderetes provisionales, vendedores ambulantes, subastadores, peluqueros y cocineros ofrecían sus servicios al aire libre.

En una ciudad tan amurallada como Valencia, la población, gracias a la paz de que se disfrutaba durante siglos, había crecido extraordinariamente; su industria y comercio eran muy activos a base de pequeños talleres familiares y minúsculas tiendas, y el tráfico de una muchedumbre abigarrada y pintoresca, mezcla de elementos discordes de raza, religión y cultura, le daba un tono especial de vida, que hoy apenas podemos imaginarnos.

La cocina musulmana en el siglo XI¹

Otro aspecto de la vida privada entre los musulmanes españoles y en particular entre los valencianos, es el de la alimentación, que nos ofrece una interesante zona lingüística y un campo poco explorado de sus gustos culinarios y de su refinamiento gastronómico. La pobreza de elementos de información directa en lo que se refiere a al-Andalus era extrema, hasta ahora, ya que solo poseíamos el tratado de "hisba" de Ibn ʿAbdūn, publicado y traducido por Lévi-Provençal, y el de al-Saqatī, debido al mismo en colaboración con el profesor G.S. Golin². Estas fuen-

1 En 1965 publiqué la edición árabe del *Kitāb al-tabīj fi-l-Magrib wa al-Andalus fi-ʿaṣr al-Muwahhīdīn* gracias a la generosa acogida y colaboración del Instituto de Estudios Islámicos, que Egipto tiene en Madrid. y en 1967 he dado su traducción al español bajo el patrocinio del excelentísimo Ayuntamiento de Valencia.

2 Aunque aún no se había publicado ningún libro de al-Andalus sobre la cocina musulmana, cuando LÉVI-PROVENÇAL escribía su *Histoire de l'Espagne musulmane*, dedica en su obra unos párrafos a la alimentación, para exponernos los platos que se cocinaban por la dueña de la casa o, en ocasiones solemnes, por profesionales, generalmente esclavas negras, y la cochura y servicio del pan en los hornos públicos (t. III del texto francés, p. 416; y t. V de la trad. esp., p. 271).

tes, aunque indirectas, eran las únicas a las que había que recurrir para tener una idea de las costumbres culinarias del Islam occidental, deficiencia que he aspirado a subsanar con la publicación, traducción y comentarios de un manuscrito, que debo a la generosidad de mi buen amigo y colega, el eminente filólogo G. S. Colín, Profesor de la Escuela de Lenguas Orientales de París.

El único manuscrito que poseemos es acéfalo, ápodo y anónimo, expone más de quinientas recetas de diverso origen y bastante desordenadas en su clasificación. Comienza por los embutidos, como el clásico "mirkās" [longaniza], "al-banādiq" [las albóndigas] y el "aḥraš", llamado en Marruecos "isfiriya" o carne picada con especias, de la que da diecisiete recetas, entre las que intercala un plato regio de carne de vaca picada y albóndigas, y otro inventado por al-Rāzī, que nada tiene que ver con los embutidos, ni con los pasteles de carne picada. Pasa luego [p. 14] a tratar de los asados de gallina, cordero, liebre, tuétanos y aves acuáticas, en asador, sartén y horno, destacando entre ellos la ternera asada y rellena panagruélicamente del Sayyid Abū al-^cUlā, gobernador y almirante de Ceuta.

A continuación trata de los guisados y estofados en sesenta y tres recetas, sobre todo de gallina, cordero, perdiz, oca y conejo, con gran variedad de aditamentos. Da entre ellos un plato atribuido al anti-califa Ibrāhīm ibn al-Mahdī, famoso por sus conocimientos culinarios; e incluye dos recetas de perdiz al estilo judío, para acabar citando a Hipócrates y a Galeno con indicaciones sobre lo que se debe comer, los platos difíciles de digerir y las costumbres tan distintas de muchos pueblos en sus regímenes alimenticios. Pondera la limpieza y aseo que se debe tener en la cocina; y cita varios califas y sultanes, que compusieron libros sobre este tema.

Alude al libro de Anūširwān sobre el empleo de utensilios de cobre, el dejar que se corrompan los alimentos de noche, la limpieza de los pucheros y ca-

zuelas de barro, y la lista de los utensilios necesarios en la cocina, así como las normas a seguir en el servicio de la mesa, introducidas por los Omeyas. Emprende a continuación un nuevo orden en su recetario y empieza por la "tafaya", a base de cordero (seis fórmulas): pasa luego a las almojábanas [al-mu-ḡabbanāt] de queso, a las empanadas de carne y de azúcar o miel [muḡabbazāt], con tres recetas de "ja-bīsa" por Abū ^cAlī al-Bagdādī.

Sin orden fijo, intercala un plato de berenjenas y otro de huevos rellenos para continuar con platos de carne como el "sikbāy" y volver de nuevo a los dulces y pastas de harina de trigo candeal (darmak) o de sémola (samīd), azúcar y miel, con un total de treinta y dos recetas. Sigue otra vez con seis platos de carne; y ocho, de harina y dulce, más otros doce para enfermos, como el extracto de carne; y para las diversas estaciones del año.

De la tarḡa [empanada o migajón], con carne o sin ella, nos ofrece nueve recetas para saltar a la mezcla de las especias, a la hechura de las albóndigas con que había empezado, al "sikbāy" y a la "tafāyā", con tres nuevas recetas; y a los guisados de carne de carnero y de aves cocida, asada o rellena, con treinta y siete recetas. Tras un pequeño intermedio de albóndigas, espárragos y huevos rellenos, continúan los platos de carne cocida o asada (unos cincuenta), con variedad de verduras y aditamentos. En un nuevo capítulo toma algunas recetas del libro del anti-califa Ibrāhīm ibn al-Mahdī, no sabemos cuantas, pero al llegar a la treinta y tres de esta serie, cita una ideada por Ibn Muḡanna, personaje almohade bien conocido; y en adelante son varias las que da como peculiares de Córdoba, Sevilla y el Oeste de al-Andalus.

En la página 171 inicia el capítulo de los pescados, con dieciséis variantes, y una consideración sobre su pesadez digestiva, que hay que atribuir a la salazón. A partir de la página 173 se exponen en treinta y seis recetas las empanadas, el alcuzcuz, el arroz y los

تبيت دجاجة سمينة نهاية في ريشها وتنظف تنظيفاً حسناً ، وتوضع في قدر ، ويلقى عليها من الماء والملح الكفاية ، ومغرفتان من الزيت ، ونصف مغرفة مري ، ومغرفة خل وبصلة صحيحة وعود بسباس وورق أترج ولوز منقى وفلفل وقرفة وقليل كمون وكراويا وكزبر يابس مسحوق كلها ، ثم يرفع على نار معتدلة ، فإذا نضجت الدجاجة أخرجت وقلبت بزيت عذب حتى تحمر ، وتزال عن المقلادة ويؤخذ المرقعة الذي طبخت فيه الدجاجة فيضرب في صحفة مع ست بيضات أو ثمان تضريباً جيداً ، ويرفع من أحماح أربعة صحاحا ، ثم يصب ذلك كله في المقلادة حتى يتجعد ويحمر جداً ، ثم تجعل الدجاجة في صحفة مفروشة بورق الأترج ، ويجعل ذلك الحشو حولها وعليها ، ويزين بالفصوص بعد أن يقلى أيضاً ويندر عليها التابل .

PLATO DE GALLINA FRITA

Se deja de noche una gallina gorda con sus plumas y se limpia bien, se pone en la olla y se le vierte agua y sal bastantes, dos cucharadas de aceite, media cucharada de vinagre, una cebolla entera, palo de hinojo, hojas de cidra, almendra limpia, pimienta, canela, un poco de comino, alcaravea y un poco de cilantro seco, todo molido; luego se pone a un fuego moderado y cuando se ha cocido la gallina, se saca y se fríe con aceite dulce hasta que se tuesta y se saca del freidor, se coge la salsa en que se ha cocido la gallina y se bate muy bien en una fuente con seis u ocho huevos; se separan cuatro yemas completas y se vierte todo ello en el freidor hasta que se rice y se tueste mucho; luego se pone la gallina en una fuente cubierta con hojas de cidra y se pone este relleno a su alrededor y sobre ella se adorna con las yemas, después de freírlas también y de espolvorearlas con especias.

Una página del libro de cocina musulmana

fideos, la "harīsa" y siguen las pastas [rafīs], los panecillos o bodigos [jubayz] y las rosquillas [ka^ck] con cuarenta y tres platos, algunos mezclados con carne. Aparte del alcuzcuz¹, que ha quedado con algunas variantes como el platonacional en Marruecos, merecen especial mención los platos de arroz, tal como se preparaban en la Península, y que por extraños e inusitados no tuvieron arraigo en Levante, después de la Reconquista hasta nuestros días. Cita nuestro autor el arroz lavado con agua caliente, sobre el que se vierte leche fresca; y cuando se ha secado, se vuelve a añadirle más leche, hasta que esté a punto; se le añade mantequilla fresca, y cuando se ha deshecho el arroz, se remueve con una cuchara hasta que se deshaga; y al verterlo en la fuente se expolvorea con azúcar molido, canela y mantequilla. Da la fórmula del guisado de arroz empleada en Oriente, según la cual, se lavaba el arroz con agua caliente, y se ponía en una olla con carne de carnero gordo y los huesos de las piernas, para dejarlo toda la noche en el horno; a la mañana siguiente se vierte, ya deshecho, en una fuente, y se espolvorea con canela, espolvo, jengibre y azúcar molido; y, si se cuece en casa con leche fresca, es mejor y más sabroso. Vuelve a dar otras dos recetas, cuyas características eran: el excesivo cocimiento hasta hacerlo harinoso, y la mucha leche, azúcar y mantequilla con que lo endulzaban, costumbre que los valencianos cristianos han rechazado y rechazan siempre como inaceptable.

La población civil y sus elementos étnicos

La España musulmana estuvo sometida desde la conquista árabe hasta el fin del Califato a un régimen autoritario, que exigía la sumisión de todos los elementos étnicos musulmanes, de origen cristiano, ára-

¹ Del que la paella pudiera ser una pariente lejana.

be o beréber. Todos los emires omeyas tuvieron que esforzarse penosamente para mantener esta diversidad de razas bajo su régimen, a través de frecuentes y peligrosas sublevaciones. Almanzor fue el último y rígido unificador, que implacablemente mantuvo bajo su férula todas esas fuerzas antagónicas, hasta que, con su muerte, se derrumbó de golpe toda la organización califal para provocar el caos en el estado político de la península.

El odio y el desprecio que los musulmanes españoles, altamente civilizados, sentían por los beréberes semi-incultos, llegó a extremos de paroxismo con las devastaciones y la guerra civil, que arrasó a Córdoba y toda la región andaluza, de modo que en adelante fue imposible la convivencia entre ambos partidos¹. Levante se vió libre de esos odios y antipatías de raza; por su relativa lejanía de la escena andaluza y por el natural pacifismo, de que siempre había dado pruebas, no llegó a afiliarse en ninguno de esos dos partidos. Dejó, en cambio, que todo el grupo de militares y altos funcionarios, que tan importante papel desempeñaron bajo el gobierno de Almanzor y el de su primogénito, al-Muḍaffar, no tuviese dificultad en instaurar un régimen alejado de la influencia beréber y más afín a los musulmanes andaluces, al guardar las características propias de la gente de al-Andalus, aunque sus promotores los fatas [fityān], eran en su mayoría extranjeros de origen cristiano, cautivados de niños y educados en el ambiente del Islam andaluz.

1 Según Ibn Hayyān en el grupo de los musulmanes indígenas figuraba en primer lugar Sulaymān ibn Ḥūd, señor de Zaragoza; con él estaba Muqātil, el eslavo, señor de Tortosa, y ʿAbd al-ʿAzīz ibn Abī ʿĀmir, señor de Valencia; Ibn Ma'n, señor de Almería, Saʿīd ibn Ṭufail de Segura y otros arracces hasta llegar al visir Muḥammad ibn ʿYahwar, señor de Córdoba. El grupo beréber comprendía a Idrīs ibn Yahyā de Málaga y a Bādīs ibn Ḥabbūs de Granada, mientras Ibn al-Aftas de Badajoz, Muʿyāhid de Denia y Yahyā ibn Dū-l-Nūn de Toledo se mantenían a la expectativa. Cfr. *Al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 219-20; y H. PERES, en *La Poesie andalouse au XI siècle*, p. 9-10.

Esta repulsión natural del bloque peninsular contra los beréberes¹ tuvo una más alta expresión en la política de los ʿabbadīs de Sevilla, que por la fuerza de las armas, hábilmente empleada, por la traición, cuando no había otro medio más honroso, y hasta por alianzas matrimoniales, se apoderaron de numerosos territorios del sur y del sudoeste de la Península. Esta antipatía y repulsión étnica, que tanto les costó vencer a los musulmanes de Córdoba y Sevilla, no encontró apenas resistencia en Levante, ya que no había sufrido esas atroces devastaciones y no tuvo inconveniente en llamar a los almorávides de Ibn ʿĀʾīša, cuando se vieron atacados por los castellanos del Cid Campeador.

No hay duda que los musulmanes levantinos, descendientes en su gran mayoría de hispano-romanos, que habían sufrido la dominación visigoda, llegaron a caracterizarse con unos rasgos peculiares, que los diferenciaban de los demás países musulmanes. Estos rasgos comunes en el siglo XI a Levante con el resto de al-Andalus, han sido puesto de relieve por Ibn Gālib², al exponernos que los musulmanes peninsulares, como nacidos bajo el signo de Venus, se preocupan siempre de llevar hermosos vestidos y de comer selectos manjares, de ser limpios y aficionados a los placeres y al canto, para el que inventan nuevas melodías; como por otra parte están bajo la influencia de

1 Un anónimo hizo correr de boca en boca un distico envenenado que decía: "He visto en sueños a Adán.—Padre de los hombres, le dije, la gente afirma que los beréberes son una tribu que desciende de ti. Eva queda repudiada, respondió Adán, si lo que pretenden es verdad" (cfr. H. PERES, *La poesie andalouse au XIe siècle*, p. 260).

2 Citado en *Analectes*, II, 104, y por H. PERES, *La poesie andalouse au XI siècle*, p. 18.

Mercurio, saben llevar bien sus negocios, cultivan la ciencia y aman la sabiduría, la justicia y la equidad¹.

Para confirmar este juicio, acude a alegorías retóricas y les atribuye todas las cualidades más notables de árabes, hindostanos y griegos².

Las clases sociales

Otro aspecto de la vida interna del Levante musulmán, que es preciso tener en cuenta, antes de que el peligro castellano y la intervención del Cid den paso a la lucha por la independencia, es la diversidad de elementos que constituían la suma de su población. Al lado de los descendientes de los conquistadores árabes y de las grandes familias de los dignatarios y terratenientes, elementos en cierto modo advenedizos³, encontramos a los muwalladas o musulmanes

1 Uno de ellos, y de los más ilustres, Ibn Hāzm, pudo escribir, sin temor de tirar por la borda los fastos nobiliarios de la Arabia anterior al Islam y toda su gesta épica: "perdóname que no traiga a cuento las historias de los beduinos o de los antiguos, pues sus caminos son muy diferentes de los nuestros. Podría haber usado de las noticias sin número que sobre ellos corren: pero no acostumbro a fatigar más cabalgadura que la mía, ni a lucir joyas prestadas". Y entre una exclamación significativa, se atreve a confesar que entre las piedras preciosas, le basta tan sólo con el "rubí andaluz" (citado por LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. II, p. 188; traducción española, t. V, p. 105).

2 Estas comparaciones y analogías, que podrían ampliarse indefinidamente por la retórica, aunque evocan algunas ideas exactas, no caracterizan con rasgos esenciales y bien definidos la variante que dentro del tipo musulmán español, nos pueden ofrecer los valencianos de los siglos X y XI (cfr. H. PERES, *La poesie andalouse*, p. 19).

3 Ribera ha demostrado que el semitismo de raza de los musulmanes españoles es elemento que entró en dosis, casi infinitesimal, en la formación de la población musulmana de la Península, y al cabo de la tercera o cuarta generación, posterior a la conquista, no queda ni rastro de sangre árabe hasta en la misma familia de los Omeyas (cfr. *Disertaciones y Opúsculos*, t. I, p. 16).

nuevos, que eran los mismos valencianos, nacidos y arraigados en el país, desde tiempo inmemorial, por ser los descendientes de los que la ocupaban en la época visigoda, romana e indígena. La fusión étnica de los nuevos musulmanes con las familias de los primeros invasores, fuesen árabes o beréberes, dio lugar a la "jassa" o aristocracia, cuya influencia y preponderancia política fue mucho menor en las provincias que en la capital; en cambio las rentas que sacaban de sus pródigos latifundios eran enormes¹.

Al lado de esta clase aristocrática, se encontraba la clase media o la burguesía, que, aunque no reconocida oficialmente, prosperaba y ejercía un papel importante en el desarrollo económico y cultural de la ciudad.

La plebe, formada casi exclusivamente por artesanos y jornaleros beréberes, muladíes y libertos, constituía, junto con los mozárabes y los judíos de idéntica condición, la gran masa de la población, como en todas las grandes ciudades de al-Andalus. Pero no era en Levante grosera e insolente, dispuesta siempre a la rebelión y a la violencia, como en la capital cordobesa.

El proletariado rural compuesto en buena parte por mozárabes, que seguían siendo cristianos, formaba el elemento más coherente y más conservador de toda la población de al-Andalus, y precisamente la España califal debió a la de Levante gran parte de su prosperidad material y la justificada fama de que la puesta en valor y la producción de su suelo disfrutaba en el resto del mundo islámico y en el Occidente cristiano. No tenemos ninguna información sobre el número de esclavos de ambos sexos que pudiera haber en esta re-

1 En esta aristocracia, de origen árabe hasta el reinado de 'Abd al-Rahmān III, ingresaron por sus méritos los libertos, y aún la superaron en influencia y poder los fatas esclavos, que, declarados hombres libres, desempeñaron los más altos cargos con el título de visir y las correspondientes pensiones.

gión, durante los siglos X y XI, aunque sabemos que la España musulmana era en general un gran mercado interior¹ y al mismo tiempo punto de reunión y tránsito para esa mercancía humana hacia los demás países islámicos de la cuenca del Mediterráneo. Tampoco tenemos indicios concretos sobre el indudable comercio de esclavas francas o vasco-gallegas, de blancas y negras, que tan intenso era en el resto de la España califal; sólo nos queda algún ejemplo esporádico como el de la esclava extremadamente culta que Mu'ayyid, el rey corsario de Denia, regaló a al-Mu'tamid de Sevilla, o el grupo de bailarinas y cantoras que formó en Albarracín, el rey de taifas, Huḍayl, a quien seguramente imitó 'Abd al-'Aziz, el rey 'amirī en su corte de Valencia².

Por otra parte el no ser Valencia, como Navarra, Alava, Castilla y Galicia zona fronteriza para las expediciones de verano contra los reinos cristianos, hizo que ese comercio fuera en ella muy restringido.

La historia de los mozárabes españoles ha sido estudiada con tanta extensión como mérito por F. J. Simonet³ y luego por I. de Las Cajigas⁴. El único episodio, en que la comunidad cristiana de Valencia intervino en sus relaciones con el poder central de 'Abd al-Rahmān I, fue la persecución legendaria que dio pie al traslado, no menos legendario, del cadáver del diácono San Vicente a las costas de Portugal, de cuyos inventos y contradicciones me ocuparé luego al tratar del reinado de este emir y de sus relaciones con los mozárabes de todo al-Andalus y en este caso

1 Que se enriquecía con el tráfico de los cautivos que se hacían en las regiones eslavas de Europa y con las razzias contra los reinos cristianos del norte de España. Su más constante importador era Almanzor con sus dobles incursiones anuales, de cuya muerte se dolían los cordobeses al exclamar: "se acabó nuestro proveedor de esclavos".

2 Cfr. H. PERES, *La poésie andalouse*, p. 384 y 430.

3 En su *Historia de los mozárabes españoles* (Madrid, 1897 a 1903).

4 *Los Mozárabes* (Madrid, 1947-49), 2 vols.

particular con los de Valencia. Lo único que sabemos con certeza es que, después de esta inventada persecución y huida de los mozárabes, hubo en Levante, bajo el Califato por lo menos cuatro diócesis, en Valencia, Denia, Játiva y Elche.

La convivencia de cristianos y musulmanes

La población del Levante español, con las posibilidades alimenticias de las ricas vegas de Murcia y Valencia, era muy superior en número a la de las mesetas centrales, pero no es posible fijarla en cifras por falta absoluta de datos numéricos que puedan orientarnos. No hay duda de que el número de los musulmanes nuevos o muladíes fue creciendo, a medida que los mozárabes disminuían, al convertirse tantos al Islam por las grandes ventajas económicas y fiscales que les ofrecía. Al mismo tiempo eran también numerosos los mozárabes que se trasladaban a las zonas sub-pirenaicas, a medida que los reyes de Asturias y León ocupaban la meseta central abandonada por los beréberes, que se retiraban al Norte de África. Esta emigración no alcanzó al litoral mediterráneo, donde tanto los musulmanes como los cristianos se dedicaban a la agricultura, así como a la pesca y las industrias de ella derivadas, sin riesgo de pasar hambre por las repetidas sequías que asolaban la meseta. Esta masa de súbditos nuevos, musulmanes de buena ley, contribuyó con su pacifismo sumiso a que al-Andalus brillase con tanto esplendor en tiempos del Califato, y a que Levante se librara de la tragedia que asoló a Córdoba y a toda Andalucía.

Los muladíes, lo mismo que los mozárabes, fueron bilingües, y aprendieron el árabe sin olvidar su lengua ancestral, derivada del latín; y al incluir gran número de palabras romances en su árabe, dieron lugar a una evolución paralela del árabe hispano, que injertó a su vez buen número de palabras en el naciente castellano, injerto que en la zona levantina tuvo

extraordinario desarrollo, tanto en la toponimia como en el vocabulario agrícola, bilingüismo que ha persistido entre el castellano y su romance ancestral¹.

La adopción de los deberes religiosos, junto a la codificación de la conducta individual, produjo rápidamente una fusión con los conquistadores, que dio lugar a la formación de un tipo peninsular, cuyas características percibían inmediatamente los viajeros que, desde Oriente o desde el Norte de Africa, venían a la Península.

Hasta ahora sólo se han estudiado y discutido los actos militares que ponían al Cid y a su mesnada en relación política o bélica con la población musulmana de Valencia y su región, pero había un núcleo importante de mozárabes, que vivían en la ciudad o en sus arrabales y centros rurales, que tenían un obispo y se dedicaban sobre todo a la agricultura, como aparceros de lo propietarios musulmanes. Sus relaciones con los muwaladas, sus vecinos y compatriotas, que habían renegado de su cristianismo, no podían haberse roto por completo, ni siquiera en los momentos críticos, fuesen los catalanes de Ramón Berenguer, los castellanos de Alfonso VI o el mismo Cid, los que intentaban arrancar Valencia al régimen musulmán. No dejaron nunca de convivir y tener relaciones cotidianas en una zona tan poblada como Valencia y Murcia².

Aunque el árabe se difundió rápidamente entre los muwaladas, nunca olvidaron la lengua romance y la usaron casi exclusivamente en su trato con los mozárabes. La vida en común, que hacían estas dos agru-

¹ En la España musulmana coincidieron dos lenguas literarias: el árabe clásico y el latín clásico; y dos lenguas vulgares: el árabe vulgar y el latín vulgar o romance, y el hecho de la coexistencia de dos lenguas vulgares ocurre tanto en la Península como en Marruecos y Turquía con los judíos.

² Tolerancia y convivencia que se confirman, como veremos luego, al tratar de los pactos firmados en Denia por su rey 'Alī ibn Muḡāhid y por el obispo de Barcelona y sus sufragáneos.

paciones, explica la tolerancia con que desde el primer momento trataron los vencedores a los vencidos bajo el régimen de tributación a que los sometieron. Los magistrados musulmanes que tenían que aplicar la ley a litigantes cristianos, a veces vecinos, si no parientes próximos o lejanos suyos, eran muy tolerantes; y el libre ejercicio del culto era permitido, sobre todo en los grandes centros culturales, como lo acreditan los documentos latinos y árabes.

A partir de la "fitna" o revolución, que acabó con el Califato, las relaciones políticas entre los cristianos del Norte, las taifas árabes o beréberes y los mozárabes son ya constantes. El origen cristiano de las esposas legítimas, así como de las concubinas, los esclavos, los libertos y los mercenarios explican la tolerancia mutua con que se trataron vencedores y vencidos, tolerancia que era inaceptable para los cristianos de más allá de los Pirineos, acostumbrados a no tratar con los infieles más que con la espada, como lo demostraron en el asalto de Barbastro, en la campaña de las Navas de Tolosa y en la guerra sin cuartel a los herejes albigenses.

Las Crónicas y las fuentes históricas, tanto cristianas como musulmanas, sólo nos hablan de los combates y de los pactos o tratos, que marcan el desarrollo de la lucha y terminan en Levante con la rendición de Valencia al Cid Campeador. Sólo los poetas musulmanes nos informan sobre la interpenetración de hispano-musulmanes y mozárabes cristianos, incluso en el campo tan diferenciado del culto religioso. Un pasaje del *Matmah*¹ nos sorprende al informarnos que el poeta Abū 'Āmir ibn Ṣuhayd en el siglo XI² pasó una noche en una de las iglesias de Córdoba, que para celebrar una fiesta religiosa había sido tapizada con ramos de mirto y enguirnaldada, con alegría y go-

¹ Traducido por H. PERES en su *Poesie andalouse*, p. 277.

² Su biografía y estudio crítico por James DICKIE, en "Al-Andalus", vol. XXIX, p. 243.

zo familiar. Al oír el poeta musulmán el volteo de las campanas, sentía una dulce emoción; cuando la claridad centelleante del vino se encendía como una lámpara, apareció el sacerdote en medio de los adoradores del Mesías, llevando del modo más bello sus cinturones y estela. Todos habían dejado los juegos, rechazando por completo los placeres. Ibn Šuhayd se queda entre ellos para beber el vino, como si hubiese bebido la fresca saliva de unos labios purpurinos. Después, al salir de la iglesia, improvisa con franqueza brutal estos versos:

A menudo he aspirado en el convento de un monje
vinatero el aroma del vino de la juventud
mezclado con el más puro zumo que nos servía el monje.

Al lado de este cuadro del disoluto Ibn Šuhayd, se nos ofrecen escenas de amor de musulmanes con jóvenes cristianas, que confirman las estrechas relaciones que debían existir entre las clases medias o inferiores de aquella sociedad tan mezclada. El mismo Ibn Ḥaqān, que nos ha transmitido el cuadro anterior, nos informa sobre el amor que el famoso poeta ar-Ramadī sentía por un mancebo cristiano, amor culpable del que no es el único ejemplar; y un poeta de la corte de Almería nos describe con los acentos más sinceros el amor que sintió por una campesina de Guadix, llamada Yāmila [hermosa], tocada con el pañuelo negro que hasta hoy se lleva en las campiñas andaluza y levantina, el Zunnar o cinturón especial, que los musulmanes impusieron a los pueblos sometidos, que pertenecían al "ahl al-kitāb" o sea a judíos y cristianos, que, como los musulmanes, tenían un libro revelado. Estos testimonios poéticos de las ciudades andaluzas, y sobre todo el de Guadix, nos permiten su aplicación a Levante, como un ejemplo, cuya analogía no puede ser más evidente, aunque no encontremos fuentes, que lo confirmen con datos y escenas aplicados a la zona valenciana.

II

LOS SIGLOS

VIII A X

1. LA CONQUISTA DE AL-ANDALUS Y EL EMIRATO DEPENDIENTE DE DAMASCO

Ha sorprendido a todos los historiadores de nuestra Edad Media la increíble facilidad y rapidez con que los invasores musulmanes se apoderaron de la Península ibérica, desde las Columnas de Hércules hasta la Cordillera Pirenaica en una razzia gigantesca¹. El Estado visigodo había entrado en una descomposición política y social tan avanzada² que permitió a un puñado de árabes y beréberes arriesgarse a cruzar el Estrecho de Gibraltar, obstáculo poco peligroso, pero al que no estaban acostumbrados, e iniciar por Tarifa una operación de descubierta con sólo cuatrocientos hombres a las órdenes del liberto Tārif. El rico botín hecho en el litoral del Estrecho, sin encontrar resistencia, a pesar de la insignificancia de los atacantes, animó a Tārik, gobernador árabe de Tánger, a emprender la invasión con siete mil hombres, en su gran mayoría beréberes; se atrincheró en la ladera del promontorio de Calpe, que tomó su nombre, Yabal Tārik (Montaña de Tarik), hoy Gibraltar. Y al saber que don Rodrigo iba a enfrentarse con él, pidió a Marruecos un refuerzo de cinco mil hombres, y no vaciló en entrar en combate con el ejército visigodo, mucho más numeroso que el suyo, aunque no llegase a la cifra exagerada de cien mil soldados que le atribuyen los cronistas árabes.

1 Sobre esta sorpresa, véase el comentario de E. GARCÍA GÓMEZ en su *Introducción a la traducción española de la "Histoire de l'Espagne musulmane"*, de E. LÉVI-PROVENÇAL, publicada en el tomo IV de la *Historia de España*, bajo la dirección de R. MENÉNDEZ PIDAL.

2 Para su estudio y bibliografía, véase el tomo III de la *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España visigoda*, debida a varios especialistas españoles (Madrid, 1940).

La victoria, tan fácil como inesperada, conseguida a orillas del Guadalete¹, decidió a Ṭārik a internarse por la Península contra las órdenes expresas de su superior inmediato, Mūsā b. Nušair, gobernador general de Ifrīqiya y de al-Magrib. Avanzó hasta Córdoba, y al encontrarse en Ecija con los visigodos fugitivos del Guadalete, los derrotó de nuevo con la misma facilidad a orillas del Genil; y bastó esta nueva victoria para que una gran masa de siervos, de descontentos y de judíos oprimidos, se decidiesen a entregarse a los invasores y dar por definitiva la futura suerte de España². Esta rendición animó a Ṭārik a prescindir de momento de Córdoba y dirigirse contra la capital, Toledo, que se le entregó sin la menor resistencia, pues la encontró vacía, mientras un destacamento suyo de setecientos jinetes se adueñaba de Córdoba, Archidona y Elvira sin oposición, dado el increíble desorden que reinaba en el país, al hacerse general la huida de las autoridades y de la nobleza visigoda hacia las montañas de Galicia y de Asturias. El pueblo hispano-romano, que explotado y reducido a servidumbre, fue enrolado en el ejército y obligado a luchar en defensa de sus señores godos, prefirió entregarse a sus nuevos dominadores³ y servirlos, e incluso renunció en gran número a su religión y se hizo musulmán para adquirir todos los pri-

1 O sea el Wadi Lago de las fuentes árabes. Véase el interesante estudio de SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Otra vez Guadalete y Covadonga* en "Cuadernos de Historia de España", 1-2 (Buenos Aires, 1944), p. 11-114.

2 Véase LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. I, 22-3.

3 Véase LÉVI-PROVENÇAL, *L'Islamisation des populations de l'Espagne, Histoire de l'Espagne musulmane*, vol. I, p. 73-77. Al conquistar a España los árabes no pretendían en manera alguna imponer la religión musulmana a las poblaciones que se sometían a su yugo, ya que no las consideraban como paganas, al incluirlas entre la Gente del Libro (Ahl al-Kitāb), o sea poseedores de textos en los que se había consignado la revelación divina, y buena prueba de ello es la capitulación de Tudmir, de que vamos luego a ocuparnos.

vilegios de los hombres libres del Islam y gozar de un estatuto personal más favorable¹.

La capitulación de Teodomiro

Varias debieron ser las capitulaciones con que se rindieron las principales regiones de la Península, y entre ellas debió figurar Valencia. Pero sólo de una de ellas, la de Murcia, tenemos un testimonio documental, que copiado y reproducido por varios autores árabes, nos da a conocer, tanto las condiciones legales derivadas de la sumisión, como la facilidad con que se rendían lo mismo los hispano-romanos que sus señores godos, y por añadidura desvanece las fantasías en que se ha querido envolver este episodio para aminorar la pobreza de la resistencia y el plazo en que sus cláusulas fueron respetadas por los vencedores. La primera transcripción de su texto la debíamos a al-Dabbī, quien la reproduce en su *Muḥam*² a fines del siglo XII o principios del XIII; la reprodujo luego al-Himyarī en su *Rawḍ al-miṭṭār*³ a mediados del siglo XIV, pero ahora disponemos de una nueva fuente más antigua, los *Masālik ila ḡami' al-mamālik*⁴ del geógrafo almeriense Aḥmad ibn ʿUmar

1 Aunque adoptaron por motivos puramente materiales la fe y el género de vida tan extraños de los conquistadores, no perdieron estos conversos, llamados "muwalladūn (nativos), su personalidad de españoles, que los distinguió con rasgos propios y originales en el mundo del Islam. Conservaron en la vida privada su lengua romance y sus costumbres peninsulares, pero mantuvieron con la más ardorosa sinceridad su nueva fe musulmana, tanto en la época brillante del emirato y del califato, como en los días amargos de la Reconquista, en los que iban perdiéndolo todo, su libertad y sus bienes, sin renunciar por ello a sus creencias, como hicieron sus abuelos al verse invadidos.

2 Cfr. *Biblioteca árabo-hispánica*, t. III, n.º 675.

3 Cfr. la p. 62-3 del texto árabe y 79 de la traducción francesa.

4 Cfr. AL-ʿUḡRĪ, p. 4-5 del texto árabe.

ibn Anas al-^CUḍrī, que escribió su obra a mediados del siglo XI, en plena efervescencia de la "fitna" y de los reinos de taifas.

Su texto es: "En el nombre de Allāh, el misericordioso, el compasivo": este es el escrito de ^CAbd al-^CAziz ibn Mūsā para Tuḍmīr ibn Gandarīs; ya que se ha sometido a la paz, que tenga el pacto de Allāh y su confirmación, y no se le retrasen sus noticias y sus enviados, y que tiene la protección de Allāh y de su Profeta, de que no se le impondrá a nadie sobre él, ni se rebajará a nadie de sus compañeros para mal, que no serán cautivados, y que no se separará entre ellos y sus mujeres y sus hijos; que no se quemarán sus iglesias, y que no se les forzarán en su religión, y que su paz es sobre siete ciudades: Auriola, Mula, Lorca, Balantala, Locant, Iyih y Elche¹, y que no deje de cumplir lo pactado, y que no deshaga lo acordado, y que cumpla lo que le hemos impuesto y le hemos obligado a cumplir; que no nos oculte noticia que sepa, y que él y sus compañeros tienen el impuesto de las parias, que son: para el hombre libre un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro de cebada, cuatro medidas de vinagre, una medida de miel y una de aceite; y para todos los esclavos, la mitad de esto. Atestiguaron esto: ^CUṭmān ibn ^CUbayda al-Qurašī,

1 Sobre la lectura de estos topónimos, que tantas y tan diversas interpretaciones han sugerido, así como sobre las leyendas a que han dado pie, véase la *Historia de Murcia musulmana*, por M. GASPARD RAMIRO (cap. III, p. 29), y el facsímil del manuscrito del tratado (p. 27). DOZY rechaza la estratagema atribuida a Teodomiro, de colocar en los adarbes a mujeres con los cabellos sueltos y armadas con cañas, detrás de la línea de los hombres, por creerla una reminiscencia de la empleada por los habitantes de Hayr en Arabia, ochenta años antes (*Recherches*, 3.^a edición, t. II, p. 11); e IBN ḌĀRĪ (en *al-Bayān al-mugrib*, edic. LÉVI-PROVENÇAL y COLIN, t. I, p. 11), en la que se atribuye la toma de Orihuela y su tratado a un destacamento enviado por Tārik, después de la toma de Granada y antes de rendirse Toledo.

Habīb ibn Abī ^CUbayda al-Qurašī, Sa^Cdūn ibn ^CAbd Allāh al-Rabī^Cī, Sulaymān ibn Qais al-Tuḡibī, Yaḥyà ibn Ya^Cmar al-Sahmī, Bišr ibn Qays al-Lajmī, Yiguīš ibn ^CAbd Allāh al-Azdī y Abū ^CĀsim al-Haḍlī. Se escribió en raḡab del año 94".

Las nuevas observaciones que sugiere esta lectura del tratado son: que llama a Teodomiro, hijo de Gandarīs, en vez de ^CAbdūs; incluye entre las siete ciudades a Elche y señala a Iyih en vez de Ello, que ha sido identificado equivocadamente con Ojos. Pero el mismo ^CUḍrī, al darnos el itinerario desde Cartagena y Murcia, por Molina, Cieza, Iyih y Tobarra a Toledo, puntualiza que desde Murcia hay ocho millas hasta Molina; de ésta a Cieza, veinticinco millas; de Cieza a Iyih, treinta millas; y de ésta a Tobarra, diez millas; por lo tanto parece bien claro que no puede aceptarse su localización en Ojos, entre Molina y Cieza, y que hay que situarla cerca de Hellín en un despoblado, ya que consta que, al fundarse la ciudad de Murcia por ^CAbd al-Raḥmān II, hizo destruir la ciudad de Iyih por ser un centro de guerras y rebeldías entre los mudaríes y los yemeníes. Al-^CUḍrī, además de localizarla en la parte alta de la región, señala entre los distritos murcianos otro Iyih del llano entre Elche y Buqasrah de Alcalá¹.

En el corto periodo de unos cincuenta años, que siguieron a la conquista de al-Andalus y al asesinato de ^CAbd al-^CAzīz, hijo de Mūsā ibn Nuṣair, los gobernadores árabes nombrados por los califas de Damasco o por sus delegados, los walíes de al-Qayrawān, y en algunos casos por los mismos invasores de la

1 Gracias a la nueva aportación de al-^CUḍrī, que es la fuente más antigua de que disponemos hasta ahora, sólo queda por identificar una de las siete ciudades comprendidas en el tratado; Balantala, que no puede localizarse, y que de ningún modo se debe aplicar a Valencia (cfr. Al-^CUḍrī, p. 3 y 4).

Península¹, se sucedieron con extraordinaria rapidez en sus cargos. Intervinieron en las discordias ancestrales de las tribus árabes rivales, que ensangrentaron, durante un siglo, el suelo ibérico, a raíz de su conquista, hasta el advenimiento de la dinastía omeya con ^cAbd al-Rahmān I.

Estos gobernadores, además de actuar directamente como portavoces, de los partidos caisi o yemení, tenían que acabar de someter los focos aislados de resistencia cristiana, al mismo tiempo que dirigían expediciones audaces contra la parte sur de las Galias, que había sido dominio visigodo; y, finalmente, sofocar la insurrección cristiana, que estalló en el Pirineo, y que con Alfonso I el Católico dio principio a la Reconquista y a la formación del reino de Asturias.

La falsificada capitulación de Valencia

La zona del Levante valenciano, después de la rendición de Teodomiro² en Orihuela, no fue campo

1 Cfr. LAFUENTE ALCÁNTARA (en el Apéndice a su edición del *Ajbār Maǧmū'a*, p. 220-42) expuso ya la cronología de los gobernadores de al-Andalus, que LÉVI-PROVENÇAL ha adoptado en su *Historia de la España musulmana* (p. 34 y sigs.). S. VILA en *El nombramiento de los Walies de al-Andalus*, expone la manera cómo fueron nombrados y la brevedad con que varios de ellos ocuparon ese cargo (cfr. "Al-Andalus", t. V, año 1936, págs. 215-220).

2 Debió morir Teodomiro a poco de entrar los sirios en Tuǧmīr y de casar a su hija con Jaṭṭāb, el hijo de ^cAbd al-ʿAbbār. No se sabe que tuviese más hijos, ya que a Atanagildo, que se da como su hijo y sucesor, se le hace vivir hasta el año 754 por la crónica anónima intercalada en la de Isidoro de Beja, sin que tampoco haya fuente que lo certifique ni fije su muerte y la desaparición del llamado reino de Orihuela. Parece, por lo tanto, más razonable creer que al morir Teodomiro, después de casar a su hija con el sirio Jaṭṭāb, se extinguió su dominio, limitado, según creemos, a ser el jefe nato de su comunidad cristiana, sometida al jarāy y encargado de su cobro. Muere, al parecer, sin descendencia masculina conocida, y sus bienes pudieron pasar, a través de su hija, a crear la fortuna de Jaṭṭāb y sus descendientes.

propicio a las luchas y sublevaciones tribales, que siguieron agitando el territorio vecino de Tuǧmīr. Esta situación tan inestable ha sido puesta en claro con toda objetividad, gracias a los trabajos iniciados por Dozy¹, que estudió con gran precisión las fuentes árabes de esta primera época un tanto confusa, que precedió a la entronización de la dinastía omeya y que luego han completado Lafuente Alcántara y Lévi Provençal al cotejar y comprobar tanto las fuentes árabes como las cristianas.

Los historiadores regionales anteriores a estos maestros del arabismo peninsular, o que prescindieron deliberadamente de ellos, no podían conformarse con el vacío de silencio, que siguió al episodio tan aireado del tratado de Orihuela, y siguieron al gran falsario Miguel de Molina², que pasa por alto la rendición y el pacto de Orihuela y se lanza a hacer una dúplica de ella con la conquista episódica de Valencia. Hace que Mūsā y Ṭārik, después de rendir a Zaragoza y cruzar los Pirineos bajen por la costa y llegue solo Ṭārik ante Valencia para ofrecernos un remedo burdo de lo ocurrido en Tuǧmīr, con las escenas guerreras y los parlamentos amistosos, que conducen a la capitulación firmada por Ṭārik y el gobernador visigodo Agrescio.

Nuestros cronistas locales ya superados, como Escolano³ y hasta el moderno Piles⁴ han aceptado como buenas estas fantasías, y hasta creen infundadamente que Conde está de acuerdo con ellas. Este autor, tan desacreditado por Dozy, conoció e interpretó, mucho mejor de lo que se ha creído, las fuentes árabes sobre este periodo de los gobernadores dependientes de Ifrīqiya y de Damasco. Puntuali-

1 Cfr. DOZY, *Historia de la España musulmana*, 2.ª edición, t. I, págs. 157-185.

2 En su obra atribuida a Abulcasim Tarif Aben Tariq, que ya en el siglo XVIII era considerada como una novela.

3 Cfr. ESCOLANO, *Décadas*, t. II, cap. XV.

4 Cfr. PILES, *Valencia árabe*, p. 27.

za acertadamente la actuación de Abū-l-Jaṭṭār Ḥussām ibn Ǧirār¹, que fue el que puso fin al principado de Teodomiro y asentó en Andalucía y Levante a los discolos sirios, que, concentrados en Córdoba, perturbaban la vida de la capital.

Se cree que tomó esta medida por consejo de Ardabasto², hijo de Vitiza, que estaba al frente de las comunidades cristianas de la Península y que tenía a su cargo la recaudación del tributo del "jarāy", que pagaban los sometidos. La interpolación de una Crónica anónima en la de Isidoro de Beja, ha hecho creer que Teodomiro murió el año 125 [743]³, y que le sucedió Atanagildo, otro noble visigodo, sin especificar su estirpe ni la causa y la manera de esta sucesión. Según él, Abū-l-Jaṭṭār, que sólo gobernó dos años, persiguió y sometió a graves tributos a este imaginario Atanagildo; y los sirios, que acababan de instalarse en Murcia, lo reconciliaron con el gobernador.

Es evidente que la duplicidad de estos dos príncipes godos en sus relaciones con Abū-l-Jaṭṭār se debe a esa interpolación incongruente, que no podemos aceptar. Al ser instalados los sirios de Balʿ en Andalucía y Levante, uno de ellos fue desde Córdoba a establecerse en Tudmīr, donde casó a su hijo, Jaṭṭāb con la hija de Teodomiro, a la que éste dio en dote las alquerías de Tarsa y Tal Jaṭṭāb⁴. Este matrimonio mixto tuvo un hijo, y la princesa visigoda no hizo más que imitar a la viuda de Vitiza, al ca-

sarse con ʿAbd al-ʿAzīz, el hijo de Mūsā ibn Nuṣayr. Este enlace debió contribuir a mantener las buenas relaciones de Abū-l-Jaṭṭār y los sirios con Teodomiro y respetar su posición social y sus grandes propiedades, que debieron pasar a formar el patrimonio de los Banū Jaṭṭāb.

Un caso análogo nos ofrecen por este mismo tiempo los Banū Ḥaṣṣāy de Sevilla. Sara y sus hermanos pequeños, nietos de Vitiza, al ver que su tío Ardabasto los desposeía de la herencia paterna, se embarcaron y llegaron a Damasco para presentar su protesta ante el califa Ḥiṣām, quien ordenó al gobernador Abū-l-Jaṭṭār, que, al mismo tiempo trataba con Teodomiro, respetara el pacto firmado a raíz de la conquista. Y, para confirmarlo, casó a la hermosa e intrépida Sara con un cortesano, ʿIsa ibn Muzahim, quien la acompañó en su regreso a España. Vuelta a casar por consejo de ʿAbd al-Raḥmān I, que la estimaba mucho, tuvo un hijo Ḥabīb, que fue el antepasado de cuatro familias aristocráticas sevillanas, entre ellas, la bien conocida de los Banū Ḥaṣṣāy, cuya fortuna hereditaria queda así explicada¹.

Estos antecedentes y su influencia en las relaciones entre vencedores y vencidos, nos mueven a exponer ahora la genealogía y la historia de los Banū Jaṭṭāb, que durante todo el curso de la dominación musulmana en al-Andalus intervinieron en la vida económica e intelectual del Levante español y que, sólo incidentalmente y sin la debida ilación, habían sido citados hasta ahora.

1 Su biografía en la *Ḥulla* de IBN AL-ABBĀR (edic. DOZY, p. 46).

2 Según IBN ḤAYYĀN, copiado por Ibn al-Jaṭīb y utilizado por SIMONET (en su *Historia de los Mozárabes*) y por LÉVI-PROVENÇAL (en su *Historia musulmana de España*, t. I, p. 48).

3 Ya LAFUENTE ALCÁNTARA, al transcribir la Crónica de Isidoro Pascense en el apéndice a su edición del *Ajbār maǧmūʿa* (p. 149, n.º 2), y DOZY en sus *Recherches* (t. I, p. 2 y sigs.), rechazan esta absurda interpolación.

4 Cfr. AL-ʿUḌRĪ, p. 15.

1 Véase LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. I, págs. 358-9.

2. LOS BANŪ-JAṬṬĀB

Tenemos informaciones inéditas muy interesantes, que nos ofrece al-^cUḍrī, tantas veces ya citado, sobre las relaciones de Teodomiro con la familia de ^cAbd-l-^Yabbār¹ y la descendencia sirio-visigoda, a que dio lugar y de cuyo paso por la escena murciano-valenciana, hasta mediados del siglo XIII vamos a ocuparnos. Al tratar del establecimiento de los sirios de Balṯ en la Península, nos da a conocer su instalación en Murcia a partir del año 125 [743], y sus relaciones con la familia de Teodomiro, que nos eran desconocidas y que nos dan alguna luz sobre el pacífico final del principado de Orihuela y su incorporación al régimen de Córdoba.

^cAbd al-^Yabbār ibn Nadir y Jaṭṭāb

Uno de esos sirios, ^cAbd al-^Yabbār ibn Nadir, después de establecerse en Córdoba y permanecer en ella por espacio de tres años, dando su nombre a una de sus puertas², se trasladó a Levante, fue a residir en la zona de Murcia (Tuḍmīr) hacia el año 128 [746], y trabó relaciones con Teodomiro, el señor de Orihuela, con cuya hija casó a su hijo Jaṭṭāb; y la do-

1 ^cAbd al-^Yabbār ibn Jaṭṭāb ibn Nādir fue un liberto del califa Muḥawiya ibn al-Ḥakam, según AL-^cUḍrī (p. 122), o de Marwān ibn al-Ḥakam, según IBN AL-ABBĀR; era uno de los principales sirios que pasaron a la Península con Balṯ.

2 Que estaba ya cerrada y murada con piedra en tiempos de al-^cUḍrī, o sea a mediados del siglo XI. Según OCAÑA JIMÉNEZ, fue también llamada Puerta de Toledo o Puerta de Hierro y Puerta Nueva (cfr. "Al-Andalus", t. III, p. 143-51. Véase también E. GARCÍA GÓMEZ, *Notas sobre topografía cordobesa*, "Al-Andalus", t. XXX, p. 343).

te que el godo señaló a la recién casada fueron la alquería de Tarsa, en las cercanías de Elche, de la que distaba tres millas, y la de Tall Jaṭṭāb (Colina de Jaṭṭāb) a ocho millas de Orihuela, en la que se estableció Jaṭṭāb.

Los descendientes de este matrimonio, los Banū Jaṭṭāb instalados en Murcia, fueron conocidos por su riqueza, formada, quizá, con la herencia de los bienes de Teodomiro y las excesivas incautaciones a las que los rapaces sirios se dedicaban. Ibn Ḥazm, al comentarlo, asegura "que no hemos dejado jamás de oír en boca de todo el mundo y que por lo tanto equivale a ciencia cierta; es a saber, que al-Andalus jamás reservó el quinto, ni dividió el botín, como lo hizo el Profeta en los países que conquistó. Estos invasores de al-Andalus no se avinieron de buen grado a ello, ni reconocieron el derecho de la comunidad de los musulmanes, como lo hizo ^cUmar en sus conquistas; antes bien la norma, que en esta materia se practicó aquí, fue la de apropiarse cada cual de aquello que con sus manos tomó. Sobre al-Andalus cayeron, victoria tras victoria, los berberiscos, los africanos y los egipcios, que se apoderaron de buen número de pueblos, sin dividir el botín. Entraron, después los sirios, al mando de Balṯ ibn Biṣr ibn ^cIyād y expulsaron de las tierras que ocupaban a la mayoría de los árabes y berberiscos, conocidos con el nombre de muladíes, lo mismo que ahora"¹.

Los orígenes del estatuto territorial musulmán y el régimen del "jums", (quinto) conservado al Estado, ofrecen un problema muy incierto y discutido. Un jurista contemporáneo de Ibn Ḥazm, llamado Abū ^Ya^cfar ibn Naṣr al-Dawūdī, lo desmiente categóricamente. En todo caso, al no poder resolver cual de las dos versiones es la auténtica, encontramos que ya en el

1 Cfr. Miguel Asín, *Un código inexplorado del cordobés Ibn Ḥazm*, en "Al-Andalus", t. II, fasc. 1.º, p. 38-40.

siglo X, tanto en Andalucía, como en la meseta castellana, en el valle del Ebro y en las vegas levantinas se encuentran los grandes latifundios particulares, y sobre todo el amplísimo patrimonio califal, que corrió parejas con las inmensas posesiones de los hijos de Vitiza¹.

Muhammad ibn Marwān

El tercer descendiente de Jaṭṭāb, llamado Muhammad ibn Marwān, hizo en 222 [837], la peregrinación a la Meca con dos de sus hijos, y los tres estudiaron en al-Qayrawān con el famoso Saḥnūn².

Insistimos en hacer la biografía desconocida hasta ahora de esta familia tan relacionada con la historia de Valencia para corregir, gracias a datos nuevos y a un estudio más completo de las fuentes árabes, los errores y las suposiciones infundadas y hasta ahora no rectificadas de Dozy, al afirmar sin fundamento que este Ibn Jaṭṭāb, era un simple habitante de Murcia, cliente de los Omeyas, de probable origen visigodo y quizá descendiente de Teodomiro, el príncipe señor de Orihuela, que pactó su sumisión a los invasores. Afirma que, en el siglo XIII, esta familia pretendía ser árabe, pero que sus antepasados del siglo X no pensaban en atribuirse ese origen³.

Aḥmad Duhaym

En la quinta línea de sus sucesores encontramos a Aḥmad, llamado Duhaym, de quien sólo sabemos que era conocido como el tesorero al-Jāzin⁴, y que a tra-

1 Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 205.

2 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, t. I, n.º 306, p. 92.

3 Cfr. DOZY, *Historia de la España musulmana*, t. II, p. 238-239.

4 O mejor dicho, atesorador.

vés de las cinco generaciones, que le separaban de Jaṭṭāb, su antepasado, se había enriquecido extraordinariamente.

Aḥmad ibn Jaṭṭāb

En las fuentes árabes de que se sirvieron Dozy, Lévi-Provençal y demás historiadores de esta época no parecen los Banū Jaṭṭāb hasta que Almanzor emprende el martes, doce de ḡū-l-ḥiyya del 364 (5 de mayo del 985), la campaña en que derrota al conde Borrel y asalta Barcelona¹. Al tomar el camino de Levante, pasa por Elvira, Baza y Lorca para llegar a Murcia y ser magníficamente hospedado por un desconocido, Aḥmad ibn Jaṭṭāb, riquísimo propietario, que no ejercía ningún cargo público, pero que se hizo famoso por la esplendidez y el refinamiento con que obsequió a su ilustre huésped. Durante trece días mantuvo a su costa no sólo a Almanzor y a su séquito, sino también a todo su ejército, desde el visir hasta el último soldado. Se ocupó de que la mesa del primer ministro fuese suntuosamente servida con variación diaria de manjares y vajilla, y llegó un día su prodigalidad a ofrecerle un baño de esencia de las más aromáticas rosas, además de regalarle quintales de plata pura². Almanzor hizo de él los más cálidos elogios, le rebajó los impuestos de sus posesiones y recomendó a las autoridades de Murcia que no alterasen la situación de este Ibn al-Jaṭṭāb, e incluso que la mejorasen y le prestasen su apoyo en todo. Su hijo Abū-l-Asbag Mūsā llegó a desempeñar el cadiazgo de Va-

1 La 22 de sus expediciones, según AL-ʿUḍRĪ (p. 80), que da la fecha exacta de su salida de Córdoba el 5 de mayo del 985 (12 ḡū-l-ḥiyya del 274) para estar de regreso en la capital a los ochenta días (p. 80 del texto).

2 A propósito del rebelde Daysam ibn Ishaq, nos dice al-ʿUḍrī que fue uno de los caballeros de Ibn Ḥafṣūn, que se apoderó de Lorca, cayó sobre las minas de plata de Tuḡmīr y acuñó dirhemes a su nombre (p. 15-6).

lencia, de Ondara y Tortosa y hasta de todas las Baleares. Y tuvo un administrador especial (mustajalaf) en las Baleares, que fue el alfaquí Abū ^CUmar Aḥmad ibn Ruyāl, y a Abū ^CAbd Allāh al-^CAmarridī en Valencia¹.

Es muy copiosa la bibliografía que los historiadores catalanes han reunido sobre la derrota del conde Borrell y el asalto de Barcelona, pero, para completarla tenemos que recurrir al testimonio, hasta hace poco inédito, de al-^CUḡrī, que nos ofrece una mayor precisión cronológica y nos hace saber que fueron tres las expediciones de Almanzor por esa época contra Cataluña, la primera contra Santa Balbaq, topónimo desconocido, el año 369 [979], que sólo duró treinta y seis días, desde el 29 de junio hasta el domingo 4 de safar [tres de agosto], en que ya estaba Almanzor en Córdoba de regreso.

Tardó cinco años en repetir esta campaña contra la misma localidad y el llano de Barcelona. Salió el miércoles 23 de muḥarram del año 374, día segundo de Pentecostés, o sea el 26 de junio del 984; y cuando sólo quedaban ocho días de rabī^C II (20 de septiembre) estaba ya de vuelta en Córdoba. Duró la campaña setenta días². Estas dos campañas, para las cuales no consta que pasase por Levante, debieron servir de información y preparativos para el gran ataque a Barcelona con la derrota del conde Borrell y el asalto de la ciudad, de los que nada dice al-^CUḡrī en su lacónismo, ya que se limita a señalar que la campaña duró ochenta días, o sea que el 25 de julio estaba ya Almanzor de regreso en Córdoba.

Es curioso el observar que el plato que más agradó a Almanzor por su dulzura fue el "javīṣ"; pidió a su anfitrión que se lo hiciese en Córdoba, y éste le

1 Cfr. AL-^CUḡRĪ, p. 15-16 del texto árabe.

2 Cfr. AL-^CUḡRĪ, p. 15-16 del texto árabe.

envió una mujer especializada para ello en su palacio, y a la que Almanzor apreció. Sólo sabemos que era murciana, sin más datos¹.

Abū-l-Asbag Mūsā

El hijo y sucesor de Almanzor, ^CAbd al-Malik al Muḍaffar, tuvo en su estado mayor un fata llamado Tarafa, que fue desde Córdoba a reunirse con ^CAbd al-Malik en Zaragoza el año 393 [1003] para emprender una ofensiva contra Cataluña; y al pasar también por Murcia fue igualmente agasajado con esplendidez por el hijo de Aḥmad llamado Abū-l-Asbag Mūsā².

Abū ^CĀmir ibn Jaṭṭāb

Debió continuar la descendencia de los Banū-Jaṭṭāb disfrutando de su elevada posición e influencia, durante la "fitna", hasta que Jayrān, el eslavo, llegó a Levante, al apoderarse los beréberes de Córdoba en 403 [mayo del 1013], y ocupó Orihuela con todo Tuḡmīr. Dejó en ella por su lugarteniente a Zuhayr, y se apoderó de Almería, donde reinó hasta su muerte³. Reconoce en 407-8 a ^CAlī ibn Ḥammūd, y el año siguiente acude a Játiva para proclamar a al-Murtaḍa, dejar que lo derrotasen los Ziríes de Granada y asesinarlo en su huida. Se retira a Almería, y no vacila en reconocer a al-Kasim ibn Ḥammūd, que lo recibe en Córdoba con Zuhayr y les confirma en la posesión de sus nuevos dominios. En 412 [1021] se ve envuelto en guerra contra Muḡāhid de Denia, que pretendía despojarlo de Almería, y que llegó a bloquearlo por

1 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Ḥulla* (edic. Dozy, p. 252). En el *Kitāb al-tabīj*, de mi edición, se dan varias recetas de este plato, en sus dos acepciones de jabīṣ y jabīša. Es de origen oriental, a base de harina, azúcar y miel, pero se da también una receta del mismo plato con mezcla de carne (p. 78 a 86 del texto árabe, y p. 100 a 110 de la traducción.)

2 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Ḥulla*, p. 251 de la edic. Dozy.

3 Cfr. AL-^CUḡRĪ, p. 83 del texto árabe.

mar¹. No conocemos con exactitud los pormenores y casi ni las fechas de las luchas, intrigas y traiciones en que se vieron envueltos los tres reyes de taifas ^CAbd al-^CAzīz de Valencia, Muḡāhid de Denia y Zuhayr de Tuḡmīr, que dieron lugar a que Zuhayr, al dejar a Tuḡmīr y suceder a Jayrān en Almería en 419 [1028], destituyese a Abū ^CĀmir ibn Jaṭṭāb, arraez de Murcia, parallevárselo consigo a Almería² por temer que, al verse solo y dada su influencia y su riqueza, entregase Murcia a Muḡāhid por quien sentía más afecto. Dejó por arraez de Murcia, como delegado suyo a Muḡammad ibn Aḡmad ibn Ṭāhir³, que desde Lorca, su feudo, se había opuesto antes a Muḡāhid, quien lo derrotó y se lo llevó prisionero a Denia, donde tuvo que pagar una elevada suma por su rescate.

Mūsā y ^CAbd al-Malik

A pesar de todas las perturbaciones de la guerra civil y del régimen de los reyes de taifas, los Banū Jaṭṭāb siguieron disfrutando de sus inmensas riquezas y dedicándose con el mismo empeño a los estudios jurídicos; y así en el año 428 [1037], bajo el dominio de ^CAbd al-^CAzīz, rey de Valencia, encontramos a Mūsā y a su hijo ^CAbd al-Malik, décimo y undécimo sucesores de Jaṭṭāb, que se forman en las au-

las de los mejores alfaquíes de su tiempo y van hasta Córdoba para continuar sus estudios, aunque su residencia y la de sus numerosos parientes sigue siendo Murcia. Y la prueba de la reputación, que entre tanto habían logrado los miembros de esta familia, tanto por su riqueza como por su erudición, la tenemos en la monografía (desgraciadamente perdida) que les dedicó el gran Ibn Ḥazm, su contemporáneo, con el título *Extracto del compendio sobre los méritos de los Banū Jaṭṭāb*.

Muḡammad ibn Aḡmad

El décimocuarto sucesor de Jaṭṭāb fue Muḡammad ibn Aḡmad, que siguió el camino de sus abuelos y que a los veintiún años, en 539 [1144], llegó a tener la categoría y el cargo de Consejero judicial, nombrado por Ibn Abī Ḥa^Cfar, gobernador de Murcia; y al ser éste muerto, al lado de Zafadola en lucha contra los castellanos, lo confirmó en este cargo el famoso Ibn Mardaniš, Muḡammad ibn Sa^Cd, como consejero del cadí Mūsā ibn Bartolo. Fue tanto su prestigio que en diversas ocasiones fue nombrado por Ibn Abī Ḥa^Cfar cadí de Murcia, Valencia, Játiva y Orihuela para acabar, ya viejo, en su patria, Murcia¹.

Siguieron los juristas de esta familia adictos, desde el principio, a la escuela de Malik, y su principal fuente de información fue la *Mudawwana* de Sahnūn, durante todo el periodo almorávid y el principio del califato almohade hasta la muerte de Yūsuf ibn ^CAbd al-Mu'min 580 [1184]. Entonces, o sea, al ocupar el trono Ya^Cqūb al-Manšūr, hace enseguida gala de su adhesión al zahirismo propalado por Ibn Ḥazm y sin declarar la guerra al malikismo, tan universalmente seguido en al-Andalus, proscribire el juicio personal [rā'y] y la analogía [quiyās], prohíbe la enseñanza de

1 Cfr. IBN HAZM, *El collar de la paloma*, p. 217, edic. GARCÍA GÓMEZ.

2 Sólo se conoce su prenombre, Abū ^CĀmir, y no su nombre ni el eslabón que le corresponde en la cadena genealógica de los Banū Jaṭṭāb, pero podemos conjeturar que, al tener ese cargo por los años 412-19, bajo el gobierno de Zuhayr, debía ser Abū ^CĀmir, ya que su sucesor Mūsā y su nieto ^CAbd al-Malik estudian con diversos profesores y acuden el año 428 (1036-7) a Córdoba para recibir nuevos títulos académicos (cfr. IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, t. I, p. 279).

3 Su biografía en IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 180. Sobre los Banū Ṭāhir, véase GASPARD REMIRO, *Murcia musulmana*, cap. VIII, p. 101.

1 Su biografía en IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, t. II, p. 276-281.

los manuales de jurisprudencia aplicada [furū^c] y hace quemar sus libros y todos los de los Banū Jattāb, entre ellos, con lo cual, perdió esta familia toda su influencia jurídica y quedó relegada al olvido durante toda la época almohade¹.

Abū Bakr ^cAzīz

Sólo al sublevarse Ibn Hūd en los Peñascales de Ricote contra los almohades y entrar en Murcia el año 625, a fines de raḡab [5 de julio del 1228] nombró gobernador de la ciudad a Abū Bakr ^cAzīz ibn ^cAbd al-Malik ibn Muḥammad, nieto del catorceavo descendiente de Jattāb, de cuya vida y estudios acabamos de ocuparnos². Al darse cuenta de su linaje, se apresura a confirmar el mérito y la fama de esta familia en el campo de las ciencias jurídicas y teológicas³. Fue este Abū Bakr ^cAzīz tan sabio y piadoso como todos sus antecesores, pero cuando, poco después, fue muerto Ibn Hūd en Almería, en vez de reconocer a su hijo al-Wāṭiq, como su sucesor legal, se alzó con el poder y expulsó de Murcia al hermano de Ibn Hūd, llamado ^cAdīd al-Dawla. Fue proclamado y reconocido el 4 de muḥarram del año 636 [17 de agosto del 1238]. Caso único de ambición política en la larga historia de los Banū Jattāb, como también lo fue en la desgracia de ser destronado y condenado a muerte por el exrey de Valencia Abū Yamil Zaḡḡān, nieto de Ibn Mardaniš, el viernes 15 de ramadān de ese mismo año⁴.

1 Véase M. GASPAREMI, *Historia de Murcia musulmana*, p. 276 v sigts., y mi *Historia política del Imperio almohade*, t. II, p. 468.

2 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, edic. DOZY, p. 50.

3 Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Takmila*, edic. DOZY, p. 278.

4 Su biografía en IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 249; véase también M. GASPAREMI, *Historia de Murcia musulmana*, p. 292 y sigts.

3. LAS REBELIONES CONTRA ^cABD AL-RAḤMĀN I EN LEVANTE Y ZARAGOZA

En los años que siguieron a la caída de Abū-l-Jattār, durante el mando de los últimos gobernadores de al-Andalus dependientes de al-Qayrawān y de Damasco, no ocurrieron en Valencia y Murcia sucesos históricos dignos de mención, y la misma paz y silencio reina en ella, al implantarse el emirato omeya y durante los largos años de incesantes rebeliones que ^cAbd al-Raḥmān I tuvo que sofocar con tanto esfuerzo y rigor para asegurar la implantación de su dinastía. Durante los veinticinco primeros años de su reinado toda su energía implacable tiene por campo de acción el centro y el sur de sus dominios, y sólo hacia el año 162 [778] se registra en Levante una intentona para destronarlo, urdida por el califa ^cabbasī de Bagdad.

La interpretación de Dozy

Esta intentona, que se relaciona tan directamente con los sucesos ocurridos a continuación en la Marca superior de Zaragoza, ha sido mal interpretada por Dozy, por Lévi-Provençal y por Codera, que se han ocupado de ella, basados en escasas y desordenadas fuentes. Dozy¹ comienza por suponer que ya tres años antes de su desembarco en la costa de Tudmir,

1 Cfr. DOZY, *Histoire des musulmans d'Espagne, nouvelle édition revue et mise à jour*, por E. LÉVI-PROVENÇAL, t. I, p. 241-44, a quien refuta CODERA (*La dominación árabe en la frontera superior*, t. VIII de "Estudios críticos de historia de España", p. 136-59).

el eslavo ^CAbd al-Raḥmān ibn Ḥabīb al-Fihri¹ se había puesto en contacto con Sulaymān ibn Yaqtān al-A^Crābī², y que en compañía suya y de Abū-l-Asuad, hijo de Yūsuf al-Fihri, último gobernador de al-Andalus, los tres agitadores, en su odio a ^CAbd al-Raḥmān I, no vacilaron en implorar el concurso de Carlomagno. Afirma Dozy que el año 777 [161] se trasladaron los tres a Paderborn y le propusieron la alianza contra ^CAbd al-Raḥmān I. Acepta y conviene con ellos en cruzar los Pirineos con un poderoso ejército; Sulaymān ibn Yaqtān al-A^Crābī, sublevado en Zaragoza, y los demás rebeldes al norte del Ebro le apoyarán y lo reconocerán como su soberano; y el eslavo, después de alistar tropas beréberes en Ifrīqiya, las llevará a Tuḍmīr [Murcia] y enarbolará el estandarte del califa ^Cabbasī³.

Esta formidable coalición le parece a Dozy mucho más peligrosa para ^CAbd al-Raḥmān I que todas las sublevaciones anteriores contanto valor y riesgos so-

1 Llegó el año 777 ó 778 por cuenta del califa de Oriente, Muḥammad al-Mahdī, para provocar una insurrección contra el emir omeya ^CAbd al-Raḥmān I, independizado en al-Andalus. Fue la repetición de otra más grave, emprendida dieciséis años antes en favor también de los ^Cabbasīs, en el distrito de Beja, al sur de Portugal, y en el curso de la cual llegó ^CAbd al-Raḥmān I a verse sitiado durante dos meses en Carmona, al este de Sevilla (véase LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, p. 110; *Ajbār maḡmū'a*, p. 103 del texto y 103 y sigts. de la traducción).

2 Sobre él y sus varios hijos, véanse los nuevos datos que nos ofrece al-^CUḍri (p. 11) al tratar de los rebeldes de Zaragoza (p. 25), y el trabajo que el prof. DE LA GRANJA acaba de publicar sobre *La Marca superior en la obra de al-^CUḍri* (Zaragoza 1967), p. 17 de la separata.

3 Según *al-Bayān al-Mugrib*, el Eslavo entró en al-Andalus en 161 ó 162 (778-79); se estableció en la qūra (distrito) de Tuḍmīr, y no emprendió nada ese año. El 163 (779-80) se sublevó y, al atacarlo ^CAbd al-Raḥmān I, huyó y se acogió a las fraguras. Se extendió el ejército por la zona de Tuḍmīr y avanzó por la qūra de Valencia, después de quemar la escuadra en la playa del mar. Luego Miškār, el beréber, traicionó al Eslavo y lo mató (cfr. edic. LÉVI-PROVENÇAL y COLIN, t. II, p. 55-6).

focados, pero pronto se vé que el resultado no responde a los preparativos. El Eslavo desembarca demasiado pronto con escasas fuerzas, antes de llegar Carlomagno; pide al rebelde de Zaragoza, Sulaymān al-A^Crābī, su concurso, atacando desde el Norte, pero éste le responde que su compromiso consistía en secundar a Carlomagno al Norte del Ebro. El odio entre fihriés y yemeníes era tan grande que el Eslavo, creyéndose traicionado, avanza con sus tropas y lo ataca, no sabemos dónde¹, y al volver a Tuḍmīr es asesinado por un beréber de Oreto, a quien se confió, sin darse cuenta de que era un emisario vendido a ^CAbd al-Raḥmān I.

Dozy enfila los hechos a su modo y supone que al cruzar Carlomagno los Pirineos, el segundo aliado Abū-l-Asuad no le presta ningún apoyo; y finalmente el tercero, Sulaymān al-A^Crābī, secundado por su lugarteniente al-Ḥusayn ibn Yahya' al-Anṣārī se apodera de Zaragoza. Supone que al llegar Carlomagno ante Zaragoza, no se atrevió Sulaymān a vencer la repugnancia que oponían los zaragozanos a ver al victorioso caudillo cristiano dentro de sus muros, y hasta afirma que el que más se opuso a esta entrega fue el segundo jefe, al-Ḥusayn ibn Yahya'², descendiente de Sa^Cd ibn ^CAbāda, el Defensor.

1 LÉVI-PROVENÇAL lo duda en su *Histoire*, capítulo sobre la expedición de Roncesvalles, t. I, p. 122.

2 Estaba en Zaragoza el año 150 (767) en que Badr, el liberto de ^CAbd al-Raḥmān I, walī de la Marca superior, hizo la campaña contra Alava y lo envió a Córdoba; era yemení e incitado a vengar a sus contribules, derrotados con sangrienta carnicería en la batalla de Bembézar, volvió a Zaragoza y se sublevó contra ^CAbd al-Raḥmān I de acuerdo con Abū-l-Asuad, quien después de ser muerto su padre Yūsuf, último gobernador de al-Andalus, había sido vencido y condenado a prisión perpetua. No sabemos lo que hizo Sulaymān al-A^Crābī para decidir a Carlomagno a entrar en la Península, ni la medida en que colaboraría con él. Sólo nos consta que el año 164 (780-I), seguía rebelde contra ^CAbd al-Raḥmān I y en buenas relaciones con Carlomagno, a pesar de la derrota de Ronces-

Sigue Dozy creyendo que Sulaymān, al no poder vencer esa resistencia interior, salió y se entregó espontáneamente a Carlomagno para que no sospechase que lo había traicionado. Cuando Carlomagno, en vista de estas dificultades, se disponía a emprender el asedio, recibió la alarmante noticia de que Witekind había regresado a Sajonia, y de que los sajones habían vuelto a tomar las armas, pasándolo todo a sangre y fuego para llegar hasta el Rin y acampar en Deutz frente a Colonia¹.

Expone a continuación la retirada por el desfiladero de Roncesvalles y sus consecuencias, de acuerdo con las informaciones de las crónicas carolingias. Supone que ^CAbd al-Rahmān I fue entonces contra Zaragoza para obligarla a someterse, y que entre tanto Sulaymān al-A^Crābī, que había acompañado a Carlomagno en su retirada, al volver a Zaragoza, fue apuñalado por un esbirro de al-Ḥusayn ibn Yahya, y éste a su vez se independizó y al sitiario ^CAbd al-Rahmān I, le fue entregado por los zaragozanos; el emir con su habitual crueldad mandó que le cortasen las manos y los pies para hacerlo acabar a golpes de maza.

Una vez dueño de Zaragoza, ^CAbd al-Rahmān I ataca a los vascos y hace tributario al conde de Cer-

valles y de la responsabilidad que le achacan las Crónicas francas. Sólo podemos añadir que ese año remitió a Carlomagno, cautivo, al general Ta'labā, que había ido a sitiario en Zaragoza para acabar con su rebeldía.

¹ LÉVI-PROVENÇAL en su *Historia*, al tratar de la expedición de Carlomagno contra Zaragoza y el desastre de Roncesvalles, no ha dispuesto de más fuentes árabes que Dozy, y ha tenido que servirse de las Crónicas francas para su relato e incurrir en nuevos errores, sobre todo cronológicos, que colocan la sublevación de Sulaymān al-A^Crābī y la prisión del general Ta'labā en 161 (777), antes de la llegada de Carlomagno en 162 (778) a Zaragoza, cuando en realidad consta que esa rebelión y la prisión de Ta'labā tuvieron lugar el año 164 (780-1), según el testimonio más seguro de al-Uḡrī (p. 25 del texto y 18 de la trad. de De La Granja).

daña. Finalmente nos informa Dozy que el tercer asociado en esta conspiración, Abū-l-Asuad, fue traicionado en la batalla del Guadalimar¹ el año 168, 4 de rabī^C I [24 de septiembre del 785] para errar fugitivo y acabar en el castillo de Alarcón, al año siguiente.

La versión de Lévi-Provençal

Esta es la exposición que nos ofrece Dozy del doble episodio valenciano-aragonés, basado tanto en datos inconexos y fechas no controladas, como en el afán inconsciente con que el arabista holandés dilata y conexiona los pormenores de su tema para ofrecernos una versión, que muy pronto había de ser reducida dentro de límites más verosímiles y aceptables, aunque aún desfigurados, por Lévi-Provençal, que recurrió en parte a fuentes cristianas deformadas, y que tampoco pudo disponer de testimonios y datos cronológicos más exactos, que todavía estaban inéditos y que podían darnos un reflejo más exacto de la realidad².

Encuentra en circunstancias, que juzga oscuras, el acuerdo entre el agitador árabe venido de Ifríqiya ^CAbd al-Rahmān ibn Ḥabīb al-Fihri, llamado el Eslavo por su elevada estatura, su pelo rubio y sus ojos azules, enviado por el califa ^Cabbasī Muḥammad al-Mahdī con una misión análoga a la desempeñada por al-^CAlā ibn Muguīt, diecisiete años antes, en 763 [146] para formar en al-Andalus un partido ^Cabbāsī, que con la colaboración de todos los rebeldes, y en

¹ Derrotado antes y hecho prisionero en la batalla de Bembézar, fue condenado por ^CAbd al-Rahmān I a cadena perpetua; alegó en la prisión una ceguera, que supo fingir con la mayor habilidad y paciencia; gracias a ella pudo evadirse y sirvió quizá de ejemplo a la espectacular fuga, que luego exponemos, de ^CAyṣūn, el hijo de Sulaymān al-A^Crābī.

² Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Historia*, t. I, p. 118 y sigs.

especial con los beréberes, derribarse el régimen omeya de ^CAbd al-Raḥmān I. Al desembarcar en la costa de Tuḡmīr, se entrevista con Sulaymān al-A^Crābī, que estaba en Barcelona¹ y obtiene de él la promesa de secundarlo en su disidencia. Pero, cuando el Eslavo se quitó la máscara y emprendió su propaganda en favor de los ^CAbbasíes, Sulaymān se negó a hacer causa común con él y hasta admite Lévi-Provençal la posibilidad de que le hiciese la guerra. ^CAbd al-Raḥmān ibn Ḥabīb se vio obligado a retirarse al territorio valenciano, y un ejército omeya lo persiguió y quemó sus naves. Un beréber, sobornado por ^CAbd al-Raḥmān I, se unió al agitador en su refugio, lo decapitó y llevó su cabeza al emir omeya a fines del 778 ó principios del 779.

Prescinde Lévi-Provençal, por considerarlo demasiado anticipado, del viaje que en 777 atribuye Dozy a los tres agitadores, que van a visitar a Carlomagno, y cree que Sulaymān ibn al-A^Crābī, al disentirse del Eslavo, fue a Zaragoza; y de acuerdo con otro aventurero, al-Ḥusayn ibn Yaḥyā' proclamó la rebelión contra el emir de Córdoba, quien envió enseguida tropas al mando del general Ta^Claba ibn ^CUbayd al-ʿYudamī para sitiario. Pero Sulaymān, en una salida por sorpresa, lo cautivó. Esta captura le abrió los ojos y, encargando a su colaborador al-Ḥusayn ibn Yaḥyā' la defensa de Zaragoza, emprendió el lejano viaje a Paderborn en Sajonia para entrevistarse con Carlomagno. Le entregó el general cautivo y lo decidió a emprender en persona su campaña contra el norte de España. Quizá fue en su compañía otro señor rebelde, Abū Taur, que mandaba en Huesca.

¹ LÉVI-PROVENÇAL supone que el Eslavo, desembarcado en la costa de Murcia, fue a Barcelona, donde se encontraba Sulaymān ibn al-A^Crābī; éste le prometió su colaboración, pero cuando el Eslavo inició su propaganda en favor de los ^CAbbasíes, supone que Sulaymān ibn al-A^Crābī se negó a seguir haciendo causa común con él (*Histoire*, t. I, p. 122).

A continuación expone el curso y el fracaso de la expedición carolingia con su habitual maestría y abundancia de fuentes francas, pero en el curso de ella afirma que Sulaymān al-A^Crābī acompaña en su retirada al Emperador, y presume que bandas musulmanas mandadas por ^CAišun y Matrūḥ, nietos de Sulaymān, se unieron a los vascos para liberar a su padre que era llevado prisionero y lo restituyen a Zaragoza¹. Cree que el general Ta^Claba fue libertado, mediante negociaciones entre Carlomagno y ^CAbd al-Raḥmān I. Sulaymān fue asesinado pronto por su antiguo colaborador al-Ḥusayn, quien, sitiado en 165 [781], tuvo que rendirse a ^CAbd al-Raḥmān I. Pero pronto vuelve Ḥusayn a sublevarse; y, al sitiario el emir con máquinas de guerra y asaltar la plaza, fue mutilado cruelmente; y los zaragozanos, tratados con el máximo rigor, se vieron expulsados provisionalmente de la ciudad. Después de ver a Gerona caer en manos de los francos, prosigue Lévi-Provençal su exposición del fin del reinado de ^CAbd al-Raḥmān I y de su sucesor Ḥišām para volver a encontrarse durante el reinado de al-Ḥakam I el año 212 [828] con

¹ Pero consta que dos años más tarde, en 164 (780-81), Sulaymān al-A^Crābī seguía sublevado contra ^CAbd al-Raḥmān I y en las mejores relaciones con Carlomagno, ya que ese año atacó e hizo prisionero al general Ta^Claba ibn ^CUbayd, enviado desde Córdoba contra él, y lo puso en manos de Carlomagno, dos años después del desastre de Roncesvalles. ^CAbd al-Raḥmān I, al no poder destituir por la fuerza al rebelde Sulaymān al-A^Crābī, sedujo por escrito al colaborador de Sulaymān, al-Ḥusayn ibn Yaḥyā al-Anṣarī, para que lo hiciese asesinar por un esbirro con la promesa de nombrarlo gobernador de Zaragoza. Cumplida la traición, se apoderó al-Ḥusayn de la ciudad, y cuando llegó ^CAbd al-Raḥmān I, le confirmó el nombramiento y tomó a su hijo en rehenes, pero no tardó al-Ḥusayn, a pesar de todo, en sublevarse a su vez, el año siguiente, 165 (782); y ^CAbd al-Raḥmān I tuvo que ir a sitiario, derrotarlo y darle cruel muerte entre tormentos (p. 25 del texto árabe de AL-ʿUPRĪ, editado por el Prof. ʿABD AL-ʿAZĪZ AL-AHWĀNĪ; y 17-19 de la trad. del Prof. DE LA GRANJA).

°Aišūn, el hijo de Sulaymān al-A°rābī, de quien hace un noble godo islamizado sin desconfiar de los desvaríos cronológicos en que incurren las crónicas francas.

Según ellas, este enigmático personaje, después de haber estado muchos años encarcelado en Aix la Chapelle, sin que se sepa por qué causa, se había evadido y organizaba una sublevación contra la dominación franca. En 826 [211] ya se había apoderado de Vich y de Roda; envió a uno de sus hermanos a Córdoba para organizar de acuerdo con °Abd al-Rahmān II la campaña para reconquistar a Barcelona, sitio que hubo que levantar, así como el de Gerona sin más resultado que el de razziar la parte sur de la Marca Hispánica.

Tal es la exposición y comentarios que Dozy y Lévi-Provençal consagran a estos episodios, al aprovechar las vagas y escasas fuentes árabes hasta ahora reconocidas, y al dejarse guiar por los dislates cronológicos en que incurren las crónicas carolingias.

Datos de Codera

También Codera, en un interesante trabajo¹ se ha internado en el intrincado laberinto en que se desarrolla la vida de Sulaymān ibn Yaqtān al-A°rābī y sus dos hijos, cuyo impulso vital los lleva a una trágica lucha en su odio a °Abd al-Rahmān I. Cree, y está en lo cierto, al afirmar que se trata de unos rebeldes musulmanes, cuya genealogía es bien clara, a pesar de los desatinos en que la envuelven las crónicas francas por su desconocimiento de las fuentes árabes, ya que crean un segundo °Aišūn de la época de Ludovico Pío,

¹ Cfr. CODERA, *El Godo o Moro 'Aizón*, en "Estudios críticos", VI, pág. 201-224.

que el año 826 huye del palacio carolingio¹, asalta Vich y su vecina Roda. Envía enseguida un hermano suyo a Córdoba para pedir a °Abd al-Rahmān II refuerzos, que el emir le envía al mando del príncipe °Ubayd Allāh, hijo del Balansī, y juntos atacan a Barcelona y Gerona. Con este inaceptable retraso, que Lévi-Provençal acepta, pero que Codera² rechaza con toda razón, se da fin en las Crónicas francas a la vida de este doble personaje, que aparece hacia el 164 [780] vengando a su padre Sulaymān, alevosamente asesinado, y que llega a través de Carlomagno y Ludovico Pío hasta el 213 [828], con una vida activa de unos cincuenta años, para hacerle desaparecer a raíz de la fracasada ofensiva musulmana contra Barcelona y Gerona.

Nuevos datos sobre °Aišūn

Sólo nos resta ahora, gracias a los nuevos datos que nos ofrece al-°Uqrī en su interesante exposición sobre los rebeldes, que se sublevaron contra los emires omeyas, tratar de descubrir lo que de cierto, dudoso o falso haya en la vida y los hechos de este enigmático °Aišūn, tan discutido y desfigurado, sobre todo por las fuentes cristianas que de él se han ocupado.

Al ser asesinado su padre Sulaymān ibn Yaqtān por un esbirro de sulugarteniente al-Ḥusayn ibn Yahya, su hijo °Aišūn mata al asesino de su padre; y luego lo encontramos en la frontera de Gerona, defendiéndola contra los francos, antes del 169 [785], en que fue tomada. Durante esa campaña, cayó prisionero.

¹ Retrasando y confundiendo, sin explicación posible, esta prisión con la que ahora conocemos en todos sus pormenores, gracias al relato de al-°Uqrī (p. 28 del texto árabe y 22 de la traducción del Prof. DE LA GRANJA).

² En *Estudios críticos*, t. VI, p. 201-224.

nero, y fue encarcelado en Aix la Chapelle, donde estuvo preso varios años. El episodio de su cautiverio es tan nuevo y emotivo que merece ser divulgado.

"^CAmrūs y Šabrīt eran dos pajes al servicio de ^CAišūn, que se encontraba en Gerona combatiendo a los francos; fue cogido prisionero y enviado a Qarlo, porque (todos) los reyes que reinan en Francia sellaman Qarlo. Durante los años que duró su cautiverio, permaneció ^CAmrūs a su servicio, y le traía de Barcelona y de Gerona cuanto deseaba. ^CAišūn sufrió una oftalmía y, para aliviar su dolencia, colocó cortinas en [la ventana de su] celda y se cubría la cara con un capuz. El carcelero iba a verlo y lo encontraba todos los días de aquel modo. ^CAišūn ideó una estratagema, y le dijo a ^CAmrūs: "estas cortinas [que dejan la estancia en sombras] y este capuz con el que me cubro la cara, me brindan una oportunidad. "¿Serías tu capaz de venderme tu persona, ocupar mi puesto, ponerte el capuz sobre la cara, vestirte con mis ropas y yo con las tuyas, para que pueda salir, como si fueses tú?". ^CAmrūs se prestó a ello, y cuando ^CAišūn encontró un momento en que no se veía gente y había disminuido el número de los encargados de custodiarlo, salió, quedando ^CAmrūs en lugar suyo".

"^CAišūn no fue reconocido [al salir], puesto que lo vieron vestido con las ropas de otro, el cual tenía la costumbre, cuando iba a verlo, de aflojarse un poco el turbante, y ^CAišūn salió, haciendo otro tanto. Marchó día y noche hasta que llegó en quince días a Gerona¹".

"El carcelero, por su parte, entraba y miraba al que estaba sentado con el velo encima de la cara y creía que era ^CAišūn, pero sin comprobarlo, dado el tiempo que, por su enfermedad, permanecía de aque-

1 Según esta versión, Gerona estaba todavía sometida al poder de Córdoba; y los francos permitían a los musulmanes cruzar la frontera en estado de guerra e internarse sin dificultad en territorio cristiano.

lla guisa. Corrió la noticia de la huida de ^CAišūn, y llegada a oídos de Qarlo, mandó llamar al carcelero y le preguntó por ^CAišūn".

Le contestó: "Está en la prisión". El rey le mandó que fuese a comprobarlo; y, al hacerlo, se encontró con que era ^CAmrūs, de lo cual informó a Qarlo que le dijo: "Traémelo". Cuando entró en su presencia, le dijo: "Sabes muy bien que lo que has hecho no merece otra cosa que el tormento y la muerte. ¿Qué es lo que te movió a ello?". "Su persona", le contestó, "me es más cara que mi persona". Al oír aquellas palabras, le conmovió su lealtad y le dijo: "Esto es verdaderamente fidelidad, y una acción así no puede pagarse con la muerte. Soltadle y dejadle el camino libre". Y le regaló vestidos y una montura. ^CAmrūs fue a ver a ^CAišūn, que lo trató con generosidad".

^CAišūn en Cataluña

Parece ser que cuando ^CAišūn entró en territorio musulmán, se dirigió a Cataluña. Ḥiṣām I, que ya había sucedido a ^CAbd al-Raḥmān I, lo nombró gobernador de Barcelona y de Gerona¹. Debió morir muy pronto, y ya no hay más noticias de él; sólo sabemos que su hermano Matrūḥ, establecido en la vega de Zaragoza y procedente de Barcelona, donde debió verse con ^CAišūn, fue llamado por los zaragozanos, que veían y temían los disturbios causados por la guerra que hacían a Ḥiṣām I sus hermanos, y se hizo independiente el año 174 [790]. Ya estaba con él ^CAmrūs, lo cual da a entender que, al morir ^CAišūn, se había pasado al servicio de su hermano Matrūḥ; y al ser maltratado groseramente por él, lo mató y se

1 Lo de Barcelona parece cierto, pues no cayó esta plaza en poder de los francos hasta el año 801, y es muy probable que su huida de Aix la Chapelle y su actuación en la Marca hispánica hayan dado pie a las Crónicas carolingias para hacerlo godo.

fue a Córdoba para ponerse al servicio de Ḥiṣām I y de sus sucesores al-Ḥakam I y ^CAbd al-Raḥmān II con una fidelidad ejemplar, de la que ya había dado tan extraordinaria prueba.

La salida de su prisión en Aix la Chapelle y su regreso a Gerona debieron ser antes del 169 [785] en que fue tomada por los francos; y según esos datos, ^CAišūn debió estar preso entre 166 y 169 [782 y 785]. Es curioso observar que tardó quince días en su regreso de Aix a Gerona, sin que nadie le molestase ni le impidiese su aprovisionamiento, como tampoco tuvo, su paje, ^CAmrūs, ningún inconveniente para sus idas y vueltas de Gerona y Barcelona a Aix con toda libertad de movimiento y tratos comerciales.

La versión del *Ajbār Maǧmū'a*¹

Según el *Ajbār Maǧmū'a*¹, al-Ḥusayn ibn Yahyā' al-Anṣārī acometió a Sulayman al-A^Crābī un viernes en la mezquita mayor, y quedó de único dueño del mando. ^CAišūn, hijo del asesinado, que había huido a Narbona, al saber que el emir ^CAbd al-Raḥmān I llegó a Zaragoza, regresó también a ella y se colocó a la otra orilla del río, hasta que un día vio salir al matador de su padre, que llegaba al borde del agua; lanzó su caballo a la corriente y mató al asesino en el sitio que se llamó desde entonces Vado de ^CAišūn. El emir, aunque había hecho matar a su padre, lo llamó a su lado, pero, después de una expedición contra los vascos, por temor a que se sublevase para vengar a su padre, lo hizo matar en los jardines de su residencia de la Ruzafa.

Estos hechos, narrados por una fuente tan autorizada, con tantos pormenores y tan concordes con el

¹ Edición LAFUENTE ALCÁNTARA, p. 114-15 del texto y 104-5 de la traducción.

carácter sanguinario y las ambiciones desatadas de sus protagonistas, tenemos que corregirlos y completarlos en el relato mucho más concreto y mejor cronologado de al-^CUdrī, tan interesante como novedoso, en el que todo parece real, y, después de darle curso, nos servirá para corregir los errores de los cronistas franceses, al hacer de ^CAišūn un noble godo convertido al Islam, y alargar desmesuradamente el periodo de su actuación durante cuatro emiratos hasta el año 228 [837], bajo ^CAbd al-Raḥmān II.

Las leyendas

Al regresar a territorio musulmán debió dirigirse a Barcelona, cuyo gobierno se le dio¹ y como, en adelante, se mantuvo fiel al gobierno de Córdoba, ya no vuelve al-^CUdrī a ocuparse de él, puesto que en su obra se limita a relatar los hechos de los rebeldes solamente. Son los cronistas francos, los que con manifiesto error, tanto cronológico, como biográfico, vuelven a ocuparse de él por su cuenta, para hacerlo un noble godo con nombre típicamente árabe e identificarlo, sin darse cuenta, con el ^CAišūn auténtico, hijo de Sulaymān ibn Yaqtān al-A^Crābī, ya que reconocen de pasada, que había estado preso en Aix, hecho que ahora conocemos claramente y lo comprobamos, gracias al relato tan emotivo y completo de al-^CUdrī. Descartada así la falsedad del origen godo, que le atribuye la fantasía de los cronistas francos, hay que rechazar también el error cronológico, con que se le hace intentar la reconquista de Barcelona en las campañas del 808 hasta el 828, que equivale a darle 67 años de vida militar activa, ya que en 164 [780] cuando fue muerto su padre y lo vengó, tendría por lo menos veinte años.

¹ Como observa el Prof. DE LA GRANJA en su traducción *La Marca superior en la obra de al-Udrī* (p. 24, n.º 1) "este importante párrafo presenta desgraciadamente una serie de lagunas en frases claves".

La cronología de ^CAišūn

La cronología de la vida de ^CAišūn es un misterio indescifrable en las variantes y contradicciones que nos ofrecen el *Ajbār Maǧmū'a* los *Fragmentos geográficos* de al-^CUdrī y las *Crónicas francas* de la época carolingia. En primer lugar el *Ajbār Maǧmū'a* es el que le da una vida más corta, aunque esmaltada de pormenores interesantes. Según esta fuente, al ser asesinado su padre en 164 [780-81], huyó a Narbona, dadas las buenas relaciones que su padre mantenía, por ese tiempo con Carlomagno. Una vez asesinado Sulaymān ibn Yaqtān, ese mismo año llegó ^CAbd al-Raḥmān I a Zaragoza para confirmar a al-Ḥusayn ibn Yaḥya'al-Anšārī en el gobierno de la ciudad, como premio a su traición y tomarle un hijo en rehenes, y por segunda vez, el año siguiente, 165 [781-82] en que volvió para sitiar y dar muerte a al-Ḥusayn, rebelado a su vez. El *Ajbār Maǧmū'a* confunde en una estas dos expediciones, y hace que ^CAišūn, mientras ^CAbd al-Raḥmān I sitiaba el año 165, al nuevo rebelde, llegase y se colocase entre los sitiadores, al otro lado del río, hasta que un día vio salir de la ciudad al matador de su padre que llevaba su cabalgadura al abrevadero. Entonces lanzó a la corriente su caballo, llamado el Fogoso, y saliendo al encuentro del asesino, lo mató, volviéndose después a sus compañeros; lo cual indica que formaba parte del ejército sitiador. No alude esta fuente para nada a la prisión de ^CAišūn en poder de los francos, durante varios años; y lo lleva ese año 166 ó 167 [782-83] a luchar contra los vascos y los francos de la frontera; y al regresar ^CAbd al-Raḥmān I, sospecha de él y con razón, que quiera vengar a su padre Sulaymān, lo encarcela y lo lleva a Córdoba para hacerlo ejecutar en los jardines de la Ruzafa y ordenar que su cadáver fuese crucificado a orillas del río, al pie del Alcázar.

Estos datos, que ofrecen evidentes rasgos de veracidad, parecen coincidir con los pormenores tan

concretos y auténticos que nos ofrece al-^CUdrī de su largo cautiverio, fecha que parece deber fijarse entre el 166 y 169, año este último, en que cayó Gerona en manos de los Francos, en evidente contradicción con la fecha que a su muerte parece señalarle el *Ajbār Maǧmū'a*. Es muy de lamentar que el manuscrito de al-^CUdrī sea en este pasaje, como en tantos otros, lastimosamente ilegible y no podamos comprobar si es verdad, como parece, que ^CAišūn, al volver en libertad a tierras musulmanas, fue a Barcelona y se le confió su gobierno. En todo caso, el que hubiese estado preso en Aix, sin indicar los motivos y el que volviese a luchar contra los francos, ha dado lugar a la deformación histórica que lo hace un godo sublevado durante varios años contra el poder carolingio, al servicio del emir de Córdoba. Pero tenemos graves razones, no sólo para rechazar esta leyenda, e incluso para suponer que la vida de este ^CAišūn fue mucho más corta, ya que su gran servidor, ^CAmrūs que tan magníficas pruebas le había dado de su adhesión y sacrificio, y que corrió a reunirse de nuevo con él y a probar, como lo hizo todo el resto de su vida, una lealtad inalterable, tenemos la sorpresa de ver que muy pronto ya no está al servicio de ^CAišūn, sino al de su hermano Matrūḥ, rebelado en Zaragoza, quien el año 174 [790], contra todo lo que era de esperar, lo trató despectivamente y hasta puso en él sus manos, y ^CAmrūs, ofendido, le dio muerte y se puso incondicionalmente al servicio del emir de Córdoba con una lealtad ejemplar hasta su muerte el año 196 [812]; por lo tanto hay que creer que bastante antes de que muriese Matrūḥ, murió o fue muerto ^CAišūn, entre el año 169, en que Gerona pasó a poder de los francos, y el 174 en que fue muerto Matrūḥ¹.

1 Cfr. AL-^CUDRĪ, p. 26 del texto árabe y 19-20 de la traducción.

Las consecuencias de las rebeliones en Valencia

No teníamos más datos sobre la tentativa ^Cabbāsī de destronar a ^CAbd al-Rahmān I, y creíamos que con el asesinato del Eslavo se daba fin a este episodio, pero ahora vemos que tuvo más extensas ramificaciones y que el año 162 [778-9], mientras Carlomagno fracasaba ante Zaragoza y en el desfiladero de Roncesvalles, ^CAbd al-Rahmān I no se contentó con hundir la escuadra ^Cabbāsī en la costa de Murcia, sino que quizá por haber tomado parte Valencia en el intento de destronarlo, llegó hasta ella ese mismo año 162 [778-79] y la arrasó, dejándola desierta¹. Esta noticia tan extraña e inesperada nos la da al-^CUdrī, sin ningún comentario² y con ella se relaciona la noticia de la *Crónica General* del año 1344, tomada de la *Crónica del moro Rasis*, según la cual ^CAbd al-Rahmān I, señor de toda España, excepto Asturias, ocupada por los cristianos, se decidió a destruir todas las hermosas iglesias, que había en España, desde los tiempos de los romanos y los godos³. Cogió todos los cuerpos tenidos por los cristianos como santos y los quemó, con lo cual todos los mozárabes huyeron con cuantas reliquias y

1 Cfr. AL-^CUDRī, p. 13 del texto árabe. Sin comentario ni justificación.

2 Para nada se hace alusión en este relato al cuerpo de San Vicente, ni a su hallazgo. Sobre el sepulcro que, hasta el año 1865, sirvió de pila en el patio de la ciudadela, escribió un informe el erudito Martínez Aloy, en el que prueba su antigüedad romana y sostiene la posibilidad de que fuese el auténtico de San Vicente, sin que aduzca pruebas que puedan convertir esa suposición en realidad (cfr. "El Archivo", I, p. 314-16).

3 Las *Crónicas dos sete primeiros reis de Portugal*, en el capítulo dedicado a su primer rey, Alfonso Enríquez, recogen la leyenda del Moro Rasis, y añaden que los restos del cuerpo de San Vicente fueron encontrados y conducidos a Lisboa el "15 de Septiembre de la era MCCXI", que corresponde al año 1173, o sea trescientos noventa y cinco años después de ser llevado de Valencia a tierras del Algarbe portugués (Edic. SILVA TAROUCA, t. I, p. 106).

haberes pudieron a las sierras y a los lugares fuertes. Cuando entró en Valencia, tenían los cristianos, que en ella moraban, el cuerpo de un hombre llamado Vicente, a quien adoraban como si fuese Dios y hacían creer a la gente que hacía ver a los ciegos, hablar a los mudos y andar a los tullidos. Al ver llegar a ^CAbd al-Rahmān I, le tuvieron miedo y huyeron con sus reliquias hasta el Cabo de San Vicente en Portugal. Allí fueron muertos los fugitivos; el cenobio que allí construyeron fue demolido y el cuerpo de San Vicente quedó abandonado.

Es evidente la absurda interpretación de esta Crónica, al hacer que los mozárabes perseguidos con tanta saña en Valencia, huyan, para salvarse, a otra región sometida más directamente al mismo Emir y donde más fácilmente podían ser exterminados¹. Fantasía de la que no aparece rastro en todas las fuentes, tanto árabes como cristianas, que merezcan crédito, ya que todos los informes, que tenemos sobre la conducta de ^CAbd al-Rahmān I con los mozárabes, coinciden en reconocer que, previo acuerdo, les compró la mitad, que les quedaba, de su antigua basílica de San Vicente en Córdoba para demolerla y ensanchar la mezquita principal, no en 162 [778-9], sino en 169 [785-6], con la amplitud que requería el número siempre creciente de fieles musulmanes².

1 En manifiesto contraste con esta versión, aunque del mismo origen legendario, nos refiere al-Idrīsī, un siglo más tarde, que el cabo de San Vicente, al que llama cabo del Oeste o Algarbe, se distinguía por tener la iglesia del Cuervo, que no había sufrido cambio desde la época cristiana; contaba con grandes recursos y era un centro muy hospitalario de peregrinación, servido por monjes y sacerdotes. Sobre su techumbre posaban siempre diez cuervos, de los que se contaban maravillas, cuya veracidad no se puede aceptar (Ed. GÖEJE y DOZY, p. 108-109 del texto árabe y 218-219, de la traducción).

2 Véase M. OCAÑA, *La basílica de San Vicente y la gran Mezquita de Córdoba*, "Al-Andalus", vol. VII, p. 347; SIMONET, *Historia de los mozárabes*, p. 237 y sigs.

4. LA FUNDACION DE RUZAFÁ

El príncipe omeya [°]Abd Allāh al-Balansī

Un solo episodio interesante registran las fuentes árabes en el desvaído y uniforme transcurso de la vida política en la Valencia musulmana durante el emirato omeya, instaurado por [°]Abd al-Rahmān I. Este emir, que con tanta energía y sagacidad supo crearse un reino e instalar en España a la dinastía destronada en Oriente, cometió el grave error de no señalar de antemano y hacer reconocer oficialmente a su sucesor¹, lo que provocó una larga serie de conflictos dinásticos, que duraron más de treinta años, del 788 al 823, y en los que tuvo destacada intervención el príncipe [°]Abd Allāh, hijo de [°]Abd al-Rahmān I, a quien por los muchos años que vivió en Valencia, se le llama el Balansī, que en árabe se escribe con b, y cuyo calificativo ha dejado huella en la uva valensí.

Había dado [°]Abd al-Rahmān a su hijo primogénito, Sulaymān, el gobierno de Toledo; y al segundo, Ḥišām, el de Mérida. Al sentirse morir, tenía a su lado a su otro hijo, [°]Abd Allāh, el llamado luego el Balansī, y le ordenó que a su muerte, entregase el anillo del sello real y el poder al primero de sus dos hermanos en presentarse en la capital, Córdoba, por creer que en ambos se equilibraban los méritos para sucederle². Llegó el primero Ḥišām, y se instaló

1 Según IBN [°]ĪDĀRĪ, en *al-Bayān al-Mugrib*, citado por LÉVI-PROVENÇAL en su *Histoire de l'Espagne musulmane*, t. I, p. 140.

2 La parte inédita del *Muqtabis* de IBN ḤAYYĀN (ms. de Fez), nos ofrece una abundancia de pormenores sobre estos hechos y toda la carrera política de su sucesor al-Ḥakam I, que contrasta con las indicaciones, tan breves como secas, del reinado anterior.

preventivamente en la Ruzafa de los alrededores de la capital, finca de recreo fundada por su padre [°]Abd al-Rahmān; aguardó allí incierto y temeroso de que se le opusiese su hermano [°]Abd Allāh, que tenía en sus manos a Córdoba, el palacio y el tesoro, pero el Balansī, fiel a lo ordenado por su padre, salió a recibirlo, y le entregó el poder y el sello real.

Al saberlo Sulaymān, el primogénito, se sublevó en Toledo y declaró la guerra a Ḥišām; el Balansī, por su parte, descontento con el nuevo emir, que no le daba participación en el poder, se fue a reunir con el rebelde, hasta que Ḥišām los sitió y obligó a rendirse en Toledo. Sulaymān se expatrió a Tánger, y [°]Abd Allāh, no tardó en seguirle, para pasar los dos cerca de siete años en el destierro, hasta la muerte de Ḥišām I, el año 796. [°]Abd Allāh, que estaba entretanto en Tiaret (Argelia), se apresuró a regresar a la Península y a renovar sus pretensiones en la frontera superior (Aragón, Cataluña y Valencia), cuyos habitantes sabía que eran hostiles al nuevo soberano, al-Ḥakam I; pero sus esfuerzos para ser reconocido por los jefes locales fueron inútiles; y, despechado, se dirigió con sus hijos [°]Ubaid Allāh y [°]Abd al-Malik a Aquisgrán, donde ofreció su concurso a Carlomagno para una expedición que, partiendo de Gerona, tuviese por objeto Barcelona y la zona de la desembocadura del Ebro¹.

Carlomagno, a quien el desastre de Roncesvalles había hecho más precavido, tardó aún varios años en aceptar esa idea y emprender la conquista de la Marca Hispánica; y [°]Abd Allāh, después de una efímera ocupación de Huesca, se trasladó a la región valenciana, en la que se estableció definitivamente. Tras nuevas e inútiles tentativas de agitación, entabló con su sobrino, al-Ḥakam I, unas laboriosas negociaciones, que duraron tres años. El cruel emir, que con

1 Sobre estas gestiones y la formación de la Marca hispánica véase LÉVI-PROVENÇAL en su *Histoire*, t. I, p. 178.

tan sanguinaria frialdad había de reprimir la revuelta del Arrabal de Córdoba, perdonó magnánimamente a su tío paterno con la sola condición de que se comprometiese a no salir de Valencia, donde le permitió ejercer una especie de virreinato, cuya jurisdicción se extendía desde Tortosa, Barcelona y Huesca hasta el país de Tudmīr [Murcia], con una renta de más de mil dinares de oro mensuales¹.

^CAbd Allāh, que ya había merecido el título de al-Balansī, cumplió de momento lo prometido, e, imitando a su padre ^CAbd al-Raḥmān I, se construyó en las afueras de Valencia una quinta de recreo, a la que también dio el nombre de Ruzafa. Envío además a sus dos hijos a la corte de su sobrino, al-Ḥakam I, quien los casó con dos de sus hermanas; y el mayor de ellos, ^CUbaid Allāh, se cubrió de gloria en los años siguientes, al mando de los ejércitos cordobeses contra los reinos cristianos con una lealtad y unos éxitos, que le merecieron el glorioso título de "Ṣāḥib al-sawāif" [jefe de las aceifas o expediciones de verano]².

Parecía que ya nuestro inquieto Balansī, en su lejana residencia del Levante de al-Andalus, iba a disfrutar de una paz dorada en el virreinato, que le había dejado su sobrino al-Ḥakam I³, y a dejar trascurrir anónimos sus últimos años, aureolados por las glorias militares de su hijo, pero sus tenaces ambiciones y la nostalgia del poder, tantas veces frustradas, renacieron de nuevo, al morir su sobrino al-Ḥakam I y sucederle en el trono ^CAbd al-Raḥmān II. Creyó llegado el momento de extender sus posesiones y trató de a-

nexionarse la región de Tudmīr [Murcia], con la esperanza siempre vana, de continuar sus conquistas y llegar a Córdoba, si las circunstancias le favorecían. Pero el nuevo emir no tuvo necesidad de hacer intervenir a sus tropas contra su inquieto tío-abuelo. Al emprender el Balansī un viaje de propaganda por la región murciana, sufrió un ataque de parálisis; e inválido se hizo llevar de nuevo a Valencia, donde vegetó oscuramente hasta el año 823 en que murió.

Los cronistas valencianos, como Escolano¹, que no llegaron a conocer las fuentes árabes y que acogieron con la mejor buena fe las fantasías del desacreditado Conde², hacen de él un héroe, que, después de batirse con encono contra su hermano Ḥiṣām I y su sobrino al-Ḥakam I, aún tiene alientos en su vejez para presentar batalla con numerosas y aguerridas tropas a ^CAbd al-Raḥmān II, nieto de su hermano Ḥiṣām; y ponen en su boca una imaginaria invocación a Allāh, en la que le pide que dé la victoria al que más derecho tenga, siendo así que él no tenía ninguno. Terminada su oración, sopla un viento frío en pleno verano, y ^CAbd Allāh se desploma en un espectacular ataque, que le priva de la palabra y le obliga a retirarse, para ir luego a Córdoba, donde se entrega a ^CAbd al-Raḥmān II. Otra invención de Diago es la de hacerlo fundador del reino de Valencia y su primer soberano, para darnos luego toda la serie de reyes musulmanes y cristianos que le sucedieron.

La fundación de Ruzafa y su historia musulmana

Si la actuación política de este príncipe omeya fue

¹ Según IBN HAZM, *Yamharat al-ansāb*, p. 86.

² Sobre los hijos del Balansī, véase LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, pág. 253.

³ Tras siete años de laboriosas negociaciones, le concedió su perdón, por mediación del alfaquí, Yahya'ibn Yahya' al-Laizī (cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, p. 153).

¹ Parte II, cap. 174. *Valencia musulmana*, t. I, p. 86.

² Cfr. CONDE, *Historia de la dominación de los árabes en España*, t. I, p. 255.

poco brillante, el recuerdo de su fundación dejó honda huella, en la memoria y la literatura de los musulmanes valencianos¹. Los conquistadores árabes y sus Califas, habituados a la vida al aire libre y a las grandes extensiones del desierto, tardaron mucho en acostumbrarse a residir en ciudades estrechas y amuralladas, donde el aire estaba viciado y las epidemias eran frecuentes por la falta de higiene y limpieza. La pureza de la lengua y de las costumbres nacionales, amenazadas por el contacto con los pueblos vencidos, se conservaba mejor en el desierto, que era llamado la "Escuela de los Príncipes"; de ahí que los Califas pasasen parte del año en su "badiya" o desierto.

Hišām b. ^CAbd al-Maliq, abuelo de nuestro primer emir independiente ^CAbd al-Raḥmān I, eligió, siendo príncipe heredero, para su residencia campestre a Ruzafa, en el desierto de la Palmirena, a veinticinco kilómetros del valle del Eufrates, infectado por los mosquitos; se instaló en ella el año 105 de la Hégira [723], y en ella murió el año 125 [743]². El desierto, a su alrededor, es tan llano, que la vista se extiende por todo el horizonte sin encontrar el menor obstáculo. Pero esta Ruzafa asiática, residencia predilecta del Califa Hišām, no fue una fundación suya; era mucho más antigua. En la época preárabe, nueve siglos antes de nuestra era, figuraba con el nombre de Rasappa, como residencia de un gobernador asirio. La Biblia la cita como Resaf, y los geó-

¹ Véase LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, p. 134, y *La España musulmana en el siglo X*, p. 51-2; 221-22.

² De ella se ha ocupado J. SAUVAGET en sus interesantes *Remarques sur les monuments omeyyades*, en "Journal Asiatique", t. CCXXXI (1939), p. 1-13. Sobre la afición de los Omeyas sirios a las residencias situadas a más o menos gran distancia de Damasco, véase H. LAMENS, *La Badiya y la Hira sous les Omayyades*, en "Mélanges de la Faculté orientale de Beyrouth", t. IV, p. 112; y *Encyclopédie de l'Islam*, t. III, p. 1.265, por E. HONIGMANN.

grafos griegos como Resafa. Con el cristianismo llegó a ser la sede de un obispado y tuvo una basílica reputada por el geógrafo árabe Yaḡūt como una de las maravillas del mundo.

^CAbd al-Raḥmān I, nieto de Hišām, que tenía unos trece años cuando murió su abuelo, debió criarse en la Ruzafa siria y gozar en ella de los encantos primaverales del desierto¹. Al huir de la persecución ^Cabbāsī y renovar el emirato omeya en España, sintió mucho tiempo la nostalgia de la "badiya" familiar, en la que pasó su infancia; y, al consolidar su poder en la Península y establecerse en Córdoba, encontró a unos tres kilómetros al N. O. de la ciudad, al borde de un arroyo que baja de la Sierra, un sitio campestre, que le recordó la célebre residencia de su abuelo. Se hizo construir allí una quinta de recreo y le dio el nombre de Ruzafa², que aún se conserva [Arruzafa]. Se dice que vio en ella la primera palma, que encontró en España, a la que dedicó unos emocionados versos³:

En el jardín de Ruzafa
una hermosa palma vi,
que, de otras palmas ausente,
bien parecía gemir.

Y le dije: te apartaron
de tus hermanas y a mí
me aparta el hado infeliz.

Muy lejos yo de los míos,
de amigos y de parientes
y tú en extraño país;
mi suerte es como la tuya,
mi imagen eres aquí.

¹ En medio de jardines bien regados.

² Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, p. 135. Sobre su emplazamiento en la montaña al pie de la aldea de Arruzafa, se alza hoy el moderno parador de Arruzafa.

³ *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por Adolfo SCHACK (México, 1944). La adaptación en verso español es de J. VALERA.

Que llene, para regarte,
la lluvia todo el jardín;
que las estrellas del cielo
se liquiden para tí¹.

En esta Ruzafa de Córdoba se crió también una granada, que se llamó ruzafī [ruzafeña], enviada a ^CAbd al-Raḥmān I, desde Oriente por una hermana suya y que también, aludiendo a su procedencia, se la denominó "safarī", o sea, viajera. Su palacio, además de ser residencia favorita de los emires cordobeses, sirvió para alojar a los embajadores extranjeros; y en ella un lejano precursor de la aviación, ^CAbbās ibn Firnas², hizo un desafortunado ensayo en la segunda mitad del siglo IX. Enfundándose en una tela, sobre la que había cosido muchas plumas y en la que fijó dos alas proporcionadas a su estatura, se lanzó desde un escarpado, encima de Ruzafa y, planeando un momento, acabó por caer, sin mucho daño, a cierta distancia de su punto de partida³.

Los encantos del viejo palacio construido por ^CAbd al-Raḥmān I fueron eclipsados por el esplendor y magnificencia de la nueva fundación de al-Zahrā' bajo el califato de ^CAbd al-Raḥmān III, para acabar saqueado por los beréberes sublevados, durante la revolución, que puso fin al imperio omeya en España. En sus alrededores quedaron los restos de un arrabal sin historia y de un oscuro cementerio. Nues-

¹ Véase H. PERES, *Le palmier en Espagne musulmane. Notes d'après les textes arabes*, en "Mélanges Gauthier Demombynes" (El Cairo, 1937), págs. 226-229.

² Una especie de Leonardo de Vinci en el siglo III de la Hégira (IX de Cristo), sobre cuya imaginación e invenciones, véase LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire*, t. I, p. 273-4.

³ Sobre su pervivencia en la literatura española del siglo XVI y su traspaso escénico desde la Ruzafa cordobesa a la valenciana, véase E. TERES, en "Al-Andalus", XXIX, fasc. 1, p. 365.

tro ^CAbd Allāh, el Balansī, hijo de ^CAbd al-Raḥmān I, debió, en compañía de su padre, disfrutar de la paz y encantos de la Ruzafa cordobesa; y, a su imitación, hizo construir un palacio y crearse una residencia campestre [almunia] en los alrededores de Valencia, a la que dio también el nombre de Ruzafa. No hay ninguna fuente histórica que atestigüe claramente el origen y pormenores de esta fundación, pero todas las circunstancias históricas y familiares del Balansī están en favor de tal atribución y hacen inverosímil pensar en otro fundador, ya que ninguno de los príncipes omeyas residió en Valencia; y los sucesores de ^CAbd al-Raḥmān I, al nacer y criarse en España, no sintieron la nostalgia de la vida del desierto, que les era desconocida, y hasta el recuerdo de la Ruzafa oriental se desvaneció ante el creciente esplendor de Córdoba y los acuciantes problemas de las sublevaciones internas y las guerras con los reinos cristianos.

El palacio del Balansī debió desaparecer pronto, al no residir en él sus hijos y descendientes, pero el parque creado a su alrededor se conservó y mereció los elogios que los poetas musulmanes le dedicaron. Al-Sacundi, en su famoso *Elogio del Islam español*¹, al decir que Valencia era llamada por sus muchos jardines, el ramillete de al-Andalus, añade que su Ruzafa, en el siglo XIII, era uno de los más hermosos sitios de placer de la tierra; y el literato Ibn ^CAmīra², al llorar la pérdida de Valencia en 1238, se queja de la desaparición del parque de Ruzafa³.

¹ Texto árabe en AL-MAQQARI, *Analectes*, trad. anotada de E. GARCÍA GÓMEZ (Granada-Madrid, 1934).

² Célebre historiador, jurista y poeta: su biografía en PONS BOIGUES, *Historiadores y Geógrafos árabe-españoles*, n.º 250.

³ Cita del *Rawḍ al-mi'tār*, edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 49 del texto árabe y 62 de la trad. francesa. Véase sobre su poema, p. 37.

De Ruzafa era el poeta Muhammad b. Gālib, llamado al-Ruzafī [el Ruzafeño]¹, que, cuando aún no había cumplido los veinte años, cantó al Califa almohade, ^CAbd al-Mu'min, en el gran certamen poético de Gibraltar, y del que dicen los historiadores de al-Andalus que fue uno de los mejores poetas de su época, sobre todo en las piezas cortas y descriptivas, como esta²:

Una tarde serena la pasamos bebiendo vino.

El sol, al declinar, apoyaba en la tierra la mejilla, para el descanso. El céfiro levantaba la cola de la túnica de las colinas; la faz del cielo parecía la lisa superficie del río.

Bien por nuestra morada, donde se bebe por la noche; en un sitio en que no nos deleita más que el zureo de las palomas.

Gorjean las aves, languidecen los ramos y la tierra se bebe el rojo licor del crepúsculo.

El autor que cita estos versos, ya sólo habla de Ruzafa, como de unos jardines en las afueras de Valencia y, aun antes de ser tomada Toledo por Alfonso VI, al venir Alvar Fáñez a Levante con su destronado rey al-Qādir, dice la *Primera Crónica General*³, que acampó con su mesnada en "Ruzafa", que ya no era más que una aldea poblada por mozárabes. El Cid al entrar en Valencia, prefirió para su solaz la famosa almunia de ^CAbd al-^CAzīz, el nieto de Almanzor, que se llamó el Arrabal de Villanueva, y que ahora son los Viveros o Jardines del Real. Luego, al

1 Nacido en la Ruzafa valenciana; murió en Málaga en 572 (1177). De su amor a su patria chica, expresado con encendido lirismo nos hemos ocupado ya (p. 37-38).

2 Citada en el *Libro de las banderas de los campeones* (p. 251 de la trad. de E. GARCÍA GÓMEZ). Su biografía en IBN AL-ABBĀR, *Biblioteca árabe-española*, t. II, n.º 772.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, t. II, p. 549 b.

llegar los almorávides con el propósito de arrojarlo de Valencia, se instaló en el arrabal de Rayosa para salirles al paso, cuando llegasen de Játiva y Almusafes. En cambio don Jaime estableció en Ruzafa su campamento y la hizo base de sus ataques a las murallas de la ciudad. Los historiadores regionales nos refieren ampliamente como llegó del Puig, por la orilla del mar hasta el Grao, cruzó el río y se asentó en una casa a una milla de distancia, pero, al ver que ciento cincuenta almogávares y parte de sus mil infantes se instalaban en Ruzafa¹, a dos tiros de ballesta, se dio cuenta de que era mejor emplazamiento para iniciar el ataque y allí acampó, frente al ángulo saliente que hacían las murallas² y sin temor a una salida por sorpresa de los sitiados, ya que las dos puertas del Temple y de la Xerea estaban bastante alejadas. Don Jaime fue herido en uno de los asaltos, y se quedó cinco días en una tienda de Ruzafa, atendido por la reina.

Una vez tomada Valencia, ya no figura Ruzafa con relieve especial en su historia. Poco a poco se fue poblando el espacio que la separaba de la ciudad hasta que en 1877 fue absorbida oficialmente por la capital y solo quedó su nombre para recordar su origen y su pasado.

1 Sobre don Jaime en Ruzafa, véase TOURTULON, en su biografía.

2 La puerta de Ibn Sajar o del Temple, aunque estaba protegida por la torre mayor, debía ser muy estrecha, al término de un callejón o azucac; y no podían por ella salir y retirarse los sitiados con la necesaria facilidad.

5. SUCESOS INEDITOS DE LA VIDA POLITICA VALENCIANA EN LOS SIGLOS IX Y X

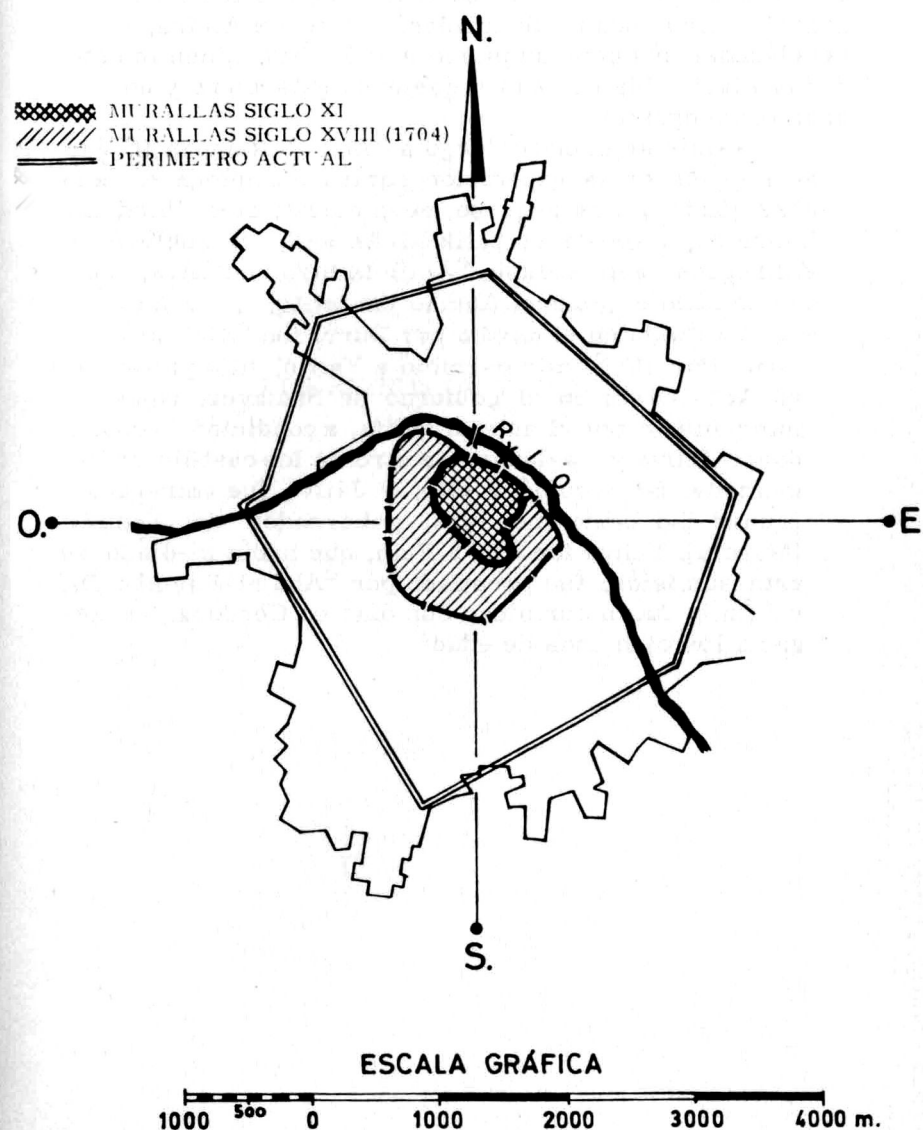
Al solucionarse, de modo tan incruento, los largos y complicados incidentes, a que dio lugar la sucesión de ^cAbd al-Raḥmān I, durante los reinados de Ḥiṣām I, al-Ḥakam I y ^cAbd al-Raḥmān II, la región valenciana sigue pacífica y desconocida en el curso de su historia musulmana hasta que accidentalmente intervienen en ella los Banū Dī-l-Nūn¹, que eran señores de la vecina Santiveria² y luego lo fueron de Toledo³.

Durante el reinado del emir ^cAbd Allāh y luego de su nieto ^cAbd al-Raḥmān III, un beréber del distrito de Santaver, llamado ^cĀmir ibn Abī Yawsin ibn Dī-l-Nun fue enviado por su primo, al-Faṭḥ señor de la qūra [distrito] de Santaver, con un destacamento de caballería a tomar parte en una de las expediciones de verano del emir ^cAbd Allāh. Como era pobre, pero valiente y ambicioso, se distinguió en esa campaña; y el jefe del ejército vencedor lo llevó consigo para presentárselo al emir ^cAbd Allāh, pero pronto la nostalgia de su país le hizo volver a Santaver. La gente de los castillos valencianos, ignoramos por qué causa, se presentó a Abū-l-Faṭḥ en Santaver para pe-

1 Sobre los Dī-l-Nūn, además del artículo que al nieto del fundador de la dinastía le consagra AL-^cUDRĪ (p. 14-15), véase SEYBOLD, en *Encyclopedie de l'Islam*, 1.^a edic., t. I, p. 990; LÉVI-PROVENÇAL, *L'Islam d'Occident*, t. I, p. 113.

2 Sobre la localización de Santiveria o Santaver, véase LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. I, p. 112, nota, y 388.

3 Mūsā ibn Zanūn o Dī-l-Nūn se apoderó de Toledo y distribuyó su feudo de Santaver entre sus tres hijos; dio a Yahyā, Huélamo; a al-Faṭḥ, Uclés, y a Mutarrif, Huete. Nuestro ^cĀmir es hijo de un hermano de Mūsā, y por lo tanto, primo de al-Faṭḥ, que sucedió a Mūsā.



Evolución urbana de Valencia

dirle un gobernador; y les envió a este ^CĀmir, con el fin de alejarlo así de su lado, porque era tan intrigante como audaz. Se apoderó de Játiva y Alcira, rebelándose contra su primo Abū-l-Fath, quien intentó despojarlo de ese nuevo gobierno valenciano y no pudo conseguirlo.

^CĀmir se sometió luego a ^CAbd al-Raḥmān ~~II~~ ^{III}, y le acompañó en la expedición contra Pamplona el año 312 [924], y a su regreso; pero cuando otro ^CAbd al-Raḥmān, llamado al-Salik al-Aslamī, se sublevó en Zaragoza, este voluble ^CĀmir lo hizo en Játiva, donde lo sitió el general Aḥmad ibn Ishāq, quien fue luego sustituido en el asedio por Durrī ibn ^CAbd al-Raḥmān. Por fin ^CĀmir escribió a Yahya', hijo y sucesor de Abū-l-Fath en el gobierno de Santaver, para que interviniese por él ante el califa, a condición de abandonar Játiva y trasladarse a otro de los castillos de la montaña. Se accedió a ello, y Játiva fue entregada a Aḥmad ibn Ishāq ibn Ilyās, gobernador de Tuḍmīr [Murcia]. Yahya' ibn Abī-l-Fath, que había mediado en esta sumisión, fue premiado por ^CAbd al-Raḥmān III, y ^CĀmir fue a terminar sus días en Córdoba, al llegar a los cien años de edad¹.

III

LOS REINOS DE TAIFAS

¹ Cfr. AL-^CUprī, p. 14-15 del texto árabe.

1. EL FIN DEL CALIFATO

Almanzor

Las crónicas latinas de los siglos VIII al X nos ofrecen una descorazonadora y monótona letanía de derrotas, de ciudades asaltadas y de regiones convertidas en desiertos, entre las que crecen, sin poder ser desarraigados, el patriotismo y la fe que toman a Santiago por su valedor supremo, y ponen en su mediación victoriosa toda la confianza y el ardor necesarios para resistir al "ḡihād" o guerra santa del Islam y hacer posible la Reconquista.

Las cincuenta y seis expediciones triunfales¹ del dictador cordobés, llamado con razón al-Manṣūr [el Victorioso], pusieron en trance de muerte a los reinos cristianos, cuyos monarcas y condes se vieron forzados a someterse, firmar paces o treguas, y pagar parias. Vermudo II de León y Sancho Garcés II de Navarra² llegaron a ofrecer sus hijas, Teresa y Ābda, al harem de Almanzor; e incluso Sancho Garcés, al concertar una tregua con ocasión de la entrega de su hija, hizo una visita a su yerno, quien le

¹ Se desconocen, en general, las fechas de esas campañas. Sólo al-ʿUḡrī les consagra un capítulo (p. 74-80), en el que anota las fechas exactas de su salida de Córdoba y de su regreso, del destino de la expedición, la época del año y su duración, que en general era corta, de un mes poco más o menos. Comprende sus veintiséis primeras expediciones, a partir de la de Alhama, emprendida a mediados de febrero del 977 (2 de rayab del 366), antes de ser elevado a la *hiḡāba*, hasta la primera contra Coímbra, en la primavera del 897 (véanse mis comentarios en las páginas 53-55). La pérdida de varios folios en el manuscrito de al-ʿUḡrī nos impide conocer con la misma exactitud el destino y las fechas de las demás expediciones de Almanzor.

² Sancho Garcés II, llamado Abarca; véase LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. II, p. 241.

dispensó una magnífica recepción para hacer alarde de su irresistible poder; pero no por eso disminuyó la fiera actitud ofensiva de los cristianos del Norte, que siguieron luchando a la desesperada; y buena prueba de su estado de ánimo es la indignación de la princesa Teresa, que, cuando su séquito de nobles la conducía a Córdoba y le rogaba que se ganase la gracia de Almanzor en favor de sus compatriotas, les dijo con seca altanería: "un país debe confiar a las lanzas de sus soldados la defensa de su honor, y no a los atractivos físicos de sus mujeres"¹.

El agudo patriotismo, que encuentra tan fiera expresión en la protesta de esta princesa, no se extinguió en los momentos más desesperados y reaccionó con tesonera dureza, sin reconocer su manifestación inferioridad, ni rendirse a una capitulación que parecía inevitable, ante la serie de los grandes desastres testificados en las pérdidas de Gormaz, Atienza, Simancas, Sepúlveda, Zamora, Osma, Alcobaca, San Esteban y Clunia. Vienen los Normandos a agravar con sus feroces piraterías esta tragedia, muere el gran conde Fernán González y es derrotado su hijo García Fernández, que muere prisionero de los musulmanes, mientras la naciente Castilla era harto pequeño rincón, "cuando Amaya era la cabeza e Hitero el mojón". Pero muy pronto se iba a producir un rápido y espectacular cambio de signo en el juego de fuerzas y en el clima bélico de la Reconquista.

¹ Véase LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España musulmana*, t. II, p. 243-4. En cambio, 'Abd permaneció en el palacio de Almanzor, tratada como una princesa (*sayyida*); una vez, al recibir a 'Abd al-Rahmān al-Muḍaffar, el hijo mayor y sucesor de Almanzor, le hizo sentarse a su lado y le regaló cuatro mil dirhemes (Cfr. IBN BASSĀM, *Al-Dajira*, t. I, p. 251; y DICKIE, en su trabajo sobre Ibn Šuhayd, en "Al-Andalus" vol. XXIX, 1964, p. 251).

La sucesión de Almanzor

Al morir Almanzor el año 1002, le sucede su hijo 'Abd al-Malik al-Muḍaffar, que se mantiene en el poder algo más de seis años, hasta que muere en 1008, víctima de la tuberculosis. La gran emoción, que sintió Córdoba por la muerte de Almanzor, se vió mitigada, al ver que el nuevo gobernante seguía el camino de su padre, tanto en la actividad agresiva contra los reinos del Norte, como en la hegemonía militar, que le reconocían los Estados cristianos y que les obligaba a recurrir a su mediación. Son muchos los datos inéditos que sobre la actuación de 'Abd al-Malik al-Muḍaffar nos ofrecen los extractos de las "Memorias de los 'Āmiriēs", que figuran en Ibn Bassām¹, y en Ibn 'Īdārī², durante los breves años que vive al-Andalus en la desenfrenada euforia, que precede a las grandes perturbaciones políticas y al estallido de las guerras civiles³.

Hasta el 15 de ṣafar del 399 [septiembre del 1008], fecha de su muerte y final de sus campañas en el Norte de la Península⁴, los reyes cristianos tomaron al hijo de Almanzor, llamado 'Abd al-Malik al-Muḍaffar, por árbitro en sus diferencias, ya que gozaba entre ellos de la misma consideración que su padre⁵. Procuraban agradarle y respetar su poder, acudiendo a su arbitraje y aceptando y cumpliendo sus sentencias. Dos años antes, en el curso de una de sus últimas campañas recibía una embajada del emperador

¹ Cfr. IBN BASSĀM, *Dajira*, t. IV, p. 58-63.

² Cfr. IBN 'ĪDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 3-37.

³ Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne musulmane*, t. III,

⁴ Siguió el ejemplo de su padre, al lanzar anualmente una o dos aceifas en los seis años que se mantuvo en el poder e intervenir como árbitro en la querella que el conde Sancho García de Castilla sostenía con Menendo González, tutor del pequeño rey de León, Alfonso V, que apenas tenía diez años.

⁵ Véase LÉVI-PROVENÇAL, en su *Historia*, t. II, p. 384-385.

bizantino Basilio II. A su muerte, bastaron unos pocos meses para que su hermano Sanchol o Sanchuelo, con su insensata ambición, diese pie al derrumbamiento del califato. Al ser asesinado y exponerse su cadáver crucificado, los "fatas" *Āmirīes* empezaron a desertar. Mientras el vértigo de las conjuras y de las luchas civiles, en las que Muḥammad al-Mahdī con el populacho cordobés y Sulaymān con los beréberes se disputan el trono y en continuas alternativas de triunfos y derrotas, llevan la desolación por toda Andalucía, sólo Valencia y la zona levantina ofrecen un refugio y brindan cierta seguridad a los fugitivos. Sulaymān, al ser derrotado en al-Bakār¹ el 5 de ṣawwāl de 400 [22 de mayo de 1010] huye a Játiva, pero al mes siguiente, vence a su contrincante en la batalla del Guadiaro, y los "fatas" Jayrān y *Ānbar* se refugian también en Játiva. Sulaymān sitia y rinde a Córdoba, tras un cerco de año y medio; y entretanto los "fatas" *Āmirīes*, que se han afianzado en Levante, vuelven a reunirse en Játiva e intentan por última vez, restaurar el califato por su cuenta en la persona de otro omeya, al-Murtaḍa, que vivía refugiado en Valencia y que, al atacar a los beréberes ante Granada, es traicionado y muerto por los mismos "fatas" que acababan de proclamarlo².

Sulaymān, que repartió los seis distritos [qūras] del Sur entre sus seguidores, los beréberes, dio a los zirīes Granada; a los magrawa, el centro de Andalucía; a Mundir b. Yaḥya, Zaragoza; a los banū Bīrzāl y banū Ifrān, Jaén y su territorio; a los magribīes, Medina-Sidonia y Morón; y a los ḥamudīes, que lo habían de destronar y asesinar, Algeciras, Tánger y Arcila.

¹ Véase LÉVI-PROVENÇAL, en su *L'Espagne musulmane au X siècle*, pág. 143.

² Sobre estos hechos, que sólo indirectamente se relacionan con la historia musulmana de Valencia, véase LÉVI-PROVENÇAL, en su *Historia*, cap. VII del t. II, p. 291 y sigts.

La intervención cristiana

Ya al declararse la guerra civil entre los aspirantes al califato, el conde Sancho García de Castilla es solicitado para ponerse de parte de Sulaymān, bisnieto de *Ābd al-Raḥmān III*, al mismo tiempo que le envía embajadas con petición de auxilio, el califa reinante Muḥammad al-Mahdī; y derrota, cerca de Alcalá de Henares, al gobernador de Medinaceli, Wādiḥ. El derrotado reconoce su impotencia y entra en negociaciones con Raimundo Borrel, conde de Barcelona, y su hermano Armengol, conde de Urgel, quienes acceden a cooperar militarmente con él, bajo las más pesadas condiciones económicas; y luchan juntos contra los beréberes en al-Bakār, al norte de Córdoba y un poco al sudeste de Ovejo, para entrar luego triunfantes en la Córdoba califal, en la que hacía unos pocos años los reyes de León, Castilla y Navarra habían sido recibidos como humildes vasallos.

Sigue desmoronándose el aparato militar de los musulmanes andaluces, y para conseguir que el conde Sancho García no reanude las hostilidades contra la Frontera media, le entregan Ḥiṣām II y su primer ministro Wādiḥ, varias plazas fuertes de la línea del Duero, como San Esteban, Clunia, Osma y Gormaz, sobre las que había ondeado a todo lo largo del siglo X la bandera blanca de los Omeyas¹. Acaba por extinguirse sin valor ni gloria la dinastía de *Ābd al-Raḥmān I*, y los reyes de taifas van a demostrar la misma incompetencia y cobardía, en medio del refinamiento y la cultura que habían aprendido y heredado del Califato.

La súbita dispersión del poder y la manifiesta incapacidad militar, agravadas por la corrupción, rivalidades y traiciones, en que son maestros los nuevos

¹ Así, gracias a esta cesión, las posesiones castellanas se adelantaron a Segovia y Sepúlveda; y la frontera pasó del valle del Duero a la línea de crestas de las sierras de Medinaceli y del Guadarrama.

reyezuelos, dejan el campo abierto a Fernando I y a Alfonso VI para convertirse en conquistadores, que en alas de su espíritu marcial, su patriotismo y su fe, avanzan rápidamente, sin encontrar resistencia apreciable en el campo de batalla. Fernando I logra la rendición de Viseo y Lamego en Portugal¹, arrebató al rey de Zaragoza las fortalezas del sur del Duero; entra e sangre y fuego por los dominios de al-Ma'mūn de Toledo, y llega a Alcalá de Henares. El Toledano, incapaz de hacerle frente, va en persona a ofrecerle un gran tesoro y declararse su vasallo y tributario², conducta que imitan los reyes de Badajoz y Zaragoza y el mismo al-Mu'tamid de Sevilla, el monarca más poderoso de Andalucía³. Cae Coimbra, y los musulmanes evacúan el país entre el Duero y el Mondego. A continuación se encamina Fernando I hacia Levante y sitia a Valencia, para derrotar a su rey en Paterna⁴ sin encontrar apenas resistencia.

Este contraste entre el abatimiento de los reyes de taifas y el afán reconquistador de los cristianos se hace aún más evidente bajo el reinado de Alfonso VI, cuya política altanera y violenta exigía no sólo enormes tributos, sino lo que era más doloroso, tierras y castillos. Y esta altanería estaba justificada por la cobardía y fatuidad de sus vasallos musulmanes; pues

1 Ganadas fácilmente a Muzaffar ibn al-Aftas de Badajoz en 1057.

2 Véase IBN 'IDRĪS, en *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 281; y *Mulūk al-ṭawāif*, por Muḥammad 'ABD ALLĀH 'INĀN, p. 98 y sigs.

3 La sumisión del rey de Sevilla da pie a la leyenda cristiana del descubrimiento de las reliquias de San Isidoro, en la que se tergiversa la situación y los sentimientos del rey sevillano. Véase Dozy en sus *Recherches*, (3.ª edición, t. I, p. 164) y la *Crónica del Silense* (p. 147, del t. 2 de mi reedición) en las "Crónicas latinas de la Reconquista" (Valencia, 1915); y las *Actas de la traslación del cuerpo de San Isidoro*, editadas por SÁNCHEZ COCO, como apéndice a la *Crónica Silense* (p. 95 y sigs.).

4 Sitio y derrota de los que nos ocuparemos al tratar del reinado de 'Abd al-Malik b. 'Abd al-'Azīz, segundo, rey 'āmirī de Valencia.

como reconoce un historiador árabe¹, no había en la Península quien se enfrentase con el más pequeño de los perros de Alfonso. Cada reyezuelo enviaba a Alfonso sus embajadores con costosos regalos para que les permitiese quedarse como sus gobernadores, encargados de recaudarle las parias en las zonas musulmanas, en las que ejercían su vacilante poder. Se extienden los cristianos por todo el país y lo razzian sin encontrar resistencia; un pelotón de ochenta jinetes penetró por la zona de Almería, cuyo rey Šumā-dih lanzó para rechazarlos a uno de sus mejores caídos con cuatrocientos jinetes escogidos; pero al encontrarse con los cristianos, huyeron presa del pánico, sin atreverse a entablar combate². Aún más significativa fue la incapacidad de los sevillanos: cuando Alvar Fáñez sitiaba a Murcia, envió al-Mu'tamid a su hijo al-Radī con tres mil caballeros; y en vez de acometer a los trescientos enemigos que les salieron al paso, huyeron sin entablar combate. Su campamento fue saqueado y casi todos fueron muertos o cautivados³.

Estos episodios demuestran claramente que los reinos de taifas estaban inexorablemente abocados a desaparecer sin oponer la menor resistencia armada a los ejércitos castellano-leoneses de Alfonso VI, el rey mimado por la fortuna, que no tuvo que librar ninguna batalla para someterlos y empobrecerlos con sus expoliaciones y sus parias. Sólo al llegar los almorávides se eclipsó su buena estrella y no supo

1 Cfr. *Kitāb al-iktifā*; en la *Historia* de Dozy, reeditada por LÉVI-PROVENÇAL (t. II, p. 231).

2 Cfr. *Kitāb al-iktifā*; en la *Historia* de Dozy, reeditada por LÉVI-PROVENÇAL (t. II, p. 319).

3 Cfr. *Kitāb al-iktifā*; en la *Historia* de Dozy, reeditada por LÉVI-PROVENÇAL (t. II, p. 319), tomado de la misma fuente, que, en su odio a los reyes de taifas, exagera y recalca la cobardía bien conocida de los musulmanes levantinos en esta época.

oponer más que una tenaz resistencia a una fuerza y una moral combativa, a la que no estaba acostumbrado y a las que no pudo sobreponerse, como lo hizo elogiosamente el Cid Campeador.

2. LA GUERRA CIVIL Y LOS REINOS DE TAIFAS

La "fitna"

Al estallar la devastadora "fitna" o revolución entre los musulmanes andaluces y los beréberes, se fragmentó el imperio omeya en una explosión de reinos de taifas, tan numerosos como débiles y por añadidura rivales entre sí, que nos ofrecen un espectáculo tan sorprendente como el de la ruina y desaparición del imperio visigodo. Bastó un cuarto de siglo para que se derrumbase, como un castillo de naipes, el edificio que ^CAbd al-Rahmān I y sus descendientes habían levantado laboriosamente y que habían reparado lo mejor posible, cada vez que una conmoción demasiado fuerte sacudía sus cimientos. Se acabó para siempre con la superioridad militar de al-Andalus en el bloque ibérico y con el prestigio de su fuerza armada y de su esplendor cortesano ante las modestas cortes de León, Burgos y Pamplona¹. Con Fernando I, Alfonso VI y el Cid, en Castilla; y Pedro I y Alfonso el Batallador, en Aragón, se eclipsará la estrella de los reinos de taifas; y por un trágico cambio de pape-

1 Como ha expuesto E. GARCÍA GÓMEZ en su *Advertencia preliminar* a la traducción de la *Historia de la España musulmana*. Después que LÉVI-PROVENÇAL publicó los dos primeros volúmenes y los completó con un tercero que versaba sobre las instituciones y la vida social del califato de Córdoba, parecía inminente, como esperábamos, el que abordase el siglo XI, clave de nuestra Edad Media, y asaltase la fortaleza de la historia de las taifas, cuya increíble complicación desafía los nervios y la lógica del especialista mejor pertrechado. La muerte, demasiado prematura, le impidió realizar esta ardua labor; y los que hoy nos ocupamos de las variadas facetas del Islam de Occidente, no hacemos más que preparar parcialmente el terreno y aguardar al heroico arabista que asalte este laberinto de las taifas y lo abra a la curiosidad de la cultura moderna.

les, el Magrib, que había estado sometido al vasallaje de la política norte-africana de los califas de Córdoba, se adueñará con los almorávides; y luego, con los almohades, de la Andalucía musulmana, y hará de ella una provincia, en la que los saharianos levantarán el ardor bélico de los agotados reyes de taifas.

Las tierras valencianas al principio de la "fitna"

Son innumerables y nos hastían con sus monótonas repeticiones, a todo lo largo del emirato y del califato omeya, los relatos de las viejas rivalidades árabes, que se renuevan frenéticamente en la Península; las sublevaciones de los beréberes, que llevan la desolación a gran parte de Castilla; los graves trances por que pasó el régimen omeya, con el alzamiento de Ibn Hafsūn y los muladíes; y finalmente la espantosa anarquía, que padeció al surgir los reinos de taifas, apenas se dejaron sentir en esta región privilegiada. La capital se había entregado sin resistencia a ^CAbd al-^CAzīz, hijo de Mūsā b. Nūṣair, sin negociar siquiera una capitulación, como la que obtuvo el godo Teodomiro, gobernador de Orihuela. El geógrafo levantino del siglo XI, al-^CUḍrī, ha dedicado varios capítulos a la exposición pormenorizada de las numerosas rebeliones y luchas, que tuvieron lugar en la región murciana a partir de la guerra civil de yemeníes y mudaríes, que duró siete años; y aún más capítulos a las no menos complicadas perturbaciones, a que dieron lugar en la Frontera superior las disidencias de los Banū Kāsī y de los Tuḡībīes, así como las continuas expediciones de los emires omeyas y de los mismos Califas para reprimir las ininterrumpidas rebeliones en todo Aragón. Frente a esta serie de epidémicas perturbaciones, nada encuentra nuestro autor, digno de mención en las tierras valencianas.

Cuando las escuadras normandas saquearon y de-

vastaron los litorales atlántico y mediterráneo de la España, tanto cristiana como musulmana, después de asaltar a Sevilla y las dos costas del Estrecho, se internaron por el litoral levantino, llegaron a asaltar Orihuela y saquear las Islas Baleares. Se establecieron y atrincheraron en la desembocadura del Ebro, y por él avanzaron hasta Navarra, a cuyo rey García Iñiguez cautivaron, para llegar por fin hasta las bocas del Ródano y devastar Arles, Nimes y Valence en Francia y las costas del Norte de Italia. Estas devastadoras incursiones, que sembraron el espanto y la desolación en todas las costas peninsulares, respetaron las ricas vegas y las ciudades valencianas y ni siquiera intentaron, ignoramos por qué motivo, un golpe de mano contra su capital.

La guerra civil, que la sucesión de ^CAbd al-Rahmān I provocó durante los tres reinados siguientes, tuvo un incruento final en esta Valencia, tan favorecida, una vez más, por el ambiente de paz en que vivió toda su región.

Tampoco la reconquista cristiana vino todavía a llamar a sus puertas, durante los tres primeros siglos de la ocupación musulmana; y sólo de lejos llegó a Levante la noticia del curso de las heroicas luchas con que, a todo lo largo de la Cordillera cantábrica, se sintieron con fuerzas los pequeños y pobres reinos del Norte para iniciar su liberación en las condiciones más precarias; y su esfuerzo y su moral

1 A las fuentes de que se han servido DOZY en sus *Recherches* (tercera edición, II, p. 279-86), y LÉVI-PROVENÇAL en su *Historia de la España musulmana* (I, p. 310), y F. LOT en *Les grandes invasions normandes de 856-862*, hay que añadir, una vez más, los nuevos datos suministrados por al-^CUḍrī (p. 119), que puntualiza la actuación de la escuadra musulmana y sus derrotas con la muerte del almirante Jašjāš. Confirma que las naves normandas llegaron por el Ebro hasta la frontera de Navarra, no hasta la capital, y que su rey, García Iñiguez, caído prisionero, sólo pudo pagar, al contado, la mitad de los 70.000 dinares que se le exigieron por su rescate, y dejó a sus hijos en rehenes hasta entregar la otra mitad.

combativa no decaerán hasta terminarse la Reconquista. A pesar de la grandeza del Califato de ^CAbd al-Raḥmān III, cuyo esplendor ilumina a toda Europa, y del impresionante despliegue de fuerzas con que Almanzor llega a Santiago de Compostela y a Barcelona, la superioridad bélica de las pequeñas y osadas columnas de árabes y beréberes, que impusieron su ley tan rápidamente en la Península y en el Sur de Francia, se ve contrarrestada por la elevada moral con que los nuevos reinos cristianos se enfrentan con los invasores, al desplegar una energía y un patriotismo, que faltó por completo a los visigodos, o mejor dicho a los hispano-romanos, sometidos a su poder, como verdaderos siervos¹.

¹ Véase la *Historia de España y España visigoda*, dirigida por don Ramón MENÉNDEZ PIDAL, t. III (Madrid, 1940). LÉVI-PROVENÇAL, en *Histoire de l'Espagne musulmane*, t. I, p. 1, 13 y 71.

3. LOS ESLAVOS O FATAS ^CĀMIRĪES EN LEVANTE

Los esclavos

Los emires y los califas omeyas reclutaron muchos mercenarios beréberes y extranjeros, pero no consta que en esos ejércitos hubiese más valencianos que los voluntarios de la guerra santa, como el cadí patriarca de la famosa familia de los Banū ʿYahhāf¹, que cayó mártir en la batalla del barranco [jandak] de Simancas, al ser derrotado ^CAbd al-Raḥmān III². Tampoco aparecen en la zona valenciana los "ribāt" o lugares fortificados para defender las fronteras, terrestre o marítima, contra el infiel, en los que voluntarios piadosos cumplían, en régimen monástico, la obligación canónica del "ḡihād" o guerra santa. Ni figuran contingentes beréberes o negros en su guarnición, ya que los fatas ^Cāmirīes les cerraron la frontera de Levante hasta que se vieron obligados a llamar a los almorávides para que los defendiesen contra el Cid Campeador.

Pronto iba a producirse un brusco y peligroso cambio de rumbo en el horizonte político de la hasta entonces afortunada y laboriosa Valencia musulmana. Al estallar la devastadora "fitna" o guerra civil entre los musulmanes andaluces, los esclavones y los beréberes, se fragmentó el imperio omeya en una explosión de reinos de taifas, tan numerosos como débiles y por añadidura, rivales entre sí.

Los Califas de Córdoba se rodearon de todo un mundo de esclavos y libertos de origen extranjero, que constituyeron, en principio, su casa civil y su per-

¹ Su biografía en IBN AL-FARADĪ, n.º 320, y en AD-DABBI, n.º 630. RIBERA en *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 215.

² El 11 de šawwāl del 327 (10 de agosto 939).

sonal doméstico, pero que luego, a partir del siglo X, comenzó a desempeñar un papel cada vez más importante, al desplazar a los príncipes de la sangre y las grandes familias aristocráticas, tanto de los puestos civiles como militares, reservados antes a la nobleza árabe. Estos esclavos, en su mayoría eunucos, constituyeron a la caída del califato, una categoría social bastante influyente y diferenciada del resto de la población, que les permitió repartirse con los otros grupos étnicos la posesión de la herencia territorial del imperio omeya¹.

El papel desempeñado por estos esclavos [en árabe, sakālība] o libertos [mawālī] compite en violencia, desastres y ruinas con la feroz y anárquica revolución provocada por los mercenarios beréberes. Tomaron parte en todos los complots, mostraron siempre la misma ambición y el mismo despotismo, hasta formar el partido eslavo o esclavo, que dirigido por el fata Jayrān, emigra a Levante y forma los reinos de taifas de Tortosa, Valencia, Denia y Murcia.

Un testimonio coetáneo

La gente de al-Andalus, dice uno de sus historiadores, Ibn al-Jaṭīb², se entregó a una división parti-

1 Véase el libro *Los esclavos en España*, publicado por AḤMAD MUJṬAR ʿABD AL-FATAḤ AL-ʿABBĀDĪ, texto árabe, traducido al español por el profesor DE LA GRANJA (Madrid, 1953). LÉVI-PROVENÇAL se ha ocupado ampliamente de esta taifa formada por esclavos, eunucos o no, que, capturados muy jóvenes en los países de la Europa oriental y en las costas del Mediterráneo, eran llamados esclavos, esclavones o esclavos y recibían el nombre genérico de sakālība (en singular saklābī); sobre su intervención en la vida de los califas omeyas, sus altos cargos en la administración y en el régimen de los reinos de taifas, véase el t. II de su *Historia de la España musulmana*, p. 122-30; *L'Espagne musulmane au X siècle*, p. 29-30; y *Encyclopédie de l'Islam*, t. IV, p. 78-80.

2 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 167.

dista y a un fraccionamiento no igualado por ningún país, a pesar de tener tan cerca el peligro cristiano. Nadie entre ellos era heredero del califato, ni tenía derecho a ser emir; no se distinguían por su valor ni tenían título para mandar; pero a pesar de ello, dividieron las regiones y se repartieron las ciudades más importantes, cobraron los impuestos, reclutaron tropas, nombraron cadíes y se adjudicaron títulos sultánicos. Acudieron a ellos los poetas y libertos que los elogiaban sin escrúpulo, a pesar de no ser más que esclavos, eunucos o beréberes inmigrantes, soldados odiados o hombres desconocidos.

Ibn Ḥazm, su contemporáneo, denuncia con los más duros dictámenes la inconsciencia con que los reyes de taifas, verdaderos aventureros, recurrían a las mayores bajezas e injusticias para escalar el poder y mantenerse en él. En su obra pone de relieve el caso típico de Muḥammad ibn Saʿīd al-Takurūnī, que había sido cortesano de al-Mahdī, el que destronó, asesinó y crucificó a ʿAbd al-Raḥmān Sanchuelo, el padre de ʿAbd al-ʿAzīz, rey de Valencia, quien, diez años más tarde, recibió en su corte con los brazos abiertos a ese cómplice en el asesinato de su padre, y lo elevó al alto cargo de secretario político y lo hizo su visir más allegado.

Poco después, el año 429 [1007-8] puso en la picota³ la increíble farsa de la reaparición de Ḥiṣām II, montada burdamente por al-Muṭtaḥid de Sevilla y aceptada por varios reyes de taifas. Cuando el despota sevillano mandó quemar sus libros³, Ibn Ḥazm

1 Cfr. IBN ḤAZM, *Nuqat*, texto árabe editado por SEYBOLD, en la "Revista de Estudios históricos de Granada y su reino", citado por M. ASÍN en su obra *Abenhamud de Córdoba y su Historia crítica de las ideas religiosas*, p. 229.

2 Cfr. *Nuqat*, 15b, 16a y 16b. citado y comentado por M. ASÍN en su biografía de Ibn Ḥazm, p. 231 y 68, nota 79.

3 Compuso los famosos versos que empiezan: "Aunque queméis el papel, no podréis quemar—lo que encierra, porque lo llevo en mi pecho."

lo denunció ante el pueblo por su sanguinaria crueldad, no sólo con sus rivales, sino también con su propia familia, sacrificada en aras de su vengativa suspiciosa¹.

Levante, refugio

No se formó en Valencia y su región ningún partido indígena que aspirase a la independencia del poder del califato de Córdoba. Los sakáliba o fatas cāmíries, fuesen o no eunucos y todos de origen extranjero, al ser muerto y crucificado su señor, Sanchuelo, el segundo hijo de Almanzor, y sobre todo al anunciarse la muerte (fingida la primera vez) de Ḥiṣām II, se trasladan a Levante. Habitados a desempeñar cargos importantes, tanto civiles como militares, no encuentran oposición alguna, al imponer su autoridad, aunque no basada en la fuerza y el número, y les basta para hacerse reconocer en las distintas zonas en que se instalan, contar con un puñado increíblemente pequeño de compañeros y secuaces. Muchos de ellos se liberaron de su condición servil; y al ocupar cargos importantes, llegaron a enriquecerse y hasta a tener sus propios esclavos. Se asimilaron todos los refinamientos de la civilización andaluza y se distinguieron como eruditos, poetas y bibliófilos. Uno de ellos, Ḥabīb ibn García, al-siklābī, escribió en tiempos de Ḥiṣām II una "risāla" titulada *Pruebas claras y convincentes contra los que niegan las excelencias de los esclavos*, que Ibn Bassam ha comentado en su *Dajira*².

¹ Su hijo Ismaʿīl, su hermano, su tío y sus dos sobrinos pequeños (Cfr. IBN ḤAZM, *Nuḡat*, 15b-16b.).

² IBN BASSAM, *Dajira*, t. IV, edic. de El Cairo; e IBN AL-ABBĀR, en su *Takmila*, t. I, p. 32.

Los primeros reyes de taifas de Valencia

En este medio ambiente tan singular, fue Valencia escenario de uno de los más sorprendentes ejemplos que la historia musulmana de España nos ofrece sobre los azares y tragedias de la gran conmoción sufrida por toda la Península, al surgir los reinos de taifas. Dos eunucos, capturados de niños en país cristiano y educados en la religión y la cultura del Islam español, eran libertos oscuros de otro liberto, Muḥarrir, el jefe de la policía de al-Zāhira, la residencia de Almānzor y de sus hijos en las afueras de Córdoba. Se les dio los nombres eufemísticos de Muḥarrir [el bendecido] y Muḥarrir [el vencedor], y por el año 1010 tenían a su cargo la administración de las acequias de la huerta valenciana, primer testimonio histórico suministrado por los cronistas árabes¹ de la existencia de este organismo, precursor del futuro Tribunal de las Aguas. Fueron depuestos por su mala administración y se les obligó a presentarse en Córdoba para rendir cuentas ante el visir ʿAbd al-Raḥmān b. Yasār, pero supieron ganárselo con tal habilidad y sobornarlo con tanta esplendidez, que en vez de castigarlos y relegarlos a la oscuridad, les expidió un decreto que los reintegraba en su cargo. Regresaron a Valencia, y, en seguida los encontramos que, por un golpe de magia, se han hecho señores de la ciudad y de todas sus dependencias². Y si extraña

¹ Dos son las fuentes árabes que se ocupan de este misterioso encumbramiento: IBN ḤAYYĀN (a quien copia Ibn ʿIdārī en la segunda parte del tomo II del *al-Bayān al-mugrib*, editado por LÉVI-PROVENÇAL como tomo III, p. 158-63), e IBN AL-JAʿĪB, en su *ʿAmāl al-aʿlām*, p. 255-60.

² Son varias y muy confusas las versiones árabes sobre los precedentes de este insólito encumbramiento. Según *al-Bayān al-mugrib*, Muḥarrir, el famoso rey corsario de Denia y las Baleares (de quien nos ocuparemos al tratar de su reino y de su dinastía) era un liberto de Almanzor, quien le dio el gobierno de las Baleares; en cambio, Ibn Jaldūn nos lo presenta, al estallar la fitna, en Tortosa, que abandona, sin que sepamos

es su ascensión al poder, aún es más inverosímil la manera cómo gobernaban en común y la cordial igualdad, que, sin ningún lazo de sangre, los unía en su vida pública y en su trato diario; vivían juntos en el mismo alcázar, y la mayoría de las veces comían en la misma mesa, y no se distinguían el uno del otro ni en sus arreos ni en su ajuar. Sólo se singularizaban en tener cada uno su propio harem dentro del mismo palacio, costumbre extraña, que a pesar de ser eunucos, adoptaron algunos libertos para salvar las apariencias. La única diferencia entre ellos era que los súbditos se dirigían preferentemente a Mubārak por ser mas enérgico y astuto¹.

Mubārak y Muẓaffar

Cuando se apoderaron del gobierno, acudió a ellos gran número de libertos o esclavones francos y vascos, compañeros suyos, a cuyas órdenes se puso toda clase de desterrados y fugitivos. Consolidada su posición con estos refuerzos, se equiparon espléndidamente, gracias a las contribuciones que con todo rigor exigían a sus súbditos y que alcanzaron la cifra de 120.000 dinares de oro al mes. Su reino, al verse alejado de un peligro inmediato de ataque, tanto por parte de Castilla como de Aragón y Cataluña, se engrandeció y se pusieron a su servicio los visires y fun-

la causa, para encontrarlo luego en el gobierno de Valencia. El año 400 (1010) los dos acequeros, que luego lo destituyeron y se alzaron con el poder, eran unos simples administradores de las aguas de la huerta valenciana, quienes al año siguiente, 401 (1011), fueron llamados a rendir cuentas de su gestión y someterlos a juicio, durante el segundo reinado de Hišām II y bajo el gobierno del primer ministro, el fata Wādiḥ, cuando ya los beréberes emprendían el sitio de Córdoba, que duró más de dos años.

¹ Según IBN ḤAYYĀN, copiado por Ibn ʿIdārī en su *al-Bayān al-mugrib*, t. III de la edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 158-159.

cionarios huidos de Córdoba y gran número de artistas, ansiosos de encontrar un rincón de paz¹.

Se edificó mucho, se cerraron con murallas y puertas reforzadas los puntos abiertos de la ciudad; se construyeron palacios y alcázares dotados de agua, hasta emular a los más soberbios reyes; y los personajes principales de su corte llegaron a gastar cien mil dinares en la construcción de sus residencias. Los cronistas árabes, al ponderar estos despilfarros, citan los versos encomiásticos y aduladores, que los poetas dedicaron a estos dos advenedizos, pero al mismo tiempo no dejan de subrayar la dureza con que trataron a sus súbditos, hasta obligarlos en muchos casos a emigrar, abandonando sus posesiones; y el frío desprecio con que trataron al visir de Córdoba, que los había repuesto en su cargo, y que al ser víctima de la revolución cordobesa y verlos en el apogeo de su poder, acudió a implorar su protección en Valencia, pero los taimados eunucos se negaron a darle audiencia.

Játiva, independiente

Se ha creído que, entretanto Mubārak se apoderó de Játiva e incluso se afirma que las rentas que de ella sacaba, subían a 50.000 dinares², pero consta por el

¹ Los cordobeses ricos y los enemigos de los beréberes huyeron de la capital con sus bienes, y dieron vida y esplendor a esta efímera corte, en la que corrían parejas el lujo y la insolencia de los improvisados gobernantes, al emular el boato de la corte de Almanzor y de su hijo al-Muẓaffar; pero al mismo tiempo, como típicos fatas, oprimían y despojaban sin piedad al pueblo, reducido a una increíble miseria y a un hambre nunca conocida en tan rico país (Cfr. IBN ʿIDĀRĪ, en el tomo III de su *al-Bayān*, p. 160).

² IBN ʿIDĀRĪ, *al-Bayān*, t. III, p. 160 de la edición LÉVI-PROVENÇAL.

testimonio de Ibn al-Jaṭīb¹ que Játiva estaba por entonces regida por otro *fata saklabī*, llamado Jaira, quien, a su vez, se había independizado en su formidable alcazaba, y por su generosidad y justicia se había ganado el afecto de los setabenses. Pasó una vez en son de paz por Valencia, y Mubārak se excedió en honrarlo y en un banquete lo envenenó; Jaira regresó a Játiva para morir a los pocos días; pero a pesar de esta traición no logró Mubārak apoderarse de Játiva, porque ^CAbd al-^CAzīz b. Aflah, lugarteniente de Jaira, se negó a rendirse; y Mubārak, a pesar de ser más poderoso, no se atrevió a atacarlo y lo dejó independiente hasta que pasó su alcazaba a poder de Muḡāhid, el rey de Denia.

La única acción militar de Mubārak tuvo lugar, cuando recibió en Valencia a Labīb, arraez de Tortosa, quien le venía a pedir socorro contra el señor de Zaragoza, Munḡir, que pretendía despojarlo de su feudo. Salieron juntos con un pelotón de 500 caballos, y derrotaron a las escasas fuerzas de la taifa zaragozana².

Poco tiempo duró su reinado para que, en cuatro o seis años, a lo sumo, pudieran tanto ellos como sus secuaces enriquecerse tan rápidamente, construir soberbios palacios e incluso fortificar las murallas y puertas de su recinto, obras y reparaciones que no debieron ser tan importantes, como las pinta esta fuente, ya que, pocos años después, el primer soberano de la dinastía ^Cāmirī, ^CAbd al-^CAzīz, es celebrado por su contemporáneo al-^CUḡrī, como el autor de las obras que hicieron de Valencia la ciudad mejor amurallada y defendida de todo al-Andalus³.

¹ En su *A'māl al-ʿAlām*, p. 259.

² El éxito de esta insignificante escaramuza le valió los pomposos elogios del gran poeta Ibn Darrāʾ, el año 407 (1016-7). (Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-ʿAlām*, p. 259.

³ Mientras los acequeros gozan de las delicias de un poder tan fácilmente logrado, Muḡāhid, que ya se había apoderado de Denia y las

El final de los primeros reyes

Pero todo este esplendor y poder, carentes de base y de legalidad, se desvanecieron como un sueño, al ser Mubārak víctima de un accidente fatal. Salíó un día a caballo del alcázar de Valencia para solazarse en una quinta de recreo en las afueras de la ciudad; y al cruzar el puente, que era de madera, uno de los tablones se rompió en dos pedazos; una mitad hizo tropezar y caer al caballo, y la otra mitad le dio a Mubārak en la cabeza y lo mató en el acto. El pueblo que se había agolpado al paso de la comitiva, se sublevó inmediatamente y puso fin a su tiranía con el saqueo del Alcázar y el asesinato de su correinante Muḡaffar¹.

Los cronistas árabes dan un tinte providencialista a este hecho, y nos pintan a los valencianos que, al dirigirse Mubārak al campo con su comitiva, le salen al paso para implorar la supresión de un nuevo y pesado impuesto con que los abrumaba. El reyezuelo se alza sobre sus estribos y exclama: "Dios mío! si es verdad que yo empleo este dinero en algo que no sea de provecho común para los musulmanes, que no se retrase mi castigo un momento". E inmediatamente se cumple la sentencia celeste.

Al perecer Mubārak tan espectacularmente y ser asaltado su palacio, el populacho dio muerte a su socio Muḡaffar, y los valencianos llamaron a Labīb,

Baleares, emprende en el verano de 406 (1015) su famosa expedición contra Cerdeña y les deja el campo libre, ya que, por su audacia y por su superioridad militar, era el único que de momento podía poner en peligro su dominio, y el que más derecho tenía a recuperar a Valencia, de la que había sido despojado por ellos.

¹ Cfr. *al-Bayān al-muḡrib*, t. III, p. 152-163, 302. A pesar de ser los dos indoctos, se rodearon de grandes literatos, como al-Ṭakurūnī, Ibn Muḡlab e Ibn Ṭālūt, que desempeñaban a su lado el papel de los visires de Córdoba. Murió Mubārak en ḡu-l-ḡiyya del 408 ó 409 (1017-1018) (véase ʿINĀN, *Mulūk al-Ṭawāif*, p. 209).

que se mantenía en Tortosa y que se había asociado con Mubāraq, pero los Ġāmirīes bajo la jefatura de los grandes fatas Jayrāny ĠAnbar, y de acuerdo también con Mundir de Zaragoza y Muḡāhid de Denia, convienen en colocar en el trono de Córdoba a un bisnieto de al-Nāṣir, que se había refugiado en Valencia; y concentran un ejercito en Játiva con la vana idea de acabar con la anarquía, que se había apoderado de todo al-Andalus. Una vez más las intrigas, las bajas pasiones y la incapacidad política hicieron fracasar ese plan; y al-Murtada, traicionado por los suyos, fue vencido por los bereberes de Granada y cayó asesinado por los mismos fatas que lo habían proclamado.

Por fin, cuando los fatas establecidos en Levante se convencen de que, tan imposible como vencer a los beréberes, es el restaurar el califato de Córdoba, se deciden a implantar la dinastía Ġāmirī y poner en el trono de Valencia al nieto de Almanzor, hijo de Sanchuelo, quien dará con sus hijos y sucesores días de relativa paz y bienestar a toda la región valenciana, en la que van a reinar.

Los riegos en la región valenciana

El episodio de los acequeros-reyes de que acabamos de tratar, nos ofrece la oportunidad para fijar tanto la cronología como los hechos históricos, que se deformaron, al celebrarse y estudiarse el milenario del Tribunal de las aguas y de la implantación de los riegos en Levante. Se tomó por base para esta conmemoración la información exclusiva del siempre sospechoso arabista Conde¹, quien atribuye esas dos instituciones, sin ninguna prueba, al Califa omeya

¹ Cfr. CONDE, *Historia de los musulmanes españoles*, II (Barcelona, 1844), p. 40.

² Abd al-Raḡmān III y a su hijo al-Ḥakam II. No se tuvo en cuenta, antes de dar crédito a fuente tan desautorizada, que ya el clarividente Ribera Tarragó había refutado a los historiadores regionales, no arabistas, al demostrar con sólidas razones en la revista "El Archivo" (año 1888) y en el "Almanaque de Las Provincias" (1908) que el sistema de riegos de la huerta valenciana y de todo Levante era una creación social indígena y no obra de los árabes.

Puso de manifiesto que los historiadores árabes de Valencia, que fueron muchos y bien enterados, al celebrar pomposamente la conducción de pequeños acueductos y canales para el servicio y riego de parques y palacios principescos, no dicen una palabra de la construcción de una sola acequia y este silencio es muy significativo. El Tribunal de las Aguas tampoco tiene semejanza ni antecedentes en las organizaciones unitarias del Oriente musulmán, y por lo tanto, Valencia se ha quedado corta al celebrar su primer milenario, pues es muy probable que ya estamos muy adelantados en su segundo.

El gran arabista francés E. Lévi-Provençal², comenta como es lógico, los progresos hechos por los musulmanes españoles en el empleo racional de varios sistemas de riego, al adoptar las ruedas hidráulicas o norias fluviales, inventadas y usadas en todo Oriente, desde la época ante-islámica; y aunque subraya la importancia del influjo árabe en el vocabulario español de la técnica hidráulica, que se ha conservado hasta hoy, afirma claramente que no por ello se ha de llegar a la conclusión de que los riegos, practicados desde hacía siglos en las vegas

¹ Reproducidos en sus *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 309-13.

² Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne musulmane*, III, p. 265, 270, 282 y 348.

vantino y al silencio de los historiadores islámicos, que nunca atribuyeron a los musulmanes españoles la creación de sus regadíos, les hacía falta la confirmación de los geógrafos, cuyos códigos recientemente descubiertos y poco estudiados hasta ahora, reconocen en sus descripciones el origen anteislámico de diversas obras importantes, dedicadas al regadío como función social.

La obra del geógrafo al-Ḥimyarī, en su parte relativa a España, al hablar de Murcia¹, cuya fundación, por orden de ^CAbd al-Rahmān II, coloca en el año 831, la describe así: "esta ciudad se encuentra en una llanura y tiene un arrabal populoso, que, lo mismo que la ciudad, está rodeado de fuertes murallas coronadas de parapetos. El agua corre a través del arrabal. Murcia se asienta a la orilla del río y se llega a ella por un puente de barcas. Un canal se deriva del río de Murcia, cerca del puente llamado "Qantara Askabo" [Alcantarilla] y sigue una conducción excavada por los Antiguos² a través de la montaña, que horadaron cerca de una milla. Este canal riega el terreno del Sur de Murcia. Los mismos Antiguos perforaron a través de la montaña, que se enfrenta con la anterior, otra canalización por espacio de unas dos millas para dar paso al agua que riega el terreno del Norte de Murcia. Estos dos canales están provistos de pozos de ventilación [manāfis], cuya boca llega a la cresta de la colina y tiene además compuertas [manāhid] en dirección de la corriente del río; basta abrirlas para que se puedan purgar los canales y el agua arrastre el fango, que en ellos se haya depositado. Entre las

1 Cfr. AL-HIMYARĪ, en *La Peninsule iberique au moyen âge d'après le Kitāb al-Rawḍ al-mi'ṭār* (edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 181-3 del texto árabe, y 218-20 de la traducción francesa).

2 Al emplear esta palabra, que se repite en varios pasajes de la misma obra, se ha de aplicar a los romanos y quizás a los celtíberos sus predecesores.

tomas de agua de estos dos canales hay una distancia de seis millas, y todo lo que se riega con su agua, se eleva del río, mediante norias, llamadas "dawlab" y "saniyas" (aceñas)¹. Hasta aquí el texto del *Rawḍ al-mi'ṭār*. No sé lo que haya podido quedar de estos canales y túneles; quizá por su difícil sostenimiento, al envejecer, fueron abandonados y sustituidos por dos grandes acequias, la de Barreda con su gran noria, que aún subsiste en Alcantarilla; y la de Aljufia (Norte) en el pueblo de la Nora, al que dio su nombre y que fue desmontada en 1936².

Un segundo testimonio sobre los regadíos levantinos nos ofrece el autor anónimo de otro *Tratado de Geografía* conservado en la Biblioteca Nacional, que, al describir el curso del mismo río de Murcia, a su paso por la vega de Cieza, señala la maravillosa foz de los Almadenes y la Fuente Negra, que debe ser el Borbotón de Cieza, cuyos manantiales brotan en las márgenes del río y en las que, según él, se observaban todavía vestigios de obras antiguas hechas por los cristianos, antes de la conquista árabe, para dar riego a los campos de Ojos y al uberrino valle de Ricote.

Al tratar de Almuñécar, el puerto levantino de Granada, dice también el *Rawḍ al-mi'ṭār*³ que los

1 Gran parte de la actual terminología de los regadíos levantinos es de origen árabe, así: alberca (al-birka); azud (as-sūd); aljibe (al-ḡubb); noria (na'ūra); aceña (as-saniya); acequia (as-saqiya); arcaduz (al-qadūs). Sobre la distribución, bibliografía y mapas de sus ríos y acequias, véase E. TORMO, *Levante*, en "Guías Calpe", p. LXXXVIII y siguientes; y, sobre todo, J. BRUNHES, *L'irrigation, ses conditions générales, ses modes et son origine dans la Peninsule iberique et dans l'Afrique du Nord* (París, 1902).

2 Véase L. TORRES BALBAS, *Las norias fluviales en España*, en "Al-Andalus", t. V (1940), p. 195-208.

3 Cfr. AL-HIMYARĪ, *Kitāb al-Rawḍ al-mi'ṭār*, p. 186 del texto y 88 de la traducción.

antiguos hicieron allí conducciones de agua y pozos, que sirven hasta hoy para el riego; y que cerca de su Alcazaba, por el lado norte, hay una gran cisterna construida con piedras cuadradas (al estilo romano) que tiene un desagadero hacia el suelo, en el que se cultiva toda clase de frutas. El Idrīsī, de quien nuestro autor toma estos datos, añade que esa cisterna recibía el agua, que desde una milla de distancia le llegaba por un acueducto (romano) de numerosos arcos de piedra muy dura¹.

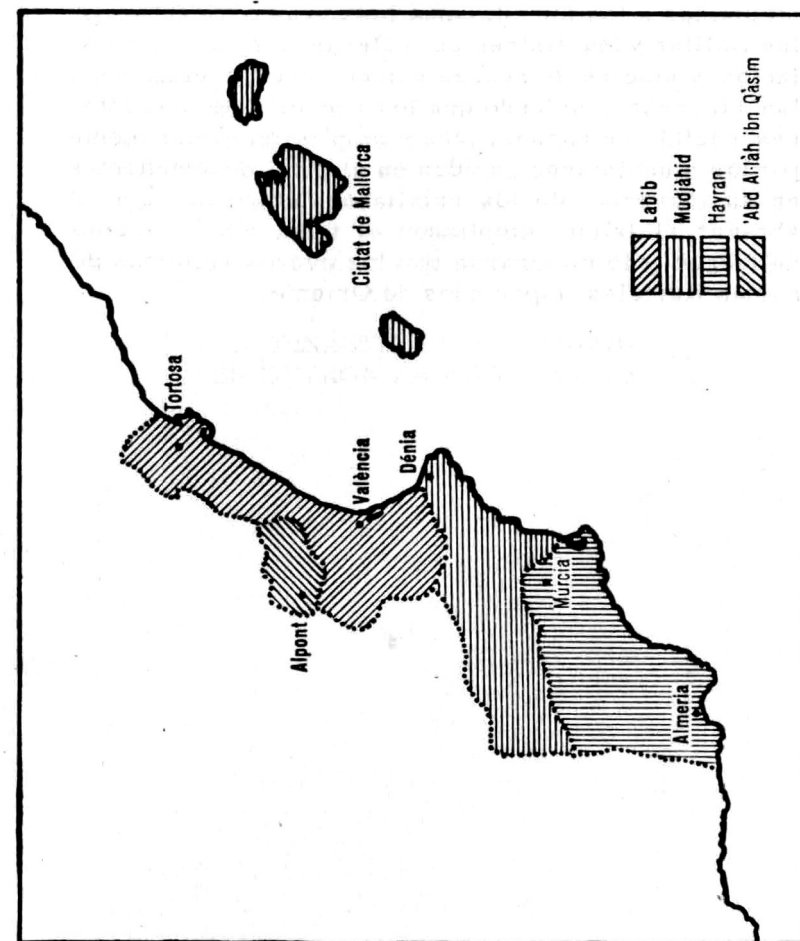
Al describir a Jaén nos da nuevas pruebas de que los riegos en Andalucía, lo mismo que en Levante, fueron una creación, que hay que retrotraer por lo menos hasta los hispano-romanos. Dentro de Jaén, dice nuestro geógrafo, que hay varias fuentes y surtidores; así, se ve un caudaloso manantial de agua dulce cubierto con una bóveda de mampostería, que data de tiempos antiguos; desagua en un gran estanque, que alimenta a muchas termas, como la del Toro, en la que hay una estatua de toro en marmol (obra seguramente romana); el sobrante de sus aguas sirve para regar grandes extensiones de terreno. Otra fuente, llamada ^cAin al-balat, cubierta por una sala abovedada y construida también por los Antiguos (o sea anterior al Islam) se mantiene siempre a un nivel constante, alimenta las termas de Ḥusayn y va luego a regar una gran extensión de terreno².

Todos estos testimonios concretos sobre los riegos en Levante y Andalucía, suministrados por el Idrīsī³ y sobre todo por la parte hoy perdida referente a al-Andalus, que reproduce el geógrafo al-Ḥimyarī, no son más que una pequeña parte de los numerosos

1 Cfr. IDRĪSĪ, *Description*, p. 199 del texto y 242 de la traducción.

2 Cfr. AL-ḤIMYARĪ, p. 70-71 del texto y 88 de la traducción.

3 Cfr. *Description de l'Afrique et de l'Espagne* (edición por E. Dozy y M. J. DE GOEJE, Leyden, 1866). Véanse también los comentarios de E. SAAVEDRA (Madrid, 1881).



Los reinos de taifa valencianos en 1016, según Sanchis Guarner

casos en que los geógrafos árabes de los siglos XI y XII, reconocieron la procedencia hispano-romana de los trabajos de irrigación¹ y sólo señalaron como atribuidas a los musulmanes las obras ordenadas por los Califas y los emires para llevar el agua a sus palacios y quintas de recreo y abastecer las ciudades y las alcazabas, dejando que los regadíos de más interés social, se conservasen y ampliasen grandemente por los musulmanes nacidos en el país, descendientes en su mayoría, de los cristianos indígenas, que al abrazar el Islam, ampliaron el tradicional sistema de riegos y lo mejoraron con los nuevos sistemas de norias fluviales importados de Oriente.

1 Finalmente, al tratar de la toma de Barbastro por los cruzados franco-normandos, nos dicen IBN HAYYĀN e IBN 'IDĀRĪ (t. III, p. 225) que un canal subterráneo, construido por los antiguos, y que tomaba sus aguas del río Cinca, abastecía a la ciudad y la cruzaba para regar sus campos.

IV

LA DINASTIA DE ALMANZOR SE ENTRONIZA EN VALENCIA

1. ^cABD AL-^cAZĪZ, REY DE VALENCIA (1072-1064)

Era tal la desorganización política de los diversos reinos de taifas, nacidos casi espontáneamente en las desmembradas regiones de al-Andalus, y fue tanta la apatía con que los musulmanes levantinos se sometieron a los nuevos regímenes, que los improvisados señores de Valencia y Murcia no encontraron la más leve resistencia para implantar su autoridad. Tras un corto periodo de estupor y abandono, en el que Muṣāhid, el gran corsario y señor de Denia, los acequeros Mubārak y Muzaffar, y Labīb, señor de Tortosa, alternaron en el gobierno y dominio de la inerme Valencia, durante los ocho o diez primeros años del siglo V de la Hégira y XI de Cristo¹, se decidieron los libertos de la casa de Almanzor a agruparse bajo el mando de un descendiente de su señor y crear la dinastía, que, si no dio días de gloria al nuevo reino, le permitió vivir largos años de relativa paz y disfrutar de sus riquezas naturales, sin verse implicado en los sangrientos desórdenes provocados por los beréberes, ni en peligrosas guerras con los reinos cristianos, todavía bastante alejados de sus fronteras.

La proclamación

El príncipe elegido fue ^cAbd al-^cAzīz, hijo de Sancho y nieto de Almanzor, que había sido llevado a Zaragoza para librarlo de las graves revueltas en las que fue depuesto y muerto su padre². El señor

¹ Contra el parecer de Muṣāhid, que se retiró disgustado a Denia (Cfr. *Al-Bayān*, t. III, p. 164-5).

² *Al-Bayān*, t. III, p. 164-5.

de Zaragoza, Mundir b. Yahya, lo tomó bajo su protección y le facilitó su traslado a Valencia, donde fue entusiásticamente acogido y entronizado por los libertos y eunucos en ella reunidos¹. No tenía más que quince años, cuando fue proclamado; y fueron cuarenta los que reinó, duración que no fue alcanzada por ningún rey de taifas.

En los diez primeros años de su reinado se mantuvo ^CAbd al-^CAziz con cierta seguridad en el trono de Valencia y se pudo dedicar a fortificar sus murallas y a disfrutar de los placeres de una vida culta y regalada, en la famosa almunia de Villanueva [Jardines del Real]. Su rival más peligroso y más cercano, Muḡāhid, de Denia, había emprendido la famosa expedición contra Cerdeña, cuando los acequeros-reyes, Mubarak y Muzaffar, lo expulsaron de Valencia y que, después de su afortunado desembarco en la isla italiana, había tenido que retirarse, derrotado por las escuadras de Pisa y Génova, para dedicarse, como temible corsario, a atacar las playas cristianas del Mediterráneo oriental. Al mismo tiempo su espíritu pacífico y el afecto que sentía por todos los miembros de su familia, desterrados y perseguidos, a raíz de la tragedia de su padre, Sanchuelo, le hizo distinguirse entre todos los reyezuelos de su época por su generosidad².

Surge un rival

Pero para colmo de confusión e inestabilidad, Jayrān, el gran fata, que tantas pruebas dio de su maquiavelismo, después de apoderarse de Lorca y Murcia y adueñarse de Almería, disintió de lo acor-

dado por sus compañeros de Valencia y, sacando de la oscuridad a otro nieto de Almanzor, hijo de su primogénito Muḡaffar y primo hermano de ^CAbd al-^CAziz, lo proclamó señor de Orihuela, Murcia y Lorca, para evitar que el recién proclamado ^CAbd al-^CAziz, se apoderase de ellas y se engrandeciese peligrosamente. Tenía unos veinte años, al ser proclamado con el título de al-Muḡtamīn, pero duró bien poco esta exaltación, pues el inconstante Jayrān, al ver desaparecer el peligro de ^CAbd al-^CAziz, ocupado en someter a otros fatas sublevados en Játiva, destituye a su protegido, Muḡammad, quien se acoge, durante algún tiempo, a Muḡāhid en Denia y acaba por trasladarse al Oeste de al-Andalus, donde se instala en un castillo de su propiedad, para morir oscuramente el año 421 [1030]¹.

Jayrān, el gran fata, que al ser derrotado con Muḡammad al-Mahdī en la batalla del Guadiaro, verano del año 400 [1010], había huido a Játiva, atacó y dio muerte al gobernador de Almería, Aflaḡ, el año 405 en el mes de muḡarrām [julio del 1014]. La gobernó y engrandeció, durante catorce años, hasta su muerte en ḡumāda II del año 429 [julio del 1028], según los nuevos datos de al-^CUḡrī². Le sucedió en el gobierno de Almería Zuhayr, por disposición del mismo Jayrān, orden que, según Ibn al-Jaḡib, fue acatada por los almerienses³. Pero con más autoridad afirma al-^CUḡrī, almeriense también y contemporáneo de Zuhayr, que hubo disensiones en esta sucesión, y que Zuhayr tuvo por contrincante a otro fata, Maslama, a quien sitió durante seis meses en el castillo de Orihuela, hasta rendirlo. Continuó las obras de progreso y buen gobierno emprendidas por su predecesor; y como se le sometiese el castillo de Játiva,

1 Tomo III del *Al-Bayān al-muḡrib*, segundo fragmento, p. 302.

2 Sanchuelo le dio el título de al-Muzaffar, como su tío, y lo hizo jefe de la ḡiyāba, cuando aún era un niño (Cfr. *al-Bayān al-muḡrib*, III, pág. 302).

1 Cfr. IBN AL-JAḡIB, *Aḡmāl al-Aḡlām*, p. 223-4. MUḡAMMAD ḡABD ALLĀH ḡINĀN, *Mulūk al-tawāif*, p. 210-211.

2 Cfr. AL-ḡUPRĪ, p. 83 del texto árabe.

3 *Mulūk al-tawāif*, edic. ḡINĀN, p. 525-6.

fue a tomar posesión de él y lo entregó a ^cAbd al-^cAzīz, señor de Valencia, por reconocerle más derechos para poseerlo, que a todos los fatas ^cĀmirīes.

Labor diplomática de ^cAbd al-^cAzīz

^cAbd al-^cAzīz se apresuró a reconocer a la nueva dinastía de los Hammudīes de Córdoba, sin intervenir en sus tragedias, y envió a al-Qāsim b. Hammūd su adhesión y regalos, por los que recibió el nombramiento de Señor de las dos preeminencias [Dū al-sabaqatāin] y el título sultánico de al-Mu' tamin [el digno de confianza]¹. Al subir al trono ya se había dado, sin mérito alguno, el mismo apelativo que su abuelo, al-Manṣūr [el victorioso]. Luego, al desaparecer los Hammudīes y proclamarse en Sevilla al falso Ḥiṣām, lo reconoció también, tanto en Valencia como en Almería y Murcia.

Al organizar su administración, reunió a su servicio cuatro célebres secretarios, llamados los cuatro caracteres. Eran Ibn Ṭālūt, Ibn ^cAbbās, Ibn ^cAbd al-^cAzīz, llamado Ibn Raubāš, e Ibn al-Tākurunī; éste último, que redactaba sus cartas oficiales, ascendió al visirato y adquirió grandes riquezas². Dadas las escasas aptitudes bélicas del nuevo rey, no es de extrañar que por ser nieto de una princesa navarra [^cAbda] mantuviese buenas relaciones con los reyes cristianos y recurriese a pedirles mercenarios para resistir a los ataques de su vecino Muḥāhid³.

La Almunia de ^cAbd al-^cAzīz en los jardines del Real

Al subir al trono de Valencia la dinastía de Al-manzor, su primer emir ^cAbd al-^cAzīz, renunció a

1 Cfr. IBN ^cĪDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III de la edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 164-5.

2 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 225.

3 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 225.

toda aventura bélica y gozó de un largo e inusitado periodo de paz y prosperidad, que aprovechó para fortificar a Valencia y hacerla, según al-^cUḡrī, su contemporáneo, la plaza más fuerte de al-Andalus, y gozar de los placeres y encantos de una vida regalada en su alcázar y en las famosas fiestas, que daba en su celebrada almunia o quinta de recreo de los Jardines del Real¹. Y buena prueba de ello es que Fernando I de Castilla, después de vencer en Paterna a su hijo y sucesor Abd al-Malik, tuvo que renunciar a tomarla; que el Cid, a pesar de su gran superioridad combativa, no la pudo ganar por asalto, y hubo de mantener un doble asedio de veinte meses lunares, hasta que se rindió por hambre; y que tampoco el rey don Jaime I el Conquistador pudo apoderarse de ella mas que por capitulación, tras cinco meses de cerco: pero lo que más fama le dio fue la formación del parque [munin] y el palacio, que construyó para su recreo y para dar las famosas fiestas, en las que hizo gala de sus riquezas y de su fastuosa generosidad. Esta "munia" fue el sitio más celebrado entre los varios lugares de esparcimiento y de placer que adornaban los alrededores de Valencia, y oscureció muy pronto el nombre del parque de Ruzafa, creado por el príncipe omeya, el Balansī. Le consagraron sus versos los poetas y sus elogios los literatos, pero sus descripciones, hinchadas a fuerza de epítetos y metáforas, sólo nos dan una idea muy vaga de su arquitectura y de la distribución y adorno de sus fuentes.

1 Sobre su etimología, su vocalización en la Península, y su significado de cortijo o casa de campo, y su localización en muchos puntos de la zona de Córdoba, véase E. GARCÍA GÓMEZ, en "Al-Andalus", vol. 30, fasc. I, p. 334-342. TORRES BALBÁS ya había puesto de relieve con gran amplitud, en su estudio sobre *Los contornos de las ciudades musulmanas*, la superioridad que ofrecían sobre los contornos de las localidades cristianas.



VALENCIA

1693

Un invitado

Ibn Haqān cuenta que fue invitado un día a la "munia" de ^CAbd al-^CAzīz, que era el summum de la elegancia y de la hermosura a pesar de su frágil estructura y de haberse cebado mucho tiempo en ella la desgracia de los acontecimientos¹. "Cuando llegué a ella, la vistió la mañana con sus galas y en su centro había un pabellón, que abría sus puertas sobre el jardín, por el que cruzaba un arroyuelo, que parecía una espada desnuda o una serpiente al deslizarse; en sus orillas había corpulentos árboles, y el pabellón parecía la perla de una recién casada". Describe, a continuación el día y la noche, que pasó con unos amigos en este encantador parque; y al día siguiente fue a dar las gracias a su dueño y creador, el emir ^CAbd al-^CAzīz. Comentó éste las obras que allí había emprendido, y lo invitó a una gran fiesta en la que reunió a toda la nobleza de su reino; un centenar de pajes de diez a catorce años se ocupaban de servir la comida y los vinos con inusitada esplendidez; y, al terminar la fiesta, el dadivoso anfitrión hizo más de veinte mil regalos y repartió feudos y aldeas a los invitados más distinguidos².

Datos posteriores hasta la destrucción

Tanto él, durante su reinado, como sus dos hijos y su nieto, que le sucedieron, disfrutaron las delicias de esta famosa "munia"; y al poseer grandes riquezas y no tener que sostener costosas guerras, siguieron el ejemplo dilapidador, dado en tan memorable fiesta. Continuó siendo el sitio más indicado pa-

¹ No sabemos a qué acontecimientos y desgracias se refiere. Véase H. PERES, *La poesie andalouse au XI siècle*, p. 153.

² Pomposa pero vaga descripción, que las *Annalectes* de AL-MAQQARI han reproducido (t. I, p. 436-7).

ra hospedar a los reyes y a los personajes más importantes que visitaban Valencia. La leyenda de Cardeña pretende que la fama de las hazañas del Cid llegó hasta el Soldán de Persia, quien le envió un embajador con ricos presentes¹ y, como es de suponer, el lugar en que se hubo de alojar a este hipotético huésped fue la "munia" de ^CAbd al-^CAziz; y finalmente cuando los infantes Sancho de Aragón y Ramiro de Navarra llegaron a Valencia para desposarse con las hijas del Cid Campeador, "posaron en los palacios del Cid, en la huerta que dizen de Villanueva" o sea la de ^CAbd al-^CAziz².

Una vez muerto el Cid y reconquistada Valencia por el emir Māzdālī, general de Yūsuf b. Tašfīn, no vuelve a mencionarse esta "munia" durante los periodos almorávid y almohade. El célebre rey Lobo o Lope, el Ibn Mardaniš de las crónicas árabes, que después de desaparecer los almorávides, fue rey por unos años de Valencia y Murcia hasta ser destronado por los almohades, tuvo su residencia campestre en Hisn al-faraḡ [Aznalfarache], cerca de Monteagudo, llamado hoy Larache y en documentos antiguos Alharache³, al que no hay que confundir con el Aznalfarache de la región sevillana. Los gobernadores almohades, que residieron en Valencia, después de la muerte del rey Lobo, si dieron fiesta en la famosa "al-munia", ni los poetas ni los cronistas las mencionan para nada.

Al llegar don Jaime ante Valencia, prefirió instalarse en Ruzafa, como sitio más apropiado para dirigir sus ataques contra el ángulo que allí formaban las murallas, a distancia de las puertas de la Boatella y de la Yarea, desde las que no podían los sitiados hacer salidas para lanzar ataques por sorpresa sin que fueran apercibidos. La antigua y reconocida so-

lidez de la fortificaciones de Valencia hicieron imposible una vez más la toma por asalto de la ciudad; y cuando ya la rendición era inminente, se trasladó don Jaime a la "munia" de ^CAbd al-^CAziz para recibir al enviado del emir Zayyān y dictarle las condiciones de la entrega. No sabemos en qué estado se encontraría entonces el palacio musulmán, varias veces saqueado y restaurado, desde que lo construyó el nieto de Almanzor, pero lo cierto es que don Jaime lo convirtió en su palacio real y que fue residencia de los reyes de la corona de Aragón hasta los Reyes Católicos, y luego de los virreyes y capitanes generales. El mariscal Suchet ocupó los arrabales de la orilla izquierda del río, cuando sitió por primera vez a Valencia, y desde el palacio real hizo fuego de cañón contra las baterías que defendían el puente del mismo. Se retiraron de momento los franceses, y para evitar que ocupasen de nuevo aquella dominante posición, el general Blacquer, defensor de la plaza, hizo demoler todos los edificios que pudieran ofrecer mejores posiciones al sitiador, entre ellas el histórico palacio. Al volver Suchet a sitiar Valencia, aún subsistían los muros hasta la altura del primer piso, y sirvieron a los franceses para poner tras ellos unas baterías enfiladas contra el puente del Real. La ciudad se rindió, y entonces se vio cuán inútil había sido la destrucción hecha.

Cuando, dos años después, llegó triunfante a Valencia Fernando VII, no encontró casa propia en la ciudad, que había sido cabeza de uno de sus reinos, y tuvo que alojarse, de prestado, en la de los condes de Cervellón. El capitán general Elío, no pudiendo reconstruir el regio alcázar, cubrió de tierra sus restos y formó con ellos dos suaves colinas, en medio del destrozado jardín, que volvió a poblarse de árboles y de flores, y que fue escenario de su ejecución en la horca, al restablecerse el régimen constitucional con la insurrección de Riego.

1 Cfr. *Crónica particular del Cid*, p. 246 y 48.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, p. 631.

3 Ver mi *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 227.

°Abd al-°Azīz, rey de Almería

Llevabaya dieciséis años en el trono de Valencia, cuando de una manera inesperada los almerienses, al ser muerto su rey Zuhayr en lucha con los beréberes de Bādīs, cerca de Granada, se decidieron a reconocerlo el año 429 [1038]. Aceptó °Abd al-°Azīz esta gran oferta y para prevenir toda posible oposición, dentro de Almería, envió a su visir y cuñado, Ma'n ibn Ṣumādīh a Granada para insistir del modo más eficaz con Bādīs y acabarde decidirlo a dar muerte a los visires y caides de Zuhayr y sobre todo al secretario Aḥmad ibn °Abbās, el principal instigador de la campaña contra Granada. Hacía esto °Abd al-°Azīz con el poco honroso fin de que ninguno de ellos pudiese volver a Almería y oponerse a su proclamación. Lo consiguió fácilmente del sanguinario Bādīs, y casi fue reconocido como heredero legal de las posesiones de los fatas de su padre y de su abuelo¹.

Al ser derrotado y muerto el emir de Almería, Zuhayr, el viernes, final de ṣawwāl del 429 [4 de agosto del 1038] los almerienses se mantuvieron alerta para su defensa contra un posible ataque de Bādīs, el emir de Granada, vencedor, y la pusieron en manos de su jeque Abū Bakr al-Ramīmī², que la man-

1 Cfr. °INĀN, *Mulūk al-tawāif*, p. 212.

2 *Al-Bayān al-mugrib* (p. 167 del t. III) lo vocaliza, llamándole al-Ramaimī. Parece que tuvo una larga e influyente descendencia, pues cuando los almorávides fueron expulsados de la Península, los almerienses ofrecieron el gobierno de su ciudad al famoso almirante de Denia Ibn Maymūn; y al negarse éste a aceptarlo y recomendarles que nombrasen a uno de sus conciudadanos, escogieron a un descendiente de este al-Ramīmī, que la gobernó hasta que fue asaltada por Alfonso VII (*Mu'ayib*, p. 150). Ochenta y tres años más tarde, el año 1238, cuando un Ibn Ḥūd se había hecho dueño de Levante, era gobernador de Almería, en su nombre, otro Ibn al-Ramīmī, de la misma familia, quien, por celos amorosos, traicionó a su señor y lo hizo ahogar en el baño (véase mi edición de la tercera parte del *Bayān*, p. 335 del texto árabe y p. 106-7 del t. II de mi trad.). Según las crónicas cristianas, "un moro su privado, que avie por nombre Aben Arramin, convidole et embriagole e afofol en una pila de agua".

tuvo en orden hasta que se escribió a °Abd al-°Azīz, para reconocer su soberanía. No había pasado más que un mes, desde la muerte de Zuhayr, cuando se presentó °Abd al-°Azīz en Almería, y fue proclamado el último día de dū-l-qa°da [19 de diciembre]¹. Mantuvo en su nuevo dominio la invocación del falso Ḥiṣām y se incautó de todo el tesoro que los dos eunucos °āmirīes, Jayrān y Zuhayr, habían acumulado².

Al año siguiente, 430 [1038-39], envió desde Valencia a su hijo °Abd Allāh, como gobernador de Almería, con el título de al-Nāṣir. Al morir pronto ese al-Nāṣir sin dejar rastro de su actuación³, °Abd al-°Azīz lo reemplazó con el visir Ma'n, su cuñado.

Almería se independiza

Al estallar la fitna, los Tuḡībīes tuvieron que abandonar su feudo en Huesca, desalojados por el señor de Zaragoza Mundir I; su último emir, Abū Yaḥya' Muḥammad, se vió obligado a buscar refugio en la corte de °Abd al-°Azīz de Valencia, quien lo recibió y alojó con el mayor afecto; en prueba de ello dio dos hermanas suyas en matrimonio a los dos hijos de su huésped, Abū-l-Aḥwas y Abū °Utba Ṣumādīh. Dozy, al tratar de los Tuḡībīes⁴ supone que °Abd al-°Azīz estuvo en Almería hasta el 433 [1041], y que sólo entonces nombró gobernador a su cuñado, para regresar a Valencia y luchar contra Muḡāhid, que invadía sus estados; y que sólo entonces Abū-l-Aḥwas, siguiendo el ejemplo, tan general en su época, de hacerse independientes los gobernadores de provincias, traicionó a su cuñado y sacudió su autoridad.

1 Cfr. AL-°UPRĪ, p. 84 del texto árabe.

2 Cfr. AL-°UPRĪ, p. 84 del texto árabe.

3 Cfr. *Al-Bayān*, edic. LÉVI-PROVENÇAL, t. III, p. 192.

4 Cfr. DOZY, *Recherches*, t. I, p. 239-41, y sus fuentes en apéndices XIX y XX.

Se ha aceptado hasta ahora la versión de Ibn al-Jaṭīb¹, según la cual, fue muy errónea la elección de Ma'n ibn Ṣumādīḥ como gobernador de Almería, ya que, en cuanto ^ʿAbd al-^ʿAzīz salió de Almería para cortar las insurrecciones provocadas en la zona de Játiva y Lorca por Muṣṭāhid, el rey de Denia, se sublevó Ma'n contra su suegro y se declaró independiente. Al-^ʿUḍrī, por su parte, después de darnos la fecha exacta de la entrada de ^ʿAbd al-^ʿAzīz en Almería y su prisa en apoderarse del importante tesoro público de la ciudad y de trasladarlo a Valencia, nos informa que Ma'n ibn Ṣumādīḥ, continuó de gobernador de Almería durante cuatro años, mientras ^ʿAbd al-^ʿAzīz reprimía las rebeliones provocadas en la zona de Játiva y Lorca por los "fatas" locales, instigados y apoyados por Muṣṭāhid. Reprimidas, al parecer, estas revueltas, escribió ^ʿAbd al-^ʿAzīz el año 433 [1041] a los habitantes de Almería para que eligiesen de entre ellos al personaje que los gobernase. Se reunieron y rogaron a este Ma'n que los gobernase; firmaron con él un pacto y consiguieron que se adhiriese el señor de Granada, Bādīs, que había dado muerte a Zuhayr.

No sabemos hasta qué punto sea verdadera esta nueva versión de al-^ʿUḍrī sobre la proclamación de Ma'n, pues, por ser su autor almeriense y vivir bajo la autoridad del nuevo emir tuṣībī, es posible que haya preferido dar un matiz, algo sospechoso, de legalidad a esta transmisión de poderes, más o menos forzosa. En todo caso, lo que resulta evidente, una vez más, es la incapacidad absoluta de ^ʿAbd al-^ʿAzīz, como gobernante y su abulia para todo acto de fuerza. Al ser dueño de modo tan providencial de tres reinos de taifas, Valencia, Murcia y Almería, hubiese podido consolidar su poder y formar con todo el Levante musulmán un reino capaz de parangonarse con el de los Banū ^ʿAbbād de Sevilla.

¹ Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 219.

Ha sido muy difícil puntualizar la cronología de las luchas y las rebeliones contra el régimen de ^ʿAbd al-^ʿAzīz provocadas o sostenidas por el intrigante y ambicioso Muṣṭāhid. Parece evidente que nunca mantuvieron relaciones pacíficas y que, lo mismo antes que después de la incorporación de Almería al reino de Valencia, Muṣṭāhid fomentó las rebeliones en los castillos de las zonas de Alcira, Játiva y Jódar, así como en Murcia, pero que al independizarse Ma'n en Almería, disminuyeron o cesaron esas hostilidades hasta la muerte de ^ʿAbd al-^ʿAzīz y no se renovaron ya durante los cinco años que reinó su hijo ^ʿAbd al-Malik.

Una versión sobre el carácter de ^ʿAbd al-^ʿAzīz

Uno de esos choques esporádicos nos prueba la parcialidad y el gusto por lo insólito con que el fragmento segundo¹ sobre los reyes de taifas, editado por Lévi-Provençal, exagera hasta el ridículo y falsea el carácter de ^ʿAbd al-^ʿAzīz para hacer de él un héroe teatral. Cuando se le sublevaron esos castillos y lo expulsó Ma'n ibn Ṣumādīḥ de Almería en raṣab del año 433 [marzo del 1043], llegó ante Játiva y al salir contra él los esclavos cāmīrīes para combatirlo, lo hirieron, haciéndole caer bajo los pies de su caballo. Lo pisotearon los cascos del escuadrón atacante, pero él pudo despojarse de sus vestidos y huyó; los atacantes se dieron a herir sus ropas con sus lanzas, creyendo que estaba entre ellas. ^ʿAbd al-^ʿAzīz no sólo pudo salvarse de modo tan original, sino que, además, reunió a los fugitivos, atacó, venció e hizo una gran mortandad en los sublevados. Entró en Játiva y su situación quedó arreglada, durante veinte años hasta que murió en qū-l-ḥiṣṣa del año 452 [enero del 1061].

¹ Cfr. *Al-Bayān al-mugrib*, III, p. 302.

La consolidación de los reinos de taifas

En los años que mediaron entre la renuncia a Almería, en 433 [1042], y la muerte de ^CAbd al-^CAzīz en 451 [1059], se fue consolidando, gracias a la grotesca farsa del falso Ḥiṣām, la profunda división entre los dos grupos, que componían los multiplicados reinos de la España de las Taifas.

Poco después de haber sido abandonada Almería a su destino en manos de los Tuḡibīes, los emires y reyes de al-Andalus se habían separado y dividido en grupos distintos, sin consideración a sus responsabilidades religiosas. El principal caudillo de uno de estos grupos era Sulaymān b. Ḥūd, señor de la frontera superior; con Muqātil, el eslavo, señor de Tortosa, ^CAbd al-^CAzīz, señor de Valencia, y los gobernadores que estaban bajo él en el interior, el hijo de Ma n, señor de Almería, Sa^Cid b. Rāfil, señor de Segura, y otros caudillos hasta los dominios del visir Muḥammad b. Ḡahwar, señor de Córdoba.

Estos andalusíes formaban un partido, unidos frente al caudillo de los beréberes, que era entonces Bādīs b. Ḥabbūs, al-Ṣinhāyī, señor de Granada, y los que le seguían de los beréberes y los partidarios de Idrīs b. Yaḥya, señor de Málaga, y se ayudaban mutuamente contra los que discrepaban de ellos en sus diferencias de opinión e invocaciones. Los fronterizos con los cristianos, antes citados, invocaban a Ḥiṣām, el proclamado en Sevilla, mientras que Bādīs y los que le seguían, entre los emires beréberes, invocaban al imām de Málaga, Idrīs b. Yaḥya b. ^CAlī b. Ḥammūd. Otro grupo era el de Muḡāhid de Denia, Ibn al-Aḡṭās de Badajoz y sus aliados, Yaḥya b. Dī-l-Nūn de Toledo, Ishāq b. Muḥammad al Birzālī, señor de Carmona y los unidos a él, como Ibn Nūh e Ibn Jazrūn y otros que se adhirieron al partido de Ibn ^CAbbād al-Muḡtadid, señor de Sevilla. Todos estos, bajo la invocación del falso Ḥiṣām, se auxiliaban contra sus enemigos con el mayor socorro, sin dañarse ni oponerse en ideas ni en invocaciones.

Esta exposición de Ibn Ḥayyān, citado por el historiador Ibn ^CIdārī¹, es exacta en cuanto a la lista de los reyes de taifas que seguían a uno o a otro de los dos califas proclamados, como la autoridad suprema de los creyentes, pero no se puede aceptar en cuanto a la unidad ideal de vidas políticas y de socorros mutuos, que se le atribuye, pues una vez trazado ese cuadro, pasan las fuentes árabes a exponernos la larga y cruenta guerra sostenida entre Ibn Ḥūd de Zaragoza y Yaḥya b. Dī-l-Nūn de Toledo, con intervención de los reyes, García de Navarra y Fernando de Castilla, guerra que duró tres años, desde 435 a 438, y en la que ambos contendientes reconocían al mismo falso Ḥiṣām de Sevilla y recurrían a la intervención cristiana².

Ibn Ḥazm, en su apasionada adhesión a los Umayyās, pone de relieve que los reyes de taifas fueron verdaderos salteadores de caminos, que imponían contribuciones ilegales. Todos sus impuestos son contrarios a las leyes del Islam; si estos tiranos supiesen que en el culto de la cruz encontrarían facilidad para el éxito de sus ambiciones, de seguro que se apresurarían a profesarlo. Piden ayuda a los cristianos y les permiten, en cambio, apoderarse de las mujeres de los musulmanes, de sus hijos y de sus hombres, para llevárselos cautivos a sus tierras. Y a veces hasta les entregan de buen grado las ciudades y las fortalezas, despoblándolas de musulmanes para llenarlas de campanarios.

Este severo juicio sobre los reyes de taifas en general, lo vemos plenamente confirmado ya en las primeras conmociones que provoca en Levante la intervención anárquica de los fatas ^Cāmirīes con sus continuas deslealtades y traiciones sin más guía que la ciega ambición.

¹ Cfr. *Al-Bayān al-muḡrib*, t. III, p. 219-20, edic. de LÉVI-PROVENÇAL.

² Véase *Al-Bayān*, t. III, p. 221; ^CAFİF TURK en su tesis sobre *Zaragoza musulmana en el siglo XI*, p. 84.

Jayrān¹ es el prototipo y el más destacado representante de esta nueva clase de reyezuelos. Forma parte del estado mayor creado por Almanzor y por su hijo ^CAbd al-Malik al-Muẓaffar para sustituir a la aristocracia cordobesa en la administración civil y en el mando de los ejércitos. Abandona a los ^Cāmīrīs, sus protectores y acepta la proclamación del nuevo califa al-Mahdī, para entrar luego desde Játiva en el complot que acaba por asesinarlo. Desaloja a los beréberes de Murcia, que pasa a su poder y en muḥarram del 405 [junio del 1014], se apodera de Almería, derrotando y matando al fata Aflaḥ, que pretendía poseerla. Entabla relaciones con ^CAlī ibn Hammūd, pretendiente al califato, y colabora con él para destronar a Sulaymān al-Musta^Cīn. Abandona luego a los Hammūdīs; y, cuando encuentra en Valencia a al-Murṭada, bisnieto de ^CAbd al-Raḥmān III, acude a Játiva para proclamarlo y traicionarlo al atacar a Granada y hacer que sus sicarios lo maten al huir a Guadix². Es confirmado en la posesión de Almería por el nuevo califa al-Qāsim ibn Hammūd, a quien también traiciona en 412 [1021] para reconocer a su sobrino Yaḥya' ibn Hammūd e intentar luego desposeerlo de Córdoba en connivencia con Muḡāhid de Denia el año 417 [1026].

Entre tanto había contribuido con todos los fatas ^Cāmīrīs instalados en Levante a proclamar rey de Valencia al nieto de Almanzor, ^CAbd al-^CAzīz, hijo del insensato y desgraciado Sanchuelo, pero en su odiosa e inveterada perfidia no tarda en oponerle des-

¹ La maquiavélica intervención de este odioso eunuco eslavo y sus perfidias las atenúa al-^CUḡrī, su contemporáneo, con la descripción de las grandes obras que él y sus sucesores acometieron para fortificar y embellecer a Almería, que iba a ser pronto uno de los puertos más importantes del Mediterráneo por su industria y su comercio (p. 83-86).

² Según testimonio de IBN HAZM, en su *Collar de la Paloma*, mientras estaba en Játiva, redactando esta obra, por los años 412-3 (1022) (ver la trad. GARCIA GÓMEZ, p. 217).

de Murcia un rival en otro nieto de Almanzor, y con su innata falsedad se enemista también y guerrea con Muḡāhid de Denia, su aliado en otras ocasiones. Su sucesor Zuhayr le imita en entrar también por la fuerza en Almería, después de sitiar y matar al fata Musallima, que se creía con los mismos derechos a poseerla.

Muḡāhid en Denia no es menos pérfido, que sus aliados y adversarios eventuales, ya que guerrea contra Jayrān y sitia por mar sus costas. Interviene en todas las perfidias de que es promotor el almeriense; se apodera y es desposeído varias veces de Valencia, guerrea para apoderarse de Murcia. Concorre con los demás fatas para proclamar a ^CAbd al-^CAzīz, rey de Valencia, para disputarle luego el dominio de Lorca, Játiva y hasta de la misma Murcia. Si la ambición y las traiciones de estos reyezuelos eran grandes, en cambio sus fuerzas militares y la adhesión de sus forzados súbditos eran mínimas. Una de las varias veces, en que llegó a ser dueño de Valencia, dos eunucos que desempeñaban el cargo tan secundario de inspectores de acequias, llegaron, no sabemos cómo, a destituirlo y apoderarse del poder; y, con la misma ambición sanguinaria que sus colegas y competidores, envenenaron en un banquete al arraez de Játiva para apoderarse de sus dominios y de sus rentas. Las fuerzas de que disponían estos ambiciosos e incapaces régulos se reducían a un puñado de pretorianos, sin ninguna adhesión de la masa de sus súbditos, que veían con fría indiferencia sus crímenes, sus efímeros triunfos y sus fracasos finales, debidos a su incapacidad y su cobardía.

2. ^CABD AL-MALIK, SEGUNDO REY ^CĀMIRĪ DE VALENCIA

(1061-1065)

Los primeros años del reinado

En dū-l-ḥiyya del 452 [enero del 1061] moría ^CAbd al-^CAzīz a los 55 años de edad; y el mismo día de su muerte fue proclamado por los libertos ^Cāmirīes su hijo ^CAbd al-Malik en Játiva y Valencia¹ para residir en ésta, hasta que su suegro al-Ma'mūn, señor de Toledo, lo destronó al cabo de cinco años, el 10 de noviembre del 1065. No había llegado a la pubertad, cuando fue proclamado; y se hizo cargo de la administración de su reino, el competente secretario, Ibn Raubāš², que lo había sido de su padre, y que supo mantenerlo incólume, a pesar de su debilidad financiera y militar. Se casó ^CAbd al-Malik muy pronto con una hija del rey de Toledo, al-Ma'mūn, quien le ayudó con todo su poder a mantenerse en el reino³, aunque él mismo tuvo que someterse a pagar parias a Fernando I, que había asolado su territorio en una devastadora incursión hasta llegar a Alcalá de Henares.

1 Cfr. IBN AL-JATĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 226.

2 Abū ^CAbd Allāh Muḥammad ibn Marwān ibn ^CAbd al-^CAzīz, apellidado Ibn Raubāš, cordobés, de origen humilde y muy celebrado por su ingenio y sus dotes literarias. IBN AL-ABBĀR da su biografía (en *Ḥullat as-siara*, p. 191), reproducida por DOZY, en sus *Recherches*, tomo II, XLII.

3 Enviándole un destacamento a Cuenca para protegerlo y un secretario que lo aconsejase. (Cfr. IBN AL-JATĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 165-6).

La batalla de Paterna

El año 1065, o sea, a los cinco años de reinado de ^CAbd al-Malik, Fernando I, que había tomado Coimbra y saqueado la vega sevillana, dirigió sus armas contra Levante. Era la primera vez que los castellano-leoneses entraban en tierras valencianas con el propósito de hacer botín y, si era posible, tomar a Valencia. Los levantinos no se atrevieron a presentarle batalla, dadas sus pocas e indisciplinadas fuerzas, y se mantuvieron, al principio, a la defensiva en su bien amurallada ciudad, pero "ciegos, según expone Ibn Bassām, y dados a los placeres, fueron víctimas de los vaivenes de la fortuna, y sus caudillos tuvieron el más extraño fin. Los engañó el enemigo, al aparentar perturbación y fingir que huía, ocúltandose a sus ojos, tras unas colinas, para atraerlos y alejarlos de las murallas"¹.

"Se agitó la plebe y la trompeta convocó a obreros y artesanos, que se animaron a salir, convencidos de que iban a cautivar a los agresores y seguros de conseguir su objetivo. Sacaron a su pusilánime emir ^CAbd al-Malik y avanzó una gran muchedumbre, al son de las trompetas, pensando que las heridas eran como besos y el alma de las espadas como la pupila del ojo. No deseaba el enemigo, entonces, sino la salida de los ciegos y descuidados habitantes de Valencia a aquellas colinas del campo de batalla, y para ello se retiraba lentamente por los barrancos, siguiendo sus sinuosidades"; sin que esta vaga y demasiado literaria

1 Esta es la explicación tomada de un testigo presencial, aunque es muy difícil de aceptar la sorpresa y la emboscada en un terreno tan llano como conocido y poblado, además, por musulmanes, a los que no podían ocultarse los movimientos de unos enemigos que, por primera vez, pisaban la vega valenciana (Cfr. IBN ^CIQĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 252-3). AL-MAQQARĪ recoge la misma versión muy sofisticada; pone de relieve la incapacidad bélica de los musulmanes valencianos, desacostumbrados en absoluto a enfrentarse con tropas cristianas, su vida muelle, entregada a los placeres, e insiste en ponderar los efectos de la emboscada y de la sorpresa en un terreno casi llano y tan poblado (*Annalectes*, t. II, 748-9).

descripción de las fuentes árabes nos permita delinear, ni siquiera aproximadamente, el plano topográfico del campo de batalla e identificar las colinas y barrancos a que hace alusión.

Cuando los valencianos salieron a campo abierto, el enemigo los atacó por la espalda y se cebó la espada en aquella muchedumbre indisciplinada, mientras 'Abd al-Malik, resguardado en lo alto de una colina, entre un grupo de sus caballeros, citaba estos versos con la voz entrecortada por el pánico:

Queridos míos! no está el consejo en un sólo pecho;
aconsejadme lo que hoy opináis¹.

y sólo pensó en salvarse del desastre, sometiéndose a los decretos del destino, sin preocuparse de la muerte y del cautiverio, que rodeó a sus compañeros. Un poeta dijo, al ver a los valencianos salir con vestidos de lujo y de fiesta:

Los enemigos se revistieron de hierro para el combate
y vosotros os vestisteis con túnicas recamadas de
varios colores;

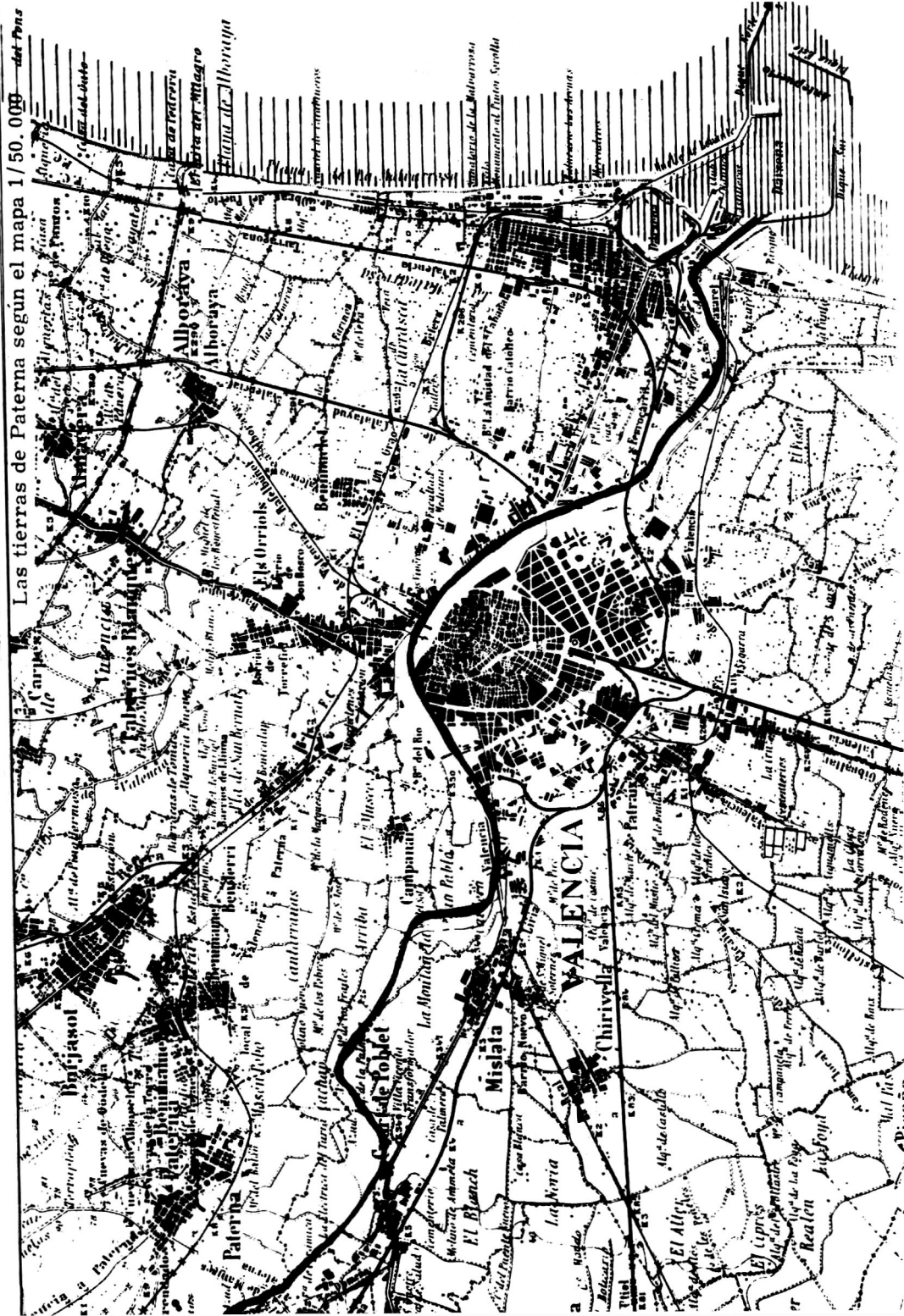
No podían estar ellos más feos y vosotros más hermosos,
si no hubiera ocurrido en Paterna lo que ocurrió².

Ibn Hayyān nos lo describe como entregado al vino, carente de buenas cualidades, de religiosidad muy tibia, cobarde y perezoso, que se entregaba a fondo a los placeres y hacía oídos sordos a exhortaciones y consejos; defectos que provocaron su destitución y de los que no se corrigió, al perder el trono, hasta su muerte.³

¹ Versos casi ridículos para exagerar la cobardía de 'Abd al-Malik (Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, p. 252-3).

² Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 303.

³ Cfr. *Memorias de 'Abd Allāh*, en la parte aún inédita, citada por E. GARCÍA GÓMEZ en su *Introducción* a la edición española de la *Historia de la España musulmana* de LÉVI-PROVENÇAL, t. IV, p. XXVIII.



La intervención de al-Ma'mūn en Valencia

La batalla de Paterna tuvo lugar en el otoño del 457 [1065]¹, ya que Fernando I, al sentirse enfermo, regresó a Castilla para morir el 27 de diciembre de este año. Al-Ma'mūn, al casar a su hija con 'Abd al-Malik, se comprometió a protegerlo contra todos los que lo atacasen; y, al enterarse del desastre de Paterna, salió preocupado de Toledo para llegar al castillo de Cuenca y estar más cerca de él; se apresuró además a enviarle un fuerte contingente de su ejército a las órdenes del más fiel caído con su secretario, Ibn Mutamīn, y les mandó quedarse al lado de 'Abd al-Malik para consolidar su posición, con lo cual cesaron las desgracias y el peligro tanto exterior como interior².

No se atrevió a intervenir contra Castilla por haber quedado los toledanos tan abatidos en sus luchas contra Sulaymān ibn Ḥūd, apoyado por Fernando I, y por las devastadoras incursiones de éste por la zona de Guadalajara y de Alcalá de Henares, que se decidieron a pedirle y se ofrecieron a pagarle parias, pero fueron tan duras las condiciones impuestas por Fernando I que amenazaron con entregarse a los beréberes y, unidos a ellos, hacer frente a los castellanos; Fernando I les alegó con arrogancia que tenían oro de sobra para pagar las parias, y que los berébe-

1 IBN 'IDĀRĪ (*al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 262) la coloca en el año 455 (1063); e Ibn al-Jaṭīb la retrotrae al reinado de su padre 'Abd al-'Azīz (p. 225).

2 Las dos fuentes principales, *al-Bayān al-mugrib* y el *A'māl al-A'lām*, que tratan de este socorro y de sus motivos, difieren en atribuirlo al deseo primero de consolidar la posición de 'Abd al-Malik, a raíz de su casamiento y en los años anteriores a la batalla de Paterna, o más bien a la indignación que le produjo a al-Ma'mūn la cobardía de su yerno, indignación combinada con el afán de incluir a Valencia en sus dominios. Este segundo motivo, que concuerda tan bien con las ambiciones de al-Ma'mūn, parece el verdadero.

res les eran peores enemigos que los cristianos, ya que estos sólo les pedían que les devolviesen las tierras de que los habían despojado, y que se volviesen al otrolado del Estrecho, ya que no podían vivir bien al lado de los cristianos, ni estos abandonarían la empresa de someterlos¹.

1 Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 281-2.

3. EL REINADO DE ABŪ BAKR MUHAMMAD IBN CABD AL-CAZĪZ AL-CAMIRĪ¹

El tercer rey ʿamirī. Primera etapa

Abū Bakr, tercer rey ʿamirī de Valencia, subió al trono en 467 [1075], a la muerte de al-Maʿmūn, rey de Toledo, quien, diez años antes, se había apoderado de Valencia, al desposeer del trono a su yerno ʿAbd al-Maliq, hermano de Abū Bakr. Se ha creído hasta ahora, que en los once años que reinó Abū Bakr hasta morir en junio del 1085 o sea, un mes después de la rendición de Toledo a Alfonso VI, vivió sin pena ni gloria, incapaz de toda intervención bélica, sometido a la autoridad de los reyes hūdīs de Zaragoza, para dejar paso a la llegada de al-Qādir, quien provoca la gran tragedia de Valencia con la intervención de Alvar Fáñez y luego la del Cid, por un lado; y la de los almorávides, por otro.

Pero tenemos que enjuiciar de nuevo esta vida pacífica para fijar, primeramente, su personalidad, que ha sido mal definida; y sobre todo para darle lugar a enfrentarse con el Cid Campeador, así como para exponer el curso de la primera campaña emprendida por éste, en el destierro, campaña que ha sido ignorada en gran parte o desfigurada, al sustituirla de manera inaceptable con la marcha directa y fracasada de Burgos a Barcelona; y a continuación, de ésta a Zaragoza para ponerse al servicio de al-Muqtadir y de su hijo al-Muʿtamin.

Fue tan vergonzosa la conducta de ʿAbd al-Maliq en la batalla de Paterna, que su suegro al-Maʿmūn

¹ Este apartado se publicó en "Ligarzas", I (Valencia, 1968), p. 99-125).

se decidió muy pronto a destronarlo e incorporar Valencia a sus estados, pero las fuentes musulmanas interpretan de diversos modos las causas de esta decisión. Unas la atribuyen a los desprecios y malos tratos de que era víctima la mujer de ʿAbd al-Malik¹; otras, a la resistencia que Valencia oponía a cooperar con Toledo en su lucha contra al-Muʿtamid por la posesión de Córdoba, y por dar acogida en su corte a los enemigos políticos, que huían de Toledo².

Lo más cierto parece, según Ibn ʿIdārī, que al-Maʿmūn decidió, a raíz de lo ocurrido en Paterna, pretextar una visita oficial a su yerno, ya que su hija había muerto; y que, cuando acampó con sus tropas en las afueras de Valencia, salió a recibirlo ʿAbd al-Malik, lo introdujo en su alcázar y se excedió en agasajarlo, sin la menor sospecha³.

Al-Maʿmūn, que ya se había puesto de acuerdo con Ibn Raubāš⁴, el secretario que llegó a ser primer ministro, tanto de ʿAbd al-Malik, como de su padre ʿAbd al-CAzīz, lo apresó a los pocos días sin resistencia; y de noche lo envió con su hijo y sucesor a Santaver⁵, donde al poco tiempo murió; su hijo huyó a Zaragoza, donde también murió.

¹ Cfr. IBN ʿIDĀRĪ, *Al-Bayān al-mugrib* (edic. LÉVI-PROVENÇAL), t. III, p. 266, al fin.

² Cfr. IBN BASSĀM, en su *Ḍajira*, parte III, inédita, fol. 49b, citado por MUHAMMAD ʿABD ALLĀH ʿINĀN en su *Mulūk al-tawāif*, p. 100 y 215, n.º 2.

³ Cfr. IBN ʿIDĀRĪ, *Al-Bayān al-mugrib*, III, p. 267.

⁴ Su biografía en *Ḥullat al-Siyarā*; bajo el epígrafe "al-kātib Abū ʿAbd Allā Muḥammad b. Marwān b. ʿAbd al-ʿAziz, el Cordobés", apellidado Ibn Rawbāš, en la que se copia parte de sus versos, y que DOZY transcribe completa en sus *Recherches*, tercera edic. t. II, apéndice IX.

⁵ Cfr. IBN ʿIDĀRĪ, *Al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 267. En cambio, el segundo fragmento anónimo de la misma obra (p. 303), dice que lo destró a Uclés.

467 [1075]

El reinado de al-Ma'mūn en Valencia

Se ha creído que con estas dos muertes se extinguió la dinastía de los descendientes de Almanzor en Valencia; esto no es verdad, pues, aunque al-Mu'mūn reinó durante los diez años siguientes en Valencia, acabó por sucederle un segundo hijo de 'Abd al-'Azīz y hermano de 'Abd al-Malik, como vamos a ver.

Reconocido al-Ma'mūn por los valencianos, les dejó de gobernador al mismo Ibn Raubāš, que los había traicionado, y se dedicó, desde Toledo, a continuar sus luchas con los 'Abbādīs de Sevilla sobre la posesión de Córdoba.

Desde el 457 [1065] hasta el 467 [1075] reina al-Ma'mūn en Toledo y Valencia con gran escándalo de los reyes de taifas sus vecinos, que le ven apoderarse traídoramente, sin guerra ni dispendio, de tan codiciada presa, y puede dedicarse a la guerra que mantiene contra al-Mu'tamid de Sevilla, que en 462 [1070] se había apoderado de Córdoba y había dejado en ella de gobernador a un hijo suyo¹. Al-Ma'mūn consigue por fin en 467 [1075], por mediación de un mercenario Ibn 'Ukāša² tomar Córdoba por sorpresa, y se dirige a ella desde Valencia³ para la toma solemne de posesión tan codiciada; pero a los seis meses de su llegada en dū-l-qa'da de ese mismo año 467 [junio del 1075], muere súbitamente, envenenado, según se cree. En ese intervalo de unos diez años, ensancha al-Ma'mūn arteramente sus estados y reina sin ver su corona en peligro, pues los tres hijos de Fernando I, Sancho, Alfonso y García, al repartirse la he-

rencia paterna, se entregan a luchas fratricidas, que le permiten dar regia hospitalidad a Alfonso, el futuro conquistador de su capital.

Reinstauración de Abū Bakr

Al recibirse en Valencia la noticia de la súbita muerte de al-Ma'mūn, se subleva Abū Bakr Muḥammad b. 'Abd al-'Azīz¹, hijo del fundador de la dinastía y hermano de 'Abd al-Malik, el destronado; y lo primero que hace con gran satisfacción de los valencianos, o por lo menos sin ninguna oposición de su parte, es encarcelar al visir Ibn Raubāš, quien después de servir a su padre y a su hermano, se había vendido a al-Ma'mūn, en cuyo nombre había gobernado a Valencia durante diez años². La gran seme-

1 El profesor TERÉS, en su trabajo sobre *Linajes árabes en al-Andalus*, según la *Yamhara* de IBN HAZM, p. 394, traduce así su texto, al tratar de la descendencia de Sanchuelo, el segundo hijo de Almanzor: "Tuvo un hijo llamado 'Abd al-'Azīz, que ocupó el gobierno de Valencia, cuando tenía catorce años, y en ella transcurrió su vida; tuvo los siguientes hijos: 'Ubayd Allāh y 'Abd al-Raḥmān, que murieron sin sucesión, y Muḥammad que murió en vida de su padre, dejando los hijos... (blanco de media línea en todos los mss.) y 'Abd al-Malik (su sucesor en el trono de Valencia) que sólo tuvo un hijo, que huyó a Zaragoza, donde murió. ("Al-Andalus", vol. XXII, fasc. 2, p. 349; IBN 'IDĀRĪ (*al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 197); añade el nuevo dato de que el año 430 (1038-9) 'Abd al-'Azīz, al ser reconocido en Almería, envió a su hijo 'Abd Allāh (variante de 'Ubayd Allāh) como su gobernador, con el título de al-Nāṣir, pero al morir muy pronto, en ese cargo, lo sustituyó con su yerno Ibn Šumādīh, que se hizo independiente.

2 El segundo fragmento anónimo (publicado por LÉVI-PROVENÇAL como apéndice a IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, 303) nos presenta a Abū Bakr Muḥammad ibn 'Abd al-'Azīz como el tercer rey de la familia 'āmirī en Valencia, y resuelve claramente el error que acabamos de descubrir, ya que al conocerse en Valencia la muerte de al-Ma'mūn en Córdoba, se alzó como legítimo sucesor de su hermano 'Abd al-Malik y lo primero que hizo fue encarcelar al traidor Ibn Raubāš, quien, al verse

1 Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 267.

2 Sobre la vida y los hechos de este aventurero, véase IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 28; y, sobre todo, 'INĀN en su *Mulūk al-ṭawāif*, p. 102-3.

3 Donde recibió la cabeza del gobernador de Córdoba, hijo de al-Mu'tamid.

janza del nombre del visir Ibn ʿAbd al-ʿAzīz con el del nuevo gobernante, quien, además, no tomó ningún título sultánico y se contentó con el de visir, dieron pie a la confusión de Ibn al-Abbār en la biografía del secretario y visir Abū ʿAbd Allāh Muḥammad Ibn Marwān Ibn ʿAbd al-ʿAzīz para hacerlo padre del príncipe Abū Bakr Muḥammad Ibn ʿAbd al-ʿAzīz; consta además que el visir infiel, Ibn Raubāš, al ser encarcelado por el nuevo señor de Valencia, Abū Bakr, se degolló en la prisión.

La *Primera Crónica General*², al traducir a una fuente árabe, incurre en un nuevo error y hace de los dos Ibn ʿAbd al-ʿAzīz una misma persona, que gobierna a Valencia, primero diez años por cuenta de al-Ma'mūn y luego otros once por cuenta propia, sin apercibirse del suicidio del Ibn ʿAbd al-ʿAzīz cordobés.

El nuevo señor de Valencia, en contraste con su padre y su hermano, se distinguió por su equidad, su buena administración, su generosidad con los sol-

perdido, se suicidó en la prisión (Cfr. CASIRI, *Biblioteca árabe-escurialense*, II, p. 30).

1 Hay una manifiesta contradicción en las fuentes árabes sobre este personaje, ya que por un lado lo celebran por sus grandes cualidades, que lo elevan desde un origen oscuro hasta el visirato para ser el brazo derecho de ʿAbd al-ʿAzīz y de su hijo ʿAbd al-Malik; y luego, al quedar Valencia sin cabeza visible, nos aseguran que se suicidó por los remordimientos, que, al ser envenenado al-Ma'mūn en Córdoba, se le atribuyen infundadamente, y lo que aún es más extraño, hacen que le suceda en el trono de Valencia un hijo suyo totalmente desconocido y sin ningún derecho a la corona. (Véase MUḤAMMAD ʿABD ALLĀH ʿINĀN, en sus *Mulūk al-ṭawāif*, p. 215.)

2 Cfr. *Primera Crónica General* (edic. MENÉNDEZ PIDAL, t. II, p. 547-8), al afirmar que la tenía entonces de mano del rey "Almenón; et afincó en el sennorio della después de la muerte del rey Almenón et de Issem su fijo, et mantovola él muy bien con seso et con recabdo XI años, así como dice la estoria".

dados y su interés en reparar las fortificaciones de su capital. Pero, cuando pacíficamente se ocupaba del bienestar de su pueblo, le crearon un grave conflicto la presencia y los manejos del turbulento literato Ibn ʿAmmār³, visir de al-Muʿtamid de Sevilla, quien, haciendo traición a su rey, que tanto lo quería y lo había favorecido, se apoderó de Murcia y se declaró independiente. Quiso asociarse con Abū Bakr Ibn ʿAbd al-ʿAzīz en su insensata megalomanía, e incluso intentó apoderarse de Valencia y ensanchar sus dominios por Levante.

Abū Bakr, en vez de colaborar con él, se le opuso para no indisponerse con Sevilla, y provocó las iras del frenético poeta, quien se desató en injurias contra la dinastía de los Banū ʿAbd al-ʿAzīz e incitó a los valencianos a sublevarse contra ella. Como al mismo tiempo mantenía Ibn ʿAmmār una feroz guerra epistolar con al-Muʿtamid, llena de obscenas injurias, que daba a leer a sus íntimos, Abū Bakr hizo que un judío bien pagado se ganase las gracias de Ibn ʿAmmār y consiguiese de él los originales de sus diatribas; al recibirlos Abū Bakr en Valencia, los transmitió a al-Muʿtamid, para provocar el trágico fin del insensato poeta.

Las causas de esta ofensiva verbal fueron: la negativa de Abū Bakr a abrirle las puertas de Valencia, así como el apoyo que ofreció a Ibn Ṭāhir, señor

1 A imitación de su padre ʿAbd al-ʿAzīz, quien a su vez imitó a los reyes acaqueros, Mubārak y Muẓaffar, incapaces todos de luchar y defenderse en campo abierto.

2 Sobre este famoso poeta, tan ambicioso como traidor, véase DOZY, en su *Histoire des musulmans d'Espagne*, reedición de LÉVI-PROVENÇAL, t. III, cap. IX, p. 83 y sigs.

3 Cfr. IBN AL-ABBĀR, en DOZY, *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 113 a 15, que da el texto árabe de esta arenga y a continuación su traducción latina. Véase también DOZY en su *Histoire*, t. III, p. 111, en la que ofrece su traducción francesa.

de Murcia, para evadirse del castillo de Jumilla¹, en el que Ibn 'Ammār lo había encerrado; y, sobre todo, el acuerdo y la colaboración con al-Mu^ctamid para acabar con su rebeldía y darle muerte.

La intervención de al-Muqtadir de Zaragoza en Valencia

En extremo precaria fue la situación en que vino a quedar el pequeño reino valenciano en manos de un rey tan pacífico y tan amenazado como Abū Bakr. El más poderoso y emprendedor de los reyes de la dinastía hūdī, al-Muqtadir, que reinó desde 436 a 475 [1046 a 1081] reunió bajo su poder todo el reino zaragozano, destronando a sus tres hermanos, como lo había hecho Fernando I, al suceder a Sancho el Mayor; y que demostró su capacidad militar al reconquistar a Barbastro². Después de apoderarse sin lucha y en el mínimum de tiempo, de Tortosa y de Denia³, parecía inminente la ocupación de Valencia, a la que apenas le quedaba más jurisdicción que la de su huerta y la capital. En tales circunstancias, al-Muqtadir, al parecer, no se atrevió a apropiarse inmediatamente de Valencia por no indisponerse con Alfonso VI, que la consideraba como territorio de su zona de reconquista⁴, pero por otra parte los zara-

1 Según otra versión, Ibn 'Ammār lo encerró primero en el castillo de Monteagudo (Dozy, en *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 87).

2 Véase su última y mejor documentada biografía sobre al-Muqtadir, por Afif Turk, *El reino de Zaragoza en el siglo XI*, p. 90 a 160.

3 Las *Memorias* de 'Abd Allā, el rey zirī de Granada, contemporáneo, aseguran que la toma de Denia fue por sorpresa y sin dificultades por la traición del visir Ibn Ruyūlo, que traicionó a su señor, 'Alī, hijo de Muḡāhid (*"Al-Andalus"*, vol. IV, p. 41-2).

4 Por haberse ya sometido Abū Bakr con anterioridad a pagar parias a Fernando I, en previsión de las ambiciones de al-Muqtadir, (Id, id). Y por ello era considerado, con Ibn 'Ammār y Sisnando, como el trío de visires más notable de todo al-Andalus (Id, id).

gozanos acusaban a su rey de haber cometido un grave error, al conquistar tan fácilmente a Denia y dejar libre a la rica e importante Valencia, sin decidirse a soldar ese eslabón, que podía unir todo Levante, desde Denia hasta Tortosa¹. Para obviar esas dos dificultades, entró el rey de Zaragoza en contacto con el rey castellano y le ofreció una gran suma de dinero, a cambio de permitirle la incorporación de Valencia a su reino.

De momento Alfonso VI, antes de la toma de Toledo, no pensaba más que en enfrentar a los reyes de taifas unos contra otros y someterlos al pago de continuas parias hasta agotar sus recursos y obligarlos a entregarse espontáneamente. Lo mismo decía Sisnando, el mozárabe, primer gobernador de Toledo, en sus negociaciones con 'Abd Allāh, rey de Granada: "Hay que debilitaros y gastaros lentamente; cuando ya no tengáis ni dinero ni soldados, nosotros nos apoderaremos del país sin la menor dificultad²."

Aceptada la cantidad³ y logrado el acuerdo, emprendió al-Muqtadir la marcha desde Zaragoza con su ejército hacia Valencia, cuyo emir, Abū Bakr, incapaz de hacerle frente, salió vestido de gala, como para hacer la oración del viernes, y, con tanta elocuencia como diplomacia, le dijo: "estas tierras son tuyas; obra como quieras y nosotros te obedeceremos, como súbditos tuyos"⁴. El zaragozano, ganado con esta declaración, renunció a tomarla militarmente⁵; y las buenas relaciones entabladas entonces entre Zaragoza y Valencia, se confirmaron más adelan-

1 Cfr. Ibn Bassām, *Ḍajira*, t. III, inédito, f. 9.

2 Cfr. *"Al-Andalus"*, 1936, vol. IV, facs. I, p. 36-37.

3 Que Ibn Bassām eleva a cien mil dinares (en su *Ḍajira*, t. III, fol. 9). 'Abd Allā, en sus *Memorias*, ya citadas, sin precisar la cifra, dice: "una suma considerable".

4 Cfr. Ibn Bassām, *Ḍajira*, t. III, fol. 9. Véase Afif Turk, en su tesis, p. 160.

5 A mediados del 1076.

te con el casamiento del heredero del trono hūdī, Ah-mad, con la hija del rey valenciano, matrimonio que se celebró en Zaragoza en la noche del 26 al 27 de ramadan del año 477 [enero del 1085]¹ con un esplendor inusitado. El visir judío Abū-l-Fadl Ibn Ḥašday¹, se encargó de redactar las invitaciones a los andaluces más distinguidos, a los caudillos más bravos y a gran número de visires, secretarios, chambelanes y arraeces, que acudieron en masa a Zaragoza. Con ocasión de esta boda, los banquetes se sucedieron sin interrupción, y el padre del novio sobrepasó a los califas ^ʿabbasíes de Bagdad en la suntuosidad con que agasajó a sus huéspedes. La alianza derivada de este matrimonio puede considerarse como un pacto defensivo contra el acuerdo de al-Qādir, nuevo rey de Toledo, y Alfonso VI, por el cual al-Qādir se compromete a entregarle Toledo con tal que luego lo ponga en posesión de Valencia.

A los cuatro meses de celebrado el matrimonio de la princesa valenciana, moría su padre Abū Bakr, que reinó once años, al mes de haber entregado al-Qādir Toledo³. Llegaba el momento de cumplir lo

1 O sea nueve años más tarde (véase IBN ^ʿĪḍĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 304).

2 Su biografía en IBN ḤAQĀN (*Qalā'id*, p. 182-5) quien da también pormenores sobre la esplendidez de la fiesta (p. 67), que H. PERES ha reproducido en su *Poesie andalouse*, p. 295, núm. 1.

3 Cfr. *Al-Bayān*, t. III, p. 304; el viernes, 9 de safar del año 478 (6 de junio del 1085). Ese fragmento segundo anónimo, que LÉVI-PROVENÇAL añadió a su libro de Ibn ^ʿĪḍĀRĪ sobre los reinos de taifas, da primero en la misma página la fecha del viernes siete de safar para la muerte de Abū Bakr y a continuación la fecha del mismo viernes 9 para la proclamación de su hijo y sucesor ^ʿUṭmān, el mismo día en que murió su padre. Como es tan conocida la frecuencia con que se confunden en la escritura árabe las palabras saba^ʿ (siete) y tisa^ʿ (nueve), y constando por otra parte que sólo el día 9 de ese mes de safar fue viernes, queda obviada esa duplicidad y fijada en el 9 de safar (6 de junio) tanto la muerte de Abū Bakr como la proclamación de su hijo ^ʿUṭmān.

convenido con Alfonso VI, y se abría el camino a la gran tragedia que la llegada del emir toledano preparaba a Valencia con la intervención de Alvar Fáñez y luego del Cid Campeador, por un lado; y de los almorávides, por otro, tragedia expuesta largamente por las fuentes árabes y cristianas, en el más vivo contraste con el silencio y la sequedad de los siglos anteriores.

Una desconocida empresa militar de Abū Bakr

Se ha creído, hasta ahora, que con esta sumisión incondicional de Valencia al rey de Zaragoza, al-Muqtadir, y con el posterior matrimonio de su nieto con la princesa, hija de Abū Bakr Ibn ^ʿAbd al-^ʿAzīz, se da por terminada la vida política del último emir de la familia de Almanzor, a pesar de que son cuatro las fuentes que nos ofrecen una exposición, tan exacta y pormenorizada de la primera campaña que el Cid hace en su destierro, hasta llegar a Zaragoza, y que, si bien coinciden en sus líneas generales, ofrecen interesantes pormenores y aclaraciones muy dignas de tenerse en cuenta, y en todo caso coinciden en la exactitud del relato y la regularidad de las etapas, así como en el desarrollo de la campaña, tan minucioso y veraz, que no se puede rechazar a priori sin un detenido estudio.

Estas fuentes son: el *Cantar de mio Cid*¹, la *Primera Crónica General de España*², la *Crónica del famoso cavallero Cid Ruy Díaz Campeador* llamada *Crónica Particular*³ y la *Crónica General de*

1 Cfr. *Primera Crónica General*, edición MENÉNDEZ PIDAL (Madrid, 1955).

2 Cfr. *Primera Crónica General*, publicada también por MENÉNDEZ PIDAL, edición Gredos. Madrid, 1955.

3 Cfr. *Crónica particular del Cid*, edición JUAN DE VELORADO. Burgos, año 1593.

*España de 1344*¹. Y todas juntas permiten reseñar la actividad militar de Abū Bakr. Si bien para analizar este punto nos vemos obligados a interrumpir nuestro relato para replantear el problema.

Planteamiento del problema

En resumen, toda la actuación del rey de Castilla, desde que el Cid volvió de cobrar las parias de Sevilla en 1079, se limitó a apoyar a al-Qādir para reponerlo en el poder contra sus enemigos y someterlo más cada día a su vasallaje. No parece, por lo tanto, que durante el año 1080 ni a principios del 1081 tuviese Alfonso que emprender ninguna campaña importante por tierras andaluzas, que se le hubiesen sublevado, ni que unos sarracenos innominados, al saber que Alfonso con su ejército estaba ausente y que el Cid había caído enfermo, se atreviesen a asaltar el castillo de San Esteban de Gormaz y hacer un pequeño botín. La leyenda continúa seguidamente.

Rodrigo, indignado por ello, a pesar de su enfermedad y de considerarlos como unos ladronzuelos, los atacó "con todo su ejército bien armado",

1 Cfr. *Cronica General de Espanha de 1344*, edição crítica do texto português, pelo Académico LINDLEY CINTRA, vol. III (Lisboa, 1961).

2 A pesar de ello la *Primera Crónica General* anota vagamente: "et andando él allá por el Andaluzía, haciendo lo que quería" (p. 523). En vez de ir contra los musulmanes andaluces, la campaña de Alfonso sería contra el rey de Badajoz, y entonces tomaría a Coria, como desquite por su entrada en Toledo.

3 Cfr. *Historia Roderici*, p. 923. En cambio la *Primera Crónica General* dice: "en todo esto iba ya sanando el Cid, et quando oyó lo que los moros fazian, cercando el castillo de Gormaz, ayuntó todas las gentes que pudo aver et fuesse pora tierra de moros a la ciudad de Toledo et corriola et destruxola" (p. 523). También se puede conjeturar que Alfonso no quisiese que el Cid le acompañase en esta campaña por la dureza con que trató a García Ordóñez y sus compañeros tan queridos por el rey, y en ese caso la enfermedad alegada sería sólo una excusa formularia.

que consta no lo tenía; y sin tener en cuenta la política de su rey y sus tratos con al-Qādir, devastó la zona de Toledo e hizo siete mil cautivos entre hombres y mujeres, les arrebató todos sus bienes y riquezas y se las llevó consigo. A esta desafortada campaña contra unos ladronzuelos, sigue otra exposición, aún más inverosímil; cuando Alfonso y sus magnates que ya debían estar de regreso de esta supuesta campaña, se enteraron de lo ocurrido, se indignaron en extremo y la camarilla de envidiosos hizo creer al rey que la algarada de Rodrigo no tenía claramente más móvil que el dejarlos matar a todos por los musulmanes¹, mientras estaban en tierra enemiga y la saqueaban.

Tanto el *Cantar* como las tres Crónicas ya citadas, e incluso la *Historia Roderici*, relatan y comentan estos hechos, sin tener en cuenta para nada el ambiente de manifiesta debilidad bélica de los reinos de taifas, incapaces de enfrentarse con un ejército cristiano por pequeño que fuese. ^CAbd Allāh, el último rey zirī de Granada, su contemporáneo, confirma con la mayor claridad la profunda decadencia militar de los reinos de taifas con estas palabras: "Los súbditos de las tierras de al-Andalus se declararon incapaces de participar en las campañas, haciendo valer... que no se hallaban preparados para combatir, y que por otra parte, su participación en las campañas les impedía cultivar la tierra. No eran, en efecto, gente de guerra... Al-Andalus, tanto en lo antiguo, como en lo moderno, ha sido siempre un país de sabios, alfaquíes y gente de religión...". Y poco más adelante, hablando de las habitantes de El-

1 Tanto la *Historia Roderici* (p. 923) como la *Crónica Particular* y la de 1344 coinciden en esta afirmación, que la *Primera Crónica General* amplía así: "Señor, Roy Díaz, que crebantó las pazes que vos aviades firmadas con los moros, non lo fizo por al, sinon porque matassen a vos et a nos" (p. 523 a).

vira, añade: "por un lado no querían someterse a nadie ni aceptar las decisiones de un gobernador; pero por otro lado eran las gentes más cobardes del mundo y temían por la suerte de su ciudad, ya que eran incapaces de hacer la guerra a nadie, aunque fuese a las moscas, de no ser asistidos por milicias (extranjeras), que las protegieran y defendieran".

Las varias y confusas campañas, que precedieron a la conquista de Toledo, crearon graves complicaciones a Alfonso VI, que había sido hospedado magníficamente por al-Ma'mūn, y que había contraído compromisos amistosos con él y luego con su nieto al-Qādir. La insensata gobernación de este último, y los disturbios que provocó dentro de su reino, le obligaron a buscar la protección de Alfonso contra sus enemigos domésticos, quienes tras largas revueltas, no especificadas, logran expulsarlo del trono y entronizan a 'Umar Ibn al-Aftas en junio del 1079 [fin del 472]. Al-Qādir, ante situación tan desesperada, huye a Huete y luego a Cuenca, desde donde pide socorro a Alfonso y le promete varias fortalezas importantes, además de esquiladoras parias. Firmado el acuerdo, acude Alfonso a recoger a al-Qadir, ataca el rey de Badajoz y le obliga a evacuar Toledo, antes de fines del año 473 [primavera del 1080]¹.

Reinstalado al-Qādir en el trono de Toledo, sigue siendo reconocido como su señor legal, y Alfonso lo defiende contra todos sus enemigos. Estas campañas, previas al asedio de Toledo, mal definidas por

1 Cfr. *Memorias de 'Abd Allāh*, en la parte aún inédita, citada por E. GARCÍA GÓMEZ en su *Introducción* a la edición española de la *Historia de la España musulmana* de LÉVI-PROVENÇAL, t. IV, p. XXVIII.

2 Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, en su trabajo *Alphonse VI et la prise de Tolède*, en "Islam d'Occident", p. 136, que sigue la cronología de IBN BASSĀM, con la que no concuerda la de Menéndez Pidal, que fija el pacto entre Alfonso y al-Qādir en 1079.

falta de precisión en las fuentes históricas, han sido erróneamente interpretadas y han dado lugar a las Crónicas cristianas para considerarlas como incursiones en los reinos de taifas andaluces, sin ver en el ataque musulmán a San Esteban de Gormaz más que una reacción peligrosa contra Alfonso ausente, que el Cid, apenas repuesto de su enfermedad, rechaza y castiga severamente¹.

El destierro del Cid

La causa verdadera de la indignación de Alfonso contra el Cid y del subsiguiente destierro, que le impone, no hay que buscarla en esa infantil creencia de que el Cid con su intervención, más o menos meditada, iba a dejarlos morir a manos de los musulmanes, sino en el propósito de cortar una intromisión, que perturbaba la política de Alfonso para pactar con al-Qādir y sostenerlo aún, como dueño y señor del territorio toledano.

La *Crónica Particular* es bien explícita al informarnos que al-Qādir se querella a Alfonso porque el Cid ha quebrantado la paz concertada entre ambos, y la misma acusación hacen los ricoshombres de Castilla². Y más adelante, cuando Alfonso recibe el presente que le ofrece el Cid, como parte del botín ganado en la batalla campal de Alcocer y le pide por mediación de Alvar Fáñez que le levante el destierro, se excusa de perdonarlo tan aína, por el amor del rey de Toledo, razón que casi con las mismas palabras alega la *Crónica del año 1344*³, y recalca que,

1 La *Crónica Particular* (p. 75) añade que la algarada del Cid se extendió hasta Atienza, Sigüenza, Hita y Guadalajara y a toda la tierra de Toledo, y que sin contar los muertos trajo once mil cautivos. En cambio la *Crónica del año 1344* los rebaja a seis mil (p. 418).

2 Cfr. *Crónica Particular*, p. 74.

3 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 438.

al recibir la querella de al-Qādir, le pesó mucho; y los ricos hombres que no querían al Cid, tuvieron motivo, al enterarse de lo ocurrido, para ponerlo a mal con el rey y decirle: "Señor!, el Cid ha quebrantado vuestra verdad y la paz que tenéis con el rey de Toledo, que tanto os amaba". Y el rey fue muy sañudo contra el Cid, ya que además no había olvidado la jura que tan afincadamente le tomara en Santa Gadea¹.

Recibe Rodrigo en Vivar la sentencia del destierro y con sesenta pendones se encamina a Burgos, distante unos diez kilómetros, donde no es recibido ni aprovisionado por orden expresa de Alfonso VI; acampa en la glera del Arlanzón, y se le une Martín Antolínez, que lo provee de pan y vino, y le gestiona el famoso préstamo de los judíos Raquel y Vidas. Sale de noche, y al amanecer llega a Cardeña; *El Cantar*² describe con especial emoción las escenas familiares de la despedida, en la que sólo hay que subrayar el hecho de que el Cid se despide de su mujer, Jimena Díaz, y de sus dos hijas, Elvira y Sol, "amas a dos", sin que esté presente el hijo Diego³.

Se anuncia por Castilla que el Campeador se va de la tierra y necesita gente, así que los que quieren seguirle, se reúnan en el puente del Arlanzón. Acuden hasta ciento quince caballeros, que se presentan en Cardeña y se hacen vasallos suyos. Faltaban sólo dos días para expirar el plazo que se le había concedido para salir de Castilla.

Menéndez Pidal, con la maestría y erudición en

él habituales, ha estudiado el itinerario del destierro en esa campaña; lo sigue y comenta, desde la salida de Cardeña hasta la llegada a Alcocer, pero, al encontrarse entonces con la batalla campal trabada al pie de ese castillo contra el ejército llegado de Valencia, corta el curso del itinerario que lo llevaría hasta Zaragoza, por considerarlo juglaresco y lo mismo y aún más hace en *La España del Cid*, en cuya exposición no pasa de Castejón. Encuentra legendario un relato, según el cual, envía el rey de Valencia, Abū Bakr, sus tropas para luchar con el Cid a orillas del Jalón, cerca de Calatayud, y por lo tanto dentro del reino de Zaragoza con la orden extraña de, una vez vencido, llevarlo prisionero a Valencia. Aunque en el tomo I de su trabajo sobre *El Cantar* ha seguido y comprobado el itinerario y su exactitud, se ha visto obligado a abandonar esas fuentes, que le harían llegar con el Cid a Zaragoza y seducido por la sibilina afirmación de la *Historia Roderici* lo lleva directamente, no sabemos cómo ni por dónde, a Barcelona y de allí a Zaragoza.

La *Crónica del año 1344* nos ofrece por su cuenta, como preliminares del destierro un cuadro anecdótico, cuya veracidad no podemos comprobar, en el que el rey Alfonso comunica personalmente al Cid la orden del destierro, y que demuestra la tirantez con que el carácter enérgico del Cid protestaba, al recibir ese castigo.

El rey, cuando llegó a Burgos, mandó luego decir al Cid que fuese a verse con él. El Cid sabía ya muy bien cómo se le acusaba ante el monarca. Y cuando llegó a la corte, se presentó al rey y quiso besarle la mano, pero él no quiso dársela, sino que le dijo muy sañudamente que se saliese de su reino. El Cid dio de espuelas a un mulo [sic] que montaba y se pasó a una heredad suya. Y le dijo al rey. "No estoy en lo vuestro, sino en lo mío". Y el rey le dijo otra vez: "salidme de mis reinos sin demora alguna". El Cid le dijo: "Señor, dadme de plazo treinta días para

¹ Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 419.

² Versos 239 a 386.

³ Contra lo que afirma MENÉNDEZ PIDAL (en *La España del Cid*, p. 273), véase mi trabajo *Las luchas del Cid Campeador con los almorávides y el enigma de su hijo Diego*, en "Hesperis-Tamuda", vol. VI (Rabat, 1965), p. 101 a 114.

que me salga de la tierra, según el derecho de los hidalgos". Y el rey dijo que no lo haría, sino que de allí a nueve días se saliese de la tierra; que si no, él lo haría salir¹.

El Cid sale del monasterio bien de mañana, después de los maitines y la misa, y llega en su jornada a dormir en Spinaz de Can, al Sur de Cardena².

En el camino, vánsele allegando gentes de todas partes; pasa a la izquierda de Gormaz, "una buena ciudad", deja a la diestra Alilón, "torre, que moros la han"³. Pasa por Alcubilla del Marqués⁴, cuatro kms. al Este de San Esteban y ocho al Suroeste del Burgo de Osma. Traspasa la calzada romana de Quineas⁵. Cruza el Duero por Nava-Palos y va a posarse en la Figueruela (Figuereda); aldea de la orilla opuesta. Al día siguiente con gran acompañamiento fue a acampar en la sierra de Miedes, teniendo a su iz-

1 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 419. Repite el Cid esta petición, al acudir a Rueda para vengar la ofensa hecha a Alfonso VI y reclamar para los hidalgos el privilegio de que cuando alguno de ellos tuviese que salir de su tierra, tuviese el plazo de treinta días, como antes lo tuvo de nueve días y además que no se ensañase contra ningún hidalgo ni ciudadano sin oírlo debidamente en derecho (p. 450).

2 Hay varios Espinaz. El de Can cree Menéndez Pidal que estaba entre Marmolar, Aranzo de Miel y Espinosa de Cervera a 6 Km. al norte de Huerta del Rey.

3 Verso que se ha suprimido en la edición crítica. MENÉNDEZ PIDAL ha buscado Alilón inútilmente por San Esteban de Gormaz y el Burgo de Osma. Afirma que desde luego no se puede tomarlo por Ayllón, demasiado alejado para que el Cid lo dejase a su diestra (*Cantar*, I, p. 42, n.º 1).

4 Alcubilla, que de Castilla fin es ya, pues como observa MENÉNDEZ PIDAL, al sur del Duero ya no es Castilla para el autor del *Cantar*, sino una Extremadura, que pertenecía al rey Alfonso hasta Miedes.

5 Desconocida, por no hallarse incluida en el *Itinerario de Antonino* y ser un ramal secundario de la calzada que iba de Clunia a Zaragoza y pasaba por San Esteban y Osma. Debe tenerse en cuenta que con ese nombre se denominaba la calzada que unía Mérida con Astorga.



quierda a Atienza¹. Antes, al ponerse el sol, mandó hacer alarde de su gente y contó bien trescientos caballeros y muchos peones. Cruzan la sierra de noche y al amanecer acampan ocultos en un alto monte de sus estribaciones meridionales. Vuelven a trasnochar y al acercarse a Castejón, que está sobre el Henares, a unas sieteleguas de Atienza, prepara el Cid una celada y manda a Alvar Fáñez con Alvar Alvarez, Alvar Salvadórez, Galindo García y doscientos caballeros correr toda la tierra, Hita ayuso, por Guadalajara, hasta Alcalá de Henares. Hita se halla a unos treinta y dos kilómetros de Castejón por carretera; Guadalajara a veintisiete de Hita; y Alcalá a otros tantos de Guadalajara².

Al alejarse Alvar Fáñez con sus doscientos caballeros y estar el Cid oculto con los cien restantes, abrieron los musulmanes las puertas del castillo para salir a sus habituales trabajos en el campo y el Cid pudo asaltarlo³ y hacer un gran botín, que unido al que aportó Alvar Fáñez de su algarada, se repartió equitativamente a la mesnada; y el Cid vendió su quinto por tres mil marcos de plata a los musulmanes de Guadalajara que acudieron a comprarlo.

La orden de destierro y el comienzo de la cam-

1 Cfr. *Cantar*, verso 398.

2 MENÉNDEZ PIDAL no juzga esta algarada más que como un gesto despedido y un confuso recuerdo de la correría anterior sobre la tierra toledana en la frontera de Gormaz (*La España del Cid*, t. I, p. 275, nota).

3 El Cid, al salir al destierro con su reducida mesnada, ni pensó ni pudo llevar consigo el rudimentario tren de asalto, que era indispensable para tomar por la fuerza un castillo; y como por otra parte, tanto en este caso, como luego en el más arduo de Alcocer no tenía medios para mantener un asedio más o menos largo, recurrió en los dos casos a sus innatas dotes de estrategia, que unidas a su temerario valor y a la adhesión incondicional de sus soldados, le dieron los éxitos que tan necesarios le eran para mantener su campaña y ganarse el prestigio, que lo llevó a la corte de Zaragoza.

paña del Cid por tierras de la Alcarria debieron coincidir con la primavera del 1081 o sea cuando Alfonso VI recogía a al-Qādir en Cuenca, expulsado de su trono por los partidarios de Umar Ibn al-Aftas de Badajoz, que lo ocupó durante diez meses.

Como hemos visto, quedó el Cid muy resentido por el castigo que se le imponía; y dado su carácter impulsivo y resuelto, no es de extrañar que, en los primeros momentos, se atreviese a enfrentarse con su rey, como lo demuestra la citada escena, más o menos real, que le atribuye la *Crónica del año 1344*.

Sabía que lo habían denunciado y no debía ignorar que en el fondo tenía la responsabilidad de haber actuado en contra de la política conciliadora que su rey seguía de momento con al-Qādir. El resentimiento que le produjo el destierro no lo pudo olvidar de pronto, ya que a los dos o tres días de su salida, cuando llega a tomar Castejón, hace que Alvar Fáñez saquee por segunda vez todas las tierras, desde Hita y Guadalajara hasta Alcalá de Henares, que seguían en poder de al-Qādir y eran oficialmente protegidas por Alfonso. El botín es relativamente grande y el Cid, cuando se vio tan bienandante, en sus comienzos, "fue muy alegre et loçano por ello, et atreviose a mas et envió a decir al rey, don Alfonso, que pues quel echara de la tierra, quel farie deservicio con aquellas campañas que traíe"¹, frase que en el *Cantar* es aún más explícita, al decir a Alfonso "quel buscaríe mal con todas sus mesnadas"² y que la *Crónica del año 1344* corrobora ya que el Cid mandó decir al rey "así sabía elle deservir señor". La palabra deservicio la truecan algunos códices en servicio, para ennoblecer las palabras del Cid y ponerlas de acuerdo con su conducta posterior de reconocimiento y lealtad al rey, aunque de momento no dé pruebas

1 Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, p. 525 a.

2 Cfr. *Cantar*, verso 509.

de ello. A lo cual no se opone el que luego diga "con Alfonso, mío señor, non quisiera lidiar"¹, porque acata en principio su autoridad, pero, sobre todo en este caso, por que teme "que buscar nos ie el rey Alfonso con toda su mesnada, ya que los moros deste logar son vasallos del rey don Alfonso y, como sepa que aquí estamos, vendrá con todo su poder y el de los moros, y no será guisado que le esperemos aquí, ya que es hombre poderoso y de gran corazón"².

Al quedar Castejón muy cerca de las tierras de Alfonso VI, para no verse expuesto a luchar con él, y ante el peligro de verse privado de agua, decide evacuarlo; y, siguiendo el curso del Henares, río arriba, llega hasta las cuevas de Anguita³, entre Aguilar de Anguita y Luzón: cuevas estudiadas y conocidas hoy por su valor prehistórico, cruza la divisoria entre el Tajo y el Jalón, y entra en el Campo de Tarancio (hoy Tarance) páramo desolado, frío e inhabitable y por eso dice el *Cantar* "por esas tierras ayuso quanto pueden andar"⁴.

Sigue Jalón abajo y llega a albergar entre Ariza y Cetina⁵, que distan treinta y cinco, y cuarenta y cuatro kilómetros respectivamente de Anguita; y la mitad de Tarance. Por donde pasaban hacían grandes presas⁶, y siguiendo la hoz del Jalón, cinco kilómetros más abajo, llegaron a Alhama; y otros cinco más adelante, a Buvierca; de esta continuaron hasta Ateca (ocho kilómetros), a cuya vera se encuentra el castillo de Alcocer. El Cid acampó e hizo

una bastida¹ para apoderarse de él. Pero al no poder asaltarlo², finge retirarse; y, al salir la guarnición sitiada en su persecución, es derrotada; y el castillo es tomado por el Cid.

Era la fortaleza que dominaba, no sólo a los pueblos de Ateca y Terrer, distantes uno de otro siete kilómetros, y entre los cuales estaba, en la orilla izquierda del Jalón, pues Huntington que visitó el lugar en 1903, para ver de localizarlo y estudiar en su presencia la estrategia militar del texto, tan rico en pormenores, sólo nos dice que hay varios sitios junto a Ateca y a lo largo del río, que parecen convenir más o menos, con la descripción del *Cantar* y de las tres Crónicas que lo siguen. Arenas en su trabajo sobre Molina de Aragón cree que coincide con Castejón de la Reina, unos tres kilómetros al sur de Ateca, desde el cual el Cid parte luego, Jiloca arriba, hacia el Poyo de Monreal³.

Para probar la veracidad de esta información basta citar literalmente el texto de la *Primera Crónica General* de la edición Menéndez Pidal⁴; "fueron a posar sobre Alcocer en un otero redondo, grande y fuerte, cerca del río Jalón, para que nadie les pudiese vedar el agua". Para tomar a Alcocer mandó el Cid a parte de su mesnada acampar contra el río, y al resto contra la sierra; y hacer una trinchera alrededor para que no fuesen atacados ni de día ni de noche.

1 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 425.

2 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 426.

3 La edición portuguesa de la *Crónica general de 1344* lee "Cuevas d'Ougria por Anguita, a par do rio de Zarazo o Taranzo".

4 Cfr. *Cantar*, verso 546.

5 Variantes Fariza y Centina (*Crónica general de 1344*, III, p. 427).

6 "Fazendo muyto mal e matando muytos mouroos, como estava a terra segura" (Cfr. *Crónica general de 1344*, III, p. 427).

1 Torre de observación, llamada así por el Diccionario de la Academia, y que equivale al daydabān de los musulmanes; en este caso parece más bien significar campamento.

2 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 429; y *Primera Crónica General*, p. 526 b.

3 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL en el *Cantar de mio Cid*, t. I, p. 50 y núm. 1; A. ARENAS, *Origen del muy ilustre Señorío de Molina de Aragón*, p. 82.

El prof. Ubieto me comunica que hay abundantes argumentos para situarlo en Alcázar, también denominada oficialmente Peña Alcázar.

4 Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, t. II, p. 526a.

El Cid y Abū Bakr

Después de esta obligada digresión sobre el destierro del Cid y su cronología, volvemos a encontrarnos con el rey valenciano Abū Bakr.

El Cid estuvo acampado en Alcocer quince semanas, plazo necesario para que los habitantes de Ateca, Terrer, Calatayud, Daroca y Molina de Aragón, temerosos de que les ocurriese lo que a Alcocer, enviasen sus delegados al rey de Valencia, Abū Bakr, para pedirle socorro, dándole a conocer que había un hombre, al que llamaban Ruy Díaz, el Cid, a quien desterró el rey Alfonso, y que devastó toda aquella tierra, tomando a Alcocer y matando a cuantos moros allí encontró; que si no se le ponía remedio, todos aquellos lugares serían perdidos, pues tan mortalmente sabía hacer la guerra que no temía a nada y había ya devastado toda la ribera del Jalón por sus dos orillas.

Es bien extraño que, a pesar de la veracidad y exactitud que refleja esta fuente, se haya prescindido de seguirla y se haya preferido llevar al Cid impensadamente a Barcelona, después de haberle hecho llegar hasta Castejón en plena Alcarria.

En *La España del Cid*¹ Menéndez Pidal, que ha comenzado a seguir al *Cantar* en la salida de Burgos y Cardena hasta la llegada a Castejón, abandona esa fuente; no menciona para nada a las otras tres que la siguen y completan; y al ver entrar al Cid por el valle del Jalón en tierras del reino de Zaragoza y encontrarse con el asedio y toma de Alcocer, y sobre todo con el minucioso relato de la batalla campal, tan insólita, contra el ejército de Abū Bakr, llegado desde Valencia; y con el pretexto mal interpretado de que el Cid "con Alfonso mío señor, non quería luchar", lo lleva por la mano de la *Historia Roderici* de manera impensada a Barcelona y a Zaragoza.

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 272.

Pero esta extraña intervención no puede a priori tomarse por juglaresca sin estudiarla y discutir su justificación. En primer lugar el emir Abū Bakr era rey de Valencia¹ desde el año 467 [1075] en que se sublevó, a la muerte de al-Ma'mūn, para restaurar el dominio de su dinastía, que había sido arrebatado a su hermano ^cAbd al-Malik, casado con una hija de al-Ma'mūn. Al año siguiente 468 [1076], al-Muqtadir se apoderó de Denia; y a continuación, después de haber ofrecido a Alfonso una cantidad considerable para que le permitiese apoderarse de Valencia, llegó a ella en la segunda mitad de ese año 1076; y, recibido, como hemos visto, solemnemente por Abū Bakr, fue reconocido de la manera más explícita, como señor de Valencia. Esta sumisión fue mantenida muchos años, y se confirmó ocho años más tarde, en 485 [1092], con el casamiento del nieto de al-Muqtadir con la hija de Abū Bakr.

Ninguna de las cuatro fuentes estudiadas indica los motivos que tuvieron los habitantes de Calatayud y su región para pedir socorro a Valencia, en vez de hacerlo a Zaragoza, ya que Calatayud está mucho más cerca de Zaragoza que de Valencia. En todo caso es bien posible que al-Muqtadir, como dueño absoluto de Zaragoza y Valencia, ordenase a sus súbditos de la zona de Calatayud dirigirse a su vasallo, el rey de Valencia, para pedirle socorro. Por otra parte sabemos que, muy poco después, murió al-Muqtadir ese mismo año; y puede ser indicio de su más o menos larga enfermedad el que ya correinaba con él, por entonces, su hijo y sucesor al-Mu'tamin; y por si estos motivos no fuesen plausibles, podemos tener

1 "Et esse rey de Valencia avie por nombre Thamim, pero dize la "estoria" en otro lugar que Abubecar avie por nombre." Nueva prueba de la veracidad del relato y de que la *Primera Crónica General* (p. 527a) no es una mera copia del *Cantar*, y que por lo tanto la "estoria", a que se refiere, debía tener una base musulmana.

en cuenta que al-Muqtadir pudo ese año apoderarse de Lérida, sede de su hermano mayor, después de largos años de lucha¹.

Abū Bakr se decide a actuar para vengarse de ese Cid, desconocido para él, que de tal modo había entrado "en su tierra". Los caudillos enviados por él pasan con numerosas fuerzas por Segorbe y Albarracín para llegar a Cella (Zelfa la del canal); ya desde allí convocan, según se les ha ordenado, a los consejos de esa frontera. Llegan a Calatayud y envían sus mandaderos por toda la zona para ir contra aquellos pocos cristianos que perturbaban la comarca. La concentración es muy grande y cada día va en aumento, hasta poder vedar el agua a los soldados del Cid y ponerlos en riesgo de carecer de pan. Dura el asedio tres semanas, y el Cid expone a su mesnada la enorme desproporción en que están con los grandes contingentes musulmanes, así como la imposibilidad de retirarse secretamente de noche, cercados como estaban, por todas partes; y todos, por boca de Alvar Fáñez, piden el ataque la mañana siguiente².

Las otras dos Crónicas, la Particular y la del año 1344, coinciden en señalar que la iniciativa y la responsabilidad de esta batalla campal se deben a Abū Bakr, ya que, según confirma el *Cantar*:

¹ Las fuentes árabes difieren en la fecha de la muerte de al-Muqtadir, rey de Zaragoza, que tan interesante es para fijar la entrada a su servicio del Cid Campeador. Según AFIF TURK, quien en su tesis sobre *El reino hūdī en el siglo XI* se ha ocupado de esa divergencia, IBN ʿIDĀRĪ, en su *al-Bayān al-mugrib*, e IBN AL-JAʿĪB, en su *Aʿmāl al-Aʿlām*, la señalan en el año 475 (1082); mientras que IBN ABĪ ZARʿ la fija en ʿumāda I del 474 (octubre del 1081); y tanto IBN AL-ABBĀR como IBN JALDŪN la confirman. Y así podemos creer que el Cid llegó a Zaragoza antes de terminar el año 1081, y que ya en la primavera del 1082 emprendió su nueva campaña al servicio de al-Muʿtamin contra su hermano Muḍir al-Haʿib, protegido por Sancho Ramírez de Aragón y Berenguer Ramón II, conde de Barcelona.

² Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, t. II, p. 527b y 528a.

Al rey de Valencia embiaron con mensaje [627]
si non das consejo, a Teca [Ateca] y a Terrer perderas [632]

Quien dice:

Tres reyes veo de moros, derredor de mi estar [637]
Non lo detardedes, los dos id por allá [638]
Tres mil moros levedes con armas de lidiar [639]
con los de la frontera, que vos ayudarán [640]
Prendétmelo a vida, aduzídmelo delant [641]
Porque se me entró en mi tierra, derecho me avrá de dar [642]

Faris y Galbe

No tenemos más datos para concretar la personalidad de los dos arraeces o caudillos, a los que las crónicas cristianas llaman reyes, siguiendo la costumbre de llamar así a los caudillos que, acompañando a su rey o Sultán, entraban en combate al frente de sus tropas, aunque fuesen meros jefes militares, visires o arraeces. Nada más sabemos de Faris, pero de Galbe, podemos conjeturar que debía ser oriundo de Molina de Aragón; y que usando el aumentativo de "on", tan frecuente en las familias nobles hispano-musulmanas, se transformó en Galbón; e hijo suyo pudo muy bien ser el famoso Ibn Galbón o Galbún, rey o señor de Molina, que tantas relaciones tuvo con el Cid; y que, después de muerto éste, tomó parte en la batalla de Cotanda contra Alfonso el Batallador; sus hijos emigraron a Andalucía y fueron reyezuelos de Ronda y Jerez.

En todo caso las cuatro fuentes consultadas coinciden en afirmar que el Cid derrotó en batalla campal a los arraeces Faris y Galbe¹; y aún la *Primera*

¹ No sabemos hasta qué punto sean verídicas las incidencias de la batalla que señalan las fuentes cristianas y los duelos individuales en que los dos caudillos musulmanes son heridos y huyen del campo de batalla.

Crónica General describe en dos capítulos, con grandes pormenores, la acritud de la lucha, la enorme desproporción de los dos bandos, ya que, a los tres mil hombres enviados por Abū Bakr, se habían unido todas las levas hechas en la zona de Calatayud y las riberas del Jalón; y el arrojito, casi suicida, con que el Cid mató a un visir¹ para arrebatarse su caballo y dárselo a Alvar Fáñez, que había perdido el suyo en el fragor de la batalla.

La victoria fue completa², y el botín tan grande que el Cid envió con Alvar Fáñez a Alfonso VI treinta caballos con sus espadas y arreos para pedirle gracia; pero no la consigue, al alegar el rey que las tres semanas transcurridas desde que salió desterrado eran un plazo demasiado corto para perdonarle tan grave ofensa. Le permitió, en cambio, que todos los hombres de armas de su reino pudiesen ir libremente a enrolarse en su mesnada.

Mientras Alvar Fáñez cumplía su misión ante el rey, acampó el Cid en el Poyo de Monreal del Campo; y desde él algareó todo el territorio de Medinaceli, Teruel y demás localidades hasta Zelfa, la del Canal (hoy Cella). Impaciente por la tardanza en regresar de Minaya Alvar Fáñez, deja el Poyo; y, en una trasnochada, pasa arriba de Teruel y va a posar en el Pinar de Tévar, donde se le reúne Alvar Fáñez, después de cumplir sus encargos en Burgos y Cardeña. Las tierras negras de Alcañiz las va dejando³ en su algara, y hace tanto daño en la zona de Zaragoza, que la obliga a pagar parias. Su rey, al-

el uno a Calatayud, y el otro, a Terrer (*Primera Crónica General*, t. II, p. 529a).

1 Que la *Primera Crónica General* llama alguacil; y la *Crónica general de 1344*, p. 433, le da el nombre árabe de al-mocadem, que significa comandante.

2 E hiriéndolos y persiguiéndolos el Cid y los suyos, siguieron en el alcance siete leguas. Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 434.

3 *Cantar*, verso 938.

Muqtadir, por las muchas razones alegadas ya, que lo incapacitaban para medirse con él, prefirió tomarlo a su servicio.

El Cantar de Mío Cid y las crónicas

Menéndez Pidal, en *La España del Cid*, no ha podido aceptar en toda su extensión el relato¹ que el *Cantar* y las tres Crónicas estudiadas nos dan con tanta exactitud de la primera campaña del Cid a raíz de su destierro; y sobre todo al encontrarse con la extraña batalla campal de Alcocer contra el ejército valenciano del rey Abū Bakr, la reputa invención del viejo juglar; pero, al ver que encaja tan exactamente en la Historia, retrasa la marcha de Alvar Fáñez con los treinta caballos que regala el Cid a Alfonso VI, y no vacila en alejarlos de Alcocer y colocarlos tras los primeros triunfos logrados en la región de Lérida, tres o cuatro años más tarde por cuenta del rey de Zaragoza, al-Mu'tamin, contra su hermano, Muñdir al-Hāḡib; elevando a cien caballos el regalo, sin apercibirse de la contradicción en que incurre, al poner en boca de Alfonso con tanto retraso su negativa a perdonar al Cid "tan aína", así como en elevar a cien los caballos "fuertes e corredores" que se presentan al rey, sin reparar en que este segundo regalo sólo tuvo lugar once o doce años más tarde², una vez tomada Valencia y derrotados los almorávides en la batalla de Cuart de Poblet.

El *Cantar* sigue la misma pauta histórica que las tres Crónicas estudiadas, pero es mucho más efusivo y extremo en lo que se refiere a la vida familiar del Cid, a la que dedica trescientos noventa

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 301-2.

2 Y por si esto fuera poco, se elevan los cien caballeros (que figuran en el verso 1.254) a doscientos en la segunda parte de las bodas (verso 1.845 a 54).

versos, antes de exponer su salida de Cardeña. Las tres crónicas pasan por alto esas escenas de emoción familiar e ignoran el *Cantar*, al que nunca citan; y en cambio lo hacen muchas veces a la Historia, una Historia indeterminada, a la que se refieren, tanto mientras tienen un tema común con el *Cantar*, como en los capítulos y los hechos que le anteceden y lo siguen.

Al observar esta anómala e inesperada divergencia, me permito discrepar de la opinión general, que sigue a Menéndez Pidal en su escueta afirmación de que las tres Crónicas, a pesar de sus variantes y adiciones, son una mera y exclusiva reproducción del texto del *Cantar*. Invadiendo el terreno de la genealogía y derivaciones de nuestras fuentes históricas medievales, campo vedado a mi ignorancia, me atrevo a sugerir la necesidad de recurrir a la ineludible existencia de una tradición y de unas fuentes, orales o escritas, cuyo rastro sospechamos, pero no podemos seguir y en las que tanto el *Cantar* como las tres Crónicas han basado su relato para sus discrepancias e innovaciones respecto al *Cantar de mio Cid*.

Características de la primera campaña del Cid en el destierro

Sale de Vivar Rodrigo, abandonando todo su patrimonio; y como sus acompañantes han tenido que hacer lo mismo¹, se ve obligado a pedir a los judíos

1 Más tarde les dice Alfonso, dirigiéndose a Alvar Fáñez: os perdono por la salida que hicisteis y os otorgo la tierra que tenfais por mí (*Primera Crónica General*, t. II, p. 531). Tanto es así que al salir de Burgos tuvo que darle Martín Antolínez de comer, así como a sus bestias, ya que "no tenía de qué guisarse su compañía" (Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 531).

Raquel y Vidas el préstamo, más o menos poetizado, pero necesario, para emprender una marcha larga y forzada por país enemigo sin más medios que su valor y sus armas personales. Sale de Castilla con unos trescientos caballeros y muchos peones, entre los que reparte la suma prestada, y enseguida manda a Alvar Fáñez a razziar la zona de Guadalajara y Alcalá de Henares¹ para apoderarse de cuanto botín hallen, tanto en cautivos como en ganado, mientras él asalta el castillo de Castejón² para apoderarse del oro, la plata y cuantos bienes encuentra en él. Reparte el doble botín a su mesnada, y vende el quinto, que le corresponde, a los musulmanes saqueados de Hita y Gaudalajara³ por tres mil marcos de plata para ir formando un pequeño fondo de guerra. Abandona Castejón, para no enfrentarse con su rey, Alfonso, y cruza la Alcarria sin cautivos ni apenas impedimenta para maniobrar y ganarse el sustento con sus manos y sus armas en un avance continuo, "firiendo e matando e hiciendo mucho mal"⁴.

Dice en varias ocasiones a sus soldados que debían continuamente desplazarse, ya que eran tierras angostas y no podían mantenerse en ellas, pues a poco que se detuviesen, todo lo esquilmarían y dejaban yermo⁵. Como por otra parte, "si con moros non lidiasen non les daríen el pan", tuvieron que vender Alcocer a los musulmanes de Ateca y Calatayud

1 Era la misma zona que ya había raziado el Cid, cuando incurrió en la ira del rey y ahora, al vengarse, alegre y lozano, envía a decir a Alfonso que así le hacía "deservicio" con aquellas compañías que traía (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 524).

2 "Con temerario valor cogiose luego por la puerta adentro, su espada en la mano, matando cuantos ante sí hallaba" (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 525a).

3 Son bien extraños estos tratos comerciales en medio del rigor y el odio con que se luchaba.

4 Cfr. *Crónica general de 1344*, t. III, p. 427.

5 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 532b.

por otros mil marcos. Después de verse cercado en Alcocer y correr el peligro de caer en manos del ejército enviado desde Valencia, saquea, al establecerse en Monreal del Campo¹, la vega del río Martín, algarea los términos de Daroca, Molina de Aragón y Teruel hasta Cella, y por fin desemboca desde el Pinar de Tévar en los llanos de Alcañiz, y no ve más solución a sus problemas de desterrado, que entenderse con al-Muqtadir y ponerse a su servicio.

De esta manera puede resolver el acuciante problema de ir asaltando por sorpresa enriscados castillos y saqueando pueblos oscuros para mantener y pagar a su mesnada, sin detenerse mucho tiempo en un lugar, so pena de esquilmarlo y pasar hambre. Ahora va a formar parte de un ejército regular bien organizado y desempeñar un papel dirigente.

Legendaria ida del Cid a Barcelona

Esta exposición tan normal y tan razonada de la primera campaña del Cid a raíz de su destierro, ha sido rechazada y tenida por legendaria, a partir de la batalla campal de Alcocer; en cambio se acepta como hecho histórico una salida directa del Cid, que va de Burgos a Barcelona para ofrecer sus servicios a los condes de Barcelona, Ramón II, Cabeza de estopa, y su hermano Berenguer II. Se asegura que es rechazado despectivamente y que comete, entre otros desafueros, el de herir en la corte condal a un sobrino de Berenguer II y marcharse directamente a Zaragoza, donde sus servicios son mejor aceptados. Esta versión se funda en dos textos; el primero es de la *Historia Roderici* que dice escuetamente: "El Cid, saliendo del reino de Castilla, vino a Barcelona, dejando a sus amigos en tristeza. Pero luego vino a Zaragoza, reinando entonces en ella al-Muqtadir".

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 530 b.

El autor de esta *Historia Roderici* escribía en Aragón o en la frontera de Cataluña y por eso dice "vino a Zaragoza"; pero ni ahora ni después, cuando copia la larga carta del conde al Cid; antes de la batalla del Pinar de Tévar, para nada alude a la estancia del Cid en Barcelona ni a las únicas ofensas que le infligió el Cid en la batalla de Almenar, y al botín que le arrancó, así como a los agravios con que ahora le ofende.

Por otra parte, si esa frase ambigua, "dejando a sus amigos en tristeza", es falsa, ya que consta bien explícitamente la compañía con la que salió, es lógico que también lo sea la anterior, "vino a Barcelona", y que por lo tanto el comentario de que fue a ofrecer sus servicios a los Condes de Barcelona, y la afirmación gratuita de que fue rechazado, son un mero comentario moderno. No parece tampoco muy razonable el que, dado el extenso territorio musulmán por el que tenía que pasar para llegar de Burgos a Barcelona, lo cruzase sin dificultad con su mesnada; y si iba sin ella, era ocioso ofrecer su sola persona a quien no la necesitaba para someter a los reyes musulmanes, sus vecinos, si no eran sostenidos por otros contingentes cristianos y mercenarios.

Esta versión tan amañada ha tenido que apoyarse en unos versos del *Cantar*, que al tratar también de la batalla del Pinar de Tévar, tras la advertencia de que "el Conde es muy follón e dixo una vanidat", le hace decir:

Grandes tuertos me tiene myo Cid, el de Bivar
dentro en mi cort tuerto me tovo grand;
Firiome el sobrino e non lo enmendo más.
Agora corren las tierras que en mi enpara están

¹ Se había silenciado en la historia del Cid al Pinar de Tévar hasta que es teatro de la gran derrota del conde Berenguer II, por ser incompatible con la ida a Barcelona.

En este texto, que ya el autor del *Cantar* califica despectivamente, tampoco es posible encontrar una razonable explicación al hecho de que el Cid expulsado de Castilla, se vaya hasta Barcelona a ofrecer sus servicios al conde Berenguer II; y que, en vez de ganarse la protección, que tan necesaria le era de momento, lo ofendiese con varios agravios, el mayor de los cuales debió ser el herir con su espada en rifa o duelo al sobrino del Conde; y si esta conducta es inverosímil, aún es mas increíble que el Conde dejase impune tal agravio y le permitiese irse a Zaragoza, desde la cual le había de hacer una cruel guerra hasta derrotarlo y cautivarlo dos veces.

Este alegato tan débil y tan enigmático queda desvirtuado claramente por la *Crónica del año 1344*, que en la versión portuguesa dice: "feriome meu sobrino en na corte del rey", testimonio pasado por alto hasta ahora y que obliga a trasladar a la corte de Burgos ese altercado con más visos de probabilidad¹. Testimonio que corrobora la *Crónica Particular* al decir: "a grandes tuertos tiene el Cid Ruy Diez de Bivar en lo mío:feriome a mi sobrino en la corte e non me lo quiso enmendar"².

¹ Cfr. *Crónica General de 1344*, t. III, p. 442.

² Cfr. *Crónica particular*, p. 89.

V

EL REINO DE DENIA

1. EL NACIMIENTO

El reinado de Muṣāhid

Contemporáneo del reino de taifas de Valencia y vecino, casi inseparable de él, encontramos al reino de Denia y las Baleares¹, fundado y regido por el mismo Muṣāhid [Campeón de la Guerra Santa], que ya había intentado, al derrumbarse el Califato, establecerse en Valencia a Principios del siglo cuarto de la Hégira [undécimo de nuestra Era] y que acabó por crear y transmitir a su hijo un nuevo reino de taifas en Levante. Son muy inciertas y hasta contradictorias las versiones que nos ofrecen las fuentes árabes sobre su origen y su condición social. Se le hace "fata" Cāmirī del grupo de los "sakāliba" o esclavos comprados o cautivados en el extranjero; y Amari², que se ha ocupado con la mayor autoridad de su origen y de sus empresas, lo cree español e incluso capturado por Almanzor en una de las múltiples campa-

¹ La bibliografía sobre este reino de taifas puede verse en la *Encyclopédie de l'Islam*, en los artículos sobre Muṣāhid (t. III, p. 666; por E. LÉVI-PROVENÇAL); sobre Denia (por C. F. SEYBOLD, t. I, p. 963); y sobre Baleares (por el mismo, t. I, p. 636). T. CROUTHER, sobre Cerdeña (t. III, sub. verbo). *Mochehid, hijo de Yusuf, y Ali, hijo de Mochehid*, por R. CHABÁS, en "Estudios de erudición oriental. Homenaje a D. Francisco Codera" (Zaragoza, 1904), p. 411-434; AMARI, *Storia dei Musulmani di Sicilia*, t. III; y sus traducciones españolas de fuentes árabes publicadas en "El Archivo", t. V.

² Cfr. AMARI, *Storia dei Musulmani di Sicilia*, t. III, p. 4. En ese caso es muy posible que hubiese caído prisionero de muy joven en una de las primeras algaradas de Almanzor, quien lo tomó a su servicio, lo hizo educar brillantemente en el magnífico centro cultural de Córdoba y le evitó el ser castrado.

nias que emprendió desde que fue nombrado Hāyib¹. Debió incluirlo en el grupo de "fatas", elevados por él y por su hijo ʿAbd al-Malik al-Muẓaffar a altos cargos oficiales², y siguió en Córdoba hasta la sublevación de Muḥammad al-Mahdī, que lo expulsó con otros servidores de Almanzor y de sus hijos³, y los obligó a refugiarse en Levante, donde tanta influencia iba a tener su actuación. Se han dado los nombres de su padre Yūsuf y de su abuelo ʿAlī. Se le atribuye también un hermano innominado, a cuyo hijo ʿAbd Allāh confió el gobierno de las Baleares, durante quince años, hasta que el año 428 [1036-7] lo sustituyó con al-Aglab, "mawla" del propio Muḥāhid⁴. Dato incompatible con su origen de esclavo, hecho prisionero de guerra o comprado en el mercado y por lo tanto desconectado de todo lazo familiar anterior. Aún es más sorprendente la afirmación de que su madre cristiana vivía con él; y de que⁵, en medio de su harem tenía una mujer también cristiana, madre de su primogénito y heredero, ʿAlī, que tampoco fue musulmán en sus primeros años de edad; y solamente al ser rescatado, diez años más tarde, se hizo circuncidar y abrazó el Islam.

1 Año 367 (978), en la cuarta de sus incursiones, según AL-ʿUDRĪ (p. 75).

2 Sobre los "sakāliba" (esclavos) y los "mawālī" (libertos), véase LÉVI-PROVENÇAL en *Historia de la España musulmana*, t. III, p. 208-13, y t. V de la traducción española, p. 47-48.

3 En rayab del 399 (fines de marzo del 1009).

4 El fue el que, en nombre de Muḥāhid, atacó continuadamente con sus naves corsarias las costas de Cataluña y la Provenza hasta el año 442 (1052) en que dimitió para hacer la peregrinación a la Meca (Cfr. IBN JALDŪN, t. III, p. 167; ʿINĀN, *Mulūk al-ṭawāif*, p. 192).

5 Según las crónicas italianas (citadas por CHABÁS en su trabajo sobre *Muḥāhid y su hijo ʿAlī*, p. 42 del "Homenaje a Codera"), su mujer cristiana, a la que llamaban reina, fue degollada, aunque, según otras fuentes, se quedó cautiva y no quiso ser redimida por Muḥāhid.

Por otra parte, y en contraste con estos datos tan anormales, sabemos que Muḥāhid fue un sincero musulmán; y que tuvo un harem, en el que nació otro hijo suyo, Ḥasan, musulmán desde su nacimiento, y varias hijas, que se casaron con reyes de taifas y que fueron muy solicitadas por su extraordinaria belleza¹. Descartada la hipótesis de que Muḥāhid hubiese sido primero gobernador de las Baleares nombrado por Almanzor², parece lo más aceptable su paso por Tortosa para llegar a Valencia, donde fue derrocado, de manera imprevista, por los esclavos acequeros³, y acabar por establecerse definitivamente en Denia y regirla durante más de treinta años hasta su muerte en 436 [1044]. La extraña facilidad con que tanto Muḥāhid como los demás reyes de taifas, sobre todo en Levante, se alzan con el poder y son destronados o repuestos en el trono, se debe a la pequeñez y dispersión de los territorios, dejados en completa anarquía, y a la facilidad con que cualquier ambicioso, al disponer de un puñado de hombres de armas, podía independizarse y someter a su tiranía una masa amorfa de musulmanes, incapaces de tener un ideal político y de resistir a un régimen sin base legal⁴.

1 IBN BASSĀM (en su *Ḍajira*, t. I, p. 206) celebra la belleza de sus hijas, todas musulmanas, a las que compara con soles brillantes y con vistosos pavorreales, y que se casaron con cuatro reyes de taifas.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 155-6.

3 Episodio del que nos hemos ocupado ya al tratar de los primeros reyes de taifas instalados en Valencia, (pág. 149 y siguientes).

4 Sobre esta situación de los reyes de taifas ya hemos citado a IBN HAYYĀN al tratar de la entrada de los fatas ʿāmiríes en Levante.

Las primeras acuñaciones monetarias de los taifas

Muḡāhid, adelantándose a los demás reyes de taifas, empezó a acuñar moneda ya en 402 [1011]¹, y tomó además la iniciativa, seguida después tan feamente por al-Muqtaḡid de Sevilla, para proclamar en Denia, antes de emprender la expedición a Cerdeña, un califa que oponer al Sulaymān al-Mustacīn, proclamado por los beréberes, y lo encontró en un miembro de una rama colateral de la dinastía omeya: era un alfaquí que huyó de Córdoba², al asaltarla los beréberes en Ÿumāda II del 405 [noviembre - diciembre del 1014].

¹ Véase sobre su numismática A. VIVES, números 819 a 21, y PRIETO y VIVES, p. 35 y 181.

² ‘Abd Allāh ibn ‘Ubayd Allāh ibn al-Walid, de lejana estirpe omeya, cuyo abuelo llegó de Egipto a España a principios del siglo x (según la *Ÿamharat al-Ansāb* de IBN ḤAZM, p. 106; y la *Sila*, de IBN BASQUWAL, núm. 588, citados por LÉVI-PROVENÇAL, en su *Historia*, t. II, p. 306). Según IBN AL-JAṬĪB, era uno de los alfaquíes más consultados; y Muḡāhid lo hizo proclamar en Denia y las Baleares con el título de al-Muntaṣir billāh (*A‘māl*, p. 252-3).

2. LA EXPEDICION CONTRA LA ISLA DE CERDEÑA¹

La guerra marítima

Es bien extraño que un improvisado rey de taifas, con una base tan inestable, se atreviese a emprender una gran operación de conquista contra una isla cristiana relativamente alejada; y aún es más extraño que un liberto ‘āmīrī de origen cristiano y educado desde su niñez en la Córdoba del siglo de oro de la cultura islámica peninsular, se sintiese atraído por una profesión tan extraña para él, como la guerra marítima, y llegase a ser tenido por el más grande corsario de su época.

Su inteligencia tan precoz y su espíritu emprendedor, que tanto lo distinguieron entre el grupo ambicioso, pero cobarde e incapaz, de los reyes de taifas, le hicieron ver pronto que la situación privilegiada de los puertos de Denia y las Baleares, en los que era tradicional el ejercicio de la piratería, ofrecía a sus ambiciones un campo de acción mucho más brillante y provechoso que las oscuras alternativas de choques con sus rivales vecinos.

Al abandonar los libertos ‘āmīrīes Córdoba y refugiarse en Levante, alejados de los beréberes, sus enemigos natos, no tuvo Muḡāhid tiempo de arraigar en Valencia, como hemos visto; y expulsado de manera tragi-cómica, se trasladó a Denia, en la que logra, sin resistencia, hacerse reconocer por cau-

¹ Hasta ahora han sido Amari y Chabás los dos historiadores que con más amplitud han estudiado esta famosa y fracasada expedición; han acudido tanto a las fuentes árabes recogidas por el primero, como a las fuentes italianas comentadas por el segundo, con manifiesta exageración.

dillo y funda una efímera dinastía, hacia el 402 [1011-12], donde muy pronto le vemos dedicarse a organizar una flota de guerra para emprender el 406 [1016] su famosa y sorprendente expedición contra Cerdeña¹. Tan activo gobernante como buen organizador militar, es quizá el primer rey de taifas, que se lanza a acuñar moneda propia; y que ante la falta de base legal para justificar su elevación al trono, busca en un descolorido omeya, desterrado de la capital, una sombra de justificación para su rápido e inesperado encumbramiento.

Al lado de las acerbas y merecidas críticas con que los estigmatiza Ibn Ḥazm, resaltan los elogios que a Muḡāhid tributa Ibn Ḥayyān², elogios que reproducen Ibn ʿIdāri e Ibn al-Jaṭib en sus obras³.

Lo encomian por su perfecto conocimiento de la prosa y de la poesía árabes, por su dominio de interpretación en los pasajes más difíciles del Alcorán, por su magnífica biblioteca, por los muchos sabios que ornaron su corte y por su acerada crítica de las composiciones que se le ofrecían; pero en cambio no se cita la menor prueba de su ingenio y de su cultura.

Se alaba en cambio, sin razón alguna, por su extraordinario valor, su maestría en la guerra y la rigurosa selección que hacía de los mejores y más valientes soldados para su ejército.

¹ Sin duda creyó que la experiencia corsaria de los marinos de Denia y las Baleares le facilitarían la ocupación de Cerdeña para instalarse en ella, como rey, con su familia y séquito, como lo había hecho en Tortosa y Valencia, sin tener en cuenta el poder marítimo de las repúblicas del Oeste italiano, muy superior, como se demostró, al concentrarse y atacar en la primavera siguiente a sus nominales ciento veinte naves.

² Cfr. IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis*, t. III, fol. 5, todavía inédito.

³ Cfr. IBN ʿIDĀRĪ, *al-Bayān al-muḡrib*, edic. LÉVI-PROVENÇAL, t. III, p. 155; e IBN AL-JAṬĪB, *Aʿmāl al-ʿAlām*, edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 250.

Carácter de Muḡāhid

Sólo dio una prueba de valor y audacia al distinguirse entre todos los reyes de taifas por la energía y decisión con que emprendió la campaña para conquistar la isla de Cerdeña, pero esta acción descabellada y condenada de antemano al fracaso, se debió más que nada al señuelo que le ofrecía la actividad corsaria, con sus grandes golpes, que conocemos a través de testimonios de Ibn Bassām, reproducidos por Ibn ʿIdāri e Ibn al-Jaṭib. M. Amari nos ha dado su traducción al castellano, así: "Fue Muḡāhid el héroe entre los emires de su tiempo, el erudito entre los reyes de su siglo por los conocimientos que adquirió en las ciencias coránicas, cultivadas por él desde su adolescencia, y desde los principios de su carrera hasta la edad madura; las muchas guerras en que se vio envuelto, por tierra y por mar, jamás lo distrajeran de dichos estudios, en los cuales vino a ser modelo de doctrina, único más bien que raro. Juntó o coleccionó también grandes tesoros de antiguas y doctas escrituras; su corte fue más escogida y frecuentada que cualquier otra, porque él honraba la ciencia y el ingenio. Doctos de varias ramas del saber corrieron hacia él desde Córdoba y desde otras grandes ciudades y permanecieron a su lado. Por otra parte, aunque no se le atribuye ser autor de ninguna obra, ni se cita ninguna composición suya, llegó a ser el crítico más rígido que hubo en el mundo, tocante a poesía, el hombre menos accesible a los poetas y el más sospechoso que hubo jamás contra los rapsodas. Cuando iban a recitarle alguna composición, se la desmenuzaba palabra por palabra para encontrar algún defecto en alguna frase o bien un plagio: no se le escapaba una rima que cojease. Mas si te ocurría que salías sano de tales tormentos y llegabas a conseguir su benevolencia, con todo esto no

¹ Cfr. "El Archivo", t. V, p. 93.

llegabas a sacarle un dirhem, ni tenías que pensar en recibir cualquier friolera como regalo". Contra todas estas afirmaciones está el afán que le atribuye al-Šaḡundī de ofrecer mil dinares, una montura y vestidos a Abū Gālib para que le dedicase una obra de filología que éste había escrito¹. Tampoco podemos aceptar los elogios que se hacen en su valor guerrero, y de que nunca se rodeó de caballeros que no fuesen valientes a toda prueba, pues excepto en su mal meditado corso contra Cerdeña, fue uno más de los pérfidos e inconstantes reyes de taifas que intentaban con sus arterias apoderarse de los territorios de sus vecinos.

Como prueba de la inconstancia de su carácter, añade este autor y los que le copian, que apareció bajo dos aspectos distintos, ya como generoso, ya como tacaño; y cambió muchas veces de conducta, unas veces austero; y, otras, disoluto: absorto en los ejercicios de piedad y lleno de escrúpulos, rechaza a veces hasta la sombra de toda mala costumbre, solamente ocupado en adquirir y descifrar viejos pergaminos. Luego, en otras ocasiones, aparece licencioso y violento, no tratando siquiera de ocultar la lascivia ni los vanos antojos; no privarse del vino ni de otras diversiones menos honestas; vivir como ajeno a toda gran empresa y aun a todo deber. Añade por fin esta fuente que todos los reyes de taifas eran así: por eso se limita a dar como "historias" de esta especie todo lo que ha oído correr en boca de todos sobre Muḡāhid².

1 La prueba de que no debió escribir ningún libro la tenemos en la oferta que hizo al gramático Abū Gālib para que le permitiese encabezar con su nombre el conocido libro que aquel había escrito (cita de su *Risāla*, p. 42. Traducción GARCÍA GÓMEZ).

2 La *Daḡira*, de IBN BASSĀM, t. III, todavía inédito (en el que transcribe a IBN HAYYĀN), pasaje que ha sido recogido por AMARI para darlo traducido en el t. V de "El Archivo", p. 92. Véase también *al-Bayān al-mugrib*, t. II, p. 156, edic. LÉVI-PROVENÇAL.

Datos sobre la armada

Ibn al-Jaṭib eleva a ciento veinte el número de las naves, que atribuye a Muḡāhid¹, en las que embarca mil caballos, cifras incontrolables, sin que señalen el número de combatientes ni el de los cárbos o naves auxiliares, que debían transportar las provisiones necesarias para esa campaña, en la que se necesitaban de ocho a diez días para la travesía. No sabemos ni podemos imaginarnos el plan y los fines con que emprendió Muḡāhid esta conquista. No parece que pudiera tener otra finalidad razonable que hacer botín y cautivos para regresar inmediatamente a las Baleares y a Denia, antes de que las escuadras italianas y los habitantes de la isla con los vecinos de Córcega y de la Península apenina hiciesen insostenible la situación para los invasores.

De que este era el único plan prudente y realizable, ofrecían buenas pruebas las muchas razzias y asaltos que desde los tiempos de Mūsā ibn Nuṣayr, en 710², se habían emprendido contra la isla sin más finalidad que la del saqueo, ya que la aspereza del terreno y la obstinada resistencia de los isleños hacían casi imposible su conquista, a pesar de las ven-

1 La actividad corsaria alcanzó grandes proporciones en toda la costa occidental del Mediterráneo en el siglo x, y se construyeron astilleros o atarazanas en Almería, Alicante, Denia y Tortosa para atender, tanto al comercio normal marítimo, como a la piratería. Se ha creído que Muḡāhid prefirió tener la base de operaciones de su escuadra en Mallorca, por creer que las aguas de Denia eran menos sanas para sus barcos. Pero, como anota al-Iḍrīsī, Denia era un puerto muy concurrido y en él funcionaban grandes astilleros, y sus naves comerciales llegan a las regiones más alejadas. Era, además, la base de sus escuadras de guerra (p. 192 del texto y 234 de la traducción). La flota de guerra creada por los Omeyas llegó en tiempos de 'Abd al-Raḥmān III a contar con trescientas unidades.

2 CHABÁS (en el "Homenaje a Codera") copia a Amari al darnos las fechas de esas razzias en 710, 752, 813, 816, 817 y 838 (p. 418).

tajas que desde la costa africana les ofrecía la conquista de la cercana Sicilia. Pero, contra todas estas presunciones y dificultades, Muḡāhid se decidió a ocupar de modo permanente la isla y tras vencer la obstinada resistencia de sus habitantes, fundar una ciudad y construir una gran fortaleza en la que residir con toda su familia.

Estos trabajos ocuparon toda la actividad de Muḡāhid, durante el otoño, el invierno y la primavera del año 406 [1015]. Según las fuentes italianas, después de vencer con grandes estragos a los isleños y de dar muerte a su caudillo, Maloto, aún tuvo tiempo el gran corsario para asaltar a Luni en tierra firme y hacer demostraciones piráticas contra las costas de Pisa y Génova. Las Crónicas italianas exageran en extremo los saqueos y crueldades de los soldados de Muḡāhid a quien llaman Mugetus; y prolongan desmesuradamente sus ataques y asaltos a las costas italianas, así como inventan comunicaciones y regalos simbólicos entre el Papa Benedicto VIII y el rey de Denia y las Baleares.

La única realidad que se desprende del cotejo de las fuentes, tanto árabes como cristianas¹, es que las repúblicas de Pisa y Génova reunieron sus fuerzas navales, ya muy potentes por entonces, y de acuerdo con el Papado se dirigieron a Cerdeña en la primavera-verano del 407 [1016]; y, apoyados por los sardos, derrotaron fácilmente a los invasores, quienes con graves pérdidas regresaron a las Baleares y Denia para renunciar definitivamente a esta clase de conquistas marítimas.

Las fuentes árabes

Las fuentes árabes, según su costumbre, tratan

¹ Citadas y comentadas por CHABÁS, en el "Homenaje a Codera" citado.

de exponer y justificar con pormenores literarios la derrota de Muḡāhid y la pérdida de su escuadra. Alegan que una gran tormenta y la imprevisión náutica de Muḡāhid, al oponerse a la experiencia de su almirante Ibn Ḥarūb y entrar, contra su parecer, en un puerto indeterminado, le hicieron perder la mayoría de sus naves, al sorprenderles un ciclón, precisamente dentro del puerto. Muḡāhid por otra parte, al ver que sus naves naufragaban, una tras otra, lloraba a grandes gritos y soportaba los reproches de su almirante para acabar por poner rumbo a las Baleares con los restos de su escuadra¹.

Por si esta explicación tan absurda no fuese bastante para justificar el desastre, se añade que los soldados de Muḡāhid, cansados de su larga estancia en Cerdeña y en sus aguas, se sublevaron; y como muchos de ellos eran mercenarios cristianos, que se unieron a los indígenas en su resistencia, se impuso a Muḡāhid la necesidad de abandonar la empresa. El historiador egipcio Muḡammad ʿAbd Allāh ʿInān, que, hasta ahora, ha sido el único en estudiar el período de los reinos de taifas en al-Andalus, y cotejar tanto las fuentes árabes como las cristianas, rechaza la versión de que fueron dos las incursiones de Muḡāhid en dos años sucesivos 405-6 y 406-7 o sea 1015-17; y cree con toda razón que la única campaña de Muḡāhid contra Cerdeña duró desde la primavera-verano del 405 [1015] hasta la primavera o verano del 406 [1016] o sea unos ocho meses. Las Crónicas italianas, que se han ocupado de esta campaña con tanta amplitud como fantasía, acumulan escenas y episodios literarios para hacer durar las piraterías de Muḡāhid hasta el año 1050, dieciséis años después de su muerte.

¹ Recurren, como siempre que se trata de una derrota suya, a explicarla por un ciclón, que hizo naufragar a la escuadra, a la impericia de Muḡāhid contra el parecer de su almirante y finalmente a la sublevación de unos supuestos mercenarios y a la impaciencia de sus soldados por regresar a Denia y las Baleares (Cfr. AL-DABBÍ, citado y traducido por M. AMARI, en "El Archivo", t. 5, p. 94).

Para embrollar aún más el desarrollo de esta aventura marítima hay autores como al-Dabbī que la dividen en dos, al hacer que Muḡāhid, apenas desembarcado en Cerdeña y tomadas las medidas necesarias para su rendición y su defensa, regrese a Denia y no vuelva hasta el año siguiente, 407 [1016], con una nueva escuadra¹.

Ibn al-Jaṭīb da la versión más razonable de esta campaña desde el punto de vista musulmán². Confirma la cifra de ciento veinte naves para la escuadra, y de mil para los caballos embarcados. Se limita a asegurar que sometió a pagar parias a varios de los reyes [jefes] de la isla, que, según otra fuente, eran cuatro; extendió su dominio y fundó una ciudad a la que se trasladó con su familia y con su hijo primogénito de siete años, quien aún no había sido circuncidado. Coaligados los reyes de la tierra grande [el Continente] se movilizaron; y al no poder resistirlos, Muḡāhid decidió recurrir a la astucia [sic], y volverse a sus dominios de Denia y Mallorca, pero se le adelantó el enemigo, le cortó el paso y le infligió una terrible derrota, al matar a sus compañeros y a sus soldados en número incalculable. Se apoderaron de su escuadra y se incautaron de su harem con sus mujeres e hijas; unas fueron rescatadas en breve, pero otras tardaron, así como su hijo ^CAlī, que correspondió a la parte del botín del Señor de los alemanes, y sólo, diez años después, pudo ser rescatado. No se salvaron, de toda la escuadra, sino cinco naves y

1 Es claramente errónea la creencia de que Muḡāhid hizo dos campañas contra Cerdeña en años sucesivos, 406 y 407 de la Hégira. CHABÁS, interpretando mal a al-Dabbī, hace retirarse a Muḡāhid de Cerdeña el año 406 (21 de junio del 1015 a 9 de junio del 1016), y cree que vuelve al año siguiente 407 (10 de junio del 1016 a 29 de mayo del 1017). Al-Dabbī sólo dice que la expedición se hizo el año 406 ó 407, sin tener seguridad en la fecha, pero no la hace doble.

2 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 252.

cuatro cárabos; y con manifiesto error añade al final que la escuadra vencida, que sólo salió con mil caballos, contaba al ser derrotada con ocho mil jinetes¹.

No es de creer que, al emprender la campaña contra Cerdeña, se hiciera acompañar por al-Muḡaitī, a quien, como hemos visto, acogió en su corte, al ver la posibilidad de consolidar su situación y crearse un poder más estable e independiente, al proclamar al fugitivo omeya como emir de los creyentes y hacerse el campeón de su legalidad ante el pueblo de Denia. Esta proclamación debió tener lugar en ġumāda II del 405, poco antes de emprenderse la expedición contra Cerdeña, como medida de seguridad, durante su peligrosa ausencia. Al dar este paso, se adelantó a al-Muḡtaḡir de Sevilla y a los demás reyes de taifas, que proclamaron luego al falso Ḥiṣām, el esterero.

Ibn al-Jaṭīb, en su obra repetidamente citada, es la fuente árabe que nos expone con más claridad la breve interferencia de al-Muḡaitī en la primera época del reinado de Muḡāhid. Este delega en él su poder y hace que toda la gente de sus dominios lo reconozca como califa, o sea príncipe de los creyentes; y lo llama además al-Muntaṣir billāh [el vencedor por Dios]; incluye su nombre en la ceca y en las enseñas de su ejército, y lo instala en su palacio, desde principios del año 405 [empezó el día dos de julio del año 1014]. Cuando volvió Muḡāhid derrotado de su campaña de la isla de Cerdeña, lo encontró que se había independizado, atrayéndose a la gente y obrando con poder absoluto. A pesar de todo lo cual, se apresuró a salir a la playa, cuando desembarcó Muḡāhid, quien enterado de lo ocurrido en su ausencia, se enojó con él, le quitó el poder y lo detuvo, así como a sus partidarios, y llegó, al reprenderlo, hasta poner en él sus manos. Al-Muḡaitī se excusó con sus buenas

1 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 257.

intenciones de evitar mayores males; y Muṣāhid se limitó a enviarlo por mar al otro lado del Estrecho y lo desembarcó en Bugía, donde, instalado entre los beréberes como maestro de escuela, ya no levantó cabeza y acabó por morir¹.

Ibn al-Jaṭīb con un retraso de tres siglos y medio es el que más informes nos suministra. Asegura que la escuadra de Muṣāhid se componía de ciento veinte naves con una dotación de mil jinetes, y le atribuye la conquista de gran parte de la isla y la sumisión a parias de varios de sus reyes². Funda una gran ciudad, que se dedica con afán a edificar y a la que se traslada con su familia y con su hijo, después de saqueos y cautiverios incontables, que hicieron abaratare en su tiempo la venta de los cautivos y bajar los precios del mercado. Nada dice de los ataques corsarios a la costa occidental de Italia y se limita a informarnos que cuando Muṣāhid supo que se concertaron los reyes del continente y se movilizaron, al ver que no podría resistirlos, se decidió a recurrir a una hānagaza [sic] que sólo consistió en huir y retirarse a su reino de Denia y las Baleares, pero se le adelantó el enemigo y le cortó la retirada, infligiéndole una derrota sangrienta, en la que le causó innumerables muertos, se apoderó de su escuadra y la destruyó, cautivando a toda su familia, que debía estar en tierra. Vuelve esta fuente a repetir que la escuadra de Muṣāhid se componía de ciento veinte navíos y a continuación añade, sin el menor reparo, que al saquear Cerdeña, contaba ya con ocho mil jinetes, cifra igualmente inaceptable sin aumentar el número de las naves.

En manifiesta discrepancia con esta información, otro autor, ad-Dabbī, anterior a Ibn al-Jaṭīb en dos siglos, pero posterior en más de un siglo a los he-

1 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-'Alām*, p. 253.

2 Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-'Alām*, p. 252.

chos que narra¹ afirma con Ibn Ḥayyān, que Muṣāhid era erudito y amante de los sabios e incluso intrépido; y que se hizo señor de Denia, al huir de Córdoba, cuando se extinguió el poder de la dinastía de Almanzor. Duda este autor si el asalto a Cerdeña fue el año 406 ó el 407 [1016 ó 1017]. Afirma también que tomó la mayor parte de la isla y de sus fortalezas; y añade luego por su cuenta, que se le rebeló parte de su milicia, sin especificar quiénes la componían, y si eran mercenarios cristianos, que se pasaron al enemigo; todo lo cual movió a Muṣāhid a abandonar Cerdeña para aniquilar a la facción adversa, sublevada contra él. Alusión indeterminada al pronunciamiento de al-Mucaiti. Entonces le salen al encuentro los cristianos [sin especificar quiénes son], y le quitan la mayor parte de sus naves. Acepta luego esta fuente otra versión al decir que Muṣāhid entró con su armada en cierto puerto, contra el parecer de su almirante Abū Harūb, para afirmar luego contradictoriamente que, cuando se dirigía a ese puerto, en el que ya había entrado [sic], se levantó de repente un vendaval, que arrojó sobre la costa una tras otra las naves de los musulmanes, de modo que los cristianos no tuvieron otro trabajo que coger a los nuestros para cautivarlos o matarlos.

Así se camufla la batalla naval y la derrota de Muṣāhid, a quien, después de calificarlo al principio por su intrepidez, nos lo ofrece ahora llorando en su impotencia contra la tempestad y mereciendo los reproches de su almirante, a quien no quiso escuchar, demostrando, así, una vez más, su incapacidad como experto marino y formidable corsario.

Finalmente Ibn Jaldūn² se ocupa también, aunque

1 Cfr. "El Archivo", t. V, p. 94.

2 Cfr. IBN JALDŪN (t. IV, p. 167) e 'INĀN afirman que Muṣāhid, por creer que las aguas del puerto de Denia no eran buenas para estacionar en ellas los barcos de guerra, los trasladó a Mallorca, siendo así que el

muy escuetamente y con evidentes errores cronológicos, de la vida y los hechos de Muṣāhid. Reconoce que fue un liberto de la dinastía de Almanzor, a quien éste hizo educar, como a sus demás fatas y libertos en Córdoba con gran provecho. Huyó de la capital, al ser muerto el Califa al-Mahdī el año 400 [1009-10], retrasa con manifiesto error su entronización en Denia hasta el 413 [abril del 1022 a marzo del 1023]. De pasada, advierte escuetamente que ya antes había ido con su armada a Cerdeña y la había tomado, pero que los cristianos lo habían rechazado y habían cautivado a su hijo. Anota que posteriormente se envolvió en guerras con Jayrān, señor de Murcia y Almería, y con ^cAbd al-^cAzīz de Valencia¹.

Las fuentes italianas

Si exageradas e incoherentes son las fuentes árabes de este episodio, no lo son menos las italianas, quienes, a la pasión patriótica que ponen en esta victoriosa empresa, añaden el desconocimiento casi total de los textos árabes y de su interpretación. Sólo sus crónicas mencionan las demostraciones contra las costas italianas y el saqueo de Luni, sin puntualizar si fue antes o después del asalto a Cerdeña. Pisa y Génova, al sentirse atacadas, pactan una alianza alas órdenes del Papa Benedicto VIII; y, para confirmarlo, alegan el pintoresco episodio del regalo de un saco de castañas que Muṣāhid envía al Papa, después de saquear a Luni, anunciándole que volvería

Idrīsī desmiente esa absurda suposición, al asegurar que son muchos los navíos que la frecuentan, que tiene unos arsenales y que sus barcos navegan a las partes más lejanas de Oriente. Es, además, la base de donde parten los navíos en tiempo de guerra (edición Dozy y DE GOEJE, p. 192 del texto y 233 de la traducción).

¹ Cfr. IBN JALDŪN, IV, p. 164; su traducción en "El Archivo", t. V, p. 95.

con otros tantos hombres de guerra contra la península; al que el Papa contestó, al devolverle el saco lleno de mijo, para indicarle el número aún más crecido de soldados armados de corazas, que saldrían a su encuentro¹.

Se extienden estas Crónicas con el Vernense en exagerar los suplicios con que Muṣāhid torturaba a los sardos cautivos, hasta emparedarlos vivos en los muros del castillo, que construía para resistir a las fuerzas que preparaban los italianos. Aseguran, sin reparar en su incongruencia, que el gran navío, que el Papa armó, llegó a apretar tanto a los invasores que su rey tuvo que huir en una pequeña barquilla². Durante tres días llevaron ventaja los moros, pero, al fin, fueron desechos y pasados al filo de la espada. Añade que la reina fue hecha prisionera, y se atreve a asegurar que su cabeza fue cortada; y no se para en barras al asegurar que su corona de oro y piedras preciosas³ se la quedó el Papa y mandó al Emperador de Alemania mil libras de oro, como su parte en el botín. Todos estos datos y comentarios demuestran ante todo la penosa impresión que el asalto de Cerdeña produjo en toda Italia, pues aún después de muerto Muṣāhid, el año 1050⁴, le hacen volver a la isla, edificar ciudades y ser coronado allí. Pero los Pisanos atacaron al rey, lo cautivaron y dieron toda la tierra y la corona al emperador romano⁵.

¹ Escenas literarias que CHABÁS reproduce en su trabajo sobre *Muṣāhib*.

² Nueva y absurda variante que se ha de añadir a las incoherencias expuestas en el curso de este encuentro naval.

³ En contra de lo que sabemos por las fuentes árabes.

⁴ O sea cuatro años después de su muerte.

⁵ M. Amari ha puesto de relieve la contradicción entre las fantasías de los cronistas italianos y las fuentes árabes, sobre todo al tratar del fracaso naval de Muṣāhid ante las escuadras de Pisa y Génova.

¿Muḡāhid, corsario?

Se ha calificado a Muḡāhid, a propuesta de Dozy, como el mayor corsario de su época¹. Pero tras el desastre de Cerdeña, ya no se vuelve a hablar de sus proezas marinas; y si todavía se citan sus asaltos corsarios en las costas de la Provenza y de Cataluña, hay que atribuirlos al tradicional corso ejercido por sus súbditos de las islas Baleares.

Por ser tan difusas y en varios aspectos contradictorias las versiones, que de la conquista de Cerdeña y de la derrota de la escuadra de Muḡāhid nos dan tanto las fuentes árabes como las cristianas, que no son coetáneas de los sucesos, recurren unas y otras a repetir con más o menos veracidad los textos de que se hacen eco. Autores, entre los musulmanes, como Ibn Ḥayyān e Ibn Ḥazm merecerían más crédito por ser coetáneos, pero no se han ocupado de este episodio tan importante en la vida de Muḡāhid.

1 Cfr. Dozy, *Historia*, tercera edic., t. III, p. 2.

3. SU INTERVENCION EN LAS LUCHAS CIVILES

Muḡāhid, rey en Valencia

Repuesto Muḡāhid de sus quebrantos guerreros, no tardó en tomar parte en los quiméricos proyectos de sus colegas, los libertos ^cāmīrīes, para restaurar el califato omeya. En 408 [1017] convenían todos los fatas y mawlas levantinos en proclamar al omeya al-Murṭada¹, bisnieto de ^cAbd al-Raḡmān III, y destituir al beréber ^cAlī ibn Ḥammūd.

Vivía este pretendiente en Valencia; y Muḡāhid, de acuerdo con Jayrān de Almería, Muḡdir de Zaragoza y los reyezuelos de Tortosa, Albarracín y Alpuente, convinieron aparentemente en proclamarlo para hacerle luego la más vergonzosa traición. Reunieron sus fuerzas en Játiva, y, después de dejarse derrotar ante Granada, lo mataron alevosamente en Guadix.

Ese mismo año moría Mubārak, el rey acequero de Valencia en accidente, como hemos visto², al tratar de Valencia, en ḡū-l-ḡiḡḡa [mayo del 1018], y era llamado otro fata, Labīb, señor de Tortosa, para hacerse cargo del poder y compartirlo con Muḡāhid, como si se tratase de una "res nulus". Se hizo, como hemos visto, la jutba o predicación oficial a nombre de los dos, pero al darse cuenta los valencianos de que Labīb era un protegido del conde de Barcelona, le obligaron a huir; y Muḡāhid pudo reinar nominalmente durante dos años en Va-

1 Episodio del que hemos tratado ya, p. 180. Véase también LÉVI-PROVENÇAL, *Historia de la España Musulmana*, t. II, p. 328; ^cINĀN, *Mulūk al-tawāif*, p. 191.

2 Ver nuestra página 153.

lencia¹, unida a Denia, hasta que el año 411 [1020] convinieron los fatas ^Cāmirīes en dar mejor base legal al emirato de Valencia, proclamando definitivamente a ^CAbd al-^CAzīz, nieto de su patrón, Almanzor, como rey de Valencia. Muḡahid tuvo que acomodarse a este acuerdo² y entablar buenas relaciones con el nuevo soberano, pero, dado su carácter voluble y ambicioso, pronto se enemistó con ^CAbd al-^CAzīz para entrar al año siguiente 412 [1021] en guerra con el pérfido Jayrān, señor de Almería, y tratar de extender sus posesiones por la zona de Murcia.

Dada la superioridad que su situación marítima le ofrecía, bloqueó por mar las costas de su ocasional enemigo; campaña ignorada hasta ahora y que sólo conocemos por la alusión desapercibida que a ella hizo Ibn Ḥazm, mientras por esas fechas redactaba en Játiva su famoso libro *El collar de la Paloma*³. No conocemos ni la duración ni la importancia de esta guerra y bloqueo naval. El hecho es que no tuvo consecuencias, ni cambios territoriales, y que pronto debieron hacerse las paces, pues en 417 [1026] se ponen de acuerdo los dos y reclutan un ejército, con el que se encaminan a Córdoba para expulsar de ella al visir Abū Ya^Cfar Aḥmad ibn Mūsā, lugarteniente del califa beréber Yaḥya' ibn Ḥammūd⁴. Pero sus habituales recelos y discrepancias no les permitieron ponerse de acuerdo, al tratar de dar un

1 Sin que tengamos noticia de sus actividades en estos dos años.

2 Según hemos expuesto ya, al tratar de su elevación al trono.

3 Véase su traducción por GARCÍA GÓMEZ (p. 217). Con motivo de esta guerra quedaron interceptados los caminos y cortadas las rutas e incluso el mar vigilado por la escuadra.

4 El nuevo califa, que no mostraba ninguna prisa por ir a Córdoba para tomar posesión del trono. Sevilla, Granada, Jaén y todo el Levante se desinteresaron por completo de la suerte de la capital del califato, que había absorbido la historia de toda la España musulmana, y que pasó a ser la cabeza de una provincia de mediana importancia.

gobierno estable a la capital; y Jayrān se retiró el 30 de rabī^C II del 417 [19 de junio del 1026] a Almería; Muḡahid no tardó en hacer lo mismo, para volver a Denia y dejar a Córdoba sumida en la anarquía.

Actuación en tierras alicantinas

Pocas y confusas son las noticias históricas que las fuentes árabes nos ofrecen sobre su actividad política en los veinte años siguientes hasta el 436 [1044-5] en que termina su reinado. Zuhayr era el lugarteniente de Jayrān en Murcia y, al trasladarse a Almería para sucederle en 419 [1028], temió que Muḡahid se apoderase de ella, ya que había invadido la zona de Lorca y cautivado a su arraez Ibn Ṭāhir¹, que era muy rico y pagó un elevado rescate para verse libre y volver a Lorca. Como ^CĀmir, el jefe de la otra gran familia de los Banū Jaṭṭāb², era partidario de entregar el poder a Muḡahid, se lo llevó Zuhayr a Almería, y dejó por lugarteniente suyo en Tuḡmīr a Ibn Ṭāhir, sin que se le opusiese resistencia.

Pero el año 429 [1038], al ser muerto Zuhayr en su campaña contra Granada, las ambiciones de Muḡahid y de ^CAbd al-^CAzīz encontraron campo abierto, y cada uno se apoderó de la zona más próxima a sus dominios; y así Muḡahid, que debía ser dueño de Alicante, ocupó a Orihuela y Elche; y ^CAbd al-^CAzīz, a Murcia y Lorca. Aḥmad ibn Ṭāhir, que fue durante muchos años el personaje más importante y respetado de Murcia, se mantuvo en las mejores relaciones, con ^CAbd al-^CAzīz y con su hijo ^CAbd al-Malik, pero dentro de una relativa independencia, ya que se ne-

1 Véase lo expuesto, según AL-^CUḡRĪ (p. 16) y la biografía de Aḥmad y de su hijo Muḡammad ibn Ṭāhir en la *Hulla* (edic. DOZY, p. 186).

2 De los que nos hemos ocupado ya, p. 92 y siguientes.

gaba a cumplir las órdenes que no le convenían, aceptaba las tropas que le enviaban, pero las separaba de las propias y pagaba un tributo voluntario sin que se pudiera imponérselo por la fuerza, ya que contaba con la adhesión y obediencia de su pueblo, y su administración era tan provechosa para sus compatriotas como para él mismo, pues llegó a ser dueño de la mitad del país. Murió al acercarse a los noventa años, y su hijo Muḥammad¹ siguió su camino, y mereció el más encendido elogio de Ibn Ḥayyān, a pesar de haber alabado tan abiertamente a sus rivales los Banū Jaṭṭāb y de haberles consagrado un libro en su elogio.

La animosidad que Muḥāhid sentía contra ^cAbd al-^cAzīz, se exacerbó, cuando vio que Zuhayr sometía y le entregaba Játiva, vuelta a sublevarse; y aún fue mayor su indignación, cuando todo el reino de Almería pasó espontáneamente a ser una provincia más del reino de Valencia, el año 433 [1041-42], y fue ^cAbd al-^cAzīz a tomar posesión pacífica de ella. Los castillos de Játiva, Lorca y Jódar, siempre dispuestos a rebelarse, tanto contra Valencia, como contra Almería, alentados por Muḥāhid volvieron a sublevarse y obligaron a ^cAbd al-^cAzīz a regresar precipitadamente de Almería. Ya hemos tratado de esta campaña, al exponer el reinado de ^cAbd al-^cAzīz y comentar la única versión a todas luces absurda, que de ella nos da el fragmento de una crónica anónima publicado por Lévi-Provençal².

El final del reinado de Muḥāhid

Los tres años que aún reinó Muḥāhid, después de ver que Almería se independizaba bajo la dinastía de

¹ Datos tomados de su biografía en IBN AL-ABBĀR, *Ḥulla*, p. 186.

² En su edición de *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 302.

los Banū Ṣumādih¹, los pasó en paz con sus vecinos y debió dedicarse al estudio y a mantener sesiones literarias, que, en las alternativas de rigor y de generosidad con los sabios que le rodeaban, corrían parejas con los excesos de piedad y de desenfreno moral que caracterizaron su vida, hasta que murió el año 436 [1044-5].

Sus extraordinarias cualidades, que tanto le distinguieron entre los reyes de Taifas y su gesta, tanto guerrera como literaria, han sido descritas con apologética brillantez por Ibn Ḥayyān, a quien copia Ibn Ḥazm y que confirma al-Dabbī en su tratado². No se puede, por lo tanto, dudar de su capacidad intelectual y del refinamiento con que llegó a dominar y criticar la espléndida cultura literaria de su época, aunque no nos haya dejado pruebas escritas suyas de esta capacidad, como tampoco la tenemos de su valor personal, ni de que jamás se rodeó de caballeros que no fuesen seleccionados a toda prueba, ya que él personalmente se limitó a emprender con toda su familia la malograda expedición a Cerdeña, convencido de que le iba a ser tan fácil como la toma de poder en Denia y las Baleares, y en adelante se limitó, durante su largo reinado a seguir y aprovechar las vacilaciones y alternativas que la incorporación de la zona de Murcia, una vez muerto Zuhayr, ofrecía a las ambiciones tanto suyas como de ^cAbd al-^cAzīz.

¹ Nueva versión de AL-^cUDRĪ, p. 84, que exponemos al tratar de los hechos del rey de Valencia ^cAbd al-^cAzīz, p. 175.

² Según la traducción de AMARĪ, en el tomo V de "El Archivo".

4. [°]ALĪ IBN MU[°]ĀHID, SEGUNDO REY DE TAIFAS EN DENIA Y LAS BALEARES¹

La herencia de Mu[°]āhid

Sólo dos hijos varones tuvo Mu[°]āhid; el primero, [°]Alī, antes de salir de Córdoba, hacia el año 400 [1009]; y el segundo, Ḥasan, después de regresar de Cerdeña. Como el primogénito iba aún a tardar, por lo menos diez años, en ser rescatado, y se había educado en país cristiano, Mu[°]āhid declaró heredero y sucesor suyo a Ḥasan, todavía menor de edad. Tuvo también, como hemos visto, varias hijas, que redimidas muy pronto, se distinguieron por su extraordinaria belleza y se casaron, una con el rey de Sevilla, al-Mu[°]tadid; otra, con al-Muqtadir de Zaragoza; una tercera, con [°]Abd al-Malik de Valencia; y la cuarta, con Ibn Ṣumādih de Almería. Las encuentra Ibn Ḥayyān más hermosas que soles y más espléndidas que pavos reales², y por tanto no es de extrañar que todos los reyes de taifas fueran sus pretendientes; y que Mu[°]āhid se sirviese de ellas, más que de sus fuerzas militares, para entablar lazos familiares; y, sobre todo, para enterarse de los planes y manejos de estos nuevos e inseguros parientes, que, a pesar de todo, sólo le sirvieron a su hijo, [°]Alī, para verse traicionado y desposeído del trono³.

1 Su biografía en IBN AL-JAṬĪB, *A[°]māl al-A[°]lām*, p. 253 y sigs.

2 Cfr. IBN HAYYĀN, *Ḍajīra*, t. 18, parte IV, p. 206.

3 Primero por su cuñado de Sevilla y después por su otro cuñado, al-Muqtadir de Zaragoza.

La proclamación de [°]Alī

Cuando Mu[°]āhid pudo rescatar a su hijo primogénito, que abrazó el Islam y que, al dejarse circuncidar, sufrió una grave infección, lo declaró su heredero y señaló un puesto secundario al menor, Ḥasan, quien, al morir su padre, altamente resentido por verse relegado, se dirigió a Sevilla y tramó con el concurso de su cuñado, al-Mu[°]tadid un complot para asesinar a [°]Alī y sustituirlo en el trono. Regresó a Denia en compañía de un sicario, que le ofreció al-Mu[°]tadid, tan perito en esta clase de alvosías; aparentaron Ḥasan y su cómplice la mayor oficiosidad en el servicio de [°]Alī; y un viernes le acompañaron a la mezquita al-jama para asistir a la oración ritual. Como [°]Alī, después de esa ceremonia, tenía la costumbre de bajar a la playa para solazarse, al regresar a la ciudad y cruzar uno de los callejones [zuqāq] típicos de las ciudades islámicas amuralladas, Ḥasan, que iba detrás de [°]Alī, rodeados los dos por su séquito, se lanzó sobre su hermano, puñal en mano, y lo hirió, pero [°]Alī desvió con el brazo el golpe; y entonces el mancebo sevillano que les acompañaba, blandió sulanza y trató de completar el atentado, pero al enderezar el arma, la hizo tropezar con la pared y desviarse. La escolta de [°]Alī, mató en el acto al agresor sevillano; y Ḥasan en el tumulto, que se originó, pudo espolear a su caballo y salir de la ciudad impunemente para ir a refugiarse en Valencia, al lado de otra hermana suya, la casada con [°]Abd al-Malik; y en su corte vivió oscurecido hasta que murió en fecha ignorada, sin que [°]Alī protestase ni quisiera vengarse, al sanar de sus heridas¹.

1 Episodio que no alcanzó a conocer Chabás en su monografía, por no disponer de traducción del pasaje de IBN AL-JAṬĪB (p. 254 del *A[°]māl al-A[°]lām*).

Menos ambicioso y emprendedor que su padre, mantuvo buenas relaciones, no sólo con los reyes de taifas, sus vecinos, sino también con el rey de Castilla, a imitación de al-Ma'mūn de Toledo y con el conde de Barcelona, aunque sin pagar parias¹.

Pocas, o mejor dicho, ninguna empresa bélica se atrevió a emprender el indolente [°]Alī ibn Muḡāhid durante todo su reinado, y por eso las fuentes árabes ponderan, como un trascendental acto suyo el acceder a la petición que el califa fatimí de Egipto, al-Mustanṣir billāh le hizo, al declararse la peste y el hambre en su país y pedirle socorro el año 477 [1055]; [°]Alī se apresuró a enviarle una nave grande cargada de víveres con una expresiva carta redactada por el visir Abū-lAṣḡag ibn Arqam. El califa, agradecido, devolvió la nave con grandes presentes, para pagar espléndidamente en oro, dinero y joyas los socorros recibidos². Ahora bien, hay que limitar mucho la importancia de este donativo, ya que una sola nave, en aquella época, por grande que fuese, no podía llevar víveres bastantes para aplacar el hambre de todo el país egipcio, y debió reducirse a remediar de momento las necesidades del califa y, si acaso, de su séquito inmediato, que debía ser muy numeroso. Denia tenía fama de rica y bien poblada, y en su feraz término crecían en abundancia las higueras, las vides y los almendros, que además de los cereales, formarían el cargamento enviado a Egipto³.

Las fuentes árabes ponderan la política de tolerancia y comprensión seguida por [°]Alī ibn Muḡāhid con los cristianos de su reino, debida a los azares de

¹ IBN JALDŪN, parte IV, p. 165.

² Hecho sobre el que nos informa también IBN AL-JAṬĪB (p. 254 de su *A'māl al-A'lām*), y que tampoco conoció Chabás en su monografía por no disponer de su traducción.

³ Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 254. Tampoco es recogido en el trabajo de Chabás.

انفردوا بفعله از شانه ملجس و منجس
وعند العرب عير الله ومثلهم بن محمد بن علي بن ابي طالب
ايده الله على انه اجاب غلبت الاسقف ببرشلونة الى ان يكون كورا
في خطب النصارى في بيعهم جميع اعماله وهو ما انخذلنا الخ
على وذكروا في شوال سنة تسع واربعين واربع مائة عبد الله بن محمد بن علي
وعند العرب عير الله ومثلهم بن محمد بن علي بن ابي طالب
وعبد الله بن محمد بن علي بن ابي طالب
وعبد الله بن محمد بن علي بن ابي طالب

انفذ هذا ويعمل به ان شاء الله مير محمد بن علي ومير مجاهد
بن علي وعبد العزيز بن عبد الله وهشام بن محمد بن زيان اشهدوا اقبال
الدولة ايده الله على انه اجاب غلبت الاسقف ببرشلونة الى ان
يكون مذكورا في خطب النصارى في بيعهم جميع اعماله وهو
ما انعقد بالخط الاعلى وذلك في شوال سنة تسع واربعين واربع مائة
عبد الله بن محمد بن احمد وعبد العزيز بن محمد بن ابراهيم النعمري
ومحمد بن مسلم بن مقبل وعلام مولى الموفق واحمد بن خلف
المعافري وسامة مولى الموفق رحمه الله

su vida y sobre todo a su prolongado cautiverio en el que siguió practicando el cristianismo, antes de aceptar el Islam y circuncidarse. Tenemos dos documentos suscritos por él; el primero pone todas las iglesias del reino de Denia y las Baleares bajo la jurisdicción del obispo de Barcelona, quien dispondría el nombramiento de todos los eclesiásticos, que actuaran en esas iglesias. El segundo permite a los cristianos inscritos en los dominios de su reino que, además de citar en las ceremonias de sus iglesias al obispo de Barcelona como autoridad espiritual, se nombre también a ^CAlī, como soberano de todos los súbditos de su reino, sean cristianos o musulmanes¹.

¹ Episodio muy importante, que ha merecido toda la atención del historiador Chabás, cuyos documentos transcribe en facsímil y comenta (p. 426 y sigts. de su citada monografía).

5. LA CAIDA DE DENIA EN PODER DEL REY DE ZARAGOZA

Poca precisión en los textos árabes

Llevaba ^CAlī cerca de treinta años en el trono, usando el título sultánico de Iqbāl al-dawla [Prosperidad del gobierno], cuando el ambicioso Aḥmad al-Muqtadir, rey de Zaragoza, que había ya expulsado de Tortosa al fata ^CĀmirī Muqātil y trataba de destronar a su hermano al-Muẓaffar, rey de Lérida, puso los ojos en los reinos de Valencia y Denia, a raíz de la muerte de al-Ma'mūn de Toledo, ocurrida el 11 de dū-l-qa^Cda del año 468 [junio del 1075], y acabó por incorporar a sus dominios esos dos reinos de taifas.

La compra de Valencia

Llegamos con esto al episodio más importante y menos honroso del gobierno de ^CAlī ibn Muḡāhid, en el que demuestra su incapacidad y cobardía hasta rendirse sin lucha y ser hecho prisionero¹. Son muy oscuras y desconcertantes, tanto la versión como la cronología, que sobre él nos ofrecen las fuentes árabes. Ibn Bassām² es el primero en perturbar las fechas de estos dos sucesos, al afirmar que al-Muqtadir en su deseo de apropiarse nuevos territorios, en cada ocasión que se le presentaba, cometió el error de conquistar a Denia con la que no tenía fronteras y dejar entre ella y Zaragoza a Valencia, que

¹ Hechos estudiados por el Prof. ^CAFIF TURQ en su inédita monografía sobre *El reino de Zaragoza en el siglo XI cristiano (V de la Hégira)*.

² Cfr. IBN BASSĀM, *Dajira*, t. IV, p. 207.

debía ser el eslabón necesario para unir Denia a Tortosa.

Según la misma fuente, al-Muqtadir, para no enemistarse con Alfonso VI y rechazar las acusaciones de sus súbditos, que le acusaban de dejar aislada a su nueva conquista, tuvo la idea de comprar Valencia al rey castellano, que aún no pensaba en ella, por la enorme cantidad de cien mil dinares de oro, y ganarse al mismo tiempo su amistad. El rey de Granada ¹Abd Allāh, en sus *Memorias* incurre en el mismo error de creer que la toma de Denia tuvo una influencia nefasta en el corazón de al-Muqtadir y le inspiró el deseo de apropiarse también de Valencia. Para facilitar esta nueva conquista, da una gran suma de dinero a Alfonso, que éste toma, guardándose bien de garantizar a nadie su cooperación para tomar ninguna ciudad. Prescinde, además de mencionar la entrada de al-Muqtadir en Valencia, ya que el mero hecho de seguir Abū Bakr en el trono de Valencia, aunque nominalmente y como mero lugarteniente, le impide ver en ello una conquista. Todos los demás reyes de taifas de la Península tampoco se inquietan por la toma de Valencia sin que su rey sea destituido o quede prisionero, y en cambio se alarman al ver que Denia era tomada sin lucha en un *mínimum* de tiempo, y para no correr la misma suerte que ²Alī en Denia, se dieron a tomar las medidas necesarias para evitarlo ¹.

La ocupación de Valencia por al-Muqtadir

La importante transacción llevada a cabo con Alfonso VI permitió a al-Muqtadir llevar a cabo sus proyectos y anexionarse pro forma el reino de Valencia, en el que acababa de instalarse Abū Bakr,

¹ IBN ³ĪDĀRĪ (en *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 228) e IBN AL-JATĪB (en su *A'māl al-A'lām*, p. 255) confirman que al-Muqtadir se apoderó de la región de Denia y después cercó a ⁴Alī en su capital.

hijo de ⁵Abd al-⁶Azīz. Al-Muqtadir se presentó ante Valencia, y Abū Bakr, incapaz de oponerse al ejército ⁷hūdī, salió de la ciudad para recibirlo, vestido con el traje de gala, que usaba para acudir a la oración solemne de los viernes, y con tanta diplomacia como humildad le dijo: "estas tierras son tuyas, obra, como quieras y nosotros te obedeceremos como súbditos tuyos" ¹.

Desconocemos la fecha exacta de esta incorporación de Valencia al reino de Zaragoza, pero parece indudable, a pesar de las trabacuentas de las crónicas árabes, que la expedición en son de guerra del ejército de al-Muqtadir contra Denia, sólo pudo hacerse a través de la zona valenciana, y no es posible que al-Muqtadir la atravesase como conquistador sin el consentimiento de Abū Bakr, y que luego se presentase ante Valencia, dispuesto a asaltarla, si no se le rendía incondicionalmente. Como esta fue absoluta y en la forma más galana, no tuvo al-Muqtadir más remedio que dejar a Abu Bakr, como rey de nombre, pero bajo su autoridad suprema, de hecho; y así por mandato suyo tuvo que enviar tropas valencianas al valle del río Jalón para poner coto a las algaradas del Cid, que acabó por ponerse también al servicio de al-Muqtadir.

Ibn Bassām, que nos da la primera versión de la entrega de Denia, nos pinta a ⁸Alī ibn Muḡāhid como un hombre avaro, que sólo se preocupa de cobrar tributos, de hacer negocios, como el de la nave que envió a Egipto, y de acumular riquezas, para dedicarse a los placeres, sin preocuparse de sus soldados y de sus castillos con una cobardía no igualada ni siquiera por los apocados reyes de taifas, sus contemporáneos. Añade esta fuente que para salvar las apariencias de una invasión, pidió al-Muqtadir a ⁹Alī unos castillos fronteros a sus posesiones al sur de Torto-

¹ Según hemos visto (p. 195) al tratar del reinado de Abu Bakr ibn ¹⁰Abd al-¹¹Azīz en Valencia.

مدينة دانية = Medina Denia.

1297.

Dirhem. بدانية

1298.

Dirhem. بدانية سنة خمسة وثلاثين

1299.

Dirhem. بهدينة دانية سنة ستة

1300.

على	مجا
لا اله الا	الامام هشام
الله وحده	امير المؤمنين
لا شريك له	الموید بالله
حسن	حد

I. A. marg. بهدينة
Dirhem (fragmento).

1301.

على	الامام هشام
لا اله الا الله	امير المؤمنين
محمد رسول الله	الموید بالله
حسن	مجاهد

I. A. marg.
Moneda de oro.

Monedas de Muḡāhid de Denia, catalogadas por Vives

sa, petición que implica el hecho de que Valencia se hubiese sometido antes que Denia, si se tenía en cuenta la geografía. A continuación de este desliz, nos pinta un cuadro tan ficticio como exagerado de la cobardía y estupidez con que ^cAlī y sus emisarios tratan de la rendición de Denia, antes de que se vea cercada, y sólo piden para su rey la vida salva y una pensión alimenticia, que su cuñado se apresuró a conceder, al llevarse desterrado a Zaragoza, donde murió¹, aunque otra versión alega que pudo huir y que llegó a cruzar el mar y refugiarse al otro lado del Estrecho entre los Banū Ḥammād de Bugía².

Fecha de la ocupación de Denia

La fecha que se da para la rendición de Denia, aunque sin mucha seguridad, es la del mes de ša^caban del 468 [10 de marzo a 7 de abril del 1076]³. Entre las muchas flaquezas y defectos con que las fuentes árabes van oscurecido su gobierno, al compararlo con el de su padre, no dejan de reconocer su modestia y pureza de conducta, por el hecho de no beber vino ni tratar con los que lo bebían; se interesaba por las ciencias de la ley, imitando de lejos a su padre, y honrando a los alfaquíes.

¹ Una versión más fidedigna y más justificada que la de Ibn Bassam es la que da el emir de Granada ^cAbd Allāh (*Memorias*, p. 42), quien por ser contemporáneo de estos sucesos, asegura que al-Muqtadir se apoderó de Denia, después de la muerte de al-Ma'mūn, al aprovechar la falta de tropas y el amor al dinero de su rey ^cAlī y además nos informa que el visir de ^cAlī, Ibn al-Ruyulo, había dejado a su señor para trasladarse a Zaragoza, donde había animado a Ibn Ḥūd a poner sus miras en Denia; y tanto intrigó con él, que lo decidió a apoderarse de la ciudad por sorpresa, sin dificultad, y apropiarse de sus grandes riquezas, pues el tesoro de esta ciudad era muy considerable (Cfr. AFIF TURQ, p. 163, mecanografiada, de su tesis sobre *El reino de Zaragoza en el siglo XI*).

² Cfr. MUHAMMAD ^cABD ALLA ^cINĀN, en su *Mulūk al-ṭawāif*, p. 200.

³ Según IBN ^cIDĀRĪ e IBN AL-JAṬĪB, se rindió Denia a al-Muqtadir en el año 468 (marzo del 1075); e IBN AL-^cABEĀR puntualiza el mes de ša'abān, que corresponde desde el 10 de marzo al 7 de abril del 1076.

Sirāy al-Dawla, hijo de ʿAlī, cierra la historia de esta dinastía; estaba al frente del castillo de Molina del Segura e intentó recobrar el reino tan cobardemente perdido por su padre. Fue a Barcelona para pedir auxilio al conde Ramón Berenguer II, quien accedió a prestárselo en determinadas condiciones, que ignoramos, y le envió parte de sus fuerzas, con las que logró recobrar algunos castillos, pero al-Muqtadir recurrió al crimen para hacerlo envenenar y hacer aún más triste y efímero el final de este reino y de su dinastía¹.

¹ Cfr. IBN JALDŪN, t. IV, p. 165.

VI

LA TRANSICION ENTRE EL DOMINIO ʿAMIRĪ Y EL CIDIANO

1. LA CAIDA DE TOLEDO Y EL REINADO DE YAIYYA' AL-QĀDIR EN VALENCIA

El último rey'āmirī de Valencia

Se había rendido Toledo el 6 de mayo del 1085¹ y al cabo de un mes, el 6 de junio, moría el rey de Valencia Abū Bakr, hijo segundo de Abd al-^cAzīz, el fundador de la almunia de su nombre. La *Primera Crónica General* que copia y traduce una fuente árabe, dice en su elogio, que gobernó a Valencia cuerda-mente, "pues era muy sesudo; y no se la hubiera dado nunca a aquel flaco de corazón [al-Qādir] et de mal seso et de otras muchas malas costumbres; et con su muerte se amató la candela de Valencia et oscureció y su luz"². Su hijo, ^cUṭmān b. Abī Bakr, sólo reina nueve meses, pues al-Qādir se encaminaba ya a Valencia con un destacamento castellano mandado por Alvar Fáñez "para que si los moros le non quisiesen recibir, que gela ayudase ell a ganar et la entrasen por fuerza o por qualquier pleyto"³. Varios castillos del reino toledano se negaron a abrirle sus puertas, y sólo al llegar a Cuenca, halló buena acogida en su alcaide, Ibn al-Faraṣ, fiel servidor de la dinastía. Al-Qādir, siempre pusilánime, envió a este alcaide por delante para que explorase el estado de ánimo de los valencianos, que habían elevado al trono a ^cUṭmān', cuando murió su padre Abū Bakr. Se decidió pronto Valencia a prescindir de él y se formaron en-

1 Véase LÉVI-PROVENÇAL, *Alphonse VI et la prise de Toledé*, en "Islam d'Occident", p. 199.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 548 a.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 547 b.

4 Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 304; trad. francesa en *Histoire* de DOZY, t. III, reedición de LÉVI-PROVENÇAL, p. 227.

tonces dos bandos, uno a favor del rey de Zaragoza, al-Musta^cin, que se había casado el año anterior con una hija de Abū Bakr; y otro, que se inclinaba por al-Qādir, ya que su abuelo, al-Ma'mūn, había sido de hecho señor de Valencia; y nadie se sentía con fuerzas para mantener a la ciudad bajo la dinastía más legítima de los descendientes de Almanzor.

Al-Qādir se encamina a Valencia

Al-Qādir, animado por los informes favorables de su caído, Ibn al-Faraṣ, salió a principio del 1086 de Cuenca con sus soldados (escasos y desmoralizados) y su séquito de eunucos y mujeres, bajo la protección de Alvar Fáñez y su mesnada.

En medio de la enmarañada trama de intrigas y ambiciones de todos los reyes de taifas que surgieron en Levante, el toledano al-Qādir, nieto de al-Ma'mūn, es el primero en ocuparla, ante el estupor que produjo la caída de Toledo; y no encuentra resistencia en su ocupación, gracias al apoyo bien calculado y nada generoso de Alfonso VI, que veía en al-Qādir el intermediario más fácil y más seguro para apoderarse de Valencia en el momento oportuno. Nacido en un ambiente de magnificencia y pomposa riqueza y criado en la molición del harem, este príncipe, llamado irónicamente al-Qādir [el Potente], que, por morir su padre muy pronto, sucedió a su abuelo al-Ma'mūn el año 1075, dio tales muestras de su impotencia, tanto física como moral¹, que fue el juguete de las intrigas de sus mujeres y eunucos y mereció, por sus arbitrariedades y por su ciega sumisión a Alfon-

1 Sobre el infausto y perverso gobierno de al-Qādir en Toledo, hasta que se vio forzado a entregarlo a Alfonso VI, véase *L'Islam d'Occident*, por LÉVI-PROVENÇAL (p. 123), con los datos inéditos suministrados por IBN BASSĀM (en su *Dajira*, t. IV, p. 116-32), e IBN AL-JATĪB (*A'māl al-A'lām*, p. 207-210).

so VI, el desprecio y el odio de sus súbditos; bien justificados eran este desprecio y este odio, ya que al-Qādir no tarda en convencerse de que era incapaz de oponerse a Alfonso; y al ver que sus súbditos lo abandonaban, se decide a renunciar a Toledo, con tal que su singular aliado le ayude a reconquistar Valencia, cuyo dominio perdió, al morir su abuelo¹. Los cronistas árabes, con el agrio y apasionado Ibn Bas-sām, ponen en la picota a al-Qādir por la cobarde entrega de Toledo, la fortaleza de al-Andalus; y subrayan la indignidad con que pide a su despojador que le ayude a recobrar Valencia. Alfonso no vacila en hacerlo por saber que por esta carrera sería toda "la tierra suya"².

La repulsa valenciana

El Cid y Menéndez Pidal consideran a al-Qādir como el rey legítimo de Valencia; y no ven en su deposición y muerte, decretadas por común acuerdo de sus nuevos y forzados súbditos, más que un regicidio provocado por la ambición del cadí Ibn Ṭahhāf. Las fuentes árabes, en cambio, expresando el sentir unánime de los valencianos, sólo ven en al-Qādir un cobarde, tan débil como celoso, que padece continuas enfermedades³. Por celos del omnipotente visir Ibn al-Ḥadīdī, cuya actuación fue tan provechosa, durante el reinado de al-Ma'mūn, provoca un complot para hacerlo matar y torturar, ante sus ojos, en su salón de recepciones⁴. Expulsado de Toledo ignomi-

1 En junio del 1075.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 548a.

3 Cfr. IBN AL-JATĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 207.

4 Su abuelo tuvo dos visires, Ibn al-Faraṣ, a quien puso al frente de su ejército, e Ibn al-Ḥadīdī, a quien confió los asuntos civiles. Este le procuró la paz interior y la seguridad de su trono, encarcelando a varios personajes, que, descontentos de la política de al-Ma'mūn, conspiraban

niosamente, se somete a Alfonso, a quien entrega su reino, con tal que le ayude a ganar otro, para lo cual mantiene correspondencia con él y le hace muchos regalos. En cambio recurre a todos los excesos del débil, cuando dispone del poder; es un tirano, que impone cargas excesivas a sus nuevos súbditos, para pagar a Alvar Fáñez y su mesnada, contra la voluntad expresa de los valencianos. Provocó innovaciones reprobables e introdujo muchas ilegalidades. Al ver su sumisión y su amistad con Alfonso, temieron que le entregase su nueva capital, como lo había hecho con Toledo. Se reunieron y decidieron matarlo para ponerse bajo el gobierno de su cadí, Ibn ʿYahhāf y proclamarlo rey de Valencia¹.

La carga fiscal, que suponía el mantener a ese destacamento castellano, no parece tan excesiva para una ciudad y una zona tan ricas; y el extremo disgusto con que los valencianos lo soportaban dentro de sus muros, se debía más bien a los excesos en extremo desagradables, a que se entregaban la soldadesca y la hez de la plebe a ellos adscrita. Se exagera mucho, por otra parte, las riquezas que se atribuyen a al-Qādir, como heredades de su abuelo al-Ma'mūn. Ya antes de rendir a Toledo, lo sometió Alfonso a continuas exacciones, le exigió castillos a cuenta de los pagos que no podía hacer; y, al permitirle la marcha a Valencia,

contra él. Ibn al-Ḥadīdī no logró merecer la confianza de al-Qādir y seguir al frente del gobierno; su nuevo soberano, débil y suspicaz, desconfió de él y para anularlo arteramente, puso en libertad a los encarcelados, quienes a sus pies y ante su trono, lo mataron y torturaron. En cambio puso toda su confianza en Ibn al-Faraʿ, alcaide de Cuenca, contra el que no se atrevió a enfrentarse y del que se valió para informarse de la situación de Valencia, preparar su entrada en ella y tenerlo con el alcaide de Murviedro, como el sostén de su tambaleante trono. (Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Islam d'Occident*, p. 123.)

¹ Cfr. IBN ʿĪḍĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, t. III, p. 305.

le prohibió llevarse oro y plata¹. De sus joyas y de su tesoro particular, exagerados por la leyenda, nos ocuparemos más adelante al tratar de su muerte y de la condena del cadí Ibn ʿYahhāf.

No pudo ʿUṭmān reinar en Valencia más que los nueve meses que necesitaron Alfonso, para organizar la vida en su nueva conquista, bajo el gobierno del conde mozárabe, Sisnando², y al-Qādir para preparar su salida hacia Valencia y tomar todas las precauciones, que su desconfianza y su cobardía le sugerían. Ya antes de perder a Toledo, mantenía al-Qādir la esperanza de recobrar a Valencia, perdida a la muerte de su abuelo, al-Ma'mūn; y con anterioridad al casamiento de la hija de Abū Bakr con el príncipe heredero de Zaragoza, envió secretamente desde Albarra-cín a Valencia a su fiel Ibn al-Faraʿ, alcaide de Cuenca, para, con el mayor secreto, estudiar la disposición de ánimo de Abū Bakr, pues temía, y con razón, que no estuviese dispuesto a cedérsela³. Continuó Ibn al-Faraʿ, después de la muerte de Abū Bakr, en Valencia, hospedado en casa de Ibn Lubōn⁴, señor de

¹ Según atestigua el emir ʿAbd Allāh de Granada en sus *Memorias*, publicadas por LÉVI-PROVENÇAL en "Al-Andalus", t. IV, p. 41.

² Véase el doble artículo de E. GARCÍA GÓMEZ y R. MENÉNDEZ PIDAL sobre *El Conde mozárabe Sisnando Davidiz y la política de Alfonso VI con los taifas*, en "Al-Andalus", t. XII, p. 27 a 41.

³ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 548.

⁴ ʿIsa ibn Lubōn, señor de Murviedro y personaje importante en la corte de los Banū ʿAbd al-ʿAzīz, fue visir de Abū Bakr, pero al mismo tiempo, mantenía por medio de Ibn al-Faraʿ, relaciones secretas con al-Qādir; y cuando éste entró en Valencia, logró que le perdonase sus servicios anteriores a Abū Bakr, y que lo hiciese su visir; luego, cuando el Cid llegó ante Valencia, se sometió a pagarle parias, pero para evitarse más complicaciones, cedió su castillo al rey de Albarra-cín. (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 568a.) Su nombre, mitad árabe mitad cristiano, era ʿIsa (equivalente de Jesús) ibn Lubōn (hijo de Lubōn, aumentativo de Lupus, Lobo); y como el árabe no tiene la letra p, fue sustituida por la

Murviedro. Al cerciorarse ambos de que el hijo de Abū Bakr, refido con su hermano menor, era incapaz de poner orden en los bandos que se formaron, vieron por otra parte que los partidarios de entregarse al rey de Zaragoza encontraban la oposición de los partidarios de al-Qādir, que no estaban dispuestos a enfrentarse con Alfonso para que no les ocurriese lo que a Ibn al-Afṭas¹, cuando fue expulsado de Toledo. Recibidos estos informes y ultimados los preparativos de marcha, allá por febrero del 1086, se encaminó al-Qādir hacia Valencia, convencido de que no encontraría resistencia, ya que, además de su séquito y su guardia, llevaba a Alvar Fáñez y su mesnada, "dispuesto, como hemos visto, a que si los moros le non quisiessen recibir, que gela ayudasse ell a ganar et la entrasen por fuerça a por qualquier pleyto"².

Al llegar a Serra, envió un mensaje lleno de bellas promesas y de rendidos propósitos de afecto y buen gobierno para los valencianos, quienes acabaron por convenir en abrirle sus puertas y recibirlo, como su señor, no por los derechos más o menos fundados en la fuerza, que al-Qadir alegase, ni por afecto a su persona, sino por puro miedo "del rey Alfonso et de Alvar Fáñez que enviaba con ell et vinie y". La acogida fue muy humilde con palabras de halago y solaces; y el nuevo rey fue instalado en el Alcázar con gran boato³, rodeado de su harem y de sus servido-

b, dando así Lubūn o Lubōn (el gran Lobo), caso parecido al que luego veremos de Ibn Galdūn o Galbōn.

¹ Que fue proclamado en junio del 1080 (fin del 472) y la abandonó a los diez meses, en abril del 1081 (véase LÉVI-PROVENÇAL, *L'Islam d'Occident*, p. 126).

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 549 a.

³ No conocemos con exactitud el emplazamiento de la mezquita aljama y del palacio real que había ocupado Abd al-ʿAzīz y sus hijos. Debía estar más cerca de la muralla que corría entre las puertas de al-Qantara y de al-Warrāq. El cementerio real debía estar en la Almoína. La

res, mientras los ballesteros y los soldados de su guardia posaban en unas plazas que había entre el Alcázar y la mezquita: Alvar Fáñez con toda su hueste acampó en Ruzafa.

El asedio de Játiva

Muy pronto los valencianos, que veían un ejército cristiano acampado ante sus muros, y que fueron obligados a pagar un pesado impuesto¹ para sufragar los seiscientos dinares diarios de los gastos de ocupación, auguraron mal de su nuevo rey, por cuyo malhadado gobierno se perdería Valencia, como se había perdido Toledo. Comenzó la resistencia en Játiva, cuyo alcaide no quiso presentársele, aunque lo reconoció y se comprometió a pagarle sus rentas. Al-Qādir, irresoluto, recibió dos consejos contradictorios, y eligió el peor. Su visir Ibn al-Faraṣ le propuso aceptar las excusas del alcaide de Játiva y licenciar a Alvar Fáñez y su mesnada, que ya no eran necesarios y que tanto le costaban²; no le hizo caso, pues bien sabía

catedral de don Jaime I y su palacio se levantaron más abajo, cerca de la calle de Zepolella y de la puerta de la Exerea (Šarīʿa), en la que había una mezquita, que luego se transformó en la iglesia parroquial de Santo Tomás.

¹ Las fuentes árabes que han llegado a nuestras manos, son muy poco explícitas en pormenorizar los episodios y las escenas a que dio lugar la entronización de al-Qādir en Valencia. En cambio, la *Primera Crónica General* (p. 549-50), traduciendo a una fuente musulmana, hoy perdida, nos expone, con rasgos tomados de la calle, el humorismo con que, tanto ricos como pobres, comentaban el impuesto de la cebada y los demás grandes pechos que echó en Valencia aquel nieto de Almenón.

² A la insistencia con que las Crónicas musulmanas ponderan las riquezas de al-Qādir hay que contraponer el hecho de que "el rey non tenía tesoro nin auía tantas riquezas de que pudiese cumplir a Alvar Hannez et a sus compaña". (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 559.) Ya antes, al permitirle dirigirse a Valencia, le prohibió llevarse oro y plata, como hemos visto.

que sus nuevos y forzados súbditos lo despreciaban y que su seguridad y su trono dependían de la presencia de sus protectores castellanos. En cambio siguió el consejo del destronado ʿUṭmān y de sus hermanos, los hijos del rey Abū Bakr, y fue a cercar a Játiva.

Al llegar ante ella, en la primavera del 1086, se apoderó fácilmente de sus arrabales, pero su formidable alcazaba y las partes altas de la ciudad se le resistieron. Cuatro meses duró el asedio, o sea, casi todo el verano, y en él se consumieron todas las disponibilidades, incluso las destinadas al sostenimiento de Alvar Fáñez. Al-Qādir embargó los bienes de ʿUṭmān, que tan mal le había aconsejado; se creó con ello nuevos enemigos; y el alcaide de Játiva, al no concedérsele una capitulación, se vio obligado a someterse al rey de Tortosa y Denia al-Hāyib Mundir¹, quien, por sus relaciones con los barceloneses, podía oponer fuerzas catalanas a las de los castellanos. Bastó que éste se presentase ante Játiva con su hueste reforzada con un cuerpo de ballesteros mandados por Guitart, el Romano, para que al-Qādir, espantado, abandonase el cerco² y huyese des-pavorido a refugiarse en Alcira; y de allí corriese a encerrarse tras los muros de Valencia, escarnecido y deshonorado. Alvar Fáñez, ofendido porque no se le pagaba puntualmente, no colaboró en esta desdichada expedición; y los castillos de la región se declararon en rebeldía, e incluso los habitantes de Valencia se

1 Sobre el hāyib, que significa literalmente "el que corre un velo entre el soberano y sus súbditos" y cuya misión principal era la de suplir al príncipe en el ejercicio del poder, véase M. SOBERNHEIM, *Encyclopédie de l'Islam*, t. II, 219.

En al-Andalus equivalía al cargo de Wazīr (visir). Tomaron este título con el valor de soberano, en el siglo XI, otros varios reyes de taifas, como Aḥmad ibn Kāsim, señor de Alpuente, y el rey zirí de Granada Bādīs ibn Ḥabūs. Abū Bakr, hijo de ʿAbd al-ʿAzīz, rey de Valencia, se tituló *visir*, término que en la España de la Edad Media degeneró en *alguacil*.

2 Cfr. *Primera Crónica General* p. 551b.

le indispusieron y prefirieron entregarse a sus vecinos, que intentan cinco veces apoderarse de Valencia; y a los que, encerrado en su bien amurallada capital, no es capaz de rechazar, más que gracias a la protección del Cid. Por eso sus súbditos, cuando recibieron la fuerza simbólica que les enviaba Ibn ʿĀʾiṣa, se sublevaron en masa¹. Durante los seis años y medio que reinó en Valencia², no se le puede atribuir ningún hecho o gesto loable de buen gobierno, y no hay un solo cronista musulmán que le dedique el menor elogio. Ni al Cid ni al mismo Alfonso VI podía merecerles estima alguna; si juraron solemnemente vengarlo, no fue para reivindicar su memoria y sus derechos, sino para encontrar en su asesinato la causa principal de sus ataques al cadí Ibn ʿYahhāf, quien en su odio a la dominación castellana, causó la mayor preocupación al Cid, al llamar a los almorávides y animar a los valencianos a que soportasen estoicamente uno de los más largos y más heroicos asedios, que recuerda la historia de España.

El fracaso de al-Qādir

Mundir, llamado al-Hāyib, se detuvo algunos días en Játiva; al verse dueño de ella y de Denia, su ambición lo impulsó a intentar apoderarse de Valencia y redondear así sus dominios levantinos. Acampó en la explanada de la Šarīʿa, llamada en romance Exedrea³; y recorrió todo el perímetro de sus defensas para estudiar la posibilidad de asaltarlas, pero al ver que al-Qādir con sus caballeros y la guarnición cubría las

1 Como veremos al tratar de la deposición y asesinato del Cadí ibn ʿYahhāf.

2 Desde la primavera del 1086 hasta fines de octubre del 1092.

3 De la que nos hemos ocupado ya, al tratar del perímetro de Valencia en el siglo XI (p. 23).

murallas; y, sobre todo, que Alvar Fáñez estaba apercebido para que no lo sorprendiesen los catalanes, se retiró a Tortosa para volver al año siguiente con los mismos mercenarios catalanes, a los que la *Primera Crónica General* llama franceses¹.

Al-Qādir, al pasar este peligro, se convenció, una vez más, de que sólo podría lograr una colaboración activa del caudillo castellano, pagándole sus atrasos y ofreciendo por añadidura feudos y heredas en su huerta, a él y a sus capitanes²; no encontró otro medio más expeditivo para hacerlo, que imponer nuevas y más impopulares contribuciones y encarcelar a muchos personajes poco adictos, para arrancarle las sumas que necesitaba. Alvar Fáñez, bien pagado, accedió a vengar a al-Qādir, y emprendió una algarada contra Burriana, que obedecía a al-Ḥāyib. La venganza no pudo ser más funesta, según nos lo pintan los cronistas musulmanes: "cuantos malhechores y desesperados había en Valencia se alistaron en sus filas y se hicieron tristemente famosos por sus crueldades y rapiñas. Mataban a los hombres, violaban a las mujeres, y vendían un prisionero musulmán por un jarro de vino; cuando un cautivo no quería o no podía pagar su rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos o hacían que los perros lo despedazasen"³.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 551.

2 Todavía tuvo tiempo Alvar Fáñez de corresponder a estas donaciones y vengar a al-Qādir a fines de ese mismo verano, antes de acudir, llamado por Alfonso VI, a tomar parte en la batalla de Zalaca, que sólo tuvo lugar, ya muy entrado el otoño, el 23 de octubre del 1086. (Véase mi libro *Las Grandes Batallas de la Reconquista*, p. 19 a 82.) Dozy, basándose en una errata gramatical del *Kitāb al-iqtifā'* (citado en *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 22), cree infundadamente que Alvar Fáñez no asistió a la batalla de Zalaca y sólo envió a un lugarteniente suyo.

3 Cuadro trágico que IBN AL-KARDABŪS recarga, una vez más, con su habitual apasionamiento, y que la *Primera Crónica General* reproduce (p. 552 a y b).

La ausencia de Alvar Fáñez

Después de esta feroz represalia por la pérdida de Játiva y el asedio momentáneo de Valencia, Alvar Fáñez tuvo que regresar a Toledo para tomar parte con Alfonso VI en la batalla de Zalaca [23 de octubre del 1086].

El triunfo de los almorávides libró de momento a los valencianos del yugo castellano y les dio unos meses de tranquilidad, pero al-Qādir no pensó siquiera en unirse a los demás reyes de taifas para colaborar con Yūsuf b. Tašfīn en la liberación de al-Andalus ni para reconocer su soberanía, como equivocadamente cree Menéndez Pidal¹; tampoco recibió los refuerzos militares que sin fundamento le atribuyen cronistas tardíos.

El señor de Tortosa ataca a Valencia

Sin embargo, aunque alejado del campo de operaciones de los almorávides y ajeno a la grave conmoción producida por ellos en la Península, gozó poco tiempo de paz en su alcázar valenciano, pues los reyes vecinos, al conocer su pusilanimidad e impotencia y ver que sus propios alcaldes le negaban la obediencia, sólo pensaron en destronarlo y adueñarse de la codiciada ciudad. El primero de ellos fue el reincidente al-Ḥāyib Muḍir, señor de Tortosa y de Denia, que, si el año anterior, después de ganar Játiva, se presentó ante Valencia y no se atrevió a sitiarla

1 Afirmación infundada atribuida a Ibn Bassām, que Dozy recoge en sus *Recherches*, t. II, p. 13. Como también es falsa la afirmación de que Yūsuf, al volver a Marruecos, dejó en la Península 3.000 caballos a las órdenes de Muḥammad ibn al-Ḥaṣṣ, ya que consta por el testimonio del mismo Yūsuf, que aunque los reyes de taifas andaluces se lo pidieron, se negó, alegando que, si estaban unidos, se bastaban para rechazar al enemigo.

en regla, por no enfrentarse con Alvar Fáñez, ahora que éste se había retirado y luchaba con los almorávides en Andalucía, creyó que la situación le era más propicia; reunió sus tropas, tomó otra vez catalanes a sueldo y envió por delante a uno de sus tíos con un destacamento para iniciar el sitio y reunírsele luego con el resto de sus tropas. Al-Qādir, al saberlo, se apresuró a atacar a esa avanzada del ejército de Mundir, pensando que, si la vencía, el grueso de las columnas enemigas se retiraría y renunciaría a sitiarse, pero sus soldados fueron derrotados, y tuvo que encerrarse tras sus murallas y verse cercado para sufrir asaltos cada día. Pronto en su morbosa cobardía no vio más solución que entregar la ciudad y el trono; reunió a su consejo de guerra para acordarlo, pero el ex-rey de Murcia, Ibn Tāhir, refugiado en Valencia, le disuadió de entregarse; le hizo cubrir las almenas de soldados y puso a su disposición las grandes riquezas personales con que contaba¹.

El rey de Zaragoza llamado a intervenir en los asuntos valencianos

Al-Qādir se decidió a resistir, pero a la vez pidió socorro a Alfonso VI y al rey de Zaragoza, Aḥmad al-Mustaʿīn. Alfonso, encomendó al Cid, con quien, después de su derrota en Zalaca, se había reconciliado, la defensa del Este de sus estados.

Los reyes de taifas de la dinastía ḥudī en Zaragoza, que tienen relación con Valencia y con el Cid son: Aḥmad b. Sulaymān b. Ḥūd, llamado al-Muqtadir, que reina desde el 438 [1046] hasta el 475 [1082].

¹ El cerco de Valencia por Mundir empezaría en la primavera del 1087, cuando los cruzados franceses, que habían venido a socorrer a Alfonso VI, se retiraban, después de fracasar en el sitio de Tudela, y no duraría todo un año como quieren la *Primera Crónica General* y la *Crónica Particular*, sino sólo hasta que en ese mismo verano del 1087, llegaron el Cid y Mustaʿīn de Zaragoza a descercarla.

Es el más poderoso e inteligente de esa dinastía; reunió y unificó tras largas y costosas guerras los cuatro reinos, en que su padre, Sulaymān, dividió sus estados para hacer reyes a sus cuatro hijos¹. Perdió y reconquistó a Barbastro, asaltada por los cruzados franceses y se apoderó de Tortosa con la colaboración del infante Sancho, hijo de Ramiro I de Aragón. Durante las guerras civiles entre los tres sucesores de Fernando I, se alió con Sancho García de Navarra y se apoderó de Denia. A continuación intentó comprar Valencia a Alfonso VI, y al presentarse ante sus muros, logra en 1076 que su emir, Abū Bakr, se le someta. Reina aún al-Muqtadir seis años más, y poco antes de morir, logra apoderarse de Lérida; y encarcela en Rueda a su hermano al-Muzaffar, y por fin en sus últimos días, acoge en Zaragoza a Rodrigo Díaz, según hemos visto, al tratar del destierro y de la primera campaña del Cid².

Antes de morir, al-Muqtadir dividió su reino, que tan laboriosamente había unificado, entre sus dos hijos, Yūsuf, que tomó a su vez, el título sultánico de al-Muʿtamin [el que confía en Dios] y Mundir, que se llamó solamente al-Ḥāḍib [el Chambelán]; el primero reinó en Zaragoza y su territorio occidental, mientras el segundo fue señor de Lérida, Tortosa y Denia. Al-Muʿtamin se vale del Cid para luchar contra su hermano Mundir, quien, a su vez, recluta mercenarios catalanes y aragoneses. El episodio más brillante de esta guerra civil es la derrota y prisión del conde de Barcelona ante Almenar, por el Campeador, que es recibido apoteósicamente en Zaragoza³. Muere al-

¹ Véase su biografía en AFİF TURK, *El reino de Zaragoza en el siglo XI*, p. 90; MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 282 y sigts.

² Véase nuestra pág. 201 y siguientes

³ LEVI-PROVENÇAL (en su *Islam d'Occident*, p. 164) cree que entonces fue aclamado el Cid como Sidi (Mío Cid, mi Señor), pero la *Primera Cró-*

Mu'tamin en 1085, poco después de haber casado a su hijo al-Musta'in [el auxiliado por Dios] con la hija del rey de Valencia Abū Bakr b. 'Abd al-'Azīz y logra oficialmente la sumisión de su consuegro. Al-Musta'in sigue luchando contra su tío Mundir, y por fin se aparta del Cid, se alía con el Conde de Barcelona y sufre en adelante los ataques de los aragoneses hasta caer muerto en la batalla de Valtierra¹ el 18 de rayab del 503 [24 de enero del 1110].

Mientras el Cid terminaba su campaña del destierro y llegaba a Zaragoza, Alfonso VI inicia en la primavera del 1083 su conocida expedición contra Sevilla, cuyos alrededores devasta; hace lo mismo sin resistencia en la zona de Medina Sidonia, y llega hasta Tarifa para meter a su caballo en aguas del Estrecho y pronunciar la famosa frase "este es el límite de al-Andalus; yo lo he pisado"².

Esta expedición de castigo contra el reino sevillano se debió al retraso de al-Mu'tamid en el pago de las parias concertadas con Alfonso y a la insolencia con que se las pidió su embajador judío. Son va-

rica General (p. 522b) nos informa que ya cuatro o cinco años antes, al ir a Sevilla, enviado por Alfonso VI, y derrotar al rey de Granada 'Abd Allāh y a los castellanos que con el conde García Ordóñez lo protegían "dallí adelant moros et cristianos llamaron a este Roy Díaz de Vivar, el Cid Campeador".

1 Véase la tesis doctoral de Afif Turk sobre *El reino de Zaragoza en el siglo XI*, p. 273; e Ibn al-Jatīb, *A'māl al-A'lām*, p. 201-2.

2 No se puede afirmar que sea falso este dato, pues nada hay de inverosímil en que Alfonso VI hiciese ese gesto simbólico y pronunciase tal frase, pero quizá no sea todo ello más que una reminiscencia erudita de lo hecho por el primer conquistador de al-Magrib, 'Uqba, quien, al llegar a la orilla del Atlántico, en el sur extremo, se metió en él hasta que el agua llegase al vientre de su caballo y dijo: "oh Señor!, si no es porque el mar me lo impide, continuaría por tierra el camino de Alejandro Magno, defendiendo tu religión y combatiendo a los que reniegan de ti". (Cfr. Ibn 'Idārī, *al-Bayān al-mugrib*, segunda edición, t. I, p. 27).

rias las versiones que los autores árabes nos dan de este incidente. pero lo único verosímil y razonable es que al-Mu'tamid, impresionable y apasionado, como buen poeta, perdió el dominio de sus nervios ante la incorrección orgullosa del judío y dio el paso fatal, que le obligó a romper con Alfonso¹. Consciente de la gravedad de su acción, y previendo sus consecuencias, escribió a Yūsuf ibn Tašfin, pidiéndole socorro y excitándolo a emprender la guerra santa con sus almorávides; y lo mismo hicieron los sabios y la gente de pro de al-Andalus. Yūsuf, que regresó a Marrākuš en septiembre del 1082, después de haber conquistado buena parte de Argelia, recibió en la capital la apremiante llamada de al-Mu'tamid y le contestó: "si Dios me concede ganar a Ceuta, me reuniré con vosotros y me exforzaré en atacar al enemigo con toda mi alma". El reciente poderío y las rápidas conquistas de los almorávides bajo el reinado de Yusuf atrajeron muy pronto la atención de los musulmanes españoles², y debieron hacerles desear, y a la vez temer, su intervención. La iniciativa no correspondió exclusivamente a al-Mu'tamid como algunos admiradores suyos pretenden.

1 La ruptura de al-Mu'tamid con Alfonso y el asesinato del embajador judío debieron ocurrir muy adelantado el año 1082 (véase *Las grandes batallas de la Reconquista* p. 24).

2 El *Rawḍ al-mi'tār* puntualiza que antes de la embajada conjunta de los reyes de Sevilla, Badajoz y Granada, recibía Yūsuf a menudo delegaciones de las ciudades fronterizas, que imploraban su asistencia contra los cristianos (p. 86 del texto y 107 de la trad. francesa).

2. LA POLITICA DE LOS REYES DE TAIFAS

Alfonso VI y la organización de Toledo

Los reyes de taifas, sobre todo los de Levantey la frontera superior de Zaragoza, gracias a su alejamiento del peligro almorávid, se acomodaban a las circunstancias, dejaba pasar los días, y se decían, según el mismo ^CAbd Allāh: "antes que nuestros recursos se agoten y que nuestros súbditos se vean arruinados, como pretenden los cristianos, Allāh nos salvará y hará triunfar a los musulmanes"¹. Nadie preveía cómo podría llegar ese socorro, pero, entre tanto, seguían con todo interés los avances de los saharianos, sin olvidar lo peligroso que era llamarlos en su auxilio. Las ruinas y la desolación sembradas en todo al-Andalus, durante la "fitna" o revolución, que siguió a la caída del Califato, por los turbulentos mercenarios africanos traídos por al-Hakam II y por Almanzor, eran bastante freno contra todo deseo de sacudir por ese medio el yugo cristiano.

Sisnando fue el principal consejero político de Alfonso VI en sus relaciones con los reyes de taifas². Mozárabe de Tentugal, al Oeste de Coimbra, fue capturado por al-Mu^Ctamid, rey de Sevilla, quien lo hizo su privado por las extraordinarias dotes que en él encontró, hasta pasarse al servicio de Fernando I de León. Al confiarle, luego, Alfonso VI el gobier-

¹ Cfr. *Memorias* de ^CABD ALLĀ, en "Al-Andalus", t. III del texto, p. 85; y t. IV, p. 36 de la traducción.

² Véase E. GARCÍA GÓMEZ, *El conde mozárabe Sisnando Davidiz y la política de Alfonso VI con los taifas*, en *Al-Andalus*, t. XII, fasc. I, p. 27-33.

no de la recién conquistada Toledo, trató de hacer más llevaderas las desgracias de los toledanos rendidos, y más tolerable la situación a que habían llegado, pues se mostraba poco exigente y procedía con justicia en sus decisiones, con lo cual se concilió los corazones de la gente de pro y llevó su solicitud hasta la misma plebe¹.

La idea de Sisnando, según Ibn Bassām, era mantener el statu quo en Toledo, por lo menos hasta consolidarse la ocupación. "No has de encontrar", le decía a Alfonso, "otras gentes que la mantengan próspera, ni toparás con un gobernador [^CĀmil], que te obedezca mejor que Ibn Dī-l-Nūn, al-Qādir". Pero Alfonso rehusaba cuanto no fuera persistir en su necia conducta y seguirse deslizando, sogá abajo, de su avidez. Pero en contra de esta norma, que, de momento, parecía razonable y que de ser aceptada contribuiría, a la larga, a incorporar las masas musulmanas de al-Andalus a los crecientes reinos cristianos, tenemos el testimonio del mismo Sisnando, que al entrevistarse diplomáticamente con el rey de Granada ^CAbd Allāh, le expone claramente la idea y los propósitos, tanto suyos como de Alfonso VI y de todos los cristianos reconquistadores².

"Al principio perteneció al-Andalus a los cristianos, hasta el momento en que los árabes los rechazaron a Galicia, la región del país menos favorecida por la naturaleza. Pero ahora, que es posible, desean recobrar lo que les ha sido arrebatado por la fuerza; para que el resultado sea definitivo, hay que debilitarlos y gastarlos con el tiempo: cuando ya no tengáis ni dinero ni soldados, nosotros nos apoderaremos del país sin el menor esfuerzo".

¹ Cfr. IBN BASSĀM, *Dajira*, t. IV, p. 109-132, que reproduce AL-MAQQARĪ, *Analectes*, t. II, p. 748. LÉVI-PROVENÇAL ha tratado el mismo tema en *Islam d'Occident* (p. 111-132) sobre *Alphonse et la prise de Tolède*.

² Cfr. Las *Memorias* de ^CABD ALLĀH, rey zīrī de Granada, en "Al-Andalus", t. III, p. 88 del texto árabe; y t. IV, p. 35-6 de la traducción.

Los almorávides

Ya el *Hulal al-mawšiyya*¹ atribuye a Ibn al-Afṭas, rey de Badajoz, una gestión anterior a 474 [1081] y ^CAbd Allāh, rey de Granada, nos informa en sus *Memorias* que su hermano Tamīm de Málaga, antes de solicitar en común la venida de Yūsuf para hacer la guerra santa, había pedido refuerzos a los almorávides para vencer a su hermano en la guerra que se hacían por el reparto de la herencia de su abuelo.

La política de Alfonso, poco antes de caer Toledo en sus manos era, según palabras del mismo ^CAbd Allāh, rey zirī de Granada, enfrentar a los príncipes musulmanes, unos contra otros, y exigirles continuamente tributos para debilitar sus recursos y agotarlos. "Una vez llegados a ese extremo, no tendrán mas remedio que someterse y entregarse espontáneamente. Eso ha ocurrido en Toledo, que voy a ganar sin fatiga, gracias al empobrecimiento y dispersión de sus habitantes y a la huida de su soberano"².

Nadie pudo oponerse a la gran razzia de Alfonso, pero al-Muṭamid, cada vez estaba más decidido a hacer intervenir a Yūsuf, y, al tener de éste una promesa formal, envió su escuadra a completar por mar el cerco que al-Muṭizz, hijo primogénito de Yūsuf, había puesto a Ceuta por tierra; y la llave del Estrecho fue tomada por asalto en rabī^C II del 476 [18 agosto a 15 septiembre 1083]³. El año 477 [10 de mayo del

1084 a 28 de abril de 1085] lo emplea Alfonso en seguir estrechando el cerco de Toledo, mientras al-Muṭamid se desvela por asegurar y urgir esta intervención y por lograr que los demás reyes de taifas se unan y colaboren en la lucha contra Alfonso.

Este periodo de negociaciones y consultas, que precede al paso de Yūsuf con sus almorávides, ha dado pie al afán retórico y a las disquisiciones filosófico-morales de los cronistas árabes tardíos para redactar una serie de cartas de estilo francamente apócrifo, cuya única finalidad es exaltar el patriotismo musulmán, y poner de relieve la soberbia ciega y cruel de Alfonso VI y de los cristianos¹.

El paso del Estrecho

Cuando Yūsuf, después de bien abastecida y fortificada Algeciras, se dispuso a salir para Sevilla, al-Muṭamid envió a su hijo para recibirlo; y luego salió él, rodeado de los personajes de su corte, y con una escolta de cien caballos. Llegó al campamento de Yūsuf, al galope; y al galope lo recibieron Yūsuf y los suyos. Adelantóse, luego, Yūsuf; y los dos soberanos, separados de sus respectivos séquitos, se entrevistaron a solas, dándose la mano y abrazándose con grandes muestras de afecto².

1 *Al-Hulal al-mawšiyya* es el que más cartas ha inventado o reproducido; comienza por afirmar que el año 474 (1081-2) Ibn al-Afṭas envía una embajada a Yūsuf para pedirle auxilio; y cuando éste se lo promete, se insolenta en una carta a Alfonso VI y se niega a pagar más parias (p. 22 del texto y 47 de mi trad.).

2 De la veracidad de estos pormenores no tenemos más garantía que la que nos ofrecen el *Hulal al-mawšiyya* y el *Rawḍ al-miṭār*, que es bien poca. En la escena del embajador judío se nos presenta a al-Muṭamid y a su pueblo como empobrecidos e incapaces de pagar las parias en buena moneda. Ahora, en cambio, se pondera la magnificencia y amplitud de los regalos que se hacen a Yūsuf y sus almorávides. Se da a los hechos el matiz que la propaganda impone en cada caso.

1 Edición Alouche, p. 22 del texto árabe y 47 de mi traducción.

2 Palabras de Alfonso VI, según ^CABD ALLĀ en sus *Memorias*, publicadas por LÉVI-PROVENÇAL en "Al-Andalus", vol. IV, fasc. I, p. 35 de la traducción.

3 Véase los *Fragments historiques sur les berbères au moyen âge*, p. 56 y sigs., texto árabe publicado por LÉVI-PROVENÇAL, sobre la toma de Ceuta por Yūsuf ibn Tašfin. Según *al-Bayān al-mugrib*, nació en 464 (1072), y debía tener unos 14 años (sic) al asaltar a Ceuta; y 28 al morir, a raíz de la batalla de Zallaqa en 1086.

La cronología del asedio de Zaragoza

Alfonso, entretanto, sitiaba a Zaragoza. No sabemos cuándo empezó a cercarla. La *Primera Crónica General*¹ señala el año 1085; y fiándose de ella y de la fuente árabe indudable en que basa su relato, Menéndez Pidal afirma² que Alfonso llevó su hueste ante Zaragoza hacia los comienzos del 1085; y que al acampar ante ella, juró que no levantaría de allí sus tiendas, sino después de haberla tomado³; la muerte sólo podría estorbarle en su empresa. Pero el mismo Menéndez Pidal⁴ prueba con documentos que Alfonso estaba en Astorga con gran corte de obispos y magnates leoneses y castellanos el 18 de febrero; y el 22 del mismo mes, en Burgos con toda su corte⁵. A principios de mayo, los toledanos negocian la rendición: y el domingo, 25 del mismo mes⁶, hizo Alfonso su entrada solemne en el alcázar, en que, como desterrado, había gozado de la hospitalidad de Alma'mún. En julio del mismo año, o sea a los dos meses escasos de la rendición, se transforma la mezquita mayor en catedral⁷. Alfonso, que andaba

1 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 556b.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 4.ª edic., t. I, p. 300 y nota 2.

3 Cfr. *Kitāb al-iktifā*; en *Loci de Abbadidis* por DOZY, t. II, p. 21.

4 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 300.

5 Véase *Las Grandes Batallas*, p. 36.

6 Esta es la fecha que dan los historiadores modernos de nuestra historia, pero hay que rectificarla ligeramente y adelantarla al 6 del mismo mes y año, o sea el 10 de muharram del 478, según IBN 'ALKAMA, contemporáneo de los sucesos que narra; y que confirman AL-MAQQARI e IBN AL-ABBĀR, citados por LÉVI-PROVENÇAL, en su *Islam d'Occident* (p. 134, nota 27).

7 Las fuentes cristianas atribuyen a la reina Constanza y al arzobispo electo de Toledo la violación del pacto de entrega de la ciudad, para dejar a salvo la palabra del rey, pero Ibn Bassām hace a Alfonso VI el único responsable de esta violación, y pone de manifiesto, una vez más, su altanería y orgullo al traicionar a los reyes de taifas.

por tierras de León, vuelve presuroso de Sahagún a Toledo¹ y arregla el conflicto provocado por esa violación del pacto de rendición², y el 18 de diciembre dota espléndidamente a la catedral.

Así, pues, vemos que Alfonso, durante todo el año 1085 estuvo muy lejos de acampar sobre Zaragoza y de no levantar de allí sus tiendas hasta tomarla o morir. Claro está, que pudo, a veces, ausentarse del campamento, pero, si el cerco hubiese comenzado a principios del 1085, como está comprobado que no levantó el asedio hasta enterarse de que Yūsuf había cruzado el Estrecho con sus almorávides; y no habiendo podido recibir esta noticia hasta julio o agosto de 1086, resultaría que el sitio habría durado año y medio, lo cual, si no es imposible, es harto improbable, pues ninguna fuente hace alusión a tan largo asedio, que no hubiera dejado de llamar la atención de los cronistas musulmanes y cristianos y de ser anotado en los documentos.

Enfrentamiento de musulmanes y cristianos

Alfonso estaba acostumbrado a que los musulmanes españoles fuesen incapaces de oponerle la menor resistencia; sabía que sus tropas, aun luchando uno contra diez, salían siempre vencedoras; y al creer que los almorávides no serían mejores combatientes e ignorar el número de soldados, que reunió la nueva coalición, con la que se iba a enfrentar, no vaciló en lanzarse a invadir el territorio enemigo con las tropas que sacó del sitio de Zaragoza en pleno

1 La realidad, falseada por las Crónicas castellanas, ha sido puesta en claro por las fuentes árabes, que hacen a Alfonso el culpable directo de la violación del pacto.

2 Gracias a la conformidad de los rendidos (según el mismo tendencioso *Kitāb al-iktifā*) que quisieron evitar a Alfonso su compromiso jurado de dar muerte a la reina y al arzobispo por la violación inmediata del pacto.

verano y con los auxiliares que precipitadamente, en dos meses o poco más, pudo allegar y organizar¹. Estaba tan seguro del triunfo y de escarmentar para siempre a los invasores, quitándoles toda veleidad de volver a al-Andalus, que, según el *Rawḍ al-miṭṭār*², avanzó con un cuerpo seleccionado entre sus mejores soldados por el puerto de la Sierra; y, dejando tras sí el resto de sus tropas, se entusiasmó tanto con la bizarría de esos combatientes escogidos, que exclamó: "con estos atacaré yo a los genios [jinn], a los hombres y a los ángeles del cielo"³.

1 Compárese esta premura con las largas negociaciones y los muchos meses que requirieron los preparativos y la marcha del ejército cristiano en la campaña de las Navas de Tolosa.

2 Cfr. AL-ḤIMYARĪ, *Rawḍ al-miṭṭār*, p. 89 del texto árabe y 110 de la traducción francesa de LÉVI-PROVENÇAL. Para confirmar esta falsa afirmación no vacila esta fuente en asegurar que, según los cálculos más bajos, pasaban de cuarenta mil, provistos de adargas, los combatientes seleccionados del grueso del ejército, y que a cada uno le seguían necesariamente uno o dos escuderos o soldados auxiliares.

3 Cfr. AL-ḤIMYARĪ, *Rawḍ al-miṭṭār*, p. 89 del texto y 110 de la traducción.

3. CRISTIANOS Y MUSULMANES ANTE BADAJOZ

La expedición de Yūsuf

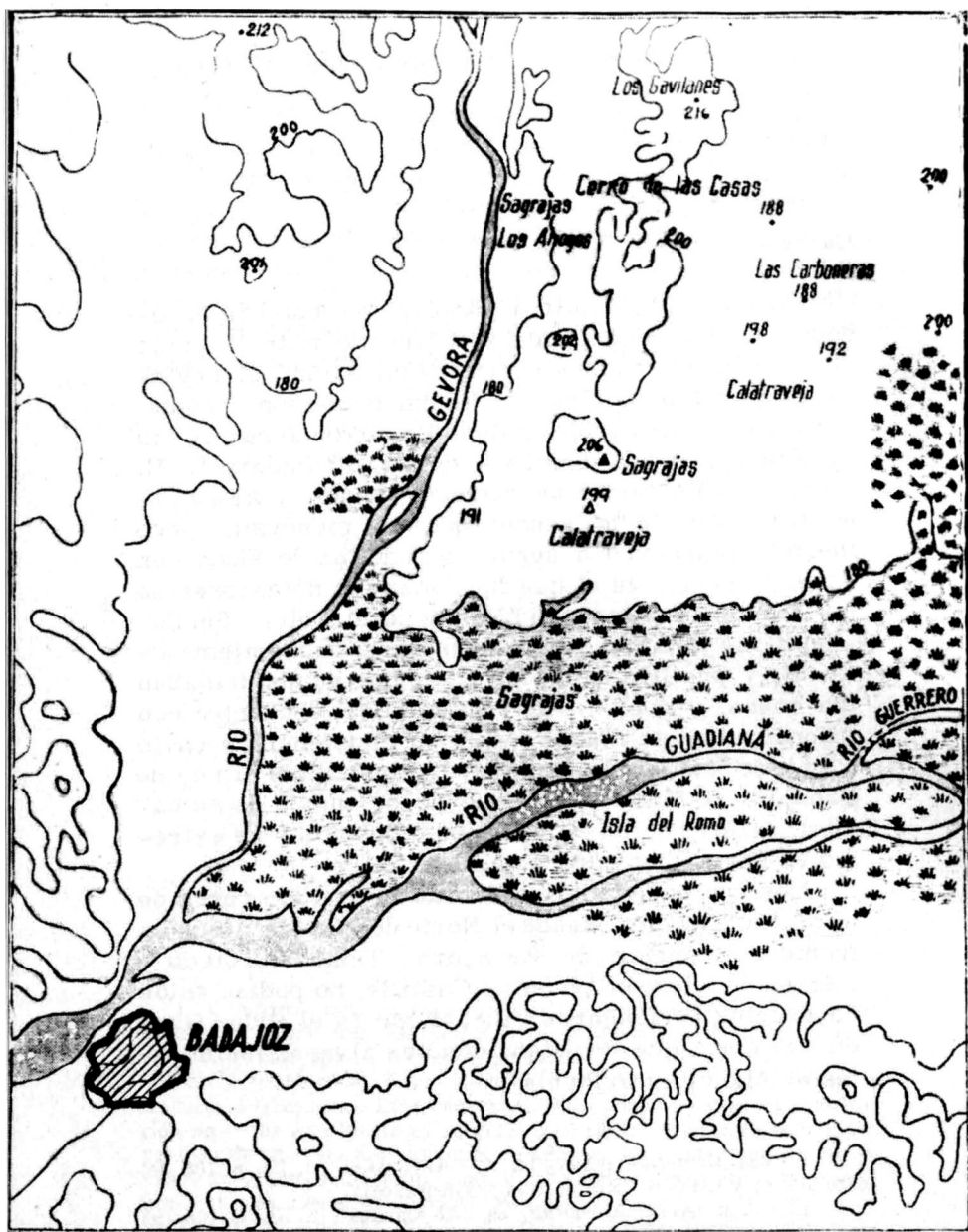
Cuando Yūsuf salió de Sevilla, no iban con él todos los contingentes de los reyes de taifas, como algunos cronistas pretenden. ¹Abd Allāh, el rey de Granada, sólo lo alcanzó, según confesión propia, cuando los almorávides habían llegado a Jérez de los caballeros, o sea bastante cerca de Badajoz¹. El mismo al-Mu^ctamid se retrasó, según el *Rawḍ al-miṭṭār*, por cierto asunto que no menciona, pero luego se apresuró a seguir las huellas de Yūsuf con un contingente, en el que figuraban los defensores de las fronteras y los caudillos de al-Andalus. Ibn Ṣu-māḍih, de Almería, no respondió al llamamiento de Yūsuf, y prefirió aguardar a ver qué rumbo tomaban las cosas, y cuál era el resultado del encuentro con Alfonso; alegó su mucha edad y su impotencia, y envió a su hijo para que lo excusase². Finalmente el rey de Badajoz, al-Mutawakkil, que no se movió de su capital, salió a recibir a los expedicionarios y se extremó en aprovisionarlos y agasajarlos.

Los que no acudieron a la cita fueron los reyes de taifas de Levante, desde el Norte de Murcia y toda la frontera superior de Zaragoza. Tomada Toledo y mantenido Aledo en poder de Castilla, no podían estos reyezuelos arriesgarse a luchar contra el audaz García Jiménez, que devastaba con sus algaras las hueras de Murcia y Orihuela³.

1 En sus *Memorias*, publicadas en "Al-Andalus", t. III, p. 106 del texto árabe; y t. IV, p. 75 de la traducción francesa.

2 Cfr. ABD ALLĀ, *Memorias*, en "Al-Andalus", t. III, p. 106 del texto árabe; t. IV, p. 75 de la traducción francesa.

3 Y que había derrotado ya a los musulmanes antes de Zallaqa,



Las cercanías de Sagrajas

La batalla de Sagrajas

Estudiadas y clasificadas las fuentes, y conocido el campo de batalla, se puede ya emitir un juicio sobre la invasión almorávid y la campaña de Sagrajas [Zallaqa], para exponer las conclusiones a que da lugar¹. Al crecer el poder almorávid y formar un imperio bajo el mando de Yūsuf, era lógico que los musulmanes españoles, acosados y esquilados por los reyes cristianos, sobre todo por Alfonso VI, e incapaces de unirse y resistir, volviesen los ojos a al-Magrib y buscasen allí el socorro que los pudiese sacar de su aflictiva situación. El recuerdo de los desmanes cometidos por los berberiscos mercenarios y los odios de la guerra civil por ellos suscitada, a la caída del Califato omeya, no fueron bastantes para frenar esos deseos de intervención, ya que la reforma religiosa almorávid y la estabilidad de su gobierno eran prendas de orden y seguridad. Parece lo más probable que las invitaciones a hacer la guerra santa partieran de las guarniciones y los habitantes de las fronteras, que eran los que más necesitados se sentían. Los reyes de taifas tardaron mucho en reconocer esa necesidad, y se mostraron reacios a satisfacerla, hasta que al-Muṭamid, abrumado por las exigencias de Alfonso, y quizá exhausto por sus dilapidaciones y sus gastos de guerra², no pudo pagar las parias e intentó emplear moneda de baja ley. El asesinato del embajador judío, hecho atestiguado por un contemporáneo, el poeta agradecido y fiel amigo de al-Muṭamid³, es un hecho que, luego, a partir de

en 1086, como consta en los *Anales toledanos primeros*, según la reimpresión de mis *Crónicas latinas de la Reconquista*, t. I, p. 343.

¹ Según puede verse en *Las Grandes batallas de la Reconquista*, pág. 76.

² Con Ibn Šumādiḥ, señor de Almería, según el *Rawḍ al-miṣṭār* (edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 84 del texto árabe y 134 de la trad. francesa).

³ Ibn al-Labbāna (véase AL-MAQQARĪ, *Analectes*, t. II, p. 598, y *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 231).

Ibn al-Aṭīr¹, cada autor lo fue adornando con nuevos y a veces contradictorios pormenores.

Sólo entonces debió decidirse al-Muṭamid a pedir auxilio a Yūsuf, y no hay duda de que le escribiría, exponiéndole su situación, pero no se ha conservado ninguna carta auténtica de él, ni de ningún rey de taifas. De la expedición a Sevilla y Tarifa, sólo hay que retener el hecho, sin aceptar la escenificación del *Rawḍ al-miṭār*², dedicada a hacer resaltar el orgullo de Alfonso y la decisión de al-Muṭamid. La forma como se llevó a cabo esa razzia, dividiendo las fuerzas en dos cuerpos, que atacan por separado y convergen en Sevilla, no es inverosímil, pero tampoco se puede aceptar como real, ante la facilidad con que este autor da por cierto lo que él imagina. La frase que le atribuye el *Rawḍ al-qirtās*³, al hacer que su caballo entrase en el mar; "este es el límite de al-Andalus; yo lo he pisado", quizá no sea, según hemos visto, más que una cita erudita. Lo que ya sin duda es invención pura, es el reto que se atribuye a Alfonso, invitando a Yūsuf a venir a al-Andalus para dirimir en batalla campal el pleito entre las dos religiones, o pidiéndole naves para pasar allende el Estrecho.

Los reyes de taifas, además de escribir a Yūsuf le enviaron embajadores⁴; y antes que nadie, el rey de

1 IBN AL-AṬĪR, en su *Historia universal* (*Kāmil al-tawārīḥ*), afirma que fueron los jeques de Córdoba los que plantearon la cuestión de llamar en su ayuda a los árabes de Ifrīqiya o a los almorávides del Sahara.

2 Cfr. AL-ḤIMYARĪ, *Rawḍ al-miṭār*, p. 86 del texto árabe y 107 de la traducción francesa.

3 Lo malo es que Ibn Jallikān, en su biografía del califa almohade Yaḥyā al-Manṣūr (*Wafayāt al-Aḡām*, t. II, p. 376), atribuye, un siglo después, idéntico desafío a Alfonso VIII; y pone en boca de Yaḥyā al-Manṣūr la misma respuesta y el mismo verso, así es que no sabemos a quién de los dos creer, si es que hay que creer a alguno.

4 Cfr. *Kitāb al-iktifāʾ*, en *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 21.

Granada y su hermano, según nos lo cuenta Ḥabīb Allāh en sus *Memorias*¹, al hacer alusión a las condiciones pactadas con él, pero hay que poner en tela de juicio la composición de la embajada solemne de que habla el *Rawḍ al-qirtās*² y la manera como, según él, se formó. Sobre el paso del Estrecho por Yūsuf y su toma por sorpresa de Algeciras, sólo las *Memorias*³ merecen crédito. La escena del *Rawḍ al-qirtās* no es más que una nota literaria. Sobre el sitio de Zaragoza, ya he expuesto las razones por las que creo que no empezó hasta la primavera del 1086; Alfonso debió levantarlo, ya muy adelantado el verano, y, reuniendo apresuradamente cuantos refuerzos pudo añadir al ejército sitiador, se dirigió a Badajoz. Las cartas que le atribuyen el *Kitāb al-iktifāʾ* e Ibn al-Aṭīr y las contestaciones de Yūsuf, así como los razonamientos del *Rawḍ al-miṭār* para explicar la conducta de Alfonso, su itinerario y sus planes de campaña, son meros ejercicios de composición retórica, que se complementan con la leyenda del elefante⁴ y el tambor en sus diferentes versiones⁵.

Los musulmanes acamparon al pie de las murallas de Badajoz, pues no cabían en la ciudad; y Alfonso, que había llegado hasta el llano de Sagradas, los invitó a pasar el Guadiana y acercarse hasta tres millas de su campamento, si querían luchar con él en condiciones de igualdad. Todos los autores árabes coinciden en asegurar que se convino el día de la ba-

1 Cfr. pág. 107 del texto en el tomo III de "Al-Andalus"; y IV, p. 77, de la traducción.

2 Cfr. *Rawḍ al-qirtās*, en "Textos Medievales", I, p. 278.

3 Cfr. su texto en el t. III de "Al-Andalus", p. 106; y su traducción francesa en el t. IV, p. 74.

4 *Las Grandes batallas de la Reconquista*, p. 41.

5 Cfr. LAS CAJIGAS, *Minorías étnico-religiosas de la Edad Media española*, vol. II. *Los Mudéjares*, p. 220, nota 47.

talla, aunque unos hablan del sábado y otros del lunes, según que pongan en juego a los judíos o no; y que Alfonso violó el acuerdo, atacando el viernes. No sabemos qué motivó tuvo para adelantar la fecha del combate; no pudo ser la sorpresa, pues en aquel llano no podía haberla de día, y más teniendo que recorrer tres millas a campo abierto, hasta dar con el enemigo. Y si bien algunos cronistas árabes afirman que se cogió a los musulmanes desprevenidos, para así justificar la derrota de los andaluces, otros varios lo niegan; y son bien explícitos en señalar la preparación con que se recibió el ataque cristiano.

La batalla se dio en el gran llano de Sagrajas o Zallaqa, el viernes 12 de šawwāl del 479 [23 octubre del 1086]¹. Las tropas de Alfonso acostumbradas a atacar y a romper en un empuje decidido toda resistencia de los débiles y acobardados reyes de taifas, recorrieron pesadamente armadas las tres millas que las separaban del enemigo; y parece ser que tuvieron un éxito inicial, al caer sobre los contingentes andaluces, que no debían estar mezclados con los magribíes, pero que su empuje quedó luego frenado no sólo por el cansancio de la carrera y el peso de las armas, sino también por las defensas del campamento musulmán, la combatividad de los almorávides y el número de los enemigos.

La línea de defensa almorávid debió mantenerse firme luchando, como explica al-Bakrī, que era su

1 MENÉNDEZ PIDAL, que con tanta maestría y tan sagaz criterio ha estudiado la España del siglo XI, ha puesto en su lugar todas las cuestiones referentes al desenvolvimiento de los reinos cristianos y a su historia interna; pero, al tratar del choque espectacular entre las fuerzas almorávid-andaluzas y los soldados de Alfonso VI en Zallaqa, se limita a aceptar todos los pormenores suministrados por los cronistas árabes y, sin aquilatar su veracidad, los entretiene en una trama seguida, y nos ofrece una descripción de la batalla que ha sido generalmente aceptada (*La España del Cid*, t. II, p. 331).

contemporáneo, en filas; la primera con lanzas largas para herir; y la segunda con venablos, de los que cada soldado llevaba varios, y que arrojaba sin apenas errar en el blanco'. Como Yūsuf disponía de muchas más fuerzas que los cristianos, una vez parado el primer golpe, y mientras seguía luchando ante sus líneas, ejecutó el clásico movimiento envolvente, de tanta tradición entre los magribíes; y asaltó el campamento de Alfonso. Esta maniobra fue decisiva, cediendo los cristianos, que luchaban con gran valor; y Alfonso fue herido en el fragor de la batalla o al abrirse paso para la retirada².

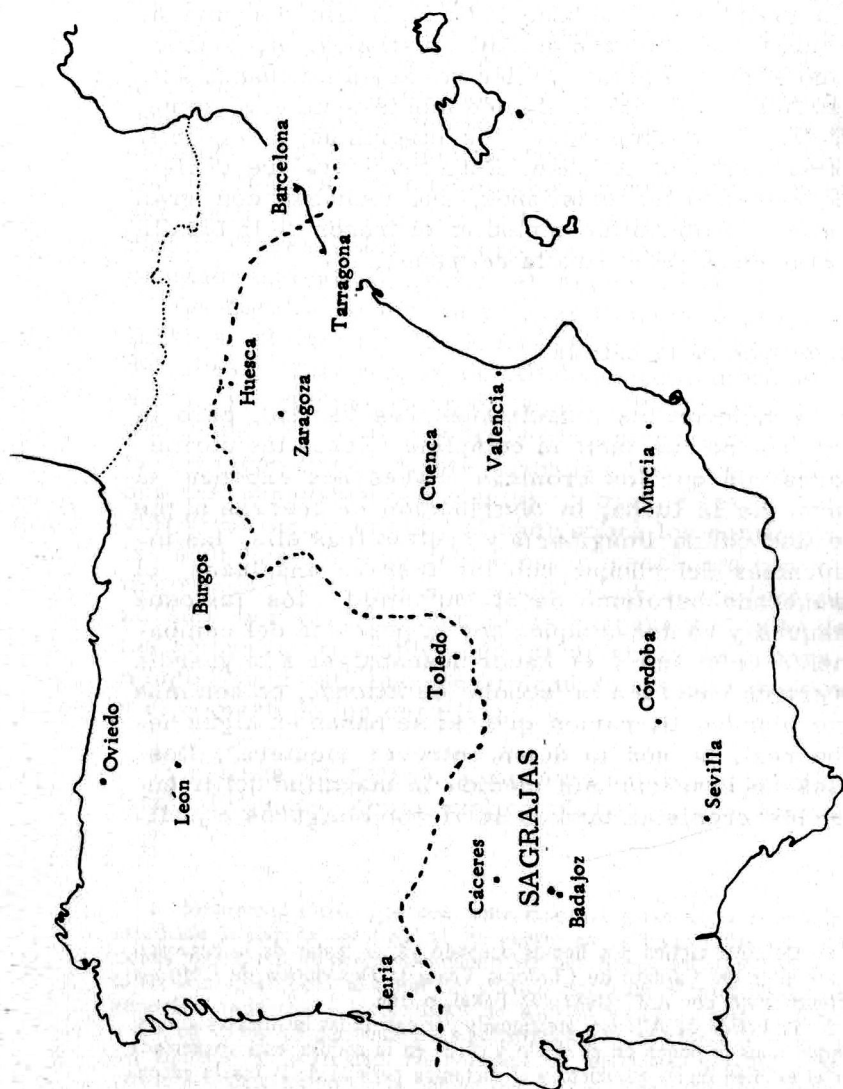
Resultado de la batalla

Vencieron los musulmanes, es verdad, pero la victoria no fue fácil ni completa. Todos los pormenores con que los crónicas árabes nos exponen el curso de la lucha, la distribución de fuerzas al pie de una colina imaginaria y ocultas tras ella, las incidencias del choque con las fuerzas andaluzas, el exagerado heroísmo de al-Mu'tamid, los furiosos ataques y contra-ataques por la posesión del campamento cristiano y el hacer descabargar a la guardia negra de Yūsuf o a la "schola" de Alfonso, no son más que alardes literarios que, si se basan en algún hecho real, no nos lo dejan entrever siquiera³. Después de exagerar sin medida la magnitud del triunfo, los cronistas tardíos se vieron obligados a justi-

1 De cuya táctica nos hemos ocupado ya, al tratar de la organización militar del Califato de Córdoba. Véase la *Description de l'Afrique septentrionale*, por ABŪ 'UBAYD AL-BAKRĪ, p. 166.

2 La herida de Alfonso, atestiguada por casi todas las fuentes árabes, aunque unos la ponen en el muslo y otros en la rodilla, está confirmada por el examen de su esqueleto y el dictamen pericial de la huella encontrada en su fémur, al exhumarse sus restos.

3 Cfr. *Las Grandes batallas de la Reconquista*, p. 71.



La frontera entre cristianos y musulmanes después de Sagrarias

ficar el rápido regreso de Yūsuf con la muerte de un hijo innominado¹, o con el asunto no explicado de la escuadra, que le impidieron sacar partido de su victoria. El mismo Yūsuf no quedaría muy satisfecho de su éxito, pues, al cabo de dos años, al regresar a la Península y sitiar a Aledo, prefirió no aguardar a Alfonso, y en vez de luchar de nuevo con él, se retiró a la sierra de Tirieza, y de allí a Granada y Marruecos. ²Abd al-Wahid en su *Mu'ğib*, dice que cuando se avistaron los dos ejércitos, se convencieron Yūsuf y sus compañeros de la gravedad del caso, que los atemorizó, por el gran número y la calidad de las armas y caballos, y por su aparato de fuerza, y así dijo a al-Mu^ctamid: "no creía que este cerdo llegase a este extremo"².

Fantasías sobre tambores y camellos

Las pueriles fantasías del redoble de los tambores y el sonido de las trompetas que hacían temblar a las montañas, mientras el mugido y el aspecto extraño de los innumerables camellos traídos por Yūsuf asustaban y hacían desbocarse a los caballos cristianos, han sido interpretadas así por nuestros

¹ Debió ser al-Mu'izz billāh, el primogénito de su matrimonio con la famosa Zaynab la-Nafzawiya. El *Mafajir al-Barbar* (p. 57 de la edición) le atribuye la toma de Ceuta (1083). Un hijo de este al-Mu'izz, nieto por lo tanto de Yūsuf ibn Tašfin, intentó suceder a su abuelo, al sublevarse contra ²Alī ibn Yūsuf, que procedía de otro matrimonio, y que fue proclamado príncipe heredero. Yūsuf ibn Tašfin se decidió el año 495 (1102) a proclamar en Marrākuš con toda solemnidad príncipe heredero a su hijo ³Alī, convocando, para confirmarlo, a los jefes de tribu y a los grandes personajes de su imperio, como él mismo lo dice en el documento oficial de su nombramiento Cfr. *al-Hulal al-mawšiyya*, p. 62 del texto y 92 de mi traducción).

² Cfr. ⁴ABD AL-WAHID, *Mu'ğib*, p. 93 del texto y 103 de mi traducción.

historiadores modernos: "Ese extraño tañido de los tambores, que por primera vez sorprendía a los cristianos, revela una nueva táctica, que traían los almorávides; la táctica de masas compactas, disciplinadas en la acción concorde, rítmica y persistente bajo continuas señales de mando; lo mismo revela la organización con banderas, adoptada a la vez que los tambores, por el ejército almorávid y el empleo de saeteros turcos que combatían en ordenadas líneas paralelas"¹.

Como observa muy bien I. Cagigas², hora es ya de acabar con esa fantasía de la novedad de los tambores almorávides y de su desastroso efecto entre los cristianos. El tambor es un instrumento centroafricano con una área muy extensa de dispersión, y en manera alguna fue exclusivo de los almorávides. Antes de venir estos a España, ya el rey de Granada, ³Abd Allāh, nos habla de sus propios tambores. El que el Ḥaḥīb Saqqūt, al defender a Tánger contra Yūsuf, dijese, según el *Rawḍ al-qirtās*³, "mientras yo viva, no oirán los habitantes de Ceuta los tambores de los Lamtunies" [almorávidas], no quiere decir que el pelear al son de los tambores fuese característico de los almorávides, sino solamente que Saqqūt saldría tan lejos a combatirlos y rechazarlos, que los ceutíes no llegarían nunca a oírlos⁴. Tampoco hay que aceptar el error, al que induce el *Rawḍ al-qirtās* de que Yūsuf tenía arqueros turcos [los agzāz, plural de guzz] pues estos no entraron en Ifrīqiya, hasta la segunda mitad del siglo XII,

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 335.

2 Cfr. I. DE LAS CAJIGAS, *Los mudéjares*, t. I, p. 220, nota 47.

3 Edición MUḤAMMAD AL-ḤĀṢAMĪ, t. 2, p. 46 del texto, y 275 de mi segunda traducción.

4 T. III, p. 46 del texto árabe, edic. MUḤAMMAD AL-ḤĀṢAMĪ; y p. 275 del t. I de mi segunda traducción.

para pasar el servicio de los Califas almohades¹. No se puede explicar la derrota porque la caballería cristiana habituada al encuentro singular, en que la valentía individual lo hace todo, se viera inferior, a pesar de su mejor armamento y superior destreza, ante un guerrear más compacto, más estable que el suyo, en un choque que no podía resistir. Si eso fuese verdad, no nos explicaríamos cómo los mismos almorávides, con los mismos pavorosos tambores y el mismo guerrear compacto y más estable, fracasaron siempre ante los guerreros del Cid. Habría que recurrir al milagro cidiano, que sería renunciar a toda explicación².

Conclusiones

La batalla de Sagrajas [Zallaqa] tiene una importancia extraordinaria en nuestra historia medieval, no por lo que fue en sí [una de tantas batallas sin resultados decisivos], sino por lo que simboliza; por ser la señal inequívoca de que el juego de fuerzas y el curso de la Reconquista habían sufrido un cambio tan brusco como completo. Alfonso se encontró, no con un reyezuelo de taifas, incapaz de hacerle frente, sino con la formidable coalición de todos los reyes andaluces que, unidos al gran poder almorávid, podían oponerle. Ningún cambio espectacular se produjo de momento en las fronteras; los musulmanes se abstuvieron de invadir los dominios castellanos; y la guarnición de Aledo se mantuvo impertérrita y agresiva en pleno territorio enemigo, pero el hecho es que se acabó de repente con el régimen de las parias; y ya no hubo más remedio que luchar de poder a poder, pues los almorávides acostumbrados a gue-

1 T. III, p. 46 del texto árabe; edic. MUḤAMMAD AL-ḤĀṢAMĪ; y p. 275 del t. II, del texto y 268 de mi traducción.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 336.

rrrear y a vencer a sus enemigos en al-Mugrib, tenían una moral militar mucho más elevada que los andaluces y venían dispuestos a combatir, y no a negociar y parlamentar con Alfonso.

Convencido Yūsuf de que no había otra solución, reunió, antes de regresar a su país, a todos los reyes de taifas y en sesión solemne, les ordenó ponerse de acuerdo y hacer causa común contra el enemigo, demostrándoles que los cristianos sólo triunfaban, gracias a su división; y que, al emplear tropas mercenarias unos contra otros, no conseguían más que arruinarse y debilitarse¹. Todos emocionados aún por la reciente e inesperada victoria, prometieron olvidar sus diferencias y unirse frente al enemigo secular; pero de nada hubiera servido la demostración contundente de Sagrajas [Zallaqa], ni los argumentos y exhortaciones de Yūsuf, si los reyes de taifas no se hubieran mantenido unidos en sus tronos. Ya antes de volver a Marruecos, se dio cuenta del profundo desacuerdo y de las discordias que los separaban y enemistaban entre sí. Estas faltas de patriotismo se pusieron de manifiesto en el sitio de Aledo, cuyo fracaso se debió, en gran parte, a las rencillas y ambiciones personales de los reyes andaluces.

Yūsuf se convenció de que era imposible lograr éxito en la lucha contra los cristianos y de que triunfos como el de Sagrajas [Zallaqa], además de ser muy caros, serían estériles, mientras los reyes andaluces se mantuviesen en el poder. Todos ellos no tenían otra aspiración que la de sostenerse en sus reinos y ensancharlos a costa de sus vecinos, así que, al no tener la seguridad de que Yūsuf los iba a dejar entregados a ese peligroso juego, no dudaron en buscar otra vez a Alfonso VI y traicionar la causa del Islam.

¹ Cfr. *Memorias* de 'ABD ALLĀ:, en "Al-Andalus", t. III, p. 107 del texto árabe; y t. IV, p. 77 de la traducción francesa.

Adición

Cuando tenía este trabajo terminado y dispuesto para su impresión, me comunicó el Prof. Lévi-Provençal el hallazgo en la Biblioteca del Escorial de una carta de Yūsuf ibn Tašfin al rey zirí de Ifrīqiya, Tamīm ibn al-Mu'izz ibn Bādīs, sobre la batalla de Zallaqa, que iba a publicar, en el fasc. I del año 1950 de "Al-Andalus", como lo hizo, en colaboración con el Prof. García Gómez con una traducción y comentarios, a los que siguió un estudio filológico-geográfico sobre Zallaqa=Sacralias del Prof. Oliver Asín.

Leídos y estudiados con toda atención estos dos interesantes trabajos, he llegado a la conclusión de que esa carta, desgraciadamente no es oficial, ni nos da una versión autorizada de la famosa batalla, sino que hay que añadirla a la larga lista de epístolas apócrifas, que he comentado y descrito, como meros ejercicios literarios de los cronistas árabes tardíos. En cuanto a la ecuación Zallaqa=Azagala, véase mis razones para rechazarle¹.

Se ha creído que Alfonso, al verse herido y con un ejército derrotado, pensó que el vencedor irrumpiría en las fronteras cristianas. Envió varios mensajes allende el Pirineo, pidiendo auxilio; y sugirió la amenaza de que al no recibir socorro, tendría que pactar con los musulmanes y dejarles paso libre hacia Francia. No hay ninguna fuente peninsular, que alegue esta amenaza de Alfonso a los señores feudales del Sur de Francia, y parece lo más verídico que Alfonso, al preparar con toda premura el ejército, que se había de enfrentar con los almorávides, pidió a los señores del Sur de Francia su colaboración, y que estos decidieron cooperar en esta especie de Cruzada, pero llegaron tarde; y al cruzar el Pirineo y enterarse de lo ocurrido en Zallaqa, se limitaron a sitiar

¹ Cfr. el apéndice a mi obra *Las grandes batallas de la Reconquista*, p. 77 a 82.

Tudela; y al fracasar en su intento, se volvieron a su país desunidos y desorganizados.

Sólo fuentes francesas citadas por J. Saroihandy¹ hablan de la petición y amenaza de Alfonso VI; y nos confirman que, habiéndose luchado en Zallaqa el 23 de octubre del año 1086, y ver que Yūsuf se había retirado, aprovecharon los castellanos el invierno siguiente para reemprender sus ataques; y así decidió Mundir al-Hāyib sitiar a Valencia, donde se había instalado al-Qādir, después de perder a Toledo. La indignación de Alfonso, al ver roto la reina Constantza y el arzobispo electo, Bernardo, el pacto de rendición de la ciudad y su promesa de quemar vivos a los culpables, sirve de fondo a la intervención teatral de los pacifistas musulmanes para renunciar a sus derechos y procurar a Alfonso la viva satisfacción de ver cristianizada la mezquita sin decoro para la palabra que había dado². Ibn Bassam se limita, frente a estas escenas teatrales, a asegurarnos que Alfonso VI, ante la sospechosa benevolencia de Sisnando, se decidió al punto a profanar la mezquita aljama de Toledo, cosa que fue la coronación de tanta desgracia y la desolación de cuantos musulmanes lo vieron o lo supieron³.

1 Cfr. "Homenaje a Menéndez Pidal", t. II, p. 250, según la crónica francesa del siglo XII, contenida en *Recueil des Historiens de France*, t. XII, p. 267.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 541 a y b.

3 Alfonso, cegado de orgullo, no hizo caso a Sisnando, y sólo prestó oídos a las voces de su locura y su orgullo. El día (en blanco) de rabī' I del 478 (junio del 1085) dio órdenes de profanar la mezquita (Cfr. "Al-Andalus", t. XII, p. 32).

INDICES

CAbd Allāh, rey de Granada, 185, 194, 195, 199, 200, 252,
 255, 263, 272, 274 a 276, 281, 285, 290 y 292.
 CAbd al-Wāhid al-Marrākūšī, 174, 276, 277 y 289.
 Abū ALi al-Bagdadī, 69.
 Abū Bakr al-Turtūšī, 56.
 CAffī Turk, 84, 179, 194, 195, 212, 251, 255, 271 y 272.
 Aḥmad Mujtār, 146.
 Aḥmad al-Razī, 19 y 29.
 Alarcón, M., 56.
 Amari, M., 223, 227, 229, 231, 239 y 245.
 Anales toledanos, los, 283.
 Anónimo, Ajbar maʿmūʿa, 114 y 115.
 Anónimo, Historia Roderici, 198, 199, 218 a 220.
 Anónimo, Primera Crónica general, 9, 13, 23, 27, 33, 116,
 126, 172, 192, 197, 207, 209, 211, 213, 214, 216 a 218,
 259, 263, 265, 266, 268, 269, 272, 278, 294, 525, 547 y 588.
 Anónimo, Kitāb al-tabīḥ, 67.
 Anónimo, Mafajir al-Barbar, 276 y 289.
 Anónimo, Repartiment, 23, 25, 26, 28, 32 a 35 y 62.
 Anónimo, Tratado de Geografía, 159.
 Antuña, M. 43.
 Archivo, El., 11, 123, 116, 155 y 237.
 Arenas, A., 209.
 Asín, M., 93 y 147.

al-Bakri, 21, 286 y 287.
Beltrán Villagrasa, P. 50.

Beuter, Pero Antón, 12.
Bofarull, P., 32 y 34.
Brunhes, J., 159.

Cajigas, I. de las, 75, 78, 285 y 290.
Cantar de mío Cid, 197, 203, 207, 208 y 215.
Casiri, 33, 34 y 192.
Cavanilles, 44.
Codera, F., 11, 12, 14, 85, 101, 108 y 109.
Colin, G. S., 67, 68 y 157.
Conde, J. A., 9, 121 y 154.
Crónica de Isidoro de Beja, 90.
Crónica del I., 3, 44, 198, 201 a 204, 207, 209 y 214.
Crónicas francas, 114.
Crónica del moro Rasis, 116.
Crónica Particular del Cid, 13, 134 y 201.
Crónica de Veinte Reyes, 13.
Crónica Vernense, 239.

Chabás, R., 12, 31, 33, 34, 224, 229 a 231, 234 y 250.

Ad-Dabbī, 145, 233 y 236.
De Goeje, 24.
De Luna, M., 12.
Dickie, J., 51, 79 y 134.
Dozy, R., 8, 20, 21, 61, 63, 85, 89, 90, 94, 101, 108, 109,
137, 138, 143, 175, 243, 244, 260, 268, 269 y 283.

Escolano, 89 y 121.
Estudios de la Corona de Aragón, 20.

García Gómez, E., 7, 9, 38, 42, 43, 83, 141, 168, 242, 274
y 293.
Gaspar Remiro, M., 86 y 276.

al-Himyarī, 21, 36, 37, 39, 41, 46, 48, 62, 158 a 160, 277,
280, 281, 283 y 286.
Honigman, E., 123.

Huici, A., 16, 18, 32, 57, 67, 82, 100, 172, 202, 227, 268,
273, 278, 283, 285, 287 y 293.
al-Huṣrī, 44.

Ibn al-Abbār, 22, 36, 37, 39 a 42, 90, 94, 100, 148, 182, 189,
193, 244 y 289.
Ibn ^CAbdūn, 58, 65 y 67.
Ibn Abī Zar^c, 284, 285 y 291.
Ibn ^CAlqama, 9, 13 y 278.
Ibn ^CAmira, 30, 36, 37, 39 y 125.
Ibn ^CAmmār, 193 y 194.
Ibn al-Aṭīr, 284.
Ibn Bassāl, 59.
Ibn Bassām, 134, 135, 148, 183, 195, 225, 230, 239, 246,
251, 260 y 275.
Ibn Darraḡ, 152.
Ibn al-Faradī, 145.
Ibn Haqān, 80, 171 y 196.
Ibn Hayyān, 46, 55, 72, 90, 118, 162, 179, 185, 228, 237, 240
y 242.
Ibn Hazm, 74, 98, 99, 120, 147, 179, 180, 191, 217, 226, 228
y 242.
Ibn Gālib, 20, 73, 80 y 126.
Ibn Jafāya, 10, 13, 17 y 42.
Ibn ^CIdāri, 13, 86, 118, 135, 151, 153, 160, 162, 165, 166,
173 a 175, 177, 179, 183, 186, 187, 189, 190, 191, 196,
212, 219, 225, 228, 229, 244, 252, 259, 262, 272 y 276.
Ibn Jaldūn, 224, 237, 238 y 256.
Ibn Jallikān, 284.
Ibn al-Jaṭīb, 10, 52, 146, 149, 152, 165 a 168, 182, 186, 212,
234, 235, 246 a 248, 252, 257, 260, 261 y 272.
Ibn al-Qatān, 10.
Ibn al-Yasa^c, 56.
Ibn al-Kardabūs, 21, 34, 137, 268, 269, 278, 279 y 283.
Ibn Ṣahib as-sala, 10.
Ibn al-Zaqqāq, 39.
al-Idrīsī, 20, 32, 117 y 231.
^CInān, M. A., 14, 16, 152, 153, 167, 174, 192, 224, 233 y 255.

Lafuente Alcántara, 88, 90 y 112.
Lamens, H., 122.

Lévi-Provençal, 10, 19, 23, 30, 36, 43, 45, 47, 49, 54, 57,
58, 61, 64, 67, 84, 88, 91, 94, 102 a 106, 114, 118 a 120,
122, 123, 128, 133, 135, 136, 144, 145, 155, 177, 199,
200, 224, 241, 260, 262, 264, 271, 275, 278 y 289.

Ligarzas, 99, 125 y 188.

Lot, F., 143.

al-Maqqarī, 43, 45, 72, 125, 183, 275 y 283.

Martínez Aloy, 116.

Menéndez Pidal, R., 8, 23, 25, 144, 202 a 204, 206, 209, 210,
213, 271, 278, 288, 291, 301 y 302.

Millás Vallicrosa, 59.

Miret y Sans, 26.

Molina, Miguel de, 89.

Ocaña, M., 92 y 117.

Oliver Asín, 293.

Peres, H., 13, 42, 44, 45, 72 a 74, 76, 79, 124, 153, 226 y 229.

Pertegás, R., 29 a 31, 35, 56 y 66.

Piles Ibars, A., 8, 9, 27 y 89.

Pons Boigues, 11, 14, 37 y 125.

al-Qalqasandī, R., 42.

al-Ramadí, 80.

Ribera, J., 10 a 12, 22, 23, 31, 35, 47, 48, 66, 74, 145 y 155.

al-Rusāfi, 37 y 123.

San Isidoro, 58.

al-Šaqundī, 125, 229 y 230.

Sánchez Albornoz, 84.

Sánchez Coco, 138 y 139.

Sánchez Guarnier, 9.

Sánchez Sivera, 25, 30, 31, 33 y 35.

Saroihandy, 294.

Schack, A., 123.

Seybold, C. F., 22.

Silense, el, 138.

Silva Tarouca, 116.

Simonet, J., 70 y 117.

Sobernheim, M., 266.

al-Sumayšīr, 44.

Tarīf, Abū-l-Qāsim, 12.

Tarradell, M., 9, 27, 28 y 157.

Teixidor, 66.

Terés, E., 37 a 41, y 44.

Tormo, E., 159.

Torres Balbás, 23, 25, 43, 65, 66, 159, 160 y 169.

Tourtulón, 127.

Ubieto, A., 209.

al-ʿUḡrī, 10, 20 a 23, 25, 26, 28, 40, 43, 52, 53, 55, 60, 62,
65, 85, 86, 90, 95 a 97, 102, 104, 107, 109, 113, 115,
116, 118 a 120, 122, 128 a 130, 133, 142, 152, 167, 175,
176, 180, 224, 243 y 245.

Valdeavellano, de, 61.

Valera, J., 123.

Vives, A., y Prieto Vives, 226.

al-Waqāšī, 42.

Yaqūt, el geógrafo, 44 y 60.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

^cAbbās ibn Firnas, 124.
^cAbda, hija de Sancho Garcés, 133, 134 y 168.
^cAbd Allāh al-Balansī, 121 y 125.
^cAbd Allāh b. ^cAbd al-^cAzīz, 175 y 191.
^cAbd Allāh, emir de Córdoba, 128.
^cAbd Allāh, rey de Granada, 195, 199, 252, 255, 272, 275 y 281.
^cAbd Allāh, sobrino de Muḡāhid, 224.
^cAbd al-^cAzīz ibn Aflah, 152.
^cAbd al-^cAzīz, rey de Valencia, 63, 69, 152, 165 a 168 y 171, 172, 174 a 178, 180 a 182, 190, 238, 242, 245 y 273.
^cAbd al-Ḳabbār, 58.
^cAbd al-Malik, b. Muḡāhid, 24.
^cAbd al-Mu'min, califa, 126.
^cAbd al-Rahmān I, 108, 111, 114, 116, 120, 122, 125, 128, 141 y 143.
^cAbd al-Rahmān II, 45, 108, 112, 113, 121, 128 y 130.
^cAbd al-Rahmān III, 124, 128, 137, 144, 145, 149, 155 y 231.
^cAbd al-Rahmān b. Yasar, visir, 149.
^cAbd al-Rahmān, Sanchuelo, 147.
^cAbd al-Rahmān, al-Saliki, 130.
^cAbū Bakr b. ^cAbd al-^cAzīz, tercer rey de Valencia, 188, 191, 193, 195, 197, 203, 210 a 212, 214, 215, 252, 253, 263 a 271.
 Abū Bakr, al-Ramimī, 174.
 Abū-l-Ahwas, 175.
 Abū-l-Ašbag, ibn Arqam, visir, 248.
 Abū-l-Faḡl ibn Hašday, 196.
 Abū-l-Faḡh b. Mūsā, 130.
 Abū Ḥarūb, almirante, 237.

Abū Gālib, 230.
 Aceña [saniya], 159.
 Aflah, gob. de Almería, 167 y 180.
 Aglab, mawla de Muḡāhid, 224.
 Aguilar de Anguita, 208.
 Agzāz, 290.
 al-^cAin al-Kabira, 42.
 Aḡmad ibn Ishāq ibn Ilyas, 130.
 Aḡmad ibn Kāsim, rey de Alpuente, 266.
 Aḡmad al-Muḡtaḡir, rey de Zaragoza, 251.
^cAišūn b. Sulaymān, 108 a 115.
 Aix, 108 a 115.
 Alhambra, 43.
 Albarracín, 241, 263.
 Albakār, 136 y 137.
 Albufera, 36 y 43.
 Alcalá de Henares, 137, 182, 185, 206, 207 y 217.
 Alcantarilla en Murcia, 158 y 159.
 Alcañiz, 214 y 218.
 Alcarria, 207, 210, 214 y 217.
 Alcazaba de Almería, 43.
 Alcazaba de Almuñécar, 160.
 Alcázar de Córdoba, 46.
 Alcira, 12, 22, 28, 37, 42, 130, 177 y 266.
 Alcudia, arrabal de Valencia, 33.
 Aledo, 281, 289 y 292.
 Alcocer, 210, 215 y 218.
 Alcubilla del Marqués, 204.
 Alejandro Magno, 272.
 Alfara, al-Hara, 36.
 Alfonso Enríquez, 116.
 Alfonso VI, 59, 138, 139, 141, 162 a 164, 167, 172, 173, 188, 191, 195, 196, 200, 201, 203, 207, 208, 211, 262 a 264, 267, 268, 270 a 279, 283, 285 a 289, 292 a 294.
 Alfonso, el Batallador, 141.
 Alfonso VII, 150 y 171.
 Algarbe, 116.
 Aljafería en Zaragoza, 43.
 Algeciras, 136 y 285.
 Alhama, al-Hamma, 53 y 208.
^cAli, abuelo de Muḡāhid, 224.
^cAli b. Hammūd, 180 y 211.
^cAli b. Muḡāhid, 224, 234, 246 a 248, 250, 251, 253 y 255.
^cAli b. Yūsuf, 289.

Alicante, 243.
 Alilón, 204.
 Aljufia, acequia en Murcia, 159.
 Al-kanisa (la Iglesia), 36.
 Almadenes (foz de), 159.
 Almanzor, 46, 133 a 135, 144, 151, 165, 167, 168, 180, 197
 233, 238 y 274.
 Almenar, 271.
 Almería, 20, 133, 139 y 176.
 Almotacén, 66.
 Almunia del Real, 21, 36, 40, 42, 166, 169 y 173.
 Almuñecar, 159.
 Almusafes, 127.
 Alpuente, 16 y 241.
 Alvar Fáñez, 126, 133, 139, 188, 197, 201, 206, 207, 212 a
 217, 259, 262, 264 a 266, 268 a 270.
 Amaya, 134.
 CAmir, arraez de Játiva, 130.
 CAmir, miembro de los Banū Jattāb, 243.
 CAmir ibn Abi Yawsin, 128 y 130.
 cAmrūs, 110 a 112 y 115.
 cAnbar, fata, 136 y 154.
 Andarella, 31.
 Anguita, 204 y 108.
 Anuširwān, 68.
 Aquisgrán, Aix la Chapelle, 119.
 Arcila, 136.
 Ardabasto, hijo de Vitiza, 90.
 Argelia, 273.
 Ariza, 208.
 Arlanzón, río, 202.
 Arlés, 143.
 Armengol, conde de Urgel, 137.
 Arrabal de Córdoba, 120.
 Arrabal de la Villa-nueva, en Valencia, 126.
 Arraez de Játiva, 181.
 Ateca, 208 a 210, 213 y 217.
 Atienza, 201 y 202.
 Avinyahāf, barrio de, 35.
 Aznalfarache, 172.
 Az-Zāhir, palacio de, 43.

Bāb, (puerta) de Baytala, 22.
 Bāb al-Faraḡ, 23.
 Bāb al-Hanaš, 22, 29 y 66.
 Bāb al-Qantara, 21, 32, 34 y 40.
 Bāb al-Šarīca, 23.
 Bāb Ibn Šajar, 22, 25 y 26.
 Bāb al-Qayšariya, 22 y 26.
 Bāb al-Warrāq, 22.
 Badajoz, 281 y 285.
 Badiya (Campiña), 123.
 Bādis b. Habbūs, 174, 179 y 266.
 Baleares, 16 y 57.
 Banū cAbbād, 176.
 Banū cAbd al-cAziz, 193.
 Banū Birzāl, 136.
 Banū Dī-l-nūn, 128.
 Banū ʿYahhāf, 145.
 Banū Ifrān, 136.
 Banū Hammād, 255.
 Banū Jattāb, 244.
 Banū Kasī, 142.
 Banū Šumādih, 245.
 Barbastro, 79, 162, 194 y 271.
 Barcelona, 53, 108, 110, 113, 118 a 120, 144, 188, 205, 210
 y 256.
 Barreda (acequia de), 159.
 Basilio II, de Bizancio, 136.
 al-Baḡa en Játiva, 42.
 Béjar, 53.
 Benedicto VIII, 232, 238 y 239.
 Berenguer II, 212 y 220.
 Bernardo, arzobispo de Toledo, 294.
 Bertrán de Teruel, 25.
 Boatella, puerta y barrio, 26, 28, 30 a 32, 40 a 42 y 127.
 Borbotón de Cieza, 159.
 Brazo seco del Turia, 27.
 Bugía, 225 y 236.
 Burgo de Osma, 204.
 Bubierca, 208.

Calatayud, 203, 210 a 212, 214 y 217.
 Calzada, en la zona de Valencia, 37, 39 y 40.
 Camí de Cuart, 30.

Campo de Tarance, 208.
 Cardena, 72, 202, 203, 210, 214 y 216.
 Carlomagno, 109, 114, 116 y 119.
 Castejón, 203, 206 a 210 y 217.
 Catedral de Valencia, 33.
 Cella, Zelfa, 212 y 218.
 Cerdeña, 153, 226 a 229, 231 a 234, 236 a 240, 245 y 246.
 Cetina, 208.
 Ceuta, 273 y 276.
 Cieza, 159.
 Cinca (río), 163.
 Clunia, 137.
 Coimbra, 133, 138 y 183.
 Conde de Barcelona, 241 y 248.
 Constanza, reina, 294.
 Córcega, 231.
 Cuart de Poblet, 215.
 Cuenca, 186, 200, 207 y 259. 260
 Cullera, 22.

Dafías, 20.
 Daroca, 210 y 212.

Elche, 243.
 El Puig, 127.
 Ercilla, 35.
 Eslavo, asesinado, 116.
 Elvira, hija del Cid, 202.
 Espinaz, 204.
 Eufrates, valle del, 122.
 Exedrea, barrio de la, 23, 25, 26, 265 y 267.

Fāris y Galbe, caudillos musulmanes, 213.
 al-Fath, señor de Uclés, 128.
 Fernán González, 134.
 Fernando I, 138, 141, 179, 182, 183, 186, 190, 194, 271 y 274.
 Fernando VII, 173.
 Fontabella (puerta), 31.
 Fuente negra en Cieza, 36 y 40.

Yisr, puente, 36 y 40.

Galbón (arraez), 213.
 Galeno, 68.
 Galicia, 55 y 275.
 Galindo García, 206.
 García, rey de Galicia, 190.
 García, rey de Navarra, 179.
 García Fernández, 134.
 García Íñiguez, 143.
 García Jiménez, 281.
 García Ordóñez, 198 y 272.
 Génova, 166, 232, 233 y 235.
 Gerona, 108 a 110, 112 y 115.
 Gibraltar, 121.
 Gormaz, 137 y 204.
 Granada, 136 y 241.
 Grao de Valencia, 127.
 Gredos, sierra de, 53.
 Guadalquivir, 60.
 Guadarrama, 186, 201, 206, 207 y 217.
 Guadiana, 285.
 Guadiaro, río, 136 y 167.
 Guitart, el Romano, 266.
 Gurf (ribazo), 36.

al-Hakam I, 46, 107, 108, 112, 118 a 120.
 al-Hakam II, 155 y 274.
 Hammudfés, 168.
 Hasan b. Muḡāhid, 225, 226, 245 y 247.
 Henares (río), 206 y 208.
 Hipócrates, 68.
 Hišām b. ʿAbd al-Malik, 122.
 Hišām I, 111, 112, 118, 121 y 128.
 Hišām II, 148 y 158.
 Hišām, el falso, 147, 168, 175, 178, 179 y 235.
 Hita, 201, 296 y 207.
 Hitero, Fitero, 134.
 Hudayl ibn Razīn, 63.
 Huete, 200.
 Huesca, 119 y 120.
 Hungtington, 209.
 Husayn ibn Yahya, 107, 109, 112 y 114.

Ibn al-Aftas, 178, 264 y 276.
 Ibn ^cAmira, 125.
 Ibn ^cAmmār, 193 y 194.
 Ibn Ḳahhāf, 261 a 264 y 267.
 Ibn al-Faraḡ, 259, 261, 262 y 265.
 Ibn García, 148.
 Ibn al-Hadidi, 261.
 Ibn Ḥafsūn, 142.
 Ibn Harūb, 232.
 Ibn Ḥūd, 174 y 179.
 Ibn Jazrūn, 178.
 Ibn Mardaniš, 42 y 172.
 Ibn Maymūn, 174.
 Ibn Muḥlaf, visir, 153.
 Ibn Muṭanna, 69.
 Ibn Mu'tamin, secretario, 186.
 Ibn Nuh, 178.
 Ibn ar-Ramīmī, 174.
 Ibn Raubaš, 182, 189 a 192.
 Ibn al-Ruyūlo, 255.
 Ibn Sulaymān, 66.
 Ibn Ṣumādih, 191, 246 y 283.
 Ibn Ṭāhir, 192, 243 y 270.
 Ibn Talūt, 168.
 Ibn ^cUkaša, 190.
 Ibrāhīm ibn al-Mahdi, 68 y 69.
 Idrīs b. Yahya b. ^cAli, 178.
 Ifriqiya, 290.
^cIsa b. Lubón, 263.
 Ishāq b. Muḥammad, al-Birzālī, 176.
 Italia, 236.
 Iyih de Murcia, 67.

Jalón, río, 203, 208, 209 y 214.
 Jaén, 136 y 160.
 al-Jandaq (el Barranco de Simancas), 49.
 Jarāḡ, impuesto, 90.
 Játiva, 41, 42, 47, 62, 127, 136, 151, 152, 167, 176, 177, 180
 a 182, 240 a 242 y 244.
 Jávea, 172.
 Jayra, arreaez de Játiva, 152.
 Jayrān, 136, 137, 154, 160, 167, 172, 180, 181, 238, 241 a
 243.

Jerez de los Caballeros, 281.
 Jiloca, río, 209.
 Jimena Díaz, 202.
 Jódar, 177 y 244.
 Júcar, río, 42.
 Judería de Valencia, 35.
 Jumilla, 194.

Labib, rey de Tortosa, 152 y 165.
 Lamego, 138.
 Larache de Murcia, 172.
 Ledesma, 54.
 León, 141 y 279.
 Lérida, 215, 251 y 271.
 Levante, 8 y 9.
 Lisboa, 116.
 Lorca, 167, 176, 181, 243 y 244.
 Ludovico Pío, 108.
 Luni, en Italia, 232 y 238.
 Luzón, 208.

Macarena, 10 y 31.
 Madinat al-turāb, 10 y 27.
 Maloto, 232.
 al-Ma'mūn, 25, 138, 182, 186, 188, 191, 211, 248 y 255.
 Ma'n ibn Ṣumādih, 174 a 177.
 Marca hispánica, 111, 119.
 Marca superior, 20.
 Martín, río, 218.
 Martín Antolínez, 202 y 216.
 Marrākuš, 273.
 Masanasa, 36.
 Matrūh, 111 y 115.
 Mazdali, 172.
 Medinaceli, 52, 137 y 214.
 Medina Sidonia, 136 y 272.
 Menendo González, 136.
 Mina (río), 56.
 Mindás, 56.
 Mislata, 36.
 Mola, 54.
 Molina de Aragón, 210, 213, 216 y 253.

Mondego, río, 138.
 Monreal del Campo, 136.
 Monteagudo, 172 y 194.
 al-Mu^caiti, 235 y 237.
 al-Mubarak, palacio, 43.
 Mubarak, 150, 152 a 155, 165, 166, 193 y 241.
 al-Mu^dafar, 151, 167 y 193.
 Mu^yahid, 149, 152, 154, 165 a 168, 175 a 177, 180, 223 a 227, 230, 231, 244 y 246.
 Mu^hammad al-Mahdi, 135, 137, 143, 147, 167, 180, 224 y 238.
 Mu^hammad b. ^cAbd al-^cAziz, 188.
 Mu^hammad b. Yahwar, 178.
 Mu^hammad b. Marwan, visir, 192.
 Mu^hammad b. Sa^cid al-Takuruni, 147.
 Mu^hammad ibn Tahir, 244.
 Mu^hammad, emir tu^yibi, 175.
 al-Mu^cizz billah, 279, 289.
 Mundir al-Hayib b. 136, 152, 154, 166, 175, 266, 267, 269 a 272 y 294.
 al-Munta^sir Mubiti, 226.
 Muqatil de Tortosa, 178 y 251.
 al-Muq^tadir de Zaragoza, 188, 194, 195, 211, 212, 215, 218, 226, 240, 246, 252, 253, 255, 270 y 271.
 Murcia, 9, 13, 41, 47, 116 y 158.
 al-Mur^tada, 136.
 Murviedro, 264.
 Mus^a b. Nusair, 231.
 Musalla, véase Exedrea, 23 y 26.
 Musallima (fata), 181.
 al-Musta^cin, 270 y 273.
 al-Mustansir billah, 248.
 al-Mu^ctadid, 178, 246 y 247.
 al-Mu^ctamid, 43, 60, 190, 272, 273, 277, 281 y 287.
 al-Musta^cin de Almería, 43.
 al-Mu^tamin, 167, 168, 211, 215 y 272.
 Mutarrif b. Mus^a, 128.
 Mu^zaffar b. al-Aftas, 138.
 Mu^zaffar, hermano de al-Muq^tadir, 65, 166, 167 y 271.

Nacarella, 31.
 Narbona, 114.
 Nava Palos, 204.
 Navas de Tolosa, 79 y 280.
 Nimes, 143.

Ojos, Murcia, 159.
 Orihuela, 12, 57, 137, 142, 143, 167 y 240.
 Osmá, 137.
 Ovejo, 137.

Palacio de al-Ma^mun, 43.
 Palmirena, 122.
 Pamplona, 130 y 141.
 Paterna, 22, 138, 169, 183, 186 y 189.
 Persia, 46.
 Pinar de Tévar, 214, 218 y 219.
 Pisa, 166, 232 y 238.
 Port Vendres, 22.
 Poyo de Monreal, 209 y 214.
 Puente de la culebra, 34.
 Puente del mar, 23.
 Puente del Real, 173.
 Puente de San José, 27 y 28.
 Puente de serranos, 40.
 Puerta del Temple, 25.

Qasar al-surrur, en Zaragoza, 43.
 Quínea, 204.
 Qúras (distritos), 46.

al-Radi, hijo de al-Mu^ctamid, 131.
 Ramón Borrel, 137.
 Ramiro, infante de Navarra, 172.
 Ramla (rambla), 36.
 Ramón Berenguer, 218, 219 y 256.
 Raquel y Vidas, 212 y 217.
 Rasappa, 122.
 Rayosa, arrabal, 127.
 Resaf (Ruzafa), 122.
 Ribat, 145.
 Ricote, 159.
 Riego, general, 173.
 Roda, 108 y 109.
 Ródano, 143.
 Roncesvalles, 107 y 110.
 Roterros, barrio de, 30, 40 y 41.

Rueda, 204.
 Rusafa de Bagdad, 37, 39 a 41.
 Ruzafa de Córdoba, 36, 42, 114, 119, 120, 122, 123,
 169, 172 y 266.

Šabrīt, 110.
 Sahagún, 279.
 Sa'īd b. Rafīl, 178.
 Sancho García, conde, 135 y 137.
 Sancho García II de Navarra, 133, 190 y 271.
 Sancho, hijo de Ramiro de Aragón, 27, 172 y 212.
 Sanchol, 46, 148 y 166.
 San Isidoro, 137, 198 y 201.
 San Vicente, 116.
 Sagradas, 283, 285, 291 y 292.
 Salamanca, 54.
 San Vicente de la Roqueta, 36.
 Santiago, 144.
 Santiveria, 128.
 Saqqūt, ḥāyib, 290.
 Sarī'ca (la ley), 26.
 Segovia, 137.
 Sepolella (calle de), 25.
 Sepúlveda, 137.
 Serra, 264.
 Sicilia, 232.
 Sigüenza, 201.
 Silla, 22.
 Simancas, 145.
 Sirāy al-Dawla b. 'Alī, 256.
 Sisnando, 194, 263, 274, 275 y 294.
 Sol, hija del Cid, 202.
 Soldán de Persia, 172.
 Suchet, mariscal, 173.
 Sulaymān, califa, 136, 137, 180 y 226.
 Sulaymān b. 'Abd al-Rahmān I, 118 y 119.
 Sulaymān b. Ḥūd, 178 y 186.
 Sulaymān b. Yaqtān, 108.
 al-Sumāyḍiyya, palacio, 43.

Tajo, río, 208.
 Tamim, rey de Málaga, 276.

Tánger, 119 y 136.
 al-Takurūnī, 153.
 Tarifa, 22 y 273.
 Templarios, 25.
 El Temple en Valencia, 127.
 Teodomiro, 142.
 Teresa, infanta, 133 y 134.
 Teruel, 214 y 218.
 Teruel, barrio de Valencia, 35.
 Terrer, 209, 210 y 213.
 Tiaret, 119.
 Tirieza, 280.
 Toledo, 22, 199, 200, 259, 260, 262, 265, 274 a 277 y 294.
 Torre de 'Alī Buḥāt, 25 y 26.
 Tortosa, 22, 47, 120, 154, 178, 194, 195, 225, 241, 251, 252,
 269 y 271.
 Tosal de Valencia, 28 y 30.
 Trench, 35.
 Tigris, 41.
 Tuñibies, 142, 175 y 178.
 Tuḍmīr, Murcia, 47, 55, 120, 121, 281 y 294.
 Tudela, 270.
 Turia (río), 25.

'Ubayd Allāh b. al-Balansi, 109, 119 y 120.
 Uclés, 189.
 'Umar b. al-Aḥṣas, 200 y 207.
 'Umar b. Abī Bakr, 204.
 'Uqba, 272.
 'Utmān, 266.
 'Utmān b. Abī Bakr, 196, 259 y 263.

Vado de 'Aīṣūn, 112.
 Valence, 143.
 Valencia, passim.
 Valtierra, 272.
 Valle del Paraíso en Valencia, 35.
 Valldigna, 29.
 Vermudo II, 133.
 Vich, 108 y 109.
 Viseo, 138.
 Vivar, 216.

Wādih, gob. de Medinaceli, 137.
Walaḡa, 41 y 42.

Yahya b. Abī-l-Fath, 130.
Yahya b. Hammūd, 180 y 242.
Yahya b. Mūsā, 128.
Yahya al-Qādir, 259 a 270.
Yahya b. Yahya al-Laizi, 120.
Yūsuf, padre de Muḡāhid, 224.
Yūsuf b. Taṡfin, 78, 179, 269, 277, 279, 283 a 285, 290, 292
y 294.

Zallaqa, 268 y 269.
Zaragoza, 9, 13, 22, 197, 198, 203, 211, 215, 218, 230 y 279
al-Zāhira, 43 y 149.
al-Zaḡrā, 42, 46 y 124.
Zayyān, 42 y 173.
Zuhayr, 167, 174, 175, 181, 243 y 244.

INDICE DE MATERIAS

DEDICATORIA 5

INTRODUCCION 7

I. VALENCIA VISTA POR LOS MUSULMANES .

1. *La ciudad* (19). Las descripciones más antiguas (19). Valencia en al-^cUḡrī (21). Las puertas de la muralla (23). Evolución urbana (31). Los puentes (34). La judería (35).
2. *El paisaje valenciano* (36). Según los poetas (36). "Al-Ÿisr" (39). La "Walaḡa" (41).
3. *Las instituciones omeyas en la Valencia musulmana durante el emirato y califato* (45). La judicatura (45). La organización financiera (50). La organización militar (50). Las expediciones de Almanzor (53). La táctica militar (56). La agricultura y los latifundios (58).
4. *El ambiente* (62). La vida musulmana en la Valencia del siglo XI (62). El círculo familiar (63). La vida en la calle (64). La cocina musulmana en el siglo XI (67). La población civil y sus elementos étnicos (71). Las clases sociales (74). La convivencia de cristianos y musulmanes (77).

II. LOS SIGLOS VIII A X.

1. *La conquista de al-Andalus y el emirato dependiente de Damasco* (83). La capitulación de Teodomiro (85). La falsificada capitulación de Valencia (88).
2. *Los Banū Jaṡṡāb* (92). ^cAbd al-Ÿabbār ibn Nadir y Jaṡṡāb (92).

Muḥammad ibn Marwān (94). Aḥmad Duhaym (94). Aḥmad ibn Jaṭṭāb (95). Abū-l-Asbag Mūsā (97). Abū ʿĀmir ibn Jaṭṭāb (97). Mūsā y ʿAbd al-Malik (98). Muḥammad ibn Aḥmad (99). Abū Bakr ʿAzīz (100).

3. *Las rebeliones contra ʿAbd al-Raḥmān I en Levante y Zaragoza* (101). La interpretación de Dozy (101). La versión de Lévi-Provençal (105). Datos de Codera (108). Nuevos datos sobre ʿAīšūn (109). ʿAīšūn en Cataluña (111). La versión del *Ajbar Maymuʿa* (112). Las leyendas (113). La cronología de ʿAīšūn (114). Las consecuencias de la rebelión en Valencia (116).

4. *La fundación de Ruzafa* (118). El príncipe omeya ʿAbd Allāh al-Balansī (118). La fundación de Ruzafa y su historia musulmana (121).

5. *Sucesos inéditos de la vida política valenciana en los siglos IX y X* (128).

III. LOS REINOS DE TAIFAS.

1. *El fin del califato* (133). Almanzor (133). La sucesión de Almanzor (135). La intervención cristiana (137).

2. *La guerra civil y los reinos de taifas* (141). La "fitna" (141). Las tierras valencianas y el principio de la "fitna" (142).

3. *Los esclavos o fatas ʿamiries en Levante* (145). Los esclavos (145). Un testimonio coetáneo (146). Levante, refugio (148). Los primeros reyes de taifas de Valencia (149). Mubārak y Muzaffar (150). Játiva, independiente (151). El final de los primeros reyes (153). Los riegos en la región valenciana (154).

IV. LA DINASTIA DE ALMANZOR SE ENTRONIZA EN VALENCIA

1. *ʿAbd al-ʿAzīz, rey de Valencia* (165). La proclamación (165). Surge un rival (166). Labor diplomática de ʿAbd al-ʿAzīz (168). Un invitado (171). Datos posteriores hasta la destrucción (171). ʿAbd al-ʿAzīz, rey de Almería (174). Almería se independiza (175). Una versión sobre el carácter de ʿAbd al-ʿAzīz (177). La consolidación de los reinos de taifas (178).

2. *ʿAbd al-Malik, segundo rey ʿamirī de Valencia* (182). Los primeros años del reinado (182). La batalla de Paterna (183). La intervención de al-Ma'mūn en Valencia (186).

3. *El reinado de Abū Bakr Muḥammad ibn ʿAbd al-ʿAzīz al-ʿamirī* (188). El tercer rey ʿamirī. Primera etapa (188). El reinado de al-Ma'mūn en Valencia (190). Reinstauración de Abū Bakr (191).

La intervención de al-Muqtaḍir de Zaragoza en Valencia (194). Una desconocida empresa militar de Abū Bakr (197). Planteamiento del problema (198). El destierro del Cid (201). El Cid y Abū Bakr (210). Fāris y Galbe (213). El Cantar de Mío Cid y las crónicas (215). Características de la primera campaña del Cid en el destierro (216). Legendaria ida del Cid a Barcelona (218).

V. EL REINO DE DENIA.

1. *El nacimiento* (223). El reinado de Muḥāhid (223). Las primeras acuñaciones monetarias de los taifas (226).

2. *La expedición contra la isla de Cerdeña* (227). La guerra marítima (227). Carácter de Muḥāhid (229). Datos sobre la armada (231). Las fuentes árabes (232). Las fuentes italianas (238). ¿Muḥāhid, corsario? (240).

3. *Su intervención en las luchas civiles* (241). Muḥāhid, rey en Valencia (241). Actuación en tierras alicantinas (243). El final del reinado de Muḥāhid (244).

4. *ʿAlī ibn Muḥāhid, segundo rey de taifas en Denia y las Baleares* (246). La herencia de Muḥāhid (246). La proclamación de ʿAlī (247).

5. *La caída de Denia en poder del rey de Zaragoza* (251). Poca precisión en los textos árabes (251). La compra de Valencia (251). La ocupación de Valencia por al-Muqtaḍir (252). Fecha de la ocupación de Denia (255).

VI. LA TRANSICION ENTRE EL DOMINIO ʿĀMIRĪ Y EL CIDIANO.

1. *La caída de Toledo y el reinado de Yaḥya' al-Qādir en Valencia* (259). El último rey ʿamirī de Valencia (259). Al-Qadir se encamina a Valencia (260). La repulsa valenciana (261). El asedio de Játiva (265). El fracaso de al-Qādir (267). La ausencia de Alvar Fáñez (269). El señor de Tortosa ataca a Valencia (269). El rey de Zaragoza, llamado a intervenir en los asuntos valencianos (270).

2. *La política de los reyes de taifas* (274). Alfonso VI y la organización de Toledo (274). Los almorávides (276). El paso del Estrecho (277). La cronología del asedio de Zaragoza (278). Enfrentamiento de musulmanes y cristianos (279).

3. *Cristianos y musulmanes ante Badajoz* (281). La expedición de Yūsuf (281). La batalla de Sagradas (283). Resultado de la batalla (287). Adición (293).

Este volumen I de la
Historia Musulmana de Valencia y su región
se terminó de imprimir el día
3 de diciembre de 1969,
festividad de san Francisco Javier.

Laus Deo